

VIDA Y REINO DE JESÚS EN LAS ALMAS CRISTIANAS

San Juan Eudes

Ad usum

Como recompensa de este humilde trabajo te pido, en nombre del que es todo amor por nosotros, que cuantas veces te sirvas de este libro, te entregues a Jesús con renovado propósito de amarlo perfectamente y que hagas tres actos de amor a Jesús de parte de quien lo ha puesto a tu disposición y que ha recibido de su Corazón y de sus manos todo lo que contiene de bueno para compartirlo contigo.

¡Jesús, Señor mío y Dios mío! Hundido en el abismo de mi nada me prostro ante tu Majestad soberana. Aniquilo a tus plantas mi espíritu, mi amor propio y cuanto me pertenece, y me entrego al poder de tu Divino Espíritu y de tu santo amor. En la inmensidad infinita de ese Espíritu y de ese amor y en las virtudes y potencias de tu divinidad humanizada y de tu humanidad divinizada, te adoro, te amo y te glorifico en tus estados, misterios, cualidades, virtudes, y en lo que eres en relación con tu Padre del cielo, contigo mismo, con tu Espíritu Santo, con tu santa Madre, con los ángeles y los santos y con todas las criaturas (...).

Te adoro especialmente porque eres la vida, nuestra vida verdadera, el Rey de los reyes, el Santo de los santos y nuestra santificación.

Adoro tu designio y tu ardiente anhelo de vivir y de reinar en mí y en todos los cristianos. Te pido humildemente perdón por haberlo obstaculizado en mí y en los demás. Para reparar mi falta y contribuir a la realización de tu designio, me entrego y sacrifico totalmente a ti, Jesús, y proclamo ante cielos y tierra que ya no quiero vivir sino para darte forma en mí, para glorificarte y hacerte vivir y reinar en mí y en todos aquellos que tú pongas en mis manos. Te suplico me concedas la gracia de que mis preocupaciones, pensamientos, palabras y acciones sólo tiendan a este fin.

Te consagro en especial este modesto libro que he escrito para ayudar a tus fieles a establecer en ellos la vida y el reino de tu santo amor. Es obra tuya, porque tú eres su fuente primera y su verdadero autor y porque renuncio con todas mis fuerzas a lo que en él pueda ser mío y no tuyo. Deseo que te pertenezca totalmente, que seas tú su único y último fin, así como eres su único y primer principio con tu Padre y tu Espíritu Santo.

Por eso, en honor y unión del amor con que me diste este libro que salió de ti, te lo devuelvo y te lo confío, te lo ofrezco y te lo consagro, como homenaje de tu vida adorable, a tu amor y a todo lo que tú eres. Unido también al amor con que tú, que eres el verdadero libro de vida y de amor, te has dado a nosotros, quiero ofrecer y dedicar este libro a cuantos desean amarte especialmente a los que has querido confiarme de manera particular. Pero no puedo mirarte, Señor Jesús, sin contemplar a aquella que está sentada a tu diestra, la que te formó, te glorificó y te hizo reinar siempre en ella de manera admirable y perfecta. La saludo y venero después de ti,

como a tu Madre gloriosa, madre de vida y de amor, y como a mi soberana señora y Madre amadísima a la que pertenezco por razones innumerables.

Porque fui concebido, engendrado y educado en un lugar que le pertenece de manera especial y por su intercesión me diste el ser y la vida. Pues mi madre privada de hijos durante varios años, hizo voto en honor de tu santa Madre y al sentirse escuchada me llevó, en compañía de mi padre, a un lugar a ella particularmente consagrado para cumplir su promesa, para darte gracias y para ofrecerte y entregarme a ella y por ella a ti. (...)

En el día (de tu Encarnación) me concediste la gracia de hacer el voto de servidumbre perpetua a ti y a tu santa Madre. En ese mismo día me has concedido muchas otras gracias señaladas, que tu bondad conoce, y por las que siempre te bendeciré. En el día en que varias iglesias celebran el martirio de la santa Virgen al pie de tu cruz fui revestido del santo hábito eclesiástico. Además por una gracia especial de tu misericordia, celebré por primera vez, o mejor por las tres primeras veces, el augusto sacrificio de la Misa en el día en que la santa Virgen y Madre te trajo al mundo y en un lugar a ella especialmente dedicado. Por eso, sin hablar de muchas otras razones, me siento con particular obligación de consagrarme a ella. Así que, Salvador mío, después de consagrarte este trabajo, permíteme ofrecerlo también a tu santa Madre, como homenaje a la vida desbordante de amor que tienes en ella y que ella tiene en ti.

Te lo ofrezco, pues, Madre de vida y de amor, y te lo consagro con todo el afecto de mi corazón, con todo lo que ha realizado y realizará en mí la misericordia de Dios. Bendice, Madre de bendición, la obra y al obrero y a cuantos se servirán de ella. Preséntalos a tu Hijo Jesús, fuente de toda bendición. Ruégale que él mismo los bendiga y consagre a su gloria y a su puro amor. Este libro, Jesús, está lleno de ejercicios de alabanza, de amor, de contrición, de humildad y de otras virtudes cristianas. Te ruego que los imprimas en mi corazón y en el corazón de los lectores.

Por mi parte, te ofrezco esos actos y ejercicios, con el deseo de hacerlos míos, de manera cordial, consciente y constante, como están ellos incesantemente presentes en este libro. Esto vale por mí y por todos los hombres del mundo, especialmente por los que leerán este libro y por los que deben recibir un cuidado especial de mi parte delante de ti. Te pido, amado Jesús, por tu bondad inmensa, que realices mi anhelo, por el amor que tienes a tu Madre amabilísima y por el que ella te tiene a ti. (...)

Finalmente, Dios de bendición, toma este libro bajo tu protección, defiéndelo de sus enemigos, que son los tuyos, bendícelo y santifícalo. Llévalo de tu espíritu y de tu fuerza divina, toma posesión de él, para que por él, o mejor, por ti mismo, seas bendito, santificado, amado y glorificado en todos los que habrán de leerlo. Destruye en él todo lo que sea mío para que no quede nada que no sea tuyo. Bendice sus palabras para que sean otros tantos actos de bendición, de amor, de alabanza a ti, otras tantas fuentes de bendición y de gracia para sus lectores, saetas que hieran sus corazones con heridas celestiales y centellas que los enciendan en los divinos ardores de este santo amor.

CONTENIDO

| | |
|--|-----------|
| PRESENTACIÓN..... | 13 |
| PREFACIO..... | 15 |
| PRIMERA PARTE..... | 19 |
| EJERCICIOS DIARIOS PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN..... | 19 |
| a. Ejercicio durante la mañana..... | 19 |
| 1. Al despertarte..... | 19 |
| 2. Al levantarte..... | 20 |
| 3. Al bañarte..... | 20 |
| 4. Al vestirte..... | 21 |
| 5. Toda nuestra vida está destinada a dar gloria a Jesús..... | 21 |
| 6. Hacer de nuestra vida un ejercicio de alabanza y de amor a Jesús..... | 23 |
| 7. Elevación matinal a Jesús..... | 24 |
| 8. Otra elevación a Dios para santificar nuestras acciones..... | 25 |
| b. Ejercicio para el día..... | 27 |
| 9. Jesús es nuestro centro y nuestro paraíso..... | 27 |
| 10. Elevaciones a Jesús durante el día..... | 29 |
| c. Ejercicio para la noche..... | 30 |
| 11. Acción de gracias..... | 30 |
| 12. Examen de conciencia..... | 30 |
| 13. Actos de contrición..... | 31 |
| 14. Ofrecer el descanso a Jesús..... | 32 |
| d. La confesión..... | 33 |
| 15. Antes de la confesión..... | 33 |
| 16. Después de la confesión..... | 35 |
| 17. La contrición..... | 36 |

| | |
|---|-----------|
| 18. Para pedir a Dios la contrición..... | 38 |
| 19. Actos de contrición..... | 39 |
| e. La comunión | 40 |
| 20. Elevación para disponerse a la santa Comunión..... | 40 |
| 21. Después de la Comunión..... | 43 |
| 22. Elevación a Jesús después de la Comunión..... | 44 |
| 23. Tres actos de adoración, oblación y amor a Jesús..... | 46 |
| a). Acto de adoración a Jesús..... | 46 |
| b). Acto de entrega a Jesús..... | 47 |
| c). Acto de amor a Jesús..... | 47 |
| d). Oración a la Santísima Virgen María Madre de Dios | 48 |
| f. Profesiones cristianas | 49 |
| 24. Profesión de fe cristiana..... | 50 |
| 25. Profesión cristiana de odio y desprecio al pecado | 51 |
| 26. Profesión cristiana de humildad..... | 51 |
| 27. Profesión cristiana de renuncia..... | 52 |
| 28. Profesión de sumisión y abandono a la divina voluntad..... | 54 |
| 29. Profesión de amor a Jesús y a María | 55 |
| 30. Profesión de amor a la cruz..... | 56 |
| 31. Profesión de caridad con el prójimo | 56 |
| SEGUNDA PARTE..... | 58 |
| DISPOSICIONES FUNDAMENTALES PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN..... | 58 |
| a. Postulados..... | 58 |
| 1. La vida del cristiano continúa la vida santa de Jesús..... | 58 |
| 2. El cristiano: otro Jesús sobre la tierra | 60 |
| b. Fundamentos de la vida cristiana | 61 |
| 3. Primer fundamento: la fe..... | 61 |
| 3.1. La fe debe guiar todas nuestras acciones..... | 63 |
| 3.2. Lectura bíblica..... | 63 |

| | |
|--|-----------|
| 3.2.1 Antes de leer la Santa Palabra..... | 64 |
| 3.2.2. Después de la lectura de la Santa Palabra | 65 |
| 4. Segundo fundamento: el odio al pecado | 65 |
| 5. Tercer fundamento: el desprendimiento..... | 68 |
| 5.1. El desprendimiento del mundo..... | 68 |
| 5.2. El Reino de Jesús no es de este mundo | 69 |
| 5.3. El desprendimiento de mí mismo | 71 |
| 5.4. El perfecto desprendimiento cristiano | 73 |
| 6. Cuarto fundamento: la oración..... | 75 |
| 6.1. Primera forma: oración mental..... | 77 |
| 6.2. Segunda forma: oración vocal..... | 78 |
| 6.3. Tercera forma: oración práctica..... | 78 |
| 6.4. Cuarta forma: oración con libros espirituales..... | 78 |
| 6.5. Quinta forma: oración con la conversación..... | 79 |
| 7. Disposiciones para la oración | 80 |
| 7.1. Humildad..... | 80 |
| 7.2. Confianza..... | 80 |
| 7.3. Pureza de intención | 81 |
| 7.4. Perseverancia..... | 81 |
| c. Virtudes cristianas | 82 |
| 8. Excelencia de las virtudes cristianas | 82 |
| 9. Cómo practicar las virtudes cristianas..... | 84 |
| 9.1. Ejemplo: la mansedumbre y humildad de corazón | 85 |
| 10. Importancia de la humildad cristiana..... | 86 |
| 11. Humildad de espíritu | 87 |
| 12. Humildad de corazón..... | 90 |
| 13. Práctica de la humildad cristiana..... | 93 |
| 14. Confianza y abandono en Dios..... | 96 |
| 15. Fortalecimiento de la confianza | 98 |

| | | |
|---|--|-----|
| 16. | Sumisión y obediencia cristianas (cómo conocer la voluntad de Dios) | 102 |
| 17. | Cómo practicar la sumisión y obediencia cristiana..... | 104 |
| 18. | Perfección de la sumisión y obediencia cristiana..... | 106 |
| 19. | Culmen de la sumisión cristiana..... | 107 |
| 20. | Caridad..... | 109 |
| 21. | Práctica de la caridad..... | 110 |
| 22. | Caridad y pastoral..... | 113 |
| 23. | La verdadera entrega cristiana..... | 114 |
| 24. | Práctica de la entrega cristiana (devoción)..... | 116 |
| d. | La devoción cristiana y la formación de Jesús..... | 117 |
| 25. | La formación de Jesús en mí..... | 117 |
| 26. | Cómo formar a Jesús en mí..... | 119 |
| e. | El buen uso de las consolaciones y aflicciones..... | 120 |
| 27. | Cómo aprovechar los consuelos espirituales..... | 120 |
| 28. | Cómo sacar provecho de la sequedad y aflicciones espirituales..... | 122 |
| f. | El espíritu de martirio..... | 124 |
| 29. | La cumbre de la santidad es el martirio..... | 124 |
| 30. | Los cristianos están invitados a ser mártires y a vivir en espíritu de martirio..... | 128 |
| TERCERA PARTE..... | | 132 |
| CÓMO VIVIR EL AÑO PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN..... | | 132 |
| a. | Para el año nuevo..... | 132 |
| 1. | Modo de comenzar el año en unión de Jesús..... | 132 |
| 2. | Elevación a Jesús en el Año Nuevo..... | 133 |
| 3. | Elevación a María Santísima con ocasión de Año Nuevo..... | 134 |
| b. | <i>Devoción a los misterios del Señor</i> | 135 |
| 4. | Obligación de honrar los estados y misterios de Jesús..... | 135 |
| 5. | Motivos para honrar cada año los estados y misterios de Jesús..... | 137 |

| | | |
|-----|--|------------|
| 6. | Cómo honrar los misterios de Jesús en el curso del año..... | 138 |
| 7. | Qué honramos en cada misterio de Jesús..... | 143 |
| 8. | Siete maneras de honrar los misterios de Jesús..... | 146 |
| 9. | Otras siete maneras de honrar los misterios de Jesús..... | 147 |
| 10. | Elevación al niño Dios..... | 149 |
| c. | La devoción a la Santísima Virgen..... | 150 |
| 11. | Honrar a Jesús en María y a María en Jesús..... | 151 |
| 12. | Principales estados y misterios de la vida de María..... | 152 |
| 13. | Elevación a Jesús para honrarlo en su santa Madre..... | 153 |
| 14. | Elevación a la santa Virgen aplicable a cada misterio de su vida..... | 154 |
| d. | Devoción a los santos..... | 154 |
| 15. | Honrar a Jesús en los santos y a los santos en Jesús..... | 155 |
| 16. | Honrar a los santos como es debido..... | 155 |
| e. | Elevación a Jesús para honrar a san Juan Evangelista..... | 157 |
| 17. | Oración a san Juan Evangelista..... | 157 |
| 18. | Ejercicio de reparación de nuestras faltas y consagración de todos los años de nuestra vida..... | 157 |
| 19. | El Rosario de la gloria de Jesús..... | 160 |
| 20. | El retiro anual..... | 161 |
| f. | El fin de año..... | 163 |
| 21. | Elevación a Jesús para terminar el año con él..... | 163 |
| 22. | La Confesión anual..... | 165 |
| 23. | Manera de terminar el año con Jesús..... | 165 |
| 24. | Elevación a Jesús con motivo de fin de año..... | 166 |
| 25. | Elevación a la Virgen Santísima con motivo de fin de año..... | 167 |
| | CUARTA PARTE..... | 169 |
| | CÓMO VIVIR EL MES PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN..... | 169 |
| 1. | El primero y el último día de cada mes..... | 169 |
| 2. | El retiro mensual, un excelente medio de santificación..... | 169 |

| | |
|--|-----|
| 3. Meditación para estimularte a alabar y bendecir al Señor | 170 |
| 4. Para ayunar o hacer alguna acción de penitencia o mortificación..... | 171 |
| 5. Ejercicio de alabanza y glorificación a Jesús..... | 171 |
| 6. El rosario del Padre Eterno de Jesús | 177 |
| 7. Ejercicio del amor divino a Jesús | 178 |
| 8. Actos de amor a Jesús en las entrañas de María..... | 191 |
| 9. Actos de amor al Niño Dios | 191 |
| 10. Acto de amor a Jesús crucificado | 192 |
| 11. Rosario del amor a Jesús..... | 195 |
| 12. Cada mes pídele a un santo que te ayude a amar a Jesús | 197 |
| QUINTA PARTE..... | 198 |
| CÓMO VIVIR LA SEMANA PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN..... | 198 |
| 1. Para el domingo..... | 198 |
| 2. Para el lunes | 198 |
| 3. Para el martes..... | 200 |
| 4. Para el miércoles..... | 201 |
| 5. Para el jueves | 202 |
| 6. Para el viernes..... | 204 |
| 7. Para el sábado..... | 206 |
| 8. Otras elevaciones para el domingo..... | 207 |
| 9. Elevación a Jesús sobre todos los estados y misterios de su vida..... | 209 |
| SEXTA PARTE | 212 |
| LAS ACCIONES ORDINARIAS, OPORTUNIDADES DE SANTIFICACIÓN | 212 |
| a. Cómo estar siempre en presencia de Dios: Acciones ordinarias | 212 |
| 1. Compromiso para santificarnos..... | 212 |
| 2. Elevaciones a Jesús para realizar santamente las acciones | 214 |
| 1. Para realizar acciones prolongadas o que exigen gran atención | 215 |

| | | |
|-----------|---|------------|
| 2. | Antes de tratar con el prójimo | 215 |
| 3. | Al tomar el alimento..... | 215 |
| 4. | Para el esparcimiento..... | 215 |
| 5. | Andando por la casa y fuera de ella..... | 216 |
| 6. | En el trabajo..... | 216 |
| 7. | Para escuchar la predicación..... | 216 |
| 8. | Para leer un libro de espiritualidad | 216 |
| 9. | Al escribir | 217 |
| 10. | Al hacer misericordia con el pobre | 217 |
| 11. | En las visitas a los pobres, enfermos o afligidos..... | 217 |
| 12. | Al ayunar o hacer alguna penitencia..... | 217 |
| 13. | Al hacer un acto de humildad | 217 |
| 14. | Al hacer un acto de caridad..... | 218 |
| 15. | Al hacer un acto de obediencia | 218 |
| 16. | El secreto de los secretos..... | 218 |
| 17. | Cómo estar siempre en la presencia de Dios | 219 |
| 18. | Cómo utilizar las acciones para gloria de Dios..... | 220 |
| 19. | En mis aflicciones | 221 |
| 20. | Elevación a Jesús en la aflicción | 221 |
| 21. | Contra las tentaciones | 222 |
| b. | Ejercicios para la Santa Misa..... | 222 |
| 22. | Cómo asistir dignamente al santo sacrificio de la misa | 222 |
| 23. | Elevación a Dios antes de la misa | 226 |
| 24. | Elevación a Jesús en la Eucaristía | 226 |
| 25. | Elevación a Jesucristo, sumo sacerdote que se sacrifica a sí mismo en la misa | 228 |
| 26. | Elevación a Jesús como hostia (víctima) que se sacrifica a Dios | 229 |
| 27. | La comunión espiritual | 229 |
| 28. | Elevación a Jesús para después la celebración | 230 |
| c. | El rosario de la Santísima Virgen María..... | 231 |

| | |
|--|------------|
| 29. El Avemaría y el Rosario, oración santa y agradable a Dios | 231 |
| 30. Para orar santamente el Rosario de la Santísima Virgen | 232 |
| 31. El Rosario de Jesús y María | 235 |
| SÉPTIMA PARTE | 237 |
| EJERCICIOS ESPECIALES EN EL AÑO | 237 |
| a. Para el cumpleaños..... | 237 |
| 1. Deberes que hubiéramos debido cumplir a Dios en el momento de nuestro nacimiento | 237 |
| 2. Elevación a Jesús con motivo de nuestro nacimiento | 238 |
| 3. Elevación a la Santísima, Virgen, con motivo de nuestro cumpleaños... .. | 241 |
| 4. Deberes para con los Ángeles y los Santos, con motivo de nuestro cumpleaños..... | 242 |
| b. Para el aniversario del bautismo | 243 |
| 1. Jesucristo es autor e institutor del bautismo | 243 |
| 1.1. Deberes con Jesús en ocasión del bautismo | 243 |
| 1.2. Elevación a Jesús Nuestro Señor, con motivo del santo bautismo | 243 |
| 2. El nacimiento eterno y temporal, la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesús, modelo de nuestro bautismo | 244 |
| 2.1. Deberes con Nuestro Señor con motivo del bautismo | 244 |
| 2.2. Elevación a Jesús | 246 |
| 3. Jesucristo nos bautiza por medio del ministro..... | 247 |
| 3.1. Deberes que debemos cumplir a propósito de las ceremonias del Santo bautismo | 247 |
| 3.2. Elevación a Jesús con motivo del Bautismo | 248 |
| 4. Profesión solemne del cristiano en el Santo Bautismo | 249 |
| 4.1. Elevación a Jesús para renovar las promesas del Bautismo | 249 |
| 5. Bautizados en el nombre de la Santísima Trinidad..... | 251 |
| 5.1. Homenaje a las Tres Divinas Personas por este motivo | 251 |
| 5.2. Elevación a la Santísima Trinidad..... | 252 |
| 6. Rosario de la Santísima Trinidad | 252 |
| 7. Conclusión del ejercicio del Bautismo..... | 253 |

| | |
|--|------------|
| c. Para la Pascua del cristiano | 253 |
| Día primero: Elevación a Jesús, sobre mi entrega a su santa voluntad | 254 |
| Día segundo: acción de gracias por todos los beneficios recibidos durante la vida | 257 |
| Día tercero: Confesión de nuestros pecados y la satisfacción por nuestras culpas | 258 |
| Día cuarto: La sagrada comunión..... | 261 |
| Día quinto: El sacramento de la Unción de los enfermos | 262 |
| Día sexto: El testamento de Jesús y el nuestro en honor suyo | 264 |
| Día séptimo: Nuestro testamento a imitación del testamento de Jesús | 267 |
| Día octavo: Nuestra despedida..... | 269 |
| Día noveno: El juicio particular que ha de seguir a nuestra muerte | 271 |
| Día décimo: Estado de la muerte | 274 |
| Día undécimo: Nuestra glorificación..... | 278 |
| Conclusión de los ejercicios anteriores | 281 |
| Otros avisos y disposiciones para la Pascua del cristiano..... | 282 |

PRESENTACIÓN

El libro *Vida y Reino* conoció, durante la vida de san Juan Eudes, más de treinta ediciones, lo cual es un signo tanto de la importancia objetiva de la obra, como de su aceptación por parte de los destinatarios.

San Juan Eudes, en el prefacio, hace unas recomendaciones, que resalto aquí, para una buena lectura de este libro: “no lo leas ni lo utilices de prisa sino con atención”. Igualmente anota que contiene “ejercicios que revisten la forma de elevaciones a Jesús” ... “lo cual no impide que los que los prefieran en forma de teoría puedan sacar de ellos temas y verdades”. Se trata de un libro escrito para “todos los cristianos”.

Con base en lo anterior, en la presente edición, basada en parte en la traducción del P. Hipólito Arias y en mis traducciones personales, se ha simplificado el lenguaje, se ha empleado un vocabulario sencillo, al alcance de “todos los cristianos”, evitando términos que no son usados por nuestro pueblo, de modo que sea de fácil comprensión por todos, conservando la altura que amerita un libro como *Vida y Reino*.

Igualmente, para facilitar su lectura, se han suprimido, sin afectar en nada el contenido del texto original, algunas exclamaciones que no son comunes en el lenguaje de nuestro pueblo como “ah”, “oh” y otros semejantes.

Dado que el libro tiene abundantes oraciones o “elevaciones” y tiene también una parte teórica, el texto distingue claramente los dos géneros de escritura del libro y se ha presentado las diferentes oraciones o elevaciones en letra cursiva y dentro de un marco, con el objetivo de hacer la lectura más agradable y poder buscar más fácilmente los textos de las oraciones, que abundan en todos los escritos de san Juan Eudes.

Con el fin de que “todos los cristianos” tengan fácil acceso a su lectura se ha hecho alguna reforma a los títulos, que originalmente son muy extensos, de modo que se hagan más atractivos al lector.

Se procura presentar el texto en párrafos cortos para tener una lectura liviana y agradable. En este sentido también se han colocado viñetas en algunas enumeraciones, que con frecuencia son largas.

En algunos pocos temas se ha agregado algunos textos de San Juan Eudes, que no hacen parte del original, pero que resultan apropiados al tema y útiles al lector. En tal caso se aclara con las respectivas anotaciones al pie de página.

Finalmente se ha procurado ambientar el texto con algunas imágenes, que puedan hacer más atractiva la edición de este fundamento de la espiritualidad eudista.

Álvaro Duarte, cjm

PREFACIO

Jesús, Dios y hombre, es, al decir de su apóstol, *Todo en todas las cosas*¹. Pero debe serlo especialmente en los cristianos como lo es la cabeza en los miembros y el espíritu en el cuerpo. Por eso nuestra preocupación principal debe ser formarlo y establecerlo dentro de nosotros, hacer que allí viva y reine, para que sea nuestra vida, nuestra santificación, nuestra fuerza y tesoro, nuestra gloria y nuestro todo. Se trata, en una palabra, de que Jesús viva en nosotros, que en nosotros sea santificado y glorificado, que en nosotros establezca el reino de su espíritu, de su amor y de sus demás virtudes.

Para este fin ya hice imprimir el folleto titulado EJERCICIO DE PIEDAD, que muchos recibieron bien, lo apreciaron e hicieron buen uso de él. Como se necesitaba una segunda edición, lo he revisado cuidadosamente, le he cambiado el título y le he añadido muchas cosas útiles y necesarias a todos los cristianos que desean servir a Dios en espíritu y en verdad.

Hablo de «todos los cristianos» porque ha sido compuesto no sólo para religiosos sino para cuantos desean vivir cristiana y santamente. Y esta es obligación de todo cristiano, de cualquier estado y condición, porque, en lenguaje celestial, ser cristiano y ser santo es una misma cosa.

La palabra de Dios, en efecto, nos declara que su voluntad es que no solamente los que se encuentran en los claustros, sino todos los cristianos trabajen en su santificación², que busquen la santidad sin la cual nadie podrá ver a Dios³, que le sirvan en santidad y rectitud en su presencia todas los días de su vida⁴, que sean santos en toda su conducta⁵, que sean santos y perfectos, sin mancha y sin reproche a sus

¹ Col 3, 11

² 1Te 4, 3.7

³ Hb 12, 14

⁴ Lc 1, 74-75

⁵ 1Pe 1, 15

ojos⁶, que en ellos sea santificado su nombre⁷ y que den gloria a Jesucristo en sus corazones⁸.

El título que he dado a este libro contiene dos aspectos: La Vida y el Reino de Jesús en los cristianos.

Lo llamo, en primer lugar, La Vida de Jesús en los cristianos porque su objetivo principal es mostrar que Jesús debe vivir en todos ellos; que los cristianos están en la tierra únicamente para continuar la vida santa que en ella llevó Jesús y que el negocio y la ocupación más importante de un cristiano es esforzarse para que Jesús tome forma y asiento dentro de él, según la consigna apostólica: *que Cristo tome forma en ustedes*⁹. Lo cual significa hacer vivir en su espíritu y en su corazón y en todo su ser la santidad de su vida y de sus costumbres. Es lo que san Pablo llama llevar y glorificar a Dios en nuestro cuerpo¹⁰, y san Pedro: *Santificar a Jesucristo en nuestros corazones*¹¹.

En efecto, por ser Jesucristo nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, todo lo suyo es también nuestro y lo nuestro es también suyo. Y así él se consagró por nosotros para que nosotros quedáramos consagrados por la verdad¹², es decir, por él mismo que es la verdad eterna, como explica san Agustín.

Su Apóstol afirma igualmente que él es nuestra santificación¹³: por eso cuando nos santificamos lo hacemos para que él sea santificado en nosotros y nuestra santificación es la santificación de Cristo en nosotros. Cumplimos así la palabra de san Pedro: *santifiquen al Señor Jesucristo en sus corazones*¹⁴. Todo lo cual se logra

⁶ Col 1, 22

⁷ Mt 5, 48

⁸ 1Pe 3, 15

⁹ Ga 4, 19

¹⁰ 1Co 6, 20

¹¹ 1Pe 3, 15

¹² Jn 17, 19

¹³ 1Co 1, 30

¹⁴ 1Pe 3, 15

cuando nos acostumbramos a contemplar, amar y glorificar a Jesús en todas las cosas a actuar siempre en su santidad. Es esto lo que pretende enseñar este libro con medios sencillos y eficaces.

Llamo también este libro El Reino de Jesús en los cristianos porque su propósito no es solamente ofrecerte medios para dar forma y hacer vivir a Jesús en ti, sino para hacer que reine Jesús en plenitud. Si con esmero y fidelidad utilizas los ejercicios que él te propone, comprobarás la verdad de la palabra del Hijo de Dios: *¡El reino de Dios está dentro de ustedes!*¹⁵ Y alcanzarás lo que le pides todos los días: *que venga tu Reino*¹⁶. Tú, en cambio, con toda verdad, podrás llamarlo "tu rey" y le dirás: Queremos, Señor Jesús, que reines sobre nosotros.

He dividido el libro en ocho partes¹⁷ que condensan, en conjunto, lo que un cristiano, aunque sea religioso o religiosa, debe realizar para vivir cristiana y santamente y para formar y glorificar a Jesús, haciéndolo vivir y reinar en sí mismo (...).

La mayoría de estos ejercicios revisten la forma de "elevaciones" a Jesús, para que puedan utilizar las personas de toda clase. Porque muchos cuando se dirigen a Dios no pueden hacer uso fácil de las verdades cristianas que se les proponen de manera simple y desnuda o de mera instrucción. Lo cual no impide que quienes los prefieran en forma de teoría puedan sacar de ellos los temas y verdades que se sirvan para ocuparse de ellos ante Dios, según la acción de su gracia y de su espíritu.

Si encuentras algo que de primeras te parezca demasiado elevado o difícil de entender y de practicar, no te desalientes porque si tienes la paciencia de leerlo todo y si te acompaña una intención pura y sincera y el verdadero deseo de hacer buen

¹⁵ Lc 17, 21

¹⁶ Lc 19, 14

¹⁷En la presente edición aparecen sólo siete partes, como sucede en las ediciones a partir de 1662. La octava parte, conocida como los COLOQUIOS (ENTRETIENS) se ha publicado por separado.

uso de ellos, confío en la bondad de nuestro Señor que él te dará luz para comprenderlo y gracia para practicarlo. Lo que no entiendas acá lo entenderás más adelante, según progrese tu lectura y así lo llevarás a la práctica con facilidad y deleite.

Me he repetido a propósito en algunos pasajes, por una parte para hacerme entender más claramente e imprimir mejor en ti ciertas cosas que considero importantes, y por otra para no usar de notas y evitarte el esfuerzo, porque hay verdades y prácticas que convienen a diversos temas y ejercicios. Por lo demás, si quieres usar piadosamente de este libro y dar gloria a Dios mediante los ejercicios que allí se encuentran, no lo leas ni utilices de prisa sino con atención; aplica tu espíritu y tu corazón a lo que lees. Esto vale principalmente para las elevaciones y plegarias; deberás meditar, saborear y asimilar con toda tranquilidad el sentido y la sustancia de las palabras (...).

Como recompensa de este humilde trabajo te pido, en nombre del que es todo amor por nosotros, que cuantas veces te sirvas de este libro, te entregues a Jesús con renovado propósito de amarlo perfectamente y que hagas tres actos de amor a Jesús de parte de quien lo ha puesto a tu disposición y que ha recibido de su Corazón y de sus manos todo lo que contiene de bueno para compartirlo contigo. Por mi parte, suplico de nuevo al mismo Jesús que imparta su bendición a mi modesta obra y también a ti, mi querido lector, para que por ella realice en ti lo que te agrada; que te dé la gracia de utilizarla según sus deseos y que establezca por siempre en ti el reino de su gloria y de su puro amor, que él mismo tome forma y se establezca en ti, para que en ti viva y reine en plenitud y se ame y glorifique a sí mismo por toda la eternidad.

PRIMERA PARTE

EJERCICIOS DIARIOS PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN

a. Ejercicio durante la mañana

1. Al despertarte

Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, es, según palabra de su apóstol, el que da comienzo y plenitud a nuestra fe¹⁸y, como se llama a sí mismo en el Apocalipsis, el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin de todas las cosas¹⁹. Es justo, pues, que sea el comienzo y fin de nuestra vida, de nuestros años, meses, semanas, días y ejercicios.

Por eso, así como hubiéramos debido consagrarle, de haber tenido uso de razón, el comienzo de nuestra vida y como deseamos terminarla en su gracia, en el ejercicio de su amor, así también si queremos alcanzar este don, debemos consagrarle con ejercicios de piedad y de amor el comienzo y el fin de cada año, de cada mes, de cada semana y especialmente de cada día. Es importante, ante todo, comenzar bien cada día para que nuestro espíritu se llene tempranamente de buenos pensamientos y para ofrecer a nuestro Señor nuestras primeras acciones, porque de allí depende la bendición del resto del día.

Por eso, apenas despiertes, levanta tus ojos al cielo y tu corazón a Jesús para consagrarle el primer uso de tus sentidos y los primeros pensamientos y afectos de tu espíritu y de tu corazón.

Que tu primera palabra sea el santo nombre de Jesús y de María:

Jesús, María. ¡Jesús! ¡María! ¡Madre de Jesús! María, Madre de Jesús, te entrego mi corazón para siempre, para que lo entregues a tu Hijo Jesús. Ven, Señor Jesús²⁰.

¹⁸ Hb 12, 2

¹⁹ Ap. 22, 13

²⁰ Ap. 22, 20

Ven a mi espíritu y a mi corazón para que lo llenes y poseas enteramente. ¡Jesús que seas Jesús para mí!

2. Al levantarte

Que tu primera acción exterior sea la señal de la cruz, mientras dices: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, al mismo tiempo que te entregas a las tres divinas personas para que te posean perfectamente. Cuando llegue la hora de levantarte, acuérdate del amor inmenso por el cual el Hijo de Dios, en el momento de su encarnación, salió del seno de su Padre, lugar (si se puede usar esta expresión) de delicias, de descanso y de gloria, para venir a la tierra a someterse a nuestras miserias y compartir nuestros dolores y fatigas. Y en honor y unión de ese amor saldrás pronta y valientemente del lecho, diciendo: *Me levantaré en busca del amado de mi alma*²¹, deseando pronunciar esta frase con todo el amor que recibe Jesús en el cielo y en la tierra.

Luego, de rodillas, adora a Jesús, diciendo:

Te adoramos, Señor Jesús, y te bendecimos, te amamos con todo nuestro corazón, con nuestra alma y con todas nuestras fuerzas.

Y al pronunciar estas palabras desearás decirlas con toda la humildad, la devoción y el amor del cielo y de la tierra y en nombre de todas las criaturas.

3. Al bañarte²²

Jesús mío, te adoro especialmente en el misterio de tu bautismo en el Río Jordán y en las disposiciones de tu alma santa al cumplir con este rito, y en los designios que con esta ocasión tuviste sobre mí.

O bien:

²¹ Cant. 3, 2

²² Este apartado no se encuentra en el libro "Vida y Reino". Ha sido tomada del libro sobre el Bautismo "Contrato del hombre con Dios" de san Juan Eudes, como una sugerencia coherente con las otras acciones al iniciar el día.

«Jesús, te adoro como el autor y el institutor del santo Sacramento del Bautismo, cuyas gracias me alcanzaste y mereciste por tu Encarnación, por tu Bautismo en el Jordán y por tu pasión y muerte dolorosísima.

O bien:

Me doy a ti, buen Jesús: renueva y resucita en mí la gracia del bautismo, y realiza en mí, por tu gran misericordia, los designios que tuviste sobre mí, al instituir el Santo Bautismo.

4. Al vestirte

Recuerda que nuestro Señor Jesucristo, al encarnarse, se revistió, por amor a ti, de nuestra humanidad, mortalidad, miserias y necesidades. Que, por lo mismo, necesitó de vestido como tú. Luego eleva hacia él tu corazón para decirle:

Bendito seas Señor, por siempre, porque de esa manera te has humillado por mi amor. Te ofrezco lo que estoy realizando en estos momentos para honrarte por haber revestido tu divinidad con nuestra humanidad y por haber usado vestidos semejantes a los nuestros. Deseo realizar esta acción con tus mismas disposiciones e intenciones.

Piensa también en tantos pobres que nada tienen para cubrirse, aunque no han ofendido a Dios como tú, y que nuestro Señor, en extremo bondadoso, te ha dado con qué cubrirte, y por lo mismo dirás:

Te bendigo mil veces, Dios mío, por tantas misericordias conmigo. Te suplico alivies las necesidades de los pobres. Y así como me has dado con qué vestir mi cuerpo, reviste mi alma de ti mismo, de tu espíritu, de tu amor, de tu humildad, mansedumbre, paciencia, obediencia y demás virtudes.

5. Toda nuestra vida está destinada a dar gloria a Jesús

Nuestra vida con sus pertenencias y dependencias pertenece por entero a Jesucristo.

1. Porque él es nuestro Creador. De él recibimos el ser y la vida que llevan impresa la imagen y semejanza de su vida y de su ser. Por eso le pertenecemos en forma total y debemos ajustarnos a él como la imagen a su prototipo.

2. Porque él nos conserva a cada instante en el ser que nos dio, y nos lleva continuamente en su regazo con mayor solicitud y ternura que una madre a su hijo.

3. Porque según la Palabra sagrada su Padre le ha dado desde siempre y por toda la eternidad todas las cosas en general y a cada uno de nosotros en particular.²³

4. Porque es nuestro Redentor. Él nos ha librado de la esclavitud del demonio y del pecado y nos ha rescatado al precio de su sangre y de su vida. Por eso a él pertenece todo cuanto somos y tenemos: nuestra vida, nuestro tiempo, nuestros pensamientos, palabras y acciones, nuestro cuerpo y nuestra alma, el uso de los sentidos corporales y de las facultades del espíritu, y de las cosas del mundo. Porque no sólo nos adquirió por su sangre la gracia para santificar nuestras almas, sino también cuanto requiere la conservación de nuestros cuerpos. Porque, a causa de nuestros pecados, no tendríamos derecho ni de transitar por el mundo, ni de respirar el aire, ni de comer un trozo de pan o beber una gota de agua, ni de servirnos de criatura alguna, si Jesucristo no nos hubiera dado ese derecho por su sangre y por su muerte. (...)

5. Porque Jesús nos ha dado todo cuanto es y cuanto tiene. Nos ha dado a su Padre para que sea también nuestro Padre, a su Espíritu Santo para que sea nuestro Espíritu y nos enseñe, gobierne y guíe en todas las cosas; a su santa Madre para que sea nuestra Madre; a sus ángeles y santos para que nos protejan e intercedan por nosotros; las criaturas del cielo y de la tierra para nuestro servicio.

Nos ha dado, además, su propia persona en la Encarnación. Todos los instantes de su vida los empleó por nosotros; sus pensamientos, palabras y acciones y los pasos que dio estuvieron consagrados a nuestra salvación. En la Eucaristía nos ha dado su cuerpo y su sangre, con su alma y su divinidad, con todas sus maravillas y tesoros infinitos; y esto cada día y cuantas veces nos disponemos a recibirlo.

De ahí nuestra obligación de darnos enteramente a él, de ofrecerle y consagrarle todas las actividades y ejercicios de nuestra vida. Si fueran nuestras todas las vidas de los ángeles y de los hombres de todos los tiempos, deberíamos consumirlas en su servicio. Aunque sólo hubiera empleado por nosotros un instante de su vida, él vale más que mil eternidades, si así se puede hablar, de las vidas de todos los

²³ Sal. 2, 7-8; Lc. 10, 22; Jn 13, 3.

ángeles y seres humanos. Con mayor razón debemos consagrar a su gloria y a su servicio el poco de vida y de tiempo que pasamos sobre la tierra.

Con ese fin, lo primero y principal que debes hacer es conservarte en su gracia y amistad. Huirás del pecado, que puede hacértela perder, más que de la muerte y de los más terribles males del mundo. Si, por desgracia, caes en algún pecado, levántate cuanto antes mediante la confesión. Porque como las ramas, las hojas, flores y frutos pertenecen al dueño del tronco del árbol, así mientras pertenezcas a Jesucristo y estés por la gracia unido a él, toda tu vida, con sus dependencias, y todas tus buenas acciones, a él pertenecen.

6. Hacer de nuestra vida un ejercicio de alabanza y de amor a Jesús

1. Antes de salir de casa y de realizar cualquier otra acción, ponte de rodillas y dedica al menos medio cuarto de hora a quien te dio su vida entera. Adóralo, dale gracias, ofréctete a él y conságrale todas tus acciones del día a su *gloria*. Por los libros de santa Gertrudis sabemos que el Señor le aseguró que aceptaba complacido el ofrecimiento, de las acciones más mínimas, como las respiraciones y las palpitaciones del corazón²⁴. En virtud de esta ofrenda, todos tus pasos, el uso de tus sentidos exteriores e interiores y todos tus actos redundarán en su *gloria*. Pero cuando te exhorto a postrarte para adorar, dar gracias y entregarte a Jesucristo, no pretendo que te límites a la persona del Hijo, sino que incluyas a la santísima Trinidad. Lo cual se realiza necesariamente aunque no se explicita. Porque Jesucristo es una sola realidad con el Padre y el Espíritu Santo, y toda la santísima Trinidad, la plenitud de la divinidad, como dice san Pablo,²⁵ habita en él. De ahí que cuando adoramos y *glorificamos* a Jesús, damos los mismos homenajes al Padre y al Espíritu Santo.

2. Ofrece a Jesús el honor y la *gloria* que se le tributarán en ese día, en el cielo y en la tierra, y únete a las alabanzas que recibirá de su Padre eterno, de sí mismo, de su Espíritu Santo, de su santa Madre, de los ángeles y santos y de todas las criaturas.

3. Ruega a los ángeles y a los santos, a la santa Virgen, al Espíritu Santo y al Padre eterno que en ese día *glorifiquen* y amen a Jesús por ti. Esta es la petición que más les place, la que escuchan y conducen con mayor agrado. Así tendrás parte especial

²⁴ Legatus divinae pietatis, Lib. IV. Cap. II, 13

²⁵ Col 2, 9

en el amor y la *gloria* que Jesús recibe continuamente de las divinas personas y él aceptará esos homenajes como si procedieran de ti, porque ellos se los tributan a petición tuya.

Si eres fiel a esas tres prácticas, resultará que cada mañana, cada día y toda tu vida en su conjunto, serán un continuo ejercicio de amor y de gloria a Jesús (...).

Conviene, además, que cada mañana aceptes, por amor a nuestro Señor, las molestias que te sucederán durante el día. Renuncia también a las tentaciones del espíritu maligno, a todo sentimiento de amor propio y demás pasiones. Estos dos actos tienen importancia, porque durante el día ocurren, de paso, mil detalles enojosos que no se ofrecen a Dios y muchas tentaciones de amor propio que se deslizan insensiblemente en nuestras acciones.

Mediante esos dos actos Dios será glorificado en todas tus penas corporales y espirituales y recibirás fuerza para resistir a las tentaciones y para destruir las consecuencias del amor propio y de los demás vicios. Para ello podrás servirte de la siguiente elevación.

7. Elevación matinal a Jesús

¡Adorable Jesús! Postrado ante ti en la inmensidad de tu espíritu y en la grandeza infinita de tu amor, te adoro, te glorifico, te bendigo y te amo por lo que eres en ti mismo y en todas las cosas. Adoro, bendigo y amo dentro de ti y por medio de ti, a la santísima Trinidad.

Te doy gracias infinitas porque velaste sobre mí en esta noche. Te ofrezco las bendiciones que durante ella recibiste en el cielo y en la tierra. Me ofrezco y consagro a ti, Salvador mío, y por ti al Padre, en forma total y perdurable.

Te ofrezco mi cuerpo, mi alma, mi espíritu, mi corazón, mi vida, mis pasos y miradas. Deseo consagrarlos a tu gloria y que representen otros tantos actos de alabanza, de adoración y de puro amor hacia ti. Te ofrezco también, Jesús, y por ti a la santísima Trinidad, el amor y la gloria que recibirás hoy y en toda la eternidad en el cielo y en la tierra. Me uno a las alabanzas que han tributado y tributarán siempre al Padre su Hijo y el Espíritu Santo, al Hijo, el Espíritu Santo y el Padre; al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo la santa Virgen, los ángeles y santos y todas las criaturas.

Jesús, adora y ama a tu Padre y al Espíritu Santo por mí. Padre de Jesús, ama y glorifica a tu Hijo Jesús por mí. Santo Espíritu de Jesús, ama y glorifica a Jesús por

mí. Madre de Jesús bendice y ama a tu Hijo Jesús por mí. Bienaventurado san José, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, adoren y amen a mi salvador por mí.

Acepto desde ahora por amor a ti, Señor Jesús, las molestias, contrariedades y aflicciones, corporales y espirituales que me sobrevendrán en el día de hoy y en toda mi vida y me ofrezco a ti para sobrellevar lo que te plazca sólo para agradarte y darte gloria.

Renuncio también desde ahora, a las seducciones y tentaciones del espíritu maligno y desapruebo todo sentimiento de amor propio, de orgullo y demás pasiones e inclinaciones torcidas que hay en mí.

Te suplico, Salvador mío, que imprimas en mi corazón, odio, horror y temor hacia el pecado más fuerte que a todos los males del mundo; que prefiera morir a ofenderte deliberadamente. Dame la gracia de servirte en el día de hoy y en el resto de mi vida con fidelidad y amor y de tratar a mi prójimo con caridad, mansedumbre, paciencia, obediencia y humildad.

8. Otra elevación a Dios para santificar nuestras acciones

Dios mío, Creador y soberano Señor mío, si te pertenezco por infinidad de títulos, también debe ser tuyo cuanto procede de mí. Me has creado para ti: por lo tanto me ofrezco a mí mismo y a todas mis acciones que no tendrían valor alguno si no las refiero a ti (...).

Y para que sean más de tu agrado las uno a las de Jesucristo, nuestro Señor, a las de la santa Virgen María, su Madre, a las de los espíritus bienaventurados y de los justos de todos los tiempos, los del cielo y los de la tierra.

Te consagro todos mis pasos, palabras, miradas, cada movimiento de mi cuerpo y cada pensamiento de mi espíritu, con la intención de darte por ellos gloria infinita y de amarte con amor sin límites.

Te ofrezco también las acciones de las demás criaturas: la perfección de todos los ángeles, las virtudes de los patriarcas, de los profetas y de los apóstoles, los sufrimientos de los mártires, las penitencias de los confesores, la pureza de las vírgenes, la santidad de todos los bienaventurados. Y finalmente te ofrezco a ti mismo. No lo hago para alcanzar nada de ti, ni siquiera el paraíso, sino para agradarte cada día más y darte mayor gloria.

Quiero, además, ofrecerte desde ahora, en estado de libertad, los actos de amor y de las demás virtudes con que te mostraré necesariamente mi amor en la dichosa eternidad, como lo espero de tu bondad.

Quiero igualmente en todas mis acciones, no sólo ajustar mi voluntad a la tuya sino hacer únicamente lo que más te agrada, para que sea tu voluntad y no la mía la que se cumpla en todas las cosas. Quiero decirte siempre con los labios y de corazón y en todos los actos de mi vida: "Señor, que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo".

Concédeme, Señor, esta gracia, para poder amarte con mayor fervor, servirte con mayor perfección y buscar únicamente tu gloria. Que yo me transforme de tal manera en ti que solo viva para ti y en ti y que agradarte sea mi paraíso, en el tiempo y en la eternidad.

A la santísima Virgen

Madre de Jesús, Reina del cielo y de la tierra: te saludo y venero como a mi soberana Señora; a ti pertenezco después de Dios. Te doy todo el honor que me es posible y que te debo según Dios y según tus grandezas. Me doy enteramente a ti para que tú me ofrezcas a tu Hijo. Que, por tus ruegos, todo cuanto hay en mí quede consagrado a su gloria y a la tuya y que prefiera morir a perder su gracia.

A san José

Bienaventurado san José, excelso padre de Jesús y dignísimo esposo de María: te pido que seas para mí, padre, protector y guía en el día de hoy y en toda mi vida.

Al ángel de la guarda

Santo ángel de mi guarda: me ofrezco a ti para que me entregues a Jesús y a su santa Madre. Pídeles para mí la gracia de honrarlos y amarlos con toda la perfección que exigen de mí.

A todos los ángeles y santos

Santos ángeles y bienaventurados santos y santas: a ustedes me ofrezco; presénteme a Jesús y ruéguenle que me dé su bendición para emplear fielmente este día en su servicio.

Pedir la bendición de Jesús y de su santa Madre

Jesús, María, Madre de Jesús, imploro tu santa bendición. Nos bendiga con su Hijo, la santísima Virgen María... En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. (Padre nuestro... Dios te salve, María. Creo en Dios Padre...)

b. Ejercicio para el día

9. Jesús es nuestro centro y nuestro paraíso

El único objeto de las miradas, del amor y de las complacencias del Padre eterno, es su Hijo Jesús. Porque como el Padre ha querido, al decir de su apóstol, que su Hijo fuera todo en todas las cosas²⁶ y que todas las cosas tuvieran consistencia en él y por él,²⁷ así también mira y ama todas las cosas en él. Y, como el mismo apóstol nos enseña: *Dios creó todas las cosas en él y por él.*²⁸ Por consiguiente lo ha hecho todo para él.²⁹ Y como ha puesto en él todos los tesoros de su ciencia y de su sabiduría,³⁰ de su bondad, su belleza, su *gloria*, su felicidad y de todas sus demás perfecciones, el Padre mismo nos anuncia, en diversas ocasiones, que ha puesto toda su complacencia y sus delicias en ese Hijo único y amadísimo.³¹ Lo cual no excluye, claro está, al Espíritu Santo, que es el Espíritu de Jesús y una sola cosa con él.

En pos del Padre celestial, a quien debemos imitar como a nuestro Padre, Jesús debe ser el objeto único de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Veamos y amemos todas las cosas en él. Nuestras acciones las realizamos en él y para él. Nuestro contento y nuestro paraíso debe ser él; porque como es el paraíso del Padre eterno que en él encuentra sus complacencias, también el Padre nos lo dio para que sea

²⁶ Ef. 1, 23; Col. 3, 11

²⁷ Col. 3, 17

²⁸ Col. 1, 16

²⁹ Hb. 2, 10

³⁰ Col. 2, 3

³¹ Mt. 3, 17; Lc. 3, 35

nuestro paraíso. Por eso nos manda que moremos en él: *Permanezcan en mí*³². Y su discípulo amado nos reitera el mandamiento: *Permanezcan en él, hijos, permanezcan en él*.³³ San Pablo nos asegura que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús.³⁴ Al contrario, podemos decir que fuera de él solo hay perdición, maldición e infierno (...).

Considera, pues, a este amabilísimo Salvador como el objeto único de tus pensamientos, deseos y afectos; como el fin único de tus acciones; como tu centro, tu paraíso y tu todo. Retírate de todas partes y búscalos a él como un lugar de refugio, elevando a él tu espíritu y tu corazón (...).

Medita a menudo aquella palabra suya: *Sólo una cosa es necesaria*,³⁵ a saber, *servir, amar y dar gloria a Jesús. Todo lo demás es locura, engaño, ilusión, pérdida de tiempo, aflicción de espíritu, vanidad de vanidades*.³⁶

Piensa que estás en la tierra únicamente para esa ocupación, la más necesaria importante y urgente. Y que tus pensamientos, palabras y acciones deben tender a ese fin. Por eso al comienzo de tus acciones, ofrécelas a nuestro Señor, reafirmándole que quieres realizarla únicamente por su *gloria*.

Si caes en alguna falta, no te desalientes, aunque reincidas en ella, pero humíllate profundamente ante Dios (...) y haz un acto de contrición. Suplica a nuestro Señor Jesucristo que repare tu falta, que te dé nueva gracia y fuerza para no recaer y que afiance de nuevo en ti el propósito de morir antes que ofenderlo.

Acuérdate a menudo de que estás ante Dios y dentro de Dios mismo (...). Que Jesucristo, por su divinidad, te rodea, te penetra y te colma de tal manera que está en ti más que tú mismo; que él piensa de continuo en ti y que sus ojos y su corazón están siempre vueltos hacia ti. Esto te llevará a pensar en él, a elevar a él tu espíritu y tu corazón. Puedes servirte para ello de alguna de las elevaciones siguientes, o de otra semejante que te inspire su divino Espíritu.

³² Jn. 15, 4

³³ 1 Jn 2, 27-28

³⁴ Rm. 8, 1

³⁵ Lc. 10, 42

³⁶ Qoh. 1,2. 14

10. Elevaciones a Jesús durante el día

¡Jesús, único amor mío, el amado de mi alma, el objeto de todos mis amores! ¿Cuándo te amaré perfectamente? Tú que eres mi divino sol, ilumina las tinieblas de mi espíritu, incendia mi helado corazón. Tú que eres la luz de mis ojos, haz que te conozca y que me conozca, para que a ti te ame y a mí me odie. Tú eres mi suave luz: hazme descubrir que todo cuanto hay fuera de ti sólo es humo, engaño y vanidad.

Mi Dios y mi todo: apártame de lo que no seas tú, para unirme enteramente a ti. Mi amado todo: sé tú mi todo, y que lo demás nada signifique para mí. Jesús mío, sé tú Jesús para mí. Tú, vida de mi alma, Rey de mis amores, vive y reina en mí perfectamente. ¡Viva Jesús!, ¡Viva el Rey de mi corazón, viva la vida de mi vida! Que él sea amado y glorificado por todo en todas las cosas.

Te pido, fuego divino e inmenso, fuego devorador, que me consumas íntegramente en tus sagradas llamas. Fuegos, llamas celestiales: caigan sobre mí y transfórmenme en llama de amor a mi Jesús. Tú, Jesús, que eres todo fuego y llama de amor hacia mí, haz que yo sea fuego y llama de amor hacia ti. Tú, Jesús, eres todo mío: que yo sea todo tuyo por siempre. Tú eres el Dios de mi corazón, mi único tesoro: sólo a ti deseo en el cielo y en la tierra. Tú eres el único necesario, a quien busco y deseo, mi Jesús y mi todo: fuera de él todo es nada. Ven, Señor Jesús, ven a mi corazón para que allí te ames tú mismo en forma perfecta. ¿Cuándo será, Jesús, que nada en mí sea contrario a tu santo amor?

Madre de Jesús, muestra que de verdad lo eres: fórmalo y hazlo vivir en mí.

Madre de amor, ama a tu Hijo por mí.

Jesús, date a ti mismo, centuplicado, el amor que yo hubiera debido darte en toda mi vida y que debían darte todas las criaturas.

Te ofrezco, Jesús, todo el amor del cielo y de la tierra. Te doy mi corazón para que lo colmes de tu santo amor.

Que todos mis pasos den homenaje a tu caminar sobre la tierra. Te consagro mis pensamientos para honrar los tuyos, mis palabras para honrar tus santas palabras. Que todas mis acciones glorifiquen las tuyas divinas.

Tú eres mi gloria: haz que me inmole eternamente a tu gloria.

Tú eres mi todo: renuncio a todo lo que no eres tú y me entrego a ti para siempre.

c. Ejercicio para la noche

Terminar bien la jornada es tan importante como comenzarla bien y consagrar a Dios sus últimas acciones como las primeras. Por eso, antes de tomar tu descanso, ponte de rodillas, agradece a Dios los beneficios que de él recibiste durante el día; haz tu examen de conciencia y ofrécete a él mediante los ejercicios siguientes.

11. Acción de gracias

Jesús, mi Señor, te adoro, porque eres el principio y la fuente, junto con tu Padre y tu Espíritu Santo, de lo bueno, santo y perfecto que hay en el cielo y en la tierra, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Te agradezco los dones y bienes celestiales y terrestres, temporales y eternos que han venido de ti, especialmente en este día, en la tierra y en el cielo.

Te bendigo y te doy gracias por cuanto eres en ti mismo, y por lo que realiza tu bondad, especialmente en este día, en favor de todas tus criaturas y particularmente en favor mío que soy la más desvalida de todas ellas. Te ofrezco el amor y las alabanzas que te han dado siempre y especialmente hoy, en el cielo y en la tierra. Que te bendigan eternamente tus ángeles y santos, todas las criaturas y las potencias de tu divinidad y de tu humanidad.

12. Examen de conciencia

Te miro, Señor Jesús, como a mi soberano juez. Me someto gustoso al poder que tienes de juzgarme. Comunícame algo de la luz con que me harás ver mis pecados cuando me presente ante tu tribunal a la hora de mi muerte para que, con la claridad de esa luz, pueda comprender mis ofensas contra ti. Comunícame también el celo de tu justicia y el odio que tienes al pecado (...).

Después de esto, pasarás revista de toda la jornada, para descubrir y reconocerlos pecados con que has ofendido a Dios. Acúsate de ellos ante su presencia y pídele perdón, haciendo actos de contrición de la siguiente manera:

13. Actos de contrición

Salvador mío: me acuso ante ti, ante tus ángeles y santos, de los pecados que he cometido en toda mi vida y particularmente en el día de hoy, contra tu divina Majestad. Te suplico, Señor mío, por tu inmensa misericordia, por tu preciosa sangre derramada por mí, y por la intercesión y méritos de tu santa Madre y de tus ángeles y santos, que me concedas la gracia de una perfecta contrición y arrepentimiento. Detesto mis pecados de todo corazón y con todas las fuerzas de mi voluntad, por la ofensa y deshonor que con ellos te he causado. Los odio porque tú los odias y porque a causa de ellos has padecido los tormentos más atroces, has derramado hasta la última gota de tu sangre y has sufrido la más cruel de todas las muertes. Por eso, Salvador mío, los abomino y renuncio a ellos para siempre. Quisiera tener el dolor y la contrición de san Pedro, de santa Magdalena y de todos los santos penitentes, para llorar mis ofensas con su mismo arrepentimiento (...).

Te pido, amabilísimo Señor, la gracia de preferir morir mil veces, antes que volver a ofenderte mortalmente o de cualquier manera en forma deliberada. Prometo con la ayuda de tu gracia, que me acusaré de todos mis pecados en mi próxima confesión, con el firme propósito de alejarme de ellos por amor a ti. Renuncio de todo corazón para siempre a toda clase de pecado y me ofrezco a ti para sufrir lo que tú quieras en satisfacción de mis ofensas. Acepto desde ahora, en homenaje a tu justicia, las penas y penitencias que te plazca imponerme, en ésta o en la otra vida. En satisfacción del irrespeto que te he causado, te ofrezco la gloria que recibiste en el día de hoy, de ti mismo, de tu santa Madre, de tus ángeles y santos y de las almas santas que están en la tierra.

Me doy enteramente a ti, Jesús: destruye en mí cuanto te desagrade repara tú por mí las ofensas que he cometido contra tu eterno Padre, contra ti mismo, contra tu Espíritu Santo, contra tu santa Madre, tus ángeles y santos y contra todas las criaturas. Dame la fuerza y la gracia para no ofenderte jamás.

Ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, madre de Jesús suplan mis deficiencias y reparen por mí la ofensa que he causado a Dios con mis pecados; ríndanle, centuplicados, el amor y la gloria que yo hubiera debido tributarle hoy y en toda mi vida. Madre de Jesús, Madre de misericordia; ruega a tu Hijo que tenga misericordia de mí. Madre de gracia, ruega a tu Hijo que me conceda la gracia de no ofenderlo más y de amarlo y servirlo con fidelidad. Bienaventurado san José, santo ángel de mi guarda, bienaventurado san Juan, santa Magdalena, intercedan por mí para que alcance misericordia y gracia y sea más fiel a mi Dios.(Padrenuestro, Ave María, Credo).

14. Ofrecer el descanso a Jesús

Te ofrezco, Jesús, el descanso que voy a tomar en honor del reposo eterno que disfrutas en el regazo de tu Padre y para honrar tu sueño y descanso temporal en el seno de tu Madre y durante tu vida terrena. Te ofrezco las respiraciones y latidos de mi corazón y deseo que sean otros tantos actos de alabanza y de adoración a ti. Me uno a las alabanzas que recibirás en esta noche, en el cielo y en la tierra y suplico a tus ángeles y santos, a tu santa Madre y a ti mismo que te amen y te glorifiquen por mí en esta noche y por toda la eternidad.

Al acostarte harás la señal de la cruz y repetirás la última palabra que Jesús dirigió a su Padre en el último instante de su vida: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*³⁷ Y tú se las dirigirás a Jesús: *En tus manos, Señor Jesús, encomiendo mi espíritu.*³⁸

Esta oración, que habrás de decir en tu última hora, tratarás de decirla como si esa hora hubiera llegado para ti, con el amor, la humildad, la confianza y demás disposiciones santas y divinas con que las pronunció Jesús. Desde ahora te unirás, para la hora de tu muerte, a las disposiciones con que Jesús terminó su vida. Le pedirás a Jesús que grave en ti esa plegaria y la conserve para esa hora a fin de que mueras en Jesús, con sus mismas disposiciones e intenciones, y se te apliquen aquellas palabras: *Felices los que mueren en el Señor.*³⁹

Finalmente tratarás de que tu último gesto antes de dormirte sea la señal de la cruz, tu último pensamiento sea el de Jesús, tu último acto interior sea de amor a Jesús, tu última palabra el santo nombre de Jesús y María. Así merecerás que las últimas palabras de tu vida sean:

¡Jesús, María! ¡Viva Jesús y María! ¡Buen Jesús, sé tú Jesús para mí! ¡María, Madre de Jesús sé también la Madre mía!

³⁷Lc. 23, 46.

³⁸Hch. 7, 59.

³⁹Ap. 14, 13.

d. La confesión

15. Antes de la confesión

La frecuencia del sacramento de la Penitencia, del cual la confesión es una parte, es algo muy necesario, muy santo y muy útil para la gloria de Dios y para la santificación de los cristianos, con tal que nos acerquemos con las condiciones requeridas.

Una cosa muy deplorable es ver ese errado abuso que muchos hacen hoy del sacramento, que vienen a los pies de los sacerdotes para recibir la absolución de sus faltas, pero se dirigen a la condenación, puesto que no van con las disposiciones necesarias para una penitencia verdadera y sólida. Es algo que debe hacernos pensar mucho, incluso para los que se confiesan con frecuencia porque hay un gran motivo de temor que no lo hagan sino por rutina y no por un verdadero espíritu de penitencia, especialmente cuando no se ve ningún cambio en su vida y en sus comportamientos, ni tampoco algún avance en las virtudes cristianas. Por tanto, cuanto más frecuentes este sacramento tanto más debes tener cuidado de ir con la preparación debida. Con este fin tienes tres cosas para hacerlo.

1. Ponte de rodillas a los pies de nuestro Señor, en algún lugar retirado, si es posible, para pensar en él y adorarlo en la penitencia rigurosa, y en la contención y humillación profunda que él tuvo de tus pecados durante toda su vida, especialmente en el jardín de Los Olivos; y para suplicarle con insistencia que te participe su espíritu de penitencia, y que te dé la gracia de conocer tus pecados, de odiarlos y detestarlos como él quiere, de confesarlos claramente y de renunciar absolutamente y de convertirte perfectamente en él, renunciando a todas las ocasiones de pecado, y sirviéndote de los remedios necesarios para la curación de las llagas de tu alma. Con este objetivo puedes servirte de la siguiente oración o de alguna parecida:

Querido Jesús mío, te contemplo en el jardín de Los Olivos, ya para iniciar tu santa Pasión, te veo postrado en tierra delante de tu Padre y en nombre de todos los pecadores, puesto que has cargado con todos los pecados del mundo, y particularmente los míos, que tú te has apropiado en cierta manera. Veo cómo tú has puesto todos estos pecados ante los ojos, para confesarlos a tu Padre en nombre de todos

los pecadores y por esta causa para llevar la humillación y la contrición en su presencia y para ofrecerte a él a fin de hacer la satisfacción y la penitencia que le agrada.

Después de esta contemplación del horror de mis crímenes y del deshonor que se da a tu Padre por ellos te veo reducido, buen Jesús, a una agonía muy extraña, en una terrible tristeza, y en un dolor y condición tan extremos, que la violencia de este dolor hace o lleva tu bendita alma triste hasta la muerte, y hasta te hace sudar sangre en tal abundancia que toda la tierra queda bañada con ella.

Salvador mío, yo te adoro, yo te amo y te glorifico en este estado y en este espíritu de penitencia al que tu amor y mis ofensas te han conducido.

Me entrego a ti para entrar ahora contigo en este espíritu. Participame, por favor, de esta luz con la cual tuviste conocimiento de mis pecados para que yo los conozca y pueda acusarme de ellos y los desprecie. Participame de la humillación y contrición que tú has tenido frente a tu Padre como también del amor con el que te ofreces a él para hacer penitencia, y del odio y el horror que le tienes al pecado y dame la gracia de hacer esta confesión con una humildad perfecta, con sinceridad y con arrepentimiento, y con la resolución firme y poderosa de no ofenderte más en el futuro.

Madre de Jesús, concédeme, por favor, estas gracias de tu Hijo.

Ángel de mi guarda, ruégale a nuestro Señor por mí, que me dé la gracia de conocer mis pecados, de confesarlos bien y de tener una contrición verdadera y de convertirme perfectamente.

2. Después de hacer esta oración, examínate con gran detenimiento y procura acordarte de los pecados que has cometido desde la última confesión. Después de haberlos reconocido, intenta lamentarlos en tu corazón, busca un arrepentimiento perfecto y la contrición por haber ofendido a un Dios tan bueno, pídele perdón por tus faltas, recházalas y renuncia a ellas porque le desagradan a Dios, toma una firme resolución de separarte de los pecados en el futuro, mediante su gracia y de evitar todas las circunstancias de pecado y de servirte de los medios debidos y eficaces para llegar a una verdadera conversión: en esto consiste la confesión.

Pero, ya que esta misma confesión es extremadamente necesaria e importante, no solo en la confesión sino en muchas otras ocasiones, deseo veas más claramente

en qué consiste, cuándo y cómo hay que hacer actos de contrición; esto sucederá después de haber hecho el tercer paso requerido para la perfección de la confesión y lo que hay que hacer después de haberse confesado.

3. El tercer elemento que debes hacer para una perfecta confesión es que vayas ante el sacerdote como ante aquel que representa la persona y ocupa el lugar de Jesucristo; que vayas allí en calidad de criminal de lesa majestad divina, con el propósito de humillarte y confundirte, de tomar la parte de Dios contra ti mismo, como contra su enemigo, puesto que eres pecador, y de revestirte del celo de su justicia contra el pecado y del odio infinito que él le tiene. Así como también con una poderosa decisión de confesar humilde, entera y claramente todos tus pecados sin disfrazarlos, excusarlos, ni culpar a otros, sino de acusarlos como si estuvieras al borde de la muerte.

Debes considerar que vale más decir tus pecados a los oídos de un sacerdote, que tener la vergüenza en el día del juicio de decirlos delante de todo el mundo, y de ser condenado para siempre. Por otra parte, debemos aceptar con gusto la pena y la confusión que existe al confesar nuestros pecados para hacerle un homenaje a la confusión y a los tormentos que nuestro Señor Jesucristo sufrió en la cruz por estos mismos pecados, así como también para glorificar a este mismo Señor por esta humillación, teniendo en cuenta que cuanto más nos humillemos, tanto más exaltado será él en nosotros.

16. Después de la confesión

Después de que te hayas confesado y hayas recibido el perdón de tus pecados por medio del sacramento de la Penitencia, dale gracias a Nuestro Señor, porque te ha dado una gracia tan grande. Porque cuando él nos libera de cualquier pecado, sea que nos preserve de caer en él, sea perdonándonos después de haber caído, aunque sea el pecado venial más pequeño del mundo, él nos concede una gracia inmensa y, por tanto, estamos más obligados de agradecersele que si él nos hubiera preservado o liberado de todas las pestes, enfermedades, y otros sufrimientos corporales que nos puedan llegar. Dale gracias de esta manera y pide que te preserve del pecado en el futuro.

Bendito seas buen Jesús, bendito seas mil veces. Que todos tus ángeles, tus santos, y tu santa madre te bendigan ahora y siempre por haber establecido en tu Igle-

sia el santo sacramento de la Penitencia, y por habernos dado un medio tan oportuno, tan fácil y tan poderoso para borrar nuestros pecados y reconciliarnos contigo. Bendito seas por toda la gloria que recibes y recibirás hasta el fin del mundo a causa de este sacramento. Bendito seas por toda la gloria que tú mismo das a tu Padre por la confesión, si se puede hablar de esta manera, que tú le hiciste de nuestros pecados en el huerto de Los Olivos y por la humillación, contrición y penitencia que hiciste por ellos. Salvador mío imprime, por favor, en mí un odio, un horror y un temor del pecado, más que de todos los otros males, que existen en la tierra y en el infierno y haz que yo muera mil veces antes que ofenderte en el futuro.

17. La contrición

La contrición es una realidad tan poderosa, tan santa y tan amable que un verdadero acto de contrición es capaz de borrar mil pecados mortales si existieran en un alma. En esto consiste la contrición: la contrición es un acto de odio y de horror, de dolor y de arrepentimiento frente al pecado que hemos cometido, porque le desagrada a Dios; es decir, es un acto de nuestra voluntad por medio del cual declaramos a Dios que queremos odiar y detestar nuestros pecados que estamos adoloridos por haberlos cometido y que renunciamos y deseamos separarnos de ellos, no tanto por nuestro interés sino por el suyo. Quiero decir, no tanto por el mal nuestro, por el error y por el daño que nos hacemos a nosotros mismos con nuestros pecados, sino por la injuria, por el deshonor, por los grandes tormentos y por la muerte cruel, con la que hemos sufrir a nuestro Señor por estos pecados.

Además hay que subrayar que a pesar de que la menor ofensa hecha contra la bondad infinita es tan detestable que, aunque lloráramos hasta el día del juicio, aunque muriéramos de dolor por la más pequeña falta, todavía sería demasiado poco; sin embargo, no es necesario para tener una verdadera contrición derramar lágrimas ni tener un dolor sensible o un sentimiento doloroso de los pecados. Ya que la contrición es un acto espiritual interior de la voluntad que es un poder espiritual y no sensible de nuestra alma, se puede hacer un acto de contrición sin experimentar sensiblemente ningún dolor; por tanto, es suficiente declararle a nuestro Señor, con una decisión verdadera que queremos odiar y detestar nuestros pecados, y alejarnos de ellos en el futuro, porque le desagradan y que tenemos el deseo de confesarlos en la primera confesión que hagamos.

Nota también que la contrición es un don de Dios y una consecuencia de la gracia; por esta razón aunque supieras muy bien en qué consiste y emplearas tus fuerzas y tu voluntad para hacer un acto de contrición, nunca lo podrás hacer si el Espíritu Santo no te da la gracia. Pero el consuelo para ti es que no te la va a negar, si la pides con humildad, confianza y perseverancia, y no esperes a la hora de la muerte para pedirla porque de ordinario es rechazada en aquella hora a los que la negaron durante su vida.

Date cuenta que para tener una verdadera contrición se necesitan cuatro condiciones:

La primera consiste en devolver pronto el bien de otra persona cuando uno lo tiene, y hay que devolverlo a pesar de que esto sea incómodo, y restituir su fama cuando se la hemos quitado por alguna calumnia o chisme.

La segunda, hacer todo lo posible para reconciliarse con quienes existe una discordia.

La tercera, tener la decisión firme y constante, no solo de confesar sus pecados y de renunciar a ellos, sino también de usar los remedios y los medios necesarios para vencer esos malos hábitos, y para empezar una vida verdaderamente cristiana.

La cuarta, dejar realmente todas las ocasiones tanto activas como pasivas del pecado, es decir, las que se pueden dar a otras personas para ofender a Dios, o sea las que llevan a los demás a ofenderlo: como las amantes para los concubinos y adúlteros, las tabernas para los borrachos, los juegos para los apostadores y blasfemadores, cuando tienen la costumbre de decir imprecaciones y blasfemias, o de perder mucho tiempo o dinero; para las mujeres y las jóvenes las modas atrevidas y la vanidad en su arreglo; y para muchos los libros que conduzcan al pecado, la pornografía, bailes, fiestas y ciertos lugares así como ciertas compañías o ciertas personas que inducen al pecado; lo mismo ciertos oficios o profesiones que no se pueden ejercer sin pecar. Porque el Hijo de Dios nos dice: *Si tu mano o tu pie o tu ojo son ocasión de tropiezo, córtalos, arráncatelos y tíralos bien lejos, porque es mejor que entres en el cielo cojo o manco o solo con un ojo que no seas precipitado en el infierno con las dos manos, los dos pies, los dos ojos* (Mt 18, 8-9); se trata de un mandamiento absoluto que nos da bajo pena de condenación eterna, según lo explicitan los santos padres, esto es, arrancar y quitar totalmente todo lo que sea ocasión de ruina para los demás, incluso lo que no es tan malo, como ciertas profesiones y oficios que no se pueden ejercer sin pecado y a las que estamos muy apegados y consideramos preciosas, si son ocasión de perdición.

Podemos hacer actos de contrición en cualquier momento y en cualquier ocasión, pero especialmente en estas circunstancias:

1) Cuando nos vamos a confesar, puesto que la contrición (o por lo menos la atrición, que es una contrición imperfecta), es una parte necesaria de la penitencia. Por esta razón lo dije antes y lo repito ahora, es preciso poner mucha atención antes de confesarse, después de haber hecho el examen de conciencia, pedir a Dios la contrición, y hacer algunos actos de contrición.

2) Cuando hemos caído en cualquier pecado, para liberarnos pronto de ellos por medio de la contrición.

3) Por la mañana y por la noche, ya que si hemos cometido pecados en la noche o en el día, sean borrados por la contrición, y así conservemos siempre la gracia de Dios. Por eso yo les he recomendado varios actos de contrición en el ejercicio de la noche, después del examen de conciencia.

Pero además de esto, para hacer más fácil el medio y la manera de practicar algo tan necesario y tan importante, de lo cual necesitamos en todo momento, yo agrego aquí diversos actos de contrición de los que puedes servirte, según la inspiración y la orientación del Espíritu de Dios.

Pero no te equivoques imaginándote que para tener la contrición de tus pecados basta leer y pronunciar los actos que encuentras en este libro, u otros semejantes; puesto que para que haya verdadera contrición se necesita cumplir las condiciones mencionadas, acuérdate principalmente que es imposible hacer cualquier acto de contrición sin una gracia particular de Dios. Por eso, cuando quieras entrar en un verdadero arrepentimiento y contrición de tus pecados pídele al Señor que te conceda la gracia. Lo puedes hacer de esta manera:

18. Para pedir a Dios la contrición

¡Buen Jesús, deseo tener toda la contrición y el arrepentimiento de mis pecados que tú quieres que yo tenga; pero tú sabes que no la puedo tener si tu no me la das. Dámela pues, por favor, Salvador mío, por tu gran misericordia. Yo sé que soy muy indigno de que tú me mires y me escuches; concédeme lo que te pido insistentemente por los méritos de tu santa Pasión, de tu santa Madre y de todos tus Ángeles y tus Santos.

Madre de Jesús, santos Ángeles, bienaventurados Santos y Santas, pídanle a Jesús por mí para que me dé un arrepentimiento perfecto de mis pecados.

Después de esto, intenta hacer actos de contrición en una de estas maneras:

19. Actos de contrición

Amable Jesús, quiero odiar y detestar mis pecados por amor a ti.

Salvador mío, renuncio para siempre a todo pecado porque te desagrada.

Jesús mío, quiero odiar y tener horror a mis ofensas, por la injuria y el deshonor que yo te hago con ellas.

Dios mío, yo no quiero ofenderte jamás, porque tú eres digno de todo honor y de todo amor.

Señor mío, yo quiero tener toda la contrición de mis pecados que tú quieres que yo tenga.

Dios mío, quiero tener el dolor y la contrición que todos los Santos penitentes han tenido por sus pecados.

Buen Jesús, particípame de la contrición que tú mismo tuviste de mis pecados: porque yo deseo tener la misma contrición en cuanto sea posible.

Padre de Jesús, te ofrezco la contrición y la penitencia de mis pecados que tu amado Hijo tuvo, uniéndome a esta misma contrición.

Amable Jesús, haz que yo odie y tenga horror de mis pecados porque ellos fueron la causa de los tormentos y de la muerte que sufriste en la cruz.

Dios mío, quiero odiar mis pecados con el mismo odio que le tienen tus Ángeles y tus Santos.

Dios mío, quiero odiar y rechazar mis pecados como tú mismo los odias y los rechazas.

Tú puedes también hacer un acto de contrición golpeándote el pecho, como el pobre publicano del Evangelio y diciendo con él: *Señor, ten piedad de este pecador* (Lc

18, 13); con el deseo de hacer y decir estas palabras con la misma contrición con la que él hacía y decía esto, por esta razón él regreso justificado a su casa según el testimonio mismo del Hijo de Dios.

Estos son diversos actos de contrición, el menor de los cuales puede borrar toda clase de pecados a condición de que sea pronunciado en voz alta o solamente de corazón con una voluntad decidida, movida por la acción de la gracia y con la firme resolución de dejar el pecado y las ocasiones de pecado; en confesarse y de cumplir las otras condiciones que se indicaron anteriormente.

e. La comunión

Nuestro Señor Jesucristo viene a nosotros en la santa Eucaristía, con gran humildad, que lo hace rebajarse hasta tomar la forma y la apariencia de pan, para entregarse a nosotros; y con un amor tan ardiente que viene a darnos en este sacramento todo lo más grande, lo más querido y lo más precioso: también nosotros debemos acercarnos a él y recibirlo en este mismo sacramento con profunda humildad y gran amor. Estas son las dos disposiciones principales para ir a la santa comunión. Para tomar estas disposiciones propongo que te sirvas de la siguiente elevación.

20. Elevación para disponerse a la santa Comunión

Jesús, luz y santificación mía, abre los ojos de mi espíritu y llena mi alma de tu gracia para que yo conozca la importancia de la acción que voy a hacer y que la haga de manera santa y digna para tu gloria.

Alma mía, considera con atención por favor, cuál es la grandeza y la maravilla de lo que vas a hacer y cuál es la santidad y la dignidad del que vas a recibir. Vas a realizar la acción más grande, la más importante, la más santa y la más divina que jamás puedes hacer. Vas a recibir en ti, en tu corazón, en tu interioridad y en lo más íntimo de ti a tu Dios, a tu Creador, a tu Salvador, a tu Soberano Señor, a tu Jesús.

Vas a recibir dentro de ti, en tus entrañas real y verdaderamente al mismo Jesús en persona, al que recibe eternamente en el seno del Padre. Es el mismo Jesús que es la vida, la gloria, el tesoro, el amor y las delicias del Padre celestial, es el mismo Jesús que los patriarcas, los profetas y los justos del Antiguo Testamento desearon ver y no lo vieron; es el mismo Jesús que permaneció nueve meses en las sagradas entrañas de la santa Virgen, a quien ella amamantó de su seno y que ella llevó tantas veces sobre su regazo y entre sus brazos; es el mismo Jesús a quien vieron caminando y viviendo en la tierra, que bebió y comió con los pecadores; es el mismo Jesús que estuvo clavado a la cruz; es el mismo cuerpo que fue golpeado, desgarrado y roto por amor a ti; es la misma sangre que fue derramada sobre la tierra; es el mismo Corazón que fue atravesado por una lanza, a él es a quien vas a recibir en tu corazón; es el mismo Espíritu de Jesús que él entregó en las manos del Padre, al morir en la cruz; ahora tú lo vas a recibir en tu alma. ¡Cuántas maravillas están presentes aquí! ¡Qué maravilla que yo reciba en mí mismo al Salvador, que subió glorioso y triunfal al cielo, que está sentado a la derecha de Dios y que vendrá con poder y majestad al fin de los siglos a juzgar el universo!

Grandioso y admirable Jesús, los Ángeles, que son más puros que el sol, no se consideran dignos de mirarte, de alabarte y de adorarte; y hoy no solamente me permites mirarte, adorarte y amarte, sino que quieres hospedarte en mi corazón y en mi alma, y que además yo tenga la divinidad a la misma Trinidad y todo el paraíso. Señor, qué bondadoso eres. ¿De dónde me viene tanta felicidad, que el rey soberano del cielo y de la tierra quiera vivir dentro de mí, yo que soy un infierno de miserias y de pecados, para convertirme en un paraíso de gracias y de bendiciones?

Dios mío, soy muy indigno de tan gran favor, reconozco delante del cielo y de la tierra que merezco más bien ser arrojado a lo más profundo del infierno, que recibirte en mi alma llena de vicios y de imperfecciones.

Pero ya que tú quieres Salvador mío, entregarte a mí, deseo recibirte con toda la pureza, el amor y la devoción que me sea posible. Con esta intención me entrego todo a ti, buen Jesús; prepárame tú mismo, como tú deseas; destruye en mí lo que te sea contrario, y lléname de tu divino amor y de todas las gracias y disposiciones que tú quieres que yo tenga para recibirte.

Padre de Jesús, destruye en mí todo lo que le desagrade a tu Hijo y participame del amor que tú le tienes y con el que lo recibiste en tu seno maternal el día de la ascensión.

Espíritu Santo de Jesús, me entrego a ti; adórneme, por favor, con todas las gracias y virtudes que se necesitan para recibir al Salvador.

Madre de mi Dios, comparte conmigo por favor la fe y la devoción, el amor y la humildad, la pureza y la santidad con la que tú comulgaste tantas veces después de la ascensión de tu Hijo.

Santos Ángeles, santos y santas, yo me entrego a ustedes; ofrézcanme a mi Jesús y pídanle que él mismo me prepare y me comparta la pureza y la santidad y el amor muy grande que ustedes le tienen.

Querido Jesús mío, te ofrezco toda la humildad y devoción y la devoción, toda la pureza y la santidad, todo el amor y todas las perfecciones que tú has recibido en las personas santas que han existido y existen en la tierra. Deseo tener en mí todo este amor y esta devoción; aún más, si fuera posible, desearía tener en mí todo el fervor y todo el amor de los Ángeles, de los Serafines, y de todos los Santos de la tierra y del cielo para recibirte con más santidad y dignidad.

Dulce amor mío, tú eres puro amor hacia mí en este sacramento de amor, y vienes a mí con un amor infinito: que yo sea todo amor para ti a fin de recibirte todo transformado en amor por ti.

Pero, Salvador mío, no existe un lugar que sea digno de ti sino tú mismo; y no existe amor con el que puedas ser recibido dignamente sino el amor que te tienes a ti mismo. Por esta razón, para recibirte no en mí, puesto que soy indigno sino en ti mismo y con el amor que te tienes, yo me vacío de mí mismo a tus pies y de todo lo que es mío; me entrego a ti y te suplico que tú mismo me dejes vacío de mí para que vengas a mí, para que en mí establezcas tu divino amor a fin de que al venir a mí en la santa comunión seas recibido no en mí, sino en ti mismo y con el amor que tú te tienes.

Subraya bien este último artículo que presenta la verdadera disposición con la que hay que recibir al Hijo de Dios en la santa comunión. Es la preparación de las preparaciones, que incluye todas las demás, y que yo coloco al final de esta elevación para las personas más espirituales y elevadas⁴⁰. Date cuenta también que desear

⁴⁰ "Santo Tomás (3, 81, 1), según san Jerónimo y otros santos Padres, enseña que nuestro Señor Jesucristo comió su cuerpo sagrado y bebió su sangre preciosa antes de distribuirla a sus apóstoles. Unirse, en la comunión, a las disposiciones santas y totalmente divinas con las que Jesús se comulgó a sí mismo, es una excelente

tener toda la devoción y el amor de las almas santas no es inútil, puesto que Nuestro Señor dijo un día a santa Matilde, religiosa de la Orden de San Benito, que cuando ella fuera a comulgar si no sentía devoción, que deseara tener toda la devoción y todo el amor de los Santos en el momento de comulgar; y que él la consideraría como si en efecto ella lo tuviera⁴¹.

Y leemos de santa Gertrudis, que vivió en el mismo tiempo y perteneció a la misma Orden y al mismo monasterio, que santa Matilde, estaba para comulgar y no sentía la preparación y la devoción que ella quería, se dirigió a Nuestro Señor, y le ofreció todas las preparaciones y devociones de todos los santos y de la Santa Virgen. Inmediatamente se le apareció y le dijo estas palabras: ahora te veo delante de mí y frente a los ojos de mis santos con el vestido y los adornos que tú deseas⁴².

¡Qué bueno eres Señor, que tomas de esta manera nuestros buenos deseos y sus efectos!

21. Después de la Comunión

Después de la santa Comunión conviene que hagas lo siguiente:

- 1) Póstrate en espíritu a los pies del Hijo de Dios que está dentro de ti para adorarlo y pedirle perdón por tus pecados e ingratitudes y de haberlo recibido en un lugar tan inmundo, y con tan poco amor y preparación.
- 2) Agradécele porque él se ha entregado a ti e invita a todos los seres del cielo y de la tierra para que lo bendigan contigo.

práctica de devoción muy común, no solamente en muchos sacerdotes buenos que jamás la omiten, sino también en un gran número de personas piadosas" (De Lantages, *Instructions Ecclesiastiques*, tit. VI, cap. 2).

⁴¹ De la misma manera cuando ella iba a escribir en una ocasión, le dijo al Señor: "Dulcísimo Señor, escribe mi nombre en tu Corazón y escribe tu dulcísimo nombre en mi corazón para eterna memoria". "Acógeme: con tal intención como si tuvieras todo el deseo y todo el amor que ningún corazón humano ha podido tener y de la misma manera lléname de un gran amor como es posible a un corazón humano, y para que yo te reciba con ese amor, no que yo lo pueda tener, sino todo amor que tú quieras tener para ti:" (Libro de la Gracia Especial, p. III, cap. 23).

⁴² Legatus Divinae Pietatis, libro III, cap. 34.

3) Puesto que él se ha entregado a ti entrégate tú también a él y pídele que destruya en ti todo lo que se le opone, y que establezca en ti el imperio de su amor y de su gloria para siempre.

Para esto te puedes servir de la siguiente elevación:

22. Elevación a Jesús después de la Comunión

¡Jesús, Dios mío, Creador mío, Salvador mío y Soberano Señor mío, qué maravilloso es tener ahora realmente dentro de mí al que reside eternamente en el seno del Padre! ¡Que yo tenga dentro de mí al mismo Jesús a quien la Santísima Virgen llevó en sus purísimas entrañas que el admirable Corazón de Jesús sobre el que el discípulo amado descansó y que fue atravesado por un golpe de lanza en la cruz esté ahora descansando dentro de mí, muy cerca a mi corazón! Que su santa Alma viva en mi alma. Que toda la divinidad, la santísima Trinidad, todo lo que hay de más admirable en Dios y todo el paraíso haya venido a estar dentro de mí que soy tan malo e indigna. ¡Dios mío cuántas misericordias, cuántos favores! ¿Qué puedo decir, qué puedo hacer frente a todas estas cosas tan grandes y maravillosas? Jesús, Señor mío, que todas las potencias de mi alma y de mi cuerpo se postren ante tu divina Majestad, para adorarte y rendirte el homenaje que te es debido. Que el cielo y la tierra, y todas las creaturas que están en la tierra y en el cielo vengan ahora mismo a tus pies para que conmigo te rindan miles de homenajes y miles de adoraciones. Pero, Dios mío, qué atrevido soy al haberte recibido, a ti que eres el Santo de los Santos en un lugar tan inmundo y con tan poco amor y poca preparación. Perdóname, Salvador mío, te pido perdón con todo mi corazón y también por todos los otros pecados e ingratitudes de mi vida pasada.

Dulce Jesús, querido, deseado y amado Jesús, único de mi corazón, amado de mi alma, objeto de todos mis amores, dulce vida mía, alma querida, corazón querido, absolutamente mi único amor, tesoro mío, gloria mía, mi única alegría y mi única esperanza: ¿Jesús mío, qué puedo pensar de tus bondades tan excesivas para mí? ¿Qué voy a hacer por tu amor? A ti que haces tantas maravillas por mí, ¿Con qué acciones de gracias te voy a agradecer?

Salvador mío, te ofrezco todas las bendiciones que te han dado y te darán eternamente tu Padre, tu Espíritu Santo, tu sagrada Madre, todos tus Ángeles y todas las almas santas que te han recibido siempre en la santa comunión.

Dios mío, que todo lo que existe en mí se transforme en alabanza y en amor hacia ti. Que tu Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, todos tus Ángeles, todos tus Santos, todas tus creaturas te bendigan eternamente por mí. Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, Ángeles de Jesús, Santos y Santas de Jesús, bendigan a Jesús por mí.

Buen Jesús, tú te has entregado totalmente a mí y con un inmenso amor. Con este mismo amor yo me entrego a ti, te entrego mi cuerpo, mi alma, mi vida, mis pensamientos, mis palabras y mis acciones, y todo lo que dependa de mí; también me entrego totalmente a ti para que dispongas de mí y en todo lo mío, en el tiempo y en la eternidad, según te agrade, para tu pura gloria.

Señor mío y Dios mío, usa por favor todo el poder de tu mano para que me arranques de mí mismo, del mundo y de todo lo que no es tuyo, y para que me poseas enteramente.

Destruye en mí mi amor propio, mi voluntad propia, mi orgullo y todos mis otros vicios e inclinaciones desordenadas.

Establece en mi alma el reino de tu amor, de tu santa gloria y de tu Divina Voluntad para que de ahora en adelante yo te ame perfectamente; que yo no ame nada sino en ti y para ti; que toda la alegría mía esté en complacerte, que toda mi gloria sea glorificarte y hacerte glorificar y que mi plena felicidad sea el cumplimiento de tu santa voluntad.

Buen Jesús, has reinar en mí tu humildad, tu caridad, tu dulzura y tu paciencia, tu obediencia, tu modestia, tu castidad y todas tus otras virtudes; revísteme con tu Espíritu, con tus sentimientos y con tus inclinaciones para que yo no tenga otros sentimientos, deseos e inclinaciones que los tuyos. Finalmente, destruye en mí todo lo que te es contrario y en mí ama y glorifícate a ti mismo, en cualquier forma que tú desees.

Salvador mío, pongo delante de ti a todas las personas por quienes estoy obligado a orar, especialmente te presento a N.N.; destruye en estas personas todo lo que te desagrada; llénalas de tu divino amor; realiza todos los proyectos de tu bondad sobre ellas y dales todo lo que te he pedido para mí mismo.

Después de esta elevación, si tienes una medalla de indulgencias de san Carlos, o de los cinco Santos, acuérdate de decir alguna oración después de la comunión como tres padrenuestros y tres avemarías o alguna otra de tu devoción, por alguna

alma del purgatorio, porque la Bula de las mencionadas indulgencias sirve para liberar las almas del purgatorio cuando tenemos de estas indulgencias y decimos alguna oración por las almas después de la comunión⁴³.

También puedes, si quieres, después de la Comunión, servirte de las oraciones siguientes:

23. Tres actos de adoración, oblación y amor a Jesús

Estamos en la tierra para honrar y amar a Jesús y le pertenecemos por una infinidad de títulos, por tanto, nuestra preocupación y nuestro ejercicio principal será adorarlo y amarlo, entregarnos a él y estar unidos a él. Por esta razón, además de los ejercicios precedentes que yo te indiqué para la noche y para la mañana, es bueno cada día tomar un cuarto de hora antes o después de la cena para practicar los tres ejercicios siguientes que se pueden hacer fácilmente y en poco tiempo, pero que son muy útiles y que poco a poco y casi insensiblemente van creando en los que los practican con perseverancia una unión y una pertenencia estrecha con Jesús en un espíritu de amor y de confianza. Hay que hacerlos sin prisa sino con tranquilidad de espíritu, y detenerse especialmente donde encontremos más atractivo e inclinación.

a). Acto de adoración a Jesús

Grande y admirable Jesús, te adoro y te honro como a mi Dios y a mi Soberano Señor, de quien dependo y a quien pertenezco, te adoro y te honro con todas mis fuerzas y de todas las maneras posibles; te ofrezco las adoraciones y los honores que se te han dado, se te dan y se te darán eternamente en el cielo y en la tierra.

¿Por qué no me he convertido totalmente en adoración y alabanza a ti? Que el cielo y la tierra te adoren conmigo en este momento, y que lo que existe en el cielo y en la tierra se convierta en adoración y glorificación hacia ti.

⁴³ No se ha podido encontrar ninguna mención de esta Bula de indulgencias. Hoy se conoce una indulgencia plenaria de este tipo por medio de la oración *O bone et dulcissime Jesu*, recitada de rodillas frente a un crucifijo después de la santa Comunión.

b). Acto de entrega a Jesús

Jesús, Señor mío, yo te pertenezco necesariamente por miles de títulos, pero deseo también pertenecer a ti por mi propia voluntad. Por esta razón te ofrezco, te doy y te consagro totalmente mi cuerpo, mi alma, mi vida, mi corazón, mi espíritu, todos mis pensamientos, palabras y acciones, y todas las áreas e intereses de mi ser y de mi vida, y deseo que todo lo que ha habido, hay y habrá en mí te pertenezca total, absoluta y eternamente.

Yo te hago esta entrega y donación de mí mismo no solo con todas mis fuerzas y mi poder, sino que quiero hacerla más eficaz y santamente, yo me ofrezco y me entrego a ti en todo el poder de tu gracia, en todo el poder de tu espíritu, en todas las fuerzas de tu amor divino, que es mío, puesto que todo lo tuyo es mío.

Te suplico, Salvador mío, que por tu inmensa misericordia utilices la fuerza de tu brazo y el poder de tu espíritu y de tu amor para arrancarme de mí mismo y de todo lo que no es tuyo y para que me poseas perfectamente y para siempre por la pura gloria de tu santo amor.

c). Acto de amor a Jesús

Amoroso Jesús, como tú eres todo bondad, todo amor y todo amable, y como tú me creaste solamente para amarte y no me pides nada más de mí mismo sino que te ame, entonces quiero amarte, querido Jesús, quiero amarte con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas.

Pero no quiero solo esto, sino que quiero amarte en toda tu divina voluntad, en las fuerzas de tu corazón y en las virtudes y potencias de tu amor. Porque todas esas cosas son mías, y yo puedo usarlas como cosas mías, porque cuando te entregaste a mí me diste todo lo que hay en ti.

Salvador mío, quiero destruir en mí a cualquier precio lo que es contrario a tu amor. Buen Jesús, me entrego a ti para amarte con toda la perfección que quieres de mí.

Destruye en mí todo impedimento a tu amor y ámate a ti mismo en mí en la forma que desees, puesto que yo me entrego a ti para hacer y sufrir por tu amor lo que tú quieras.

Jesús, te ofrezco todo el amor que se te ha dado y que siempre se te dará en el cielo y en la tierra. Ojalá que todo el mundo te ame conmigo ahora mismo y que todo lo que exista en el mundo se convierta en pura llama de amor a ti.

Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, san José, san Gabriel, Ángeles de Jesús, Santos y Santas de Jesús, amen a Jesús por mí y devuélvanle centuplicado todo el amor que yo hubiera debido darle en toda mi vida, y que los ángeles malos y todos los hombres que han existido, existen y existirán debieran darte.

d). Oración a la Santísima Virgen María Madre de Dios ⁴⁴

Virgen Santísima, Madre de Dios, Reina de los hombres y de los Ángeles, Maravilla del cielo y de la tierra, te honro en todas las maneras que yo puedo según Dios, y que yo debo según tus grandezas y que tu Hijo único Jesucristo Nuestro Señor quiere que te honre en la tierra y en el cielo. Te ofrezco mi alma y mi vida, y quiero pertenecerte para siempre y hacerte algún homenaje particular en el tiempo y en la eternidad. Madre de gracia y de misericordia, te escojo por Madre de mi alma en honor del que Dios ha querido tener al escogerte como Madre suya. Reina de los hombres y de los Ángeles, te acepto y te reconozco como soberana mía, para honrar la dependencia que el Hijo de Dios, mi Salvador y mi Dios, ha querido tener con relación a ti como Madre suya; y en ese sentido te entrego todo el poder sobre mi alma y mi vida que pueda darte según Dios. Virgen Santa, mírame como propiedad tuya y trátame por tu bondad como el sujeto de tu poder y como el objeto de tus misericordias.

Fuente de vida y de gracia, refugio de los pecadores, recurro a ti para hacer liberado del pecado y para ser preservado de la muerte eterna. Que yo esté bajo tu protección, que tenga parte en tus privilegios y que obtenga, por tus grandezas y privilegios y por el derecho de pertenecerte, lo que no merezco alcanzar por mis ofensas; que la última hora de mi vida, decisiva para mi eternidad, esté en tus manos, en honor del momento feliz de la Encarnación, cuando Dios se hizo hombre y tú te hiciste Madre de Dios.

⁴⁴ Esta oración que es reproducida en el Ejercicio de Piedad, está tomada literalmente del cardenal de Berúlle. Véase sus *Obras*, edición, Migne, Columna 1754.

Virgen y Madre, templo sagrado de la divinidad, maravilla del cielo y de la tierra, Madre de Dios, yo te pertenezco por el título de tus grandezas; pero también quiero ser tuyo por el título particular de mi elección y mi libre voluntad. Me entrego pues a ti y a tu Hijo único, Jesucristo Nuestro Señor, y no quiero pasar ningún día sin darle a él y a ti algún homenaje particular y algún testimonio de mi dependencia y de mi servicio en el cual deseo morir y vivir para siempre. Amén. Ave María.

f. Profesiones cristianas

Para renovar cada día⁴⁵

La vida cristiana y la santidad se construye sobre ocho fundamentos principales, que se expondrán particularmente en la segunda parte del libro⁴⁶:

- El primero es la fe.
- El segundo es el odio al pecado.
- El tercero, la humildad.
- El cuarto, renuncia a sí mismo, al mundo y a todas las cosas.
- El quinto, la sumisión y el abandonarse a la divina voluntad.
- El sexto, amor a Jesús y a su Santísima Madre.
- El séptimo, amor a la cruz.
- El octavo, la caridad con el prójimo.

Esos son los principios de la teología del cielo, de la filosofía cristiana y de la ciencia de los santos, que nuestro Señor Jesucristo bebió en el seno de su Padre, los trajo a la tierra y nos los enseñó en sus parábolas y mucho más con su ejemplo, y estamos obligados a seguirlos si queremos ser cristianos.

Por esta razón nos hemos comprometido por medio del voto y la profesión solemne que hicimos en el Bautismo como será explicado en forma más amplia en la segunda parte⁴⁷.

⁴⁵ Estas profesiones cristianas no se encuentran en las primeras ediciones. Fueron agregadas por san Juan Eudes en 1642.

⁴⁶ San Juan Eudes enuncia aquí ocho fundamentos pero en la segunda solamente se refiere a cuatro de ellos. Nota del traductor.

⁴⁷ El tema del Bautismo aparece en la séptima parte. Al parecer la idea principal de san Juan Eudes es que los ocho fundamentos propuestos se dan a partir de la realidad del Bautismo. Nota del traductor.

Por las razones anteriores se ve claro la importancia de renovar cada día esta profesión contenida en los ocho artículos siguientes. Pero pon atención para que no los hagas a prisa y de carrera, sino con gusto y sopesando e imprimiendo en tu espíritu lo que dices. Si el tiempo no te lo permite puedes tomar uno o dos artículos cada vez y los demás los puedes hacer a otra hora o incluso otro día. Porque si tienes poco gusto sería mejor hacer un solo artículo por día y servirse de él con atención en vez de hacerlos todos de prisa y sin la atención que esta realidad exige.

24. Profesión de fe cristiana

Jesús, te adoro como el principio y el fin de la fe, y como luz eterna y fuente de toda luz.

Te doy infinitas gracias porque te pareció bien en tu inmensa misericordia llamarme de las tinieblas del pecado y del infierno a tu luz admirable que es la luz de la fe. Te pido perdón mil veces porque en el pasado no me comporté según esta luz divina, y reconozco que he merecido muchas veces ser privado de todo ello, por el mal uso que he hecho de todo lo anterior y declaro que de ahora en adelante quiero vivir solamente de la Palabra de tu divino Apóstol que nos anuncia que el justo vive de la fe (Rm 1, 17).

Por todo lo anterior, yo me entrego al espíritu de tu santa fe y con el poder de este espíritu y también en unión de la fe viva y perfecta de tu santa Madre, de tus santos Apóstoles, y de toda tu santa Iglesia, delante del cielo y de la tierra e incluso delante de todos los enemigos de esta misma fe, con la ayuda de tu gracia hago profesión de:

- *primero, de creer total y firmemente todo lo que nos enseñas a través de tí mismo y a través de tu santa Iglesia;*
- *segundo, de preferir dar mi sangre y mi vida y sufrir todos los tormentos antes que apartarme un solo punto de lo que yo creo y adherirme aunque sea poco a los errores que le son contrarios;*
- *tercero, de querer vivir y comportarme a partir de este momento no ya según los sentidos como lo hacen los animales, ni según la sola razón humana como los filósofos, sino según la luz de la fe, como los verdaderos cristianos y según los principios de esta fe que tú nos dejas en el santo evangelio.*

Conserva y acrecienta en mí, Salvador mío, estas santas decisiones y dame la gracia de realizarlas perfectamente para la gloria de tu santo Nombre.

25. Profesión cristiana de odio y desprecio al pecado

Jesús, yo te adoro en tu incompresible santidad y en el odio infinito que le tienes el pecado.

Te pido perdón desde lo más profundo de mi corazón por todos los pecados que he cometido durante mi vida.

Me entrego a tu espíritu de santidad y a tu espíritu de odio al pecado.

En este espíritu yo te hago profesión:

- *de odiar y despreciar el pecado, más que la misma muerte, más que al diablo, más que el infierno, y más que todo lo detestable que se pueda imaginar;*
- *de odiar solamente el pecado y de entristecerme solamente por las ofensas que se hacen a tu Divina Majestad y que en el mundo no exista nada que sea objeto de mi enemistad y motivo de mi tristeza sino este monstruo infernal.*
- *de odiarlo de tal manera que, con la ayuda de tu gracia, si yo tuviera por un lado todos los sufrimientos de la tierra y del infierno y por otro lado el pecado, yo escogería sin dudar el primero y no el segundo.*

Dios mío, conserva y aumenta cada día más este odio en mi corazón.

26. Profesión cristiana de humildad

Adorable y humilde Jesús, te adoro y te bendigo en tu profunda humildad. Me humillo y me confundo frente a ti al ver mi orgullo y mi vanidad y por eso te pido humildemente perdón.

De todo corazón me entrego a tu espíritu de humildad. En este espíritu y con toda la humildad del cielo y de la tierra hundido en lo más profundo de mi nada, yo reconozco delante del mundo:

- *que por mí mismo nada soy, que nada tengo, que nada puedo, que nada sé, que nada valgo y que por mí mismo no tengo fuerzas para resistir el mal ni para hacer el bien.*
- *que por mí mismo yo puedo cometer todos los crímenes de Judas, de Pilatos, de Herodes, de Lucifer, del Anticristo y todos los pecados de la tierra y del infierno; si tú no me sostienes por tu gran bondad yo caería en un infierno de toda clase de abominaciones.*
- *que, por tanto, yo he merecido la ira de Dios y de todas las criaturas de Dios, y las penas eternas. Esto es lo que tengo, solamente podría yo gloriarme de esto y nada más.*

Por todo lo anterior, yo hago profesión:

- *de humillarme ante todas las criaturas y mirarme y estimarme y querer ser visto y tratado en todo y por todo como el último de los seres humanos;*
- *de considerar horrorosa toda la alabanza, el honor y la gloria que son como un veneno y una maldición según tus mismas palabras, Salvador mío: ¡Ay!, cuando todos los hombres hablen bien de ustedes (Lc 6, 26) y de aceptar y amar los desprecios y humillaciones como algo que merece un miserable condenado como yo según la calidad de pecador y de hijo de Adán que yo tengo como se deduce de la palabra del Apóstol: destinados a la ira divina por nuestra condición (Ef. 2, 3). Hijo de ira y de maldición por mi condición natural;*
- *de estar dispuesto a ser destruido en mi espíritu y en el espíritu de los demás de modo que yo no tenga ninguna consideración ni destino ni me busque a mí mismo; y que tampoco nadie me mire ni me estime como algo que vale sino que solamente tú me mires y me estimes.*

Buen Jesús, verdad eterna, imprime en mí estas verdades y sentimientos y hazme aceptar sus efectos, por tu gran misericordia y para tu santa gloria.

27. Profesión cristiana de renuncia

Jesús, Señor mío y Dios mío, te adoro cuando dijiste estas palabras: Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 16, 24); y: El que no renuncie a todas sus cosas, no puede ser discípulo mío (Lc 14,

33). *Me entrego al espíritu de luz y de gracia con el que tú pronunciaste estas palabras para que yo pueda reconocer su importancia y obtener efectos concretos. En este espíritu, reconozco tres grandes verdades, que me obligan poderosamente a renunciar a mí mismo y a todo.*

- *Solamente tú eres digno de existir, de vivir y de actuar, y por lo tanto, cualquier otro ser debería ser destruido en presencia tuya.*
- *Para ser y vivir en ti según el deseo que tú tienes, es necesario vaciarme mí mismo y de todas las otras cosas, a causa de la corrupción que el pecado ha dejado en mí y en todas las cosas.*
- *Por mis pecados merezco ser despojado de todo, incluso de mi existencia y de mi propia vida.*

Por lo anterior, con el poder de tu gracia y unido al mismo amor que tú quisiste vivir en un desprendimiento de todas las cosas de este mundo, igualmente con la virtud del espíritu divino, por la que tú pronunciaste estas terribles palabras: no te pido por el mundo (Jn 17, 9) y estas otras: ellos no son del mundo como yo tampoco soy del mundo (Jn 17, 16), yo hago esta profesión pública y solemne:

- *A partir de ahora quiero mirar y aborrecer el mundo como a un excomulgado, un condenado y un infierno, y renunciar totalmente y para siempre a todos los honores, riquezas y placeres del mundo presente.*
- *No quiero voluntariamente tener satisfacción, complacencia o comodidad en ninguna de esas cosas; sino servirme de ellas como si no las usara, esto es, sin apropiarme de ellas y sin apegarme a ellas de ninguna manera, sino solamente por necesidad para obedecer tu santa voluntad que así lo ordena y por tu pura gloria.*
- *Procurar vivir en el mundo del viejo Adán como si no estuviera ahí sino en un mundo mejor, es decir, en el mundo del nuevo Adán que es el Cielo; incluso vivir aquí como en un infierno, es decir, no solo con desprendimiento, sino con odio, contrariedad y horror con todo lo que aquí existe; con amor, deseo y anhelo del mundo futuro; y con paciencia para con él, sufriendolo como tú lo sufriste, Salvador mío, a pesar del gran odio que tú le tenías y de las inclinaciones infinitas que tenías de destruirlo y reducirlo a cenizas como lo harás en el día de tu ira.*

Concédeme que yo me encuentre así en medio de este mundo, como un verdadero cristiano, como si estuviera en medio del infierno por una orden tuya, pero con las disposiciones antes mencionadas.

Que yo esté en la tierra como si no lo estuviera y que mi espíritu, mi corazón y mi alegría esté en el cielo y en ti mismo, porque tú eres mi cielo, mi paraíso, mi mundo y mi todo.

- *Además de esto, Salvador mío, quiero ir más adelante. Quiero seguir tu Palabra que me declara que si yo quiero andar contigo no solo debo renunciar a todo sino también a mí mismo.*

Con este objetivo me entrego al poder del divino amor por el que tú te vaciaste de ti mismo; y unido a este mismo amor te hago esta profesión:

1. *Renuncio enteramente y para siempre a todo lo que es mío y del viejo Adán.*
2. *Quiero destruir a tus pies en cuanto yo pueda, mi espíritu, mi amor propio, mi propia voluntad, mi vida y mi ser, suplicándote humildemente que uses todo tu divino poder para destruirme para que tú te establezcas en mí, vivas y reines en mí y actúes en mí según tus designios, de modo que yo no exista más, ni viva más, ni actúe más, ni hable más por mí y para mí mismo sino en ti y para ti.*
3. *Hago esta profesión no solamente para este momento sino para todos los momentos y todas las acciones de mi vida y te suplico de todo corazón que la mires y la aceptes como si yo te la hiciera en cada momento y en cada acción de manera que por tu poder y tu bondad obtenga las consecuencias para tu gloria, y que yo pueda decir con tu santo apóstol: vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí (Gal 2, 20).*

28. Profesión de sumisión y abandono a la divina voluntad

Salvador mío, te adoro cuando pronuncias estas divinas palabras: he venido del cielo, no para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me envió (Jn 6, 38).

Te adoro en la perfecta sumisión que tuviste con las decisiones de tu Padre.

Te pido perdón por todos los impedimentos que yo haya puesto a tu santa voluntad.

Me entrego a tu Espíritu para seguirte a partir de ahora con esta virtud de sumisión.

Con la luz de este divino Espíritu, reconozco que tu santa voluntad gobierna y dispone todas las cosas, sea por una orden absoluta, sea permitiéndolas. Reconozco también que me colocaste en la tierra para hacer tu divina voluntad y por tanto, que ella es mi fin, mi centro, mi mundo y mi soberano bien. Por consiguiente, unido a la perfecta sumisión que tú, tu santa Madre y todos tus Santos han tenido a la divina voluntad, yo hago profesión de:

- *Renunciar totalmente y para siempre a todos mis deseos, decisiones e inclinaciones y de no tener más voluntad sino la tuya de contemplarla fijamente, de seguirla en todas partes, donde ella vaya, lo más perfectamente que pueda y abandonarme totalmente a ella en cuerpo y alma, en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad.*
- *Preferir morir, incluso sufrir mil infiernos antes que hacer deliberadamente algo contra tu amable voluntad.*
- *No querer ni en la vida ni en la muerte, ni en este mundo ni en el otro, otro tesoro, ni otra gloria, ni otro contento, ni otro paraíso que adorable voluntad.*

Querida voluntad de mi Dios, a partir de ahora tú eres mi corazón, mi alma, mi vida, mi fuerza, mis riquezas, mis delicias, mi felicidad, mi corona, mi imperio y mi soberano bien. Vive y reina en mí perfecta y eternamente.

29. Profesión de amor a Jesús y a María

Amable Jesús, querida María, Madre de mi Jesús, los venero en todas sus perfecciones y en el amor mutuo que ustedes se tienen.

Les pido mil perdones por haberlos amado muy poco hasta este momento, y por haberlos ofendido tantas veces.

Me entrego totalmente a su divino amor. Y con este amor y con todo el amor del cielo y de la tierra, reconozco que estoy en el mundo para amarlos y glorificarlos y

que tengo muchas obligaciones de hacerlo, y este es mi única y gran ocupación, y así hago esta profesión:

- *Quiero emplear todas mis fuerzas para servirlos y amarlos.*
- *Quiero hacerlo todo por amor a ustedes, de la manera más perfecta que pueda.*
- *Sobre todo prefiero ser exterminado antes que dar a lo que sea la más pequeña chispa del amor que les debo.*
- *Pongo toda mi felicidad y mis delicias en honrarlos, servirlos y amarlos.*
- *Hacerlos amar y glorificar por todos los que yo pueda, y de todas las formas que me sean posible.*

30. Profesión de amor a la cruz

Jesús, mi querido amor crucificado, yo te adoro en tus sufrimientos.

Te pido perdón por todas las faltas que he cometido hasta el presente contra los sufrimientos que te ha parecido bien enviarme.

Me entrego al espíritu de tu cruz, y en este espíritu, como también con todo el amor del cielo y de la tierra, yo acepto de todo corazón, por amor a ti, todas las cruces del cuerpo y del espíritu que me lleguen.

Te hago profesión de poner toda mi gloria, mi tesoro y mi alegría en tu cruz, es decir, en las humillaciones, las privaciones, y los sufrimientos y para esto digo con san Pablo: líbreme Dios gloriarme, a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Ga 6, 14); "En cuanto a mí, hago profesión solemne de no querer otro paraíso en este mundo que la cruz de mi Señor Jesucristo".

31. Profesión de caridad con el prójimo

Jesús, Dios de amor y de caridad, te adoro en los excesos de tu divina caridad y te pido perdón por todas las faltas que he cometido contra esta virtud, que es la reina de todas las virtudes. Me entrego a tu espíritu de caridad.

Con este espíritu y con toda la caridad de tu santa Madre y de todos tus Santos, yo hago profesión de:

- *Nunca odiar nada, absolutamente nada, sino el pecado.*
- *Amar a todo el mundo por amor a ti.*
- *No pensar, ni decir, ni hacer nunca mal a nadie; sino pensar bien, juzgar bien, hablar bien, hacerle el bien a todo el mundo, excusar y soportar los defectos de los demás; explicar todo de la mejor manera, tener compasión de las miserias corporales y espirituales de mi prójimo, y comportarme con cada persona con amabilidad, benignidad y caridad.*

Caridad eterna, yo me entrego a ti, destruye en mí todo lo que te sea contrario y establece tu reino en mi corazón y en los corazones de todos los cristianos.

SEGUNDA PARTE

DISPOSICIONES FUNDAMENTALES PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN

a. Postulados

1. La vida del cristiano continúa la vida santa de Jesús

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Rey de los hombres y de los ángeles, no es sólo nuestro Dios, Salvador y Señor soberano. Es también, al decir de san Pablo, nuestra Cabeza, de la que somos su cuerpo y sus miembros, hueso de sus huesos y carne de su carne.⁴⁸ De esta unión, la más estrecha imaginable de los miembros con su cabeza, de nuestra unión espiritual con él por la fe y el bautismo, de la unión corporal que se realiza en la santa Eucaristía, se desprende que, como los miembros reciben animación del espíritu de su cabeza y viven de su vida, también a nosotros debe animarnos el espíritu de Jesús, para vivir de su vida, caminar tras sus huellas, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones y realizar nuestras acciones con sus mismas disposiciones e intenciones⁴⁹. En una palabra, debemos continuar y completar la vida y la devoción de Jesús en la tierra.

Esta afirmación se apoya sólidamente en las palabras insistentes del que es la misma verdad. ¿No nos dice, acaso, en distintos lugares de su Evangelio: *Yo soy la vida y he venido para que tengan la vida? Ustedes no quieren venir a mí para tener la vida. Como yo vivo también ustedes vivirán. En aquel día comprenderán que yo estoy en mi Padre y ustedes en mí y yo en ustedes.*⁵⁰ Es decir, que así como yo estoy en mi Padre y vivo de su vida, así ustedes están en mí y viven de mi vida, pues, estando en ustedes se la comunico.

Su discípulo amado nos sigue recordando que Dios nos ha dado vida eterna y que esa vida está en su Hijo. Que quien tiene al Hijo tiene la vida, quien no tiene al Hijo no tiene la vida. Y que Dios ha enviado a su Hijo al mundo para que vivamos por

⁴⁸ Ef. 5, 30 Vulg.

⁴⁹ En el lenguaje de san Juan Eudes, las intenciones son los objetivos que tenemos al realizar una acción.

⁵⁰ Jn 14, 6; 10, 10; 5, 40; 14, 19-20.

medio de él y que nuestra vida en este mundo imite la vida de Jesús.⁵¹ Es decir que ocupamos su lugar y debemos reproducir su vida.

El libro del Apocalipsis nos advierte que Jesús, el amado esposo, nos interpela sin cesar: *El que tenga sed que se acerque; el que quiera reciba gratuitamente agua de vida,*⁵² es decir, que tome de mi interior el agua de la vida verdadera. Lo cual se ajusta a lo que nos cuenta el Evangelio: que un día el Hijo de Dios, de pie, en medio de la multitud, clamaba: *Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba.*⁵³

Por su parte, el apóstol Pablo nos recuerda a cada instante que estamos muertos y que nuestra vida está oculta con Cristo en Dios;⁵⁴ que el Padre eterno nos vivificó juntamente con Cristo y en Cristo,⁵⁵ es decir que nos hace vivir, no sólo con él sino en él y de su misma vida; que debemos manifestarla vida de Jesús en nuestro cuerpo;⁵⁶ que Jesucristo es nuestra vida⁵⁷ y que vive en nosotros: *Yo vivo -nos dice san Pablo- pero ya no yo, es Cristo el que vive en mí.*⁵⁸ Y si atiendes a la continuación del capítulo hallarás que esas palabras las dice no sólo de sí mismo sino en nombre y representación de todo cristiano.

Finalmente en otro lugar dice a los fieles: *Rogamos a Dios que los haga dignos de su vocación y lleve a término, con su poder, su deseo de hacer el bien y la actividad de su fe, para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en ustedes y ustedes en él.*⁵⁹

Estas palabras sagradas muestran con evidencia que Cristo debe vivir en nosotros, que su vida debe ser nuestra vida; que sólo en él debemos vivir y que nuestra vida ha de ser continuación y expresión de la suya. Que si tenemos derecho a vivir en la tierra es para llevar, manifestar, santificar, *glorificar* y hacer vivir y reinar en nosotros el nombre, la vida, las cualidades y perfecciones, las disposiciones e inclinaciones, las virtudes y acciones de Jesús.

⁵¹ 1 Jn 5, 11-12; 4, 9. 17.

⁵² Ap. 22, 17

⁵³ Jn. 7, 37

⁵⁴ Col. 3, 3

⁵⁵ Ef. 2, 5; Col. 2, 13

⁵⁶ 2 Cor. 4, 10-11

⁵⁷ Col. 3, 4

⁵⁸ Ga. 2, 20

⁵⁹ 2 Te. 1, 11-12

2. El cristiano: otro Jesús sobre la tierra

Para que entiendas con más claridad y asientes sólidamente en tu espíritu esta verdad, que es fundamental en la vida, religión y devoción cristianas, recapacita que nuestro Señor tiene dos clases de cuerpo y de vida. Por una parte, su cuerpo personal, tomado de la santa Virgen y la vida que en él llevó mientras estaba en la tierra. Por la otra, su cuerpo místico, o sea la Iglesia, a la que Pablo llama Cuerpo de Cristo.⁶⁰

Su segunda vida la lleva dentro de este cuerpo y en los verdaderos cristianos que son sus miembros. La vida pasible y temporal de Jesús en su cuerpo mortal terminó con su muerte: pero él desea continuarla en su cuerpo místico para dar *gloria* al Padre con las acciones y padecimientos de una vida laboriosa y pasible, no sólo durante treinta y cuatro años sino hasta el fin del mundo. Ella se va realizando, día tras día, en el que es de verdad cristiano, pero no alcanzará su plenitud sino al final de los tiempos.

Por eso san Pablo dice que completa en su carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia.⁶¹ Esto se cumple en el cristiano que sufre en espíritu de sumisión a Dios y se extiende a sus demás actividades sobre la tierra. Como miembro de Cristo, continúa y completa, si actúa en su espíritu, las acciones de Jesús en su vida mortal. Y así cuando un cristiano ora, trabaja o ejecuta cristianamente cualquier acción, está continuando y completando la oración, la vida laboriosa y social y demás acciones de Jesucristo. En este sentido san Pablo nos declara que la Iglesia es la plenitud de Jesucristo, el cual, como Cabeza de la Iglesia, es completado totalmente en todo.⁶² En otro lugar nos dice que todos concurrimos a la perfección de Jesucristo y a su edad adulta,⁶³ es decir, a su edad mística que sólo tendrá su plenitud en el día final.

De todo ello puedes deducir que la vida cristiana consiste en continuar y completar la vida de Jesús. Debemos ser otros Jesús sobre la tierra, que continuemos santa y divinamente en su espíritu sus acciones y padecimientos.

Estas verdades, sumamente importantes, entrañan grandes consecuencias para nosotros. Por eso medítalas a menudo y comprenderás que la vida, la devoción y la piedad cristianas consisten en continuar la vida y devoción de Jesús en la tierra. Por

⁶⁰ 1 Cor. 12, 27.

⁶¹ Col. 1, 24

⁶² Ef. 1, 22-23.

⁶³ Ef. 4, 11-13

eso no sólo los religiosos sino todos los cristianos han de llevar una vida santa y divina. Muchos podrían pensar que es algo difícil o imposible. Pero resulta fácil y grato si elevas a menudo tu espíritu a Jesús y te entregas a él en todas tus acciones.

b. Fundamentos de la vida cristiana

Si nuestra presencia en el mundo debe continuar la vida santa de Jesús, nuestra Cabeza, justo es que contemplemos, adoremos y tratemos de continuar y de expresar cuatro cosas fundamentales que brillan en la vida de Jesús, para ser cristianos de verdad.

3. Primer fundamento: la fe

El primer fundamento de la vida cristiana es la fe. Porque el que se acerca a Dios, ante todo debe creer;⁶⁴ sin la fe es imposible agradar a Dios.⁶⁵ La fe es la firme seguridad de los bienes que se esperan, la plena convicción de las realidades invisibles.⁶⁶ La fe es la piedra fundamental de la casa y del reino de Jesucristo. Es luz celestial y divina, participación de la luz eterna e inaccesible, destello de la faz de Dios. O, para hablar conforme a la Escritura, es como una divina impronta por la que la luz del rostro de Dios se imprime en nuestras almas.⁶⁷

La fe es como una comunicación y extensión de la luz y ciencia divinas infundida en el alma de Jesús en el momento de su Encarnación. Es la ciencia de la salvación, la ciencia de los santos, la ciencia que Jesucristo sacó del seno del Padre y trajo a la tierra para disipar nuestras tinieblas e iluminar nuestros corazones. Él nos da los conocimientos necesarios para servir y amar perfectamente a Dios y somete nuestros espíritus a las verdades que nos ha enseñado, y nos sigue enseñando por sí mismo y por medio de su Iglesia.

Por la fe expresamos, continuamos y completamos en nosotros la sumisión amorosa y perfecta, la docilidad y el sometimiento voluntario y sin oscuridad que su

⁶⁴ Hb. 11, 6

⁶⁵ Hb. 11, 6

⁶⁶ Hb. 11, 1

⁶⁷ Sal. 4, 7

espíritu humano tuvo en relación a las luces que su Padre eterno le comunicó y a las verdades que le enseñó. Esa luz y ciencia divinas nos dan el conocimiento perfecto, en cuanto compatible con las limitaciones de esta vida, de cuanto hay en Dios y fuera de él. La razón y la ciencia humanas a menudo nos engañan; sus luces son débiles y limitadas para penetrar lo infinito e incomprensible de Dios. Además se hallan entenebrecidas por el pecado y no perciben claramente ni siquiera las cosas externas a Dios. En cambio, la luz de la fe, participación de la verdad y de la luz de Dios, no puede engañarnos porque nos hace ver las cosas tal como están en su verdad y ante sus ojos.

De manera que si miramos a Dios con los ojos de la fe lo veremos en su verdad, tal cual es, y, en cierta manera, cara a cara. Pues aunque la fe vaya unida a la oscuridad y no nos permita ver a Dios con la claridad con que se le ve en el cielo, sino como a través de una nube, sin embargo no rebaja su grandeza a nivel de nuestros espíritus, como lo hace la ciencia, sino que penetra a través de sus sombras hasta la infinitud de las perfecciones divinas y nos hace conocer a Dios tal cual es, infinito en su ser y en sus perfecciones.

La fe nos hace conocer que cuanto hay en Dios y en Jesucristo, Hombre-Dios, es infinitamente grande y admirable, adorable y digno de amor. Nos hace palpar la veracidad y la fidelidad de las palabras y promesas de Dios que es toda bondad, dulzura y amor para los que le buscan y confían en él. Y de igual manera es riguroso con los que le abandonan porque es horrendo caer en manos de su justicia.

La fe nos atestigua que la providencia de Dios conduce los acontecimientos del mundo con santidad y sabiduría y que por lo mismo merece toda adoración y amor en lo que dispone, por misericordia o por justicia, en el cielo, en la tierra y en el infierno. Si miramos la Iglesia de Dios a la luz de la fe y pensamos que Jesucristo es su Cabeza y que el Espíritu Santo la guía, veremos que es imposible que pueda alejarse de la verdad ni extraviarse en la mentira (...).

Y si, con mirada de fe, nos examinamos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea, descubriremos que por nuestras propias fuerzas no somos sino pecado y abominación y que las cosas del mundo son humo, vanidad e ilusión. Por eso debemos mirarlo todo, no en la vanidad de nuestros sentidos, ni con los ojos de la carne y de la sangre, ni con la vista miope y engañosa de la razón humana, sino en la verdad de Dios y con los ojos de Jesucristo.

3.1. La fe debe guiar todas nuestras acciones

Así como debemos mirar todas las cosas a la luz de la fe, si queremos conocerlas de verdad, también debemos realizar nuestras acciones guiados por esa luz, para actuar santamente. Porque así como Dios se conduce por su sabiduría divina, los ángeles por su inteligencia angélica, los hombres sin fe por la razón, los mundanos por sus máximas, los voluptuosos por sus sentidos, así los cristianos se conducen por la misma luz que guía a Cristo, su Cabeza, es decir, por la fe, que es participación de la ciencia y luz de Jesucristo.

Esforcémonos, pues, por adquirir, por todos los medios, la ciencia divina para guiarnos únicamente por ella. Con este fin, al comenzar nuestras acciones, sobre todo las más importantes, postrémonos ante el Hijo de Dios, adorémoslo como al que inicia y perfecciona nuestra fe y como a la luz verdadera que ilumina a todo hombre.

Por nuestra naturaleza somos tinieblas: las luces de la razón, de la ciencia y de la experiencia son, a menudo, sombras e ilusiones. Por eso debemos renunciar a la sabiduría mundana y rogar a Jesús que la destruya en nosotros. Que nos ilumine con su luz celestial, nos guíe con su sabiduría para conocer su voluntad, y nos fortalezca para adherirnos a sus palabras y promesas. Así cerraremos los oídos a todas las consideraciones humanas y preferiremos con valentía las verdades de la fe, que conocemos por su Evangelio y por su Iglesia, a los discursos mundanos de los hombres.

3.2. Lectura bíblica

Con este fin es muy provechoso que leas todos los días, de rodillas, un capítulo de la vida de Jesús, o sea del Nuevo Testamento, para comprobar, meditando sus acciones, virtudes y palabras, qué criterios lo guiaron y deben guiarte a ti también. Porque la sabiduría cristiana consiste en renunciara la sabiduría mundana y en invocar el espíritu de Jesucristo para que nos ilumine, guíe y gobierne con las verdades que nos anunció y las virtudes que practicó. En eso consiste la vida según el espíritu de la fe.

3.2.1 Antes de leer la Santa Palabra⁶⁸

- Adora a nuestro Señor en su Santa Palabra.

Te adoro, Jesús, como la Palabra eterna del Padre y como fuente de todas las santas palabras contenidas en este libro. Te adoro en los designios en toda la Iglesia y, sobre mí en particular, cuando las pronunciabas o inspirabas.

- Agradece a nuestro Señor tan precioso tesoro y tan santa reliquia de sí mismo, y todas las luces y gracias, que mediante su Santa Palabra, ha comunicado a su Iglesia.
- Humíllate porque eres inmensamente indigno de leer y aún de tocar y mirar los libros sagrados.
- Pide perdón a Dios por tu negligencia para leerlos, por el mal uso que de ellos has hecho, y por tu poco respeto hacia ellos. Porque deben ser para nosotros como el Corazón de Dios que encierra todos sus secretos y que es el principio de la vida de sus hijos, como lo explica san Agustín a propósito del salmo 21,15: *Mi corazón, se derrite como cera en mis entrañas.*⁶⁹
- Acuérdate del episodio que refiere el Evangelio, cuando nuestro Señor tomó el libro de las Santas Escrituras, lo abrió públicamente y leyó en Él (Lc 4,16). Con este recuerdo entrégate a Él para unirme a las santas disposiciones con que Él leyó la Escritura Santa.
- Entrégate al Espíritu Divino que inspiró las Santas Escrituras y ruégale que las grabe en nuestros corazones: que haga de nosotros un Evangelio y un libro viviente,⁷⁰ escrito por dentro y por fuera, en el que se imprima la vida interior y exterior de Jesús, que nos presentan las sagradas Letras.

⁶⁸ Este texto de las indicaciones para leer la Sagrada Escritura no aparece en Vida y Reino. Ha sido tomado del Manual para uso de una comunidad eclesíástica: OC. III, 53; Obras escogidas 429-430.

⁶⁹ Agustín: Enarraciones II in Psal 21,1.

⁷⁰ El subrayado es nuestro.

3.2.2. Después de la lectura de la Santa Palabra

- Agradece a nuestro Señor las luces y dones que te comunicó mediante su Palabra.
- Entrégate a Él y ruégale que grabe profundamente en tu espíritu y tu corazón las verdades que acabas de leer, y te conceda la gracia de expresarlas con tu vida.
- Trata de grabar en la memoria alguna de las palabras celestiales, que has leído para repasarlas y rumiarlas durante el día y para apacentar tu alma con ese pan divino, verdadero alimento de los hijos de Dios.

4. Segundo fundamento: el odio al pecado

Si estamos obligados a continuar en la tierra la vida santa y divina de Jesús, es natural que nos revistamos de sus sentimientos, como enseña su apóstol: *Tengan en ustedes los sentimientos de Cristo Jesús.*⁷¹ Pues bien, Jesús tuvo dos sentimientos diametralmente opuestos: un amor infinito hacia su Padre y hacia nosotros, y un odio extremo al pecado, que se opone a la *gloria* de su Padre y a nuestra salvación. Jesús ama de tal manera a su Padre y a nosotros que ejecutó acciones de trascendencia infinita, soportó tormentos en extremo dolorosos y sacrificó su preciosa vida para dar *gloria* a su Padre y por nuestro amor.

Y abomina de tal manera el pecado que bajó del cielo a la tierra, se anonadó a sí mismo, tomó la condición de esclavo, llevó durante treinta y cuatro años una vida de trabajos, desprecios y sufrimientos, derramó hasta la última gota de su sangre, padeció la muerte más cruel e ignominiosa. Todo eso por el odio que tiene al pecado y por el deseo inmenso de destruirlo en nosotros. Pues bien, es deber nuestro continuar esos mismos sentimientos de Jesús hacia su Padre y hacia el pecado y proseguir su lucha contra el mal. Porque así como estamos obligados a amar a Dios soberanamente y con todas nuestras fuerzas, así debemos odiar el pecado con todas nuestras potencias.

⁷¹ Fp. 2, 5

Para ello debes considerar el pecado no con mirada humana y con ojos carnales y ciegos, sino con la mirada de Dios, con ojos iluminados por su luz divina, en una palabra, con los ojos de la fe.

- Con esa luz y esos ojos descubrirás que el pecado es infinitamente opuesto a Dios y a sus perfecciones y privación del bien infinito.
- Por eso lleva en sí, en cierta manera, malicia, locura, maldad y horror tan grandes como es Dios infinito en bondad, sabiduría, hermosura y santidad.⁷²
- Por lo mismo debemos odiarlo y perseguirlo con el mismo ahínco con que buscamos y amamos a Dios.
- Verás que el pecado es algo tan horrible que sólo puede borrarlo la sangre de un Dios; tan abominable que sólo puede aniquilarlo el anonadamiento del Hijo único de Dios, tan execrable a los ojos divinos por la ofensa infinita que le hace, que sólo pueden repararlo los trabajos, sufrimientos, agonía, muerte y méritos infinitos de un Dios.
- Verás que el pecado es un cruel y horrendo homicida y deicida. Porque es la causa única de la muerte del cuerpo y del alma del hombre y porque pecado y pecador han hecho morir a Jesucristo en la cruz y lo siguen crucificando todos los días.
- Finalmente destruye la naturaleza, la gracia, la *gloria* y todas las cosas por haber destruido, en lo que de él dependía, al autor de todas ellas.

Es tan detestable el pecado a los ojos de Dios que cuando el ángel, que es la primera y más noble de sus criaturas, cometió un solo pecado instantáneo de pensamiento, fue precipitado desde lo más alto del cielo a los más profundos infiernos, sin oportunidad de penitencia, pues era indigno y hasta incapaz de ella.⁷³ Y cuando Dios encuentra a un hombre en la hora de la muerte, en pecado mortal, a pesar de que es todo bondad y amor y que desea ardientemente salvarlos a todos, hasta derramar su sangre y entregar su vida con ese fin, se ve obligado, por su justicia, a proferir una sentencia de condenación, y lo que es más sorprendente todavía el Padre eterno, al ver a su Hijo único y santísimo cargado con pecados ajenos, no lo

⁷² S. Th. III, 1,2 ad 2 m

⁷³Cf. S. Th. 1, I, 64, 2

perdonó sino que lo entregó por nosotros a la cruz y a la muerte⁷⁴ demostrando así cuán execrable y abominable es el pecado a sus ojos.

El pecado está tan lleno de malicia que cambia a los siervos de Dios en esclavos del demonio, a los hijos de Dios en hijos del diablo, a los miembros de Cristo en miembros de Satanás, y a los que son dioses por gracia y participación, en demonios por semejanza e imitación, como lo indica la Verdad misma cuando refiriéndose a un pecador dice: *uno de ustedes es un diablo*.⁷⁵ Finalmente caerás en cuenta de que el pecado es el peor de los males y la mayor de las desgracias que llenan la tierra y colman el infierno pues es la fuente de todos ellos. Más aún, es el único mal: más pavoroso que la muerte, que el diablo y que el infierno porque lo horrendo que ellos tienen proviene del pecado.

¡Pecado, qué detestable eres! Ojalá los hombres te conocieran porque hay en ti algo infinitamente más horrible de lo que se puede pensar y decir porque el hombre que tú mancillas no puede purificarse sino con la sangre de un Dios, y a ti sólo puede destruirte la muerte y el anonadamiento de un Hombre-Dios.

No me asombro, gran Dios, de que así odies ese monstruo infernal y que lo castigues con tal rigor que se asombren los que no te conocen y no miden la injuria que se te hace con el pecado. De verdad que no serías Dios si no odiaras infinitamente la iniquidad. Porque así como sientes la dichosa necesidad de amarte a ti mismo con amor infinito, también sientes la necesidad de odiar infinitamente lo que en cierta manera se opone a ti infinitamente.

Tú, cristiano, que lees estas cosas que se apoyan en la verdad eterna, si aún te queda una chispa de amor y de celo por el Dios que adoras, ten horror por lo que él abomina. Huye del pecado más que de la peste, de la muerte y de todos los males imaginables. Conserva siempre en ti el vigoroso propósito de sufrir mil muertes antes que de verte separado de Dios con un pecado mortal. Y para que Dios te guarde de esa desgracia evita también cuidadosamente el pecado venial como el mortal. Porque nuestro Señor derramó su sangre y entregó su vida para borrar tanto el pecado venial como el mortal. Además el que no se duele de las faltas veniales caerá pronto en pecados graves.

Si no tienes estos propósitos, ruega a nuestro Señor que los imprima en ti. Porque si no estás en disposición de sufrir toda suerte de desprecios y tormentos antes que

⁷⁴ Rm. 8, 32.

⁷⁵ Jn. 6, 71

cometer un pecado, no serás de verdad cristiano. Si, por desgracia, cometes una falta, esfuérzate por levantarte cuanto antes mediante la contrición y la confesión para regresar a tus anteriores disposiciones.

5. Tercer fundamento: el desprendimiento

5.1. El desprendimiento del mundo

Como cristiano, además de odiar toda clase de pecado, debes desprenderte en forma total del mundo y de las cosas del mundo. Llamo mundo la vida corrompida y desordenada que en él se lleva, el espíritu reprobable que en él reina, los sentimientos e inclinaciones perversas que lo inspiran, las leyes máximas que lo gobiernan.

Llamo cosas del mundo todo lo que el mundo estima, ama y codicia: los honores y alabanzas de los hombres, los placeres vanos, las riquezas y comodidades temporales, las amistades y afectos fundados en la carne y en la sangre, en el amor propio y en el propio interés.

Repasa la vida de nuestro Señor Jesucristo y descubrirás que vivió en desasimiento perfecto. Si aceptas la palabra de su Evangelio, aprenderás que quien no renuncia a todas las cosas, no puede ser su discípulo.⁷⁶

Por eso, si deseas ser cristiano de verdad y discípulo de Jesucristo y continuar y expresar con tu vida su vida santa y desprendida de todo, es indispensable que te desprendas (renuncies) en forma absoluta y universal, del mundo y de las cosas del mundo. Recuerda a menudo que el mundo ha sido y será siempre contrario a Jesús, que siempre le ha perseguido y crucificado y que así lo hará hasta el fin de los siglos. Los sentimientos e inclinaciones, las leyes y máximas y el espíritu del mundo son de tal manera opuestos a los de Jesucristo que no pueden subsistir juntos. Porque mientras los de Jesús sólo tienden a la *gloria* de su Padre y a nuestra santificación, los del mundo sólo tienden al pecado y a la perdición.

Las leyes y máximas de Jesús son llevaderas, santas y razonables; las del mundo diabólicas, tiránicas e insoportables. La vida de Jesús es santa y embellecida con toda clase de virtudes: la del mundo es depravada, desordenada y repleta de vicios.

El espíritu de Jesús es espíritu de luz, verdad, piedad, amor, confianza, celo pastoral, reverencia para con Dios y los intereses de Dios. El espíritu del mundo es de

⁷⁶ Lc. 14, 33

error, incredulidad, tinieblas, ceguera, desconfianza, murmuración, irreverencia, insensibilidad para con Dios y sus intereses.

El espíritu de Jesús es de humildad, modestia, mortificación abnegación, constancia y firmeza. El espíritu del mundo es de orgullo, presunción, egoísmo, ligereza e inconstancia.

El espíritu de Jesús es de misericordia, caridad, paciencia, dulzura y solidaridad con el prójimo; el espíritu del mundo es de venganza, envidia, impaciencia, ira, maledicencia y división.

Finalmente, el Espíritu de Jesús es el Espíritu de Dios, Espíritu santo y divino, rico en dones, virtudes y bendiciones; espíritu de paz que sólo busca los intereses de Dios y de su *gloria*. Por el contrario, el espíritu del mundo es el espíritu de Satanás, príncipe de este mundo: espíritu terrestre, carnal y animal, de turbación, inquietud y tempestad que sólo busca sus intereses, satisfacciones y comodidades.

Ya puedes concluir que es imposible que el espíritu y la vida del mundo puedan coexistir con el espíritu y la vida del cristiano que son los mismos de Jesucristo. Por eso, si deseas ser de verdad cristiano y pertenecer del todo a Jesucristo, vivir de su vida y dejarte animar por su espíritu y guiarte por sus leyes, debes renunciar para siempre al mundo.

No pretendo decir que te encierres dentro de cuatro paredes, si Dios a ello no te llama, sino que vivas en el mundo sin pertenecerle; que des testimonio, público, generoso y perseverante de que no llevas una vida mundana ni te dejas conducir por el espíritu y las leyes del mundo. Que te muestres santamente orgulloso de ser cristiano, de pertenecer a Jesucristo y de preferir las verdades de su Evangelio a las falsedades con que el mundo alecciona a sus seguidores. Que tengas al menos tanto valor para alejarte de los criterios e inclinaciones del mundo y para despreciar su vana palabrería y engañosas opiniones como él tiene de temeridad y de impiedad para despreciar las máximas cristianas y perseguir a quienes las siguen. Porque en ello consiste el verdadero temple y la generosidad cumplida. Lo que el mundo considera hombría y fortaleza de espíritu es cobardía y flaqueza de corazón.

En una palabra desprenderse del mundo es renunciar a él y vivir en él como sin estar en él.

5.2. El Reino de Jesús no es de este mundo

Para que afiances en ti el desprendimiento del mundo no basta que trates de separarte de él sino que, como Jesucristo, tengas horror a él. Jesucristo no sólo nos exhorta por medio de su discípulo amado, a que no amemos el mundo ni las cosas del mundo,⁷⁷ sino que nos declara, por el apóstol Santiago, que la amistad del mundo es su enemiga,⁷⁸ es decir, que considera como enemigo a quienes aman el mundo. Él nos asegura personalmente que su reino no es de este mundo,⁷⁹ como tampoco él es del mundo y que aquellos que su Padre le ha dado no son del mundo, así como él tampoco lo es.⁸⁰

Y lo que es más terrible, es que proclama en alta voz que no ora por el mundo.⁸¹ Lo dijo el mismo día en que dio muestra de los mayores excesos de su bondad, en la víspera de su muerte, cuando estaba listo a derramar su sangre y a entregar su vida por la salvación de los hombres. Así fulmina un anatema, maldición y excomunión contra el mundo y lo declara indigno de sus plegarias y de su misericordia.

Finalmente, nos asegura que el juicio del mundo es asunto concluido y que el príncipe de este mundo ya está juzgado.⁸² Y de hecho, apenas el mundo se corrompió por el pecado, la justicia divina lo juzgó y condenó a ser consumido por el fuego. Y aunque se difiera el cumplimiento de la sentencia, de todos modos se ejecutará en la consumación de los siglos. Por eso Jesucristo lo mira como el objeto de su odio y maldición.

Comparte, pues, estos sentimientos de Jesús frente al mundo y las cosas del mundo. Míralo como lo mira Jesús. Míralo como algo que él te prohíbe amar si no quieres perder su amistad, y que por estar excomulgado y maldito por él no te es lícito frecuentar sin participar de su maldición.

Mira las cosas que el mundo aprecia y ama de preferencia: los placeres, honores, riquezas, amistades, apegos mundanos y cosas semejantes, como algo efímero, conforme al oráculo divino: *el mundo pasa con sus codicias*;⁸³ que sólo son humo, ilusión, vanidad y atrapar vientos. Lee y medita a menudo estas verdades y ruega cada día al Señor que las imprima en tu espíritu.

⁷⁷ 1 Jn. 2, 15

⁷⁸ Sant. 4, 4

⁷⁹ Jn. 18, 36

⁸⁰ Jn. 17, 12-16

⁸¹ Jn. 17, 9

⁸² Jn. 12, 13

⁸³ 1 Jn. 2, 17

Y para disponerte a ello, destina diariamente unos momentos, para adorar a Jesucristo en su perfecto desprendimiento del mundo: suplícale que te desprenda totalmente de él y que imprima en tu corazón odio, horror, abominación por las cosas del mundo.

Ten cuidado de no enredarte en las visitas y tratos inútiles, que se estilan en el mundo: apártate de ellos cueste lo que cueste y huye, más que de la peste, de los sitios, personas y compañías en donde sólo se habla del mundo y de temas mundanos. Porque como allí se habla de esas cosas con deleite y apego es fácil que dejen huella funesta en tu espíritu. Y tú acabarás perdiendo el tiempo, disipándote tristemente y atrapando el viento. Sólo ganarás pesadumbre, enfriamiento en la piedad, alejamiento de Dios y mil faltas que allí cometerás.

Mientras busques y gustes las conversaciones del mundo, Aquél que encuentra sus delicias en estar con los hijos de los hombres, no las encontrará en ti y no te hará gustar las dulzuras que él comunica a quienes se deleitan en conversar con él. Huye, pues, del mundo, te lo repito, y desprecia su vida, su espíritu, sus máximas.

En cuanto de ti dependa no trabes amistad ni tengas comunicación sino con las personas a quienes puedes ayudar o que te puedan ayudar a ti, con su ejemplo y su palabra, a amar a nuestro amabilísimo Jesús, a vivir en su espíritu y a detestar cuanto le es contrario.

5.3. El desprendimiento de mí mismo

Pero no basta renunciar al mundo, por importante que ello sea, para lograr el desprendimiento perfecto que es uno de los primeros fundamentos de la vida cristiana. Nuestro Señor dice clamorosamente que el que quiera seguirlo renuncie a sí mismo y vaya detrás de él.⁸⁴ Si queremos, pues, formar parte del séquito de Jesús y pertenecerle, tenemos que renunciar a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, criterio, voluntad, deseos e inclinaciones y a nuestro amor propio. Este nos inclina a evitar lo que nos hiere y mortifica en el cuerpo o en el espíritu y a buscar lo que nos da placer o deleite.

Dos razones nos obligan a esa abnegación y renuncia de nosotros mismos.

1. Porque todo lo que es exclusivamente nuestro se halla tan desordenado y depravado como consecuencia del pecado, que es contrario a Dios, traba sus designios

⁸⁴ Mt. 16, 24

y se opone a su amor y a su *gloria*. Por eso si queremos ser de Dios tenemos que renunciar a nosotros mismos, olvidarnos, perdernos y anonadarnos.

2. Porque nuestro Señor Jesucristo, nuestra cabeza y nuestro modelo, en quien todo era santo y divino, vivió en tal desprendimiento de sí mismo, se vació de sí mismo de tal manera su espíritu humano y su propia voluntad, y el amor de sí mismo, que todo lo hizo únicamente bajo la dirección del espíritu de su Padre; nunca siguió su propia voluntad sino la de su Padre, y se comportó consigo mismo como si en lugar de amarse se hubiera odiado: porque se privó en este mundo de una *gloria* y felicidad infinitas, de todos los deleites y satisfacciones humanas y sólo buscó y aceptó los sufrimientos del cuerpo y del alma.

Por eso, si somos de verdad miembros suyos, debemos revestir sus sentimientos y disposiciones y resolvernos a vivir en adelante en total separación, olvido y odio de nosotros mismos. Para ello adorarás a menudo a Jesús en su desprendimiento de sí mismo y te entregarás y unirás a él plenamente para que te conduzca en todo conforme a su espíritu, su voluntad y su puro amor.

Al comenzar tus acciones levantarás tu corazón hacia él diciéndole:

Jesús, renuncio resueltamente a mí mismo, a mi propio espíritu, a mi propia voluntad y a mi amor propio, y me entrego por entero a ti, a tu Santo Espíritu y a tu divino amor; sácame fuera de mí mismo y guíame en esta acción según tu santa voluntad.

Cuando se presenten opiniones contrastadas, como es de común ocurrencia, aun cuando creas tener la razón y la verdad de tu parte, renuncia gustoso a tu criterio personal en favor del parecer ajeno con tal que no sufra mengua la *gloria* de Dios.

Si sientes deseos o inclinaciones hacia algo, sacrifícalo a los pies de Jesús, declarándolo que no quieres tener deseos e inclinaciones distintos a los suyos.

Cuando notes que sientes ternura o afecto sensible hacia alguna cosa, vuélvete a Jesús y dile:

Amado Jesús, te entrego mi corazón y mis afectos. Tú eres el único objeto de mis amores. Que nada ame sino en ti y para ti.

Cuando recibas elogios, trasládalos al único que merece todo honor:

Gloria mía, no quiero otra gloria que la tuya: porque sólo a ti se debe el honor, la alabanza y la gloria. Yo sólo merezco desprecio y humillación.

Cuando se te presenten ocasiones de mortificar el cuerpo o el espíritu o de privarte de algún placer (como sucede a cada instante), acéptalas gustoso por amor a nuestro Señor y agrádecele porque te da la oportunidad de mortificar tu amor propio y de honrar las mortificaciones y privaciones de su vida terrena.

Cuando sientas alegrías o consuelos, piensa en aquél que es la fuente de todo consuelo y dile:

Jesús, no quiero otro contento que no sea el tuyo. Ya es suficiente alegría para mí saber que eres Dios y por lo mismo mi Dios. Jesús, que seas siempre Jesús, el glorioso, el inmenso, el dichoso y estaré siempre contento. No permitas que encuentre felicidad en cosa alguna en el mundo sino sólo en ti para poder repetir con la santa reina Ester: "Tu bien sabes, Señor Dios... que tu siervo sólo se ha deleitado en ti".⁸⁵

5.4. El perfecto desprendimiento cristiano

Para lograr la abnegación perfecta y el pleno desprendimiento cristiano no basta desprenderse del mundo y de sí mismo. Tenemos que aspirar a desprendernos, por decirlo así, hasta de Dios. Cuando Jesús aseguraba a sus apóstoles que les convenía que él se separa de ellos para ir al Padre y enviarles su Espíritu Santo, lo decía porque estaban apegados al consuelo sensible producido por su presencia y conversación visible de su sagrada humanidad, lo cual obstaculizaba la venida de su Espíritu. Porque es necesario estar desligado de todas las cosas, aún las más santas y divinas, para que nos anime el espíritu de Jesús, que es el espíritu del cristianismo.

Por eso insisto en que debemos desprendernos en cierta manera hasta del mismo Dios. Es decir, de las dulzuras y consuelos que acompañan de ordinario su gracia y su amor, de los piadosos propósitos en busca de su *gloria*; de nuestros deseos de mayor perfección y amor y aún del anhelo de abandonar la prisión de nuestro cuerpo para ver a Dios, para tener con él unidad perfecta y amarlo con pureza y continuidad.

Porque cuando Dios nos hace experimentar las dulzuras de su bondad, en nuestros ejercicios de piedad, debemos evitar acomodarnos en ellas. Nos humillaremos como indignos de todo consuelo y las devolveremos a él, listos a vernos privados

⁸⁵ Est. 14, 17

de ellas. Le reafirmaremos que deseamos servirlo y amarlo no por los consuelos que da, en este mundo o en el otro, a los que lo aman y lo sirven sino sólo por su amor y agrado.

Si hemos concebido un piadoso propósito o cuando realizamos alguna acción para *gloria* de Dios, aunque debemos esmerarnos por darles pleno cumplimiento, evitaremos apegarnos a ellas; y así, si por acaso nos vemos obligados a interrumpirlas o abandonarlas, no perderemos la paz y sosiego en el espíritu; pensaremos que la voluntad o el permiso de Dios todo lo conduce y son igualmente dignas de amor.

Y aunque debemos hacer lo posible por vencer nuestras pasiones e imperfecciones y por ejercitarnos cumplidamente en toda suerte de virtudes, debemos hacerlo sin apremios ni apegos. Si creemos no poseer la virtud y el amor de Dios que anhelamos, permanezcamos en paz y sin inquietud; humillémonos por haberlos obstaculizado y amemos nuestra bajeza. Contentémonos con lo que place a Dios concedernos y perseveremos en el deseo de progresar, confiados en la bondad del Señor que nos dará las gracias para servirlo con la perfección que pide de nosotros.

Igualmente, por más que debamos vivir en la expectativa, el deseo y el anhelo continuos del momento feliz que nos desligará enteramente de la tierra, del pecado y de la imperfección y nos unirá de manera perfecta con Dios y con su puro amor, y por más que debamos trabajar por realizar la obra de Dios en nosotros para que nos tome pronto con él, tal deseo debe ser sin apego y sin inquietud. De modo que si agrada a Dios que se demore la dulce visión de su faz divina hallemos nuestro contento en su santa voluntad, aunque esa privación se prolongara hasta el día del juicio.

A esto llamo estar desprendidos de Dios, que es el desprendimiento perfecto del mundo, de sí mismos y de todas las cosas. Y es sobremanera placentero estar así libre y despegado de todo. Lo cual se hace fácil cuando nos entregamos por entero, sin reservas, al Hijo de Dios y si nos apoyamos, no en nuestras capacidades y propósitos sino en su bondad inmensa y en el poder de su gracia y de su amor. Porque donde se encuentra ese amor divino todo se logra con extrema suavidad. Aunque tengamos que hacernos violencia y beber amarguras y oscuridades, en los caminos del amor divino hay más mieles que hieles, más dulzura que aspereza.

¡Cuánta gloria recibes, Salvador mío, cuántas delicias experimentas y cuántas maravillas realizas en el alma que camina valerosamente por estas selvas, que todo lo abandona y que se desprende en cierta manera hasta de ti mismo para darse más perfectamente a ti! A ella te unes con mayor fuerza, santamente la haces tuya y la

sumerges en el abismo de tu amor, la transformas en ti mismo, le comunicas tus cualidades, tu espíritu y tu amor. ¡Cuántos deleites y dulzuras experimenta aquél que puede decir en verdad: heme aquí, Señor, libre y desprendido de todo! ¿Ahora quién podrá impedirme que te ame plenamente? atráeme en pos de ti:⁸⁶ mi amado es todo mío y yo soy todo para él;⁸⁷ todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío.⁸⁸

Deseemos fervientemente con santo desprendimiento; entreguémonos a Jesús para que emplee la fuerza de su gracia para romper nuestras ataduras y desprendernos totalmente del mundo, de nosotros mismos y de todas las cosas, a fin de que pueda realizar en nosotros, sin obstáculo alguno, lo que desea para su *gloria*.

6. Cuarto fundamento: la oración

Colocamos el santo ejercicio de la oración entre los principales fundamentos de la vida y santidad cristiana, porque la vida de Jesucristo fue una oración constante y es deber nuestro continuarla y expresarla.

La tierra que nos sostiene, el aire que respiramos, el pan que nos alimenta, el corazón que palpita en nuestro pecho, no son tan necesarios para la vida humana como la oración para llevar una vida cristiana. Porque:

- La vida cristiana, que el Hijo de Dios llama *vida eterna*, consiste en conocer y amar a Dios⁸⁹ y esta divina ciencia la adquirimos en la oración.
- Por nosotros mismos nada somos ni podemos; somos pobreza y vacío. Debemos acudir a Dios a cada instante para recibir de él cuanto necesitamos.
- La oración es una elevación respetuosa y amorosa de nuestro espíritu y nuestro corazón a Dios. Es dulce diálogo, santa comunicación, divina conversación del cristiano con su Dios.

⁸⁶ Cant. 1, 3

⁸⁷ Cant. 2, 16

⁸⁸ Jn. 17, 10

⁸⁹ Jn. 17, 3

- En la oración contemplamos a Dios en sus perfecciones, misterios y obras; lo adoramos, lo bendecimos, lo amamos y glorificamos⁹⁰; nos entregarnos a él, nos humillamos por nuestros pecados e ingratitudes y pedimos su misericordia; tratamos de asemejarnos a él por la contemplación de sus virtudes y perfecciones. Finalmente le pedimos lo necesario para amarlo y servirlo.
- Orar es participar de la vida de los ángeles y de los santos, de la vida de Jesucristo, de su santa Madre y de la misma vida de las tres divinas personas. Porque la vida de Cristo y de los santos es un continuo ejercicio de oración y contemplación, de glorificación y de amor a Dios, de intercesión por nosotros. Y la vida de las tres divinas personas se halla perpetuamente ocupada en contemplarse, glorificarse y amarse mutuamente, que es lo fundamental en la oración⁹¹.
- La oración es la felicidad perfecta y el verdadero paraíso en la tierra. Gracias a ella el cristiano se une a su Dios, su centro, su fin y soberano bien. En la oración el cristiano posee a Dios y Dios se apodera de él. Por la oración le damos nuestros homenajes, adoraciones y afectos y recibimos sus luces, sus bendiciones y las innumerables pruebas de su amor infinito.
- En ella, Dios realiza su divina palabra: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.*⁹² En ella conocemos experimentalmente que la felicidad perfecta está en Dios, que miles de años de placeres mundanales no valen un momento de las verdaderas delicias que Dios da a gustar a quienes colocan su deleite en conversar con él mediante la oración.
- Finalmente, la oración es la más digna, noble e importante ocupación, porque es la misma de los ángeles, de los santos, de la santa Virgen, de Jesucristo y de la santísima Trinidad durante la eternidad, y será nuestra ocupación perpetua en el cielo.

⁹⁰ San Juan Eudes enfatiza la oración de: adoración, glorificación y afecto en las cuales el pensamiento se centra en Dios y no en nosotros. Son oraciones muy agradables a Dios y bendecidas para el que ora. El subrayado es nuestro.

⁹¹ El subrayado es nuestro.

⁹² Prov. 8, 31

- Es, además, la verdadera y propia ocupación del hombre y del cristiano, porque el hombre no ha sido creado sino para Dios, para entrar en comunión con él, y el cristiano está en la tierra para continuar en ella lo que Cristo hizo durante su vida mortal.
- Por eso te exhorto y te encarezco, en nombre de Dios, que no prives a Jesús de su gran deleite de estar y de conversar con nosotros mediante la oración, y que experimentes la verdad de aquel dicho del Espíritu Santo: *No hay amargura en su compañía, ni cansancio en su convivencia, sino placer y alegría.*⁹³
- Considera, pues, la oración como el principal, el más necesario, urgente e importante de tus quehaceres. Trata de desligarte de asuntos menos necesarios, para darle más tiempo a ésta, especialmente en la mañana, en la noche y poco antes del almuerzo en una de las maneras que te voy a proponer.

6.1. Primera forma: oración mental

Hay muchas maneras de orar, entre las cuales señalaré cinco principales. La primera es la llamada oración mental o interior: en ella el hombre se entretiene interiormente con Dios, sobre alguna de sus divinas perfecciones, o sobre algún misterio, virtud o palabra del Hijo de Dios, o sobre alguna de sus obras en el orden de la *gloria*, de la gracia, de la naturaleza, en su santa Madre, en sus santos, en su Iglesia y en el mundo natural. Usa del entendimiento para considerar con atención suave y fuerte, las verdades que se encuentran en el tema escogido, capaces de llevarnos al amor de Dios y al odio de nuestros pecados. Luego el corazón y la voluntad producen actos y afectos de adoración, de alabanza, de amor, de humildad, de contrición, de ofrenda y de propósito de huir del mal y de obrar el bien, y otros semejantes según las inspiraciones del espíritu de Dios.

No hay palabras para ponderar cuan alta, útil y llena de bendiciones es esta forma de oración. Por eso, si Dios te llama a ella y te da la *gracia*, debes darle gracias como de un don precioso. Si aún no te ha dado esa gracia, pídesela y pon de tu parte lo necesario para corresponder a ella y para ejercitarte en ella. Dios te la enseñará mejor que todos los libros y maestros del mundo si te postras ante él con humildad, confianza y pureza de corazón.

⁹³ Sab. 8, 16

6.2. Segunda forma: oración vocal

Esta se hace cuando hablamos oralmente a Dios, como cuando recitamos el Oficio Divino, el rosario, o cualquier otra oración vocal. Es casi tan útil como la anterior si el corazón y el espíritu acompañan a nuestra lengua cuando hablamos a Dios. Porque de esa manera tu oración resulta al mismo tiempo mental y vocal. En cambio si las recitas por rutina y sin atención, saldrás de la presencia de Dios más disipado, frío y cobarde en tu amor que antes de ella. Por eso, fuera de tus oraciones de obligación te aconsejo que hagas más bien pocas y que te acostumbres a hacerlas bien, con mucha atención y aplicadas a Dios, manteniendo tu espíritu y tu corazón ocupados en santos pensamientos y afectos mientras habla tu lengua.

Acuérdate que debes continuar la oración de Jesucristo. Para ello entrégate a él y únete al amor, la humildad, pureza y santidad y a la atención perfecta con que él oraba. Suplícale que te comunique sus santas disposiciones e intenciones. Puedes también ofrecer tu oración a Dios uniéndote a las oraciones que han hecho y harán continuamente en el cielo y en la tierra la santa Virgen, los ángeles, los santos de la tierra y del cielo y con sus mismas disposiciones de amor, devoción y atención.

6.3. Tercera forma: oración práctica

La tercera forma de orar es realizar cristianamente tus acciones, aún las más insignificantes. Las ofrecerás a nuestro Señor al comenzarlas y levantarás a menudo tu corazón hacia él en el curso de las mismas. Ejecutar así tus acciones es hacerlas en espíritu de oración, según el mandato del Señor que quiere que oremos siempre y sin cesar.⁹⁴ Se trata de un medio excelente y fácil de mantenerse en la presencia de Dios.

6.4. Cuarta forma: oración con libros espirituales

Debemos leerlos sin prisa, con tranquilidad y atención. Te detendrás a rumiar, pesar y saborear las verdades que más te impresionen para imprimirlas en tu espíritu y para que de ellas saques actos y afectos, como se dijo para la oración mental, a la cual, por lo demás, se asemeja en sus efectos. Por eso te recomiendo encarecidamente que no dejes pasar un solo día sin dedicar una media hora a leer un libro piadoso, empezando por el Nuevo Testamento (...). Al comenzar la lectura entrega tu espíritu y tu corazón a nuestro Señor y pídele la gracia de sacar el fruto que pide de ti para su *gloria*.

⁹⁴ Lc. 18, 1

6.5. Quinta forma: oración con la conversación

Es ejercicio útil y santo y muy apropiado para encender los corazones con el divino amor, hablar y dialogar familiarmente con los demás acerca de Dios y de sus intereses. En ello deberían los cristianos emplear una parte de su tiempo: ese debería ser tema habitual de sus conversaciones; en ello deberían colocar su alegría y su descanso. Así nos exhorta el príncipe de los apóstoles: *Si alguien habla que sean palabras de Dios.*⁹⁵

Puesto que somos hijos de Dios debemos encontrar placer en hablar el lenguaje santo y divino de nuestro Padre. Si hemos sido creados para el cielo, debemos empezar desde la tierra a hablar el lenguaje celestial; debe ser deleitoso, para quien ama a Dios sobre todas las cosas, hablar y oír hablar de lo que más ama en el mundo. Cuánto agradan estas sagradas conversaciones a aquél que dijo: *Donde haya dos o tres reunidos en mí nombre, allí estaré en medio de ellos.*⁹⁶

¡Cuánto distan de los discursos ordinarios del mundo! ¡Qué manera tan santa de emplear el tiempo si se hacen con las disposiciones requeridas! Para ello seguiremos el ejemplo y la norma que nos da san Pablo: *Hablamos como de parte de Dios bajo su mirada, en Cristo.*⁹⁷

Debemos hablar como de parte de Dios, haciendo derivar desde el interior de Dios los pensamientos y palabras que vamos a proferir. Por eso, al comenzar nuestros diálogos espirituales nos entregaremos al Hijo de Dios para que él ponga en nuestro espíritu y en nuestros labios lo que digamos y así le podamos decir lo que él dijo a su Padre: *les he dado las palabras que tú me diste.*⁹⁸

Debemos hablar bajo la mirada de Dios, es decir, pensando en Dios que está presente en todas partes, con espíritu de oración y de recogimiento, entregándonos a él para producir los frutos de lo que decimos o escuchamos y para hacer de ellos el uso que él desea.

Finalmente, debemos hablar de Jesucristo: con sus disposiciones e intenciones, como él hablaba en la tierra y como hablaría si estuviera en lugar nuestro; sus intenciones no tenían otro fin que el de dar *gloria* a su Padre y sus disposiciones eran de humildad, de mansedumbre y caridad hacia los hombres, de amor y entrega a su Padre. Si obramos así nuestras conversaciones le agradarán sobremanera y él

⁹⁵ 1 Pe. 4, 11

⁹⁶ Mt. 19, 20

⁹⁷ 2 Cor. 2, 17

⁹⁸ Jn. 17, 8

estará en medio de nosotros, hallará en nosotros sus delicias y el tiempo empleado en dichos coloquios será un tiempo de oración.

7. Disposiciones para la oración

San Pablo nos enseña que para realizar santamente nuestras acciones debemos hacerlas en nombre de Jesucristo. Y Cristo nos asegura que el Padre nos concederá cuanto le pidamos en su nombre (...).

Pero, ¿qué significa orar en nombre de Jesucristo? (...) Es continuar la oración de Jesucristo en la tierra. Porque como miembros suyos que formamos su cuerpo, según enseña san Pablo, hacemos sus veces en la tierra y lo representamos; y por lo mismo debemos hacerlo todo en su nombre, en su espíritu, con sus disposiciones e intenciones, como él mismo actuó cuando estaba en el mundo y como actuaría si estuviera en lugar nuestro (...).

Por ello, cuando te dispongas a hacer oración, acuérdate de que vas a continuar la oración de Jesucristo, orando como oraría él, si estuviera en lugar tuyo, es decir, con las disposiciones con que ha orado y sigue orando en el cielo y en nuestros altares, donde se halla en constante ejercicio de oración a su Padre. Para este fin únete al amor, humildad, pureza y santidad y demás disposiciones con que él ora, entre las cuales quiero destacar cuatro principales.

7.1. Humildad

La primera disposición es presentarnos ante Dios con profunda humildad, reconociéndonos indignos de comparecer ante su faz, de mirarlo y de ser mirados y escuchados por él. Porque de nosotros mismo no podemos producir ni un buen pensamiento ni acto alguno que le agrade. Por eso debemos anonadarnos a sus plantas, darnos a nuestro Señor Jesucristo y rogarle que él mismo nos aniquile para establecerse en nosotros. Así será él mismo quien ore por nosotros. Porque sólo él es digno de comparecer ante su Padre para *glorificarlo* y amarlo y obtener de él todo lo que le pida. Luego, sí pediremos confiadamente al Padre lo que le solicitemos en nombre de su Hijo, por sus méritos y para ese Hijo Jesús que está entre nosotros.

7.2. Confianza

La segunda disposición para orar es hacerlo con respetuosa y amorosa confianza de que alcanzaremos lo que le pidamos para la *gloria* de Dios y por nuestra salvación. Muchas veces recibiremos más y mejor de cuanto le pidamos porque no nos

apoyamos en nuestros méritos, o en el poder de nuestra plegaria, sino que lo pedimos en nombre de Jesucristo, por sus méritos e intercesión y para el mismo Jesucristo. Nos apoyamos únicamente en su bondad y sobre la verdad de sus palabras: *Pidan y se les dará. Todo lo que pidan en mi nombre se les concederá; y, cualquier cosa que pidan en la oración, crean que la obtuvieron y la recibieron.*⁹⁹ Porque si Dios nos tratara según nuestros méritos, nos lanzaría en el abismo, lejos de su presencia. Cuando nos concede alguna gracia no es a nosotros, ni por nuestros ruegos sino a su Hijo Jesús y en virtud de su intercesión y de sus méritos.

7.3. Pureza de intención

La tercera disposición para hacer oración es la pureza de intención. Al comenzar a orar reafirmaremos a nuestro Señor que renunciamos a la curiosidad de espíritu y al amor propio y que realizamos esa acción no para nuestra satisfacción y deleite sino únicamente por su *gloria* y agrado. Porque es así como él se complace en tratar y conversar en nosotros. Y todo lo que le pidamos debemos hacerlo con este fin.

7.4. Perseverancia

La cuarta disposición que debe acompañar la perfecta oración es la perseverancia. Si deseas *glorificar* a Dios en la oración y alcanzar de su bondad lo que le pides, debes perseverar fielmente en ese divino ejercicio. Porque hay muchas cosas que le pedimos a Dios y que no nos concede a la primera, segunda o tercera instancia. Quiere, en efecto, que le roguemos por largo tiempo y repetidas veces con el designio de mantenernos en la humildad y en el menosprecio de nosotros mismos y en la estima de sus gracias. En su amor, se complace, en dejarnos por largo tiempo en una necesidad que nos obliga a acudir repetidamente a él y para que estemos a menudo con él y él en nosotros. Porque de verdad se complace en estar con nosotros.

Finalmente, como culmen de toda santa disposición, cuando comiences tu oración entrega totalmente tu espíritu y tu corazón a Jesús y a su divino espíritu. Ruégale que ponga en tu espíritu los pensamientos y en tu corazón los sentimientos y afectos que él desea encontrar en ti. Abandónate a él por completo para que te dirija según su beneplácito en ese divino ejercicio. Confía en su inmensa bondad que cuanto le pidas lo alcanzarás si no en la forma que tú lo deseas, ciertamente de una manera más provechosa.

⁹⁹ Lc. 11, 9; Jn. 16, 23; Mc. 11, 24

c. *Virtudes cristianas*

Después de colocar en ti los fundamentos de la vida cristiana, es necesario, si deseas vivir cristiana y santamente o mejor, hacer vivir y reinar a Jesús en ti, que te ejercites cuidadosamente en la práctica de las virtudes que nuestro Señor Jesucristo practicó en el mundo. Si debemos continuar y completar la vida santa de Jesús en la tierra, también debemos completar sus virtudes.

8. Excelencia de las virtudes cristianas

Muchos estiman la virtud, la aman, la buscan y se esfuerzan por adquirirla. Pero son pocos los que poseen verdaderas y sólidas virtudes cristianas. Y una de las causas principales es que no se guían ni comportan, en la búsqueda de la virtud, según el espíritu del cristianismo, sino de los filósofos paganos y de los políticos¹⁰⁰. No se guían por el espíritu de Jesucristo y de la gracia que él nos adquirió con su sangre, sino por el de la naturaleza y de la razón humana.

¿Quién conoce la diferencia entre esos dos espíritus en lo que concierne al ejercicio de las virtudes? Hay tres diferencias principales:

Los que buscan la virtud a la manera de los filósofos paganos y de los políticos:

1. La miran sólo con los ojos de la razón; la estiman excelente en sí misma y necesaria para hacer al hombre cabal, para diferenciarlo de los brutos que sólo se guían por los sentidos, y así desean adquirirla por consideraciones más humanas que cristianas.
2. Están persuadidos de que podrán adquirir la virtud por su propio esfuerzo, cuidados y vigilancia, con motivaciones, propósitos y prácticas. Pero se equivocan totalmente porque no caen en la cuenta de que es imposible, sin la gracia divina, realizar el más mínimo acto de virtud cristiana.
3. Aman la virtud y se esmeran por adquirirla, no tanto por Dios y por su *gloria* sino para sí mismos, para su propio mérito, interés y satisfacción, y para hacerse más cumplidos y excelentes. Esa es la manera como los paganos y políticos desean la

¹⁰⁰ En la actualidad también hay un gran influjo de los medios de comunicación y las redes sociales, que con frecuencia sofocan el espíritu cristiano.

virtud, que por ser algo noble y excelente quisieran poseerla, no para agradar a Dios sino por orgullo y propia estima.

Por el contrario, los que, en el ejercicio de la virtud, se guían por el espíritu y la gracia de Jesucristo:

1. No la miran solamente en sí misma sino en su principio, en su fuente, es decir, en Jesucristo, fuente de toda gracia: en él se encuentra toda virtud en grado eminente, soberano e infinito; y como todo lo que se halla en él es santo, divino y adorable, también la virtud está santificada y deificada en él. Por eso, si consideramos la virtud en Jesucristo, nos sentiremos llevados a apreciarla, amarla y buscarla de manera infinitamente más poderosa que si sólo la miráramos en su intrínseca excelencia o por el aprecio que le tienen el espíritu y la razón humana.

2. Los que se guían por el espíritu del cristianismo saben perfectamente que no pueden realizar por sí mismos el más mínimo acto de virtud. Que si Dios se retirara de ellos caerían en el abismo de toda clase de vicios, y que la virtud, por ser obra exclusiva de la misericordia de Dios, hay que pedirla con confianza y perseverancia, y al mismo tiempo aportar toda la vigilancia, y el esfuerzo para ejercitarse en ella. Sin embargo no se apoyan en sus prácticas, deseos ni propósitos: todo lo esperan únicamente de la bondad de Dios. No se inquietan cuando no descubren en sí mismos las virtudes que anhelan, sino que se mantienen tranquilos y humildes ante Dios, reconociendo que son ellos los culpables e infieles. Porque si Dios los tratara como lo merecen, no sólo nada les concedería de sus peticiones, sino que les retiraría las gracias ya concedidas y que les concede gran beneficio al no rechazarlos y abandonarlos por completo. Esto enciende en ellos: un fuego nuevo de amor y renovada confianza en la bondad divina y un deseo ardiente de emplear todos los medios para alcanzar las virtudes con el fin de servirlo y darle *gloria*.

3. Desean la virtud y se esmeran por hacer a menudo actos interiores y exteriores de amor a Dios y de caridad hacia el prójimo, de paciencia, obediencia, humildad, mortificación y demás virtudes cristianas, no para ellos mismos, para sus intereses, satisfacciones y recompensa sino únicamente para agradar a Dios, asemejarse a su Cabeza Jesucristo, para darle *gloria* y continuar el ejercicio de las virtudes que él practicó en la tierra. En eso precisamente consiste la virtud cristiana.

Por todo esto puedes deducir cuánto aventajan en santidad y excelencia las virtudes cristianas a las virtudes que llaman morales¹⁰¹, que son las de los paganos y falsos

¹⁰¹ Éticas.

católicos. Estas son sólo virtudes humanas y naturales, virtudes de ficción y de apariencia, sin fondo ni firmeza, pues se apoyan sólo en la fragilidad del espíritu y de la razón humana, sobre la arena movediza del amor propio y de la vanidad.

En cambio las virtudes cristianas son sólidas y genuinas, divinas y sobrenaturales. En una palabra, son las mismas virtudes de Jesucristo que debemos revestir y que él comunica a quienes se adhieren a él y a quienes las pidan con humildad y confianza, tratando de practicarlas como él.

9. Cómo practicar las virtudes cristianas

De lo dicho ya puedes deducir la santidad para ejercitar las virtudes cristianas, puesto que debemos actuar como Jesucristo. Por eso si deseas adelantar en una virtud:

1. Adórala en nuestro Señor Jesucristo y piensa cómo sobresalió en ella y con qué perfección la ejercitó en toda su vida.
2. Humíllate ante él al verte tan lejos de esa perfección. Pídele perdón por tus faltas contra ella. Reconoce que de ti mismo no tienes fuerza para realizar el más mínimo acto de virtud y que no mereces recibir la gracia para ello. Ruégale, sin embargo, que, por su inmensa misericordia, te la otorgue, para ejercitar esa virtud en las ocasiones que se presenten.
3. Entrégate a menudo a Jesús con ferviente deseo de practicar esa virtud con la perfección que él exige de ti. Ruégale que destruya en ti todo lo que es contrario y que la imprima y establezca en ti, únicamente para su *gloria*.
4. Esmérate por practicar realmente esa virtud, con actos internos y señales externas, uniéndote a las disposiciones o intenciones que tuvo Jesucristo al ejercitar dichas virtudes.
5. Si cometes alguna falta contra esa virtud no te turbes ni te desalientes: humíllate ante Dios, pídele perdón y ofrécele en satisfacción el honor que su Hijo amadísimo y su santa Madre le dieron con esa virtud. Entrégate una vez más a Jesús con renovado deseo de serle fiel en adelante en la práctica de dicha virtud, y suplícale por su gran misericordia que repare tu falta y te dé nueva gracia para practicarla mejor cuando se presente la ocasión.

9.1. Ejemplo: la mansedumbre y humildad de corazón

Para facilitar a toda clase de personas el ejercicio anterior, quiero aplicarlo a una virtud particular, lo que podrás extender a cada una de las demás virtudes.

Tomemos como ejemplo, la mansedumbre y humildad de corazón, tan recomendadas por el mansísimo y humildísimo Jesús.

Destina cada día unos instantes para postrarte a los pies de Jesús y hacer tuyos los sentimientos, e inclinaciones contenidos en la siguiente elevación:

Adoro en ti, Jesús, tu adorable mansedumbre y humildad. Te adoro y glorifico en los actos internos y externos con que las practicaste (...).

Al considerar tu comportamiento sobre la tierra, te veo en un continuo ejercicio de mansedumbre y de humildad, en tus pensamientos, palabras, obras y sufrimientos. Con ellas has dado gloria inmensa a tu Padre y por ellas él te ha exaltado soberanamente en recompensa por haberte humillado por su gloria y por amor a nosotros (...).

Tú eres, Jesús, mi Cabeza y yo uno de tus miembros (...) tú eres mi maestro y yo tu discípulo. Lo cual me obliga a imitarte y a asemejarme a ti en estas cosas y en las demás virtudes.

Reconozco, sin embargo, que estoy lleno de orgullo, de vanidad, de aspereza y de impaciencia y que he multiplicado mis faltas con pensamientos, palabras y obras contra la mansedumbre y humildad. Te pido perdón, Salvador mío y quiero imitarte en esas virtudes. Y como, por mí mismo, no puedo producir el más mínimo acto de mansedumbre y humildad y ni siquiera merezco tu gracia, la imploro de tu inmensa misericordia.

Te adoro, Jesús, en el momento en que pronuncias aquellas palabras: “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso”.¹⁰² Adoro los pensamientos, los designios y el amor que entonces tuviste hacia mí (...)

Me entrego a ti para cumplir tu designio y para producir el fruto de esas palabras. No permitas que te ponga impedimento. Destruye lo que en mí es contrario a la

¹⁰² Mt. 11, 29

mansedumbre y humildad. Implanta y glorifica en mí tu mansedumbre y humildad por el amor de ti mismo.

Si se presenta la ocasión de ejercitar la mansedumbre y humildad, levanta tu corazón hacia Jesús y dile:

Me entrego a ti, Jesús, para honrar y ejercitar ahora tu mansedumbre, paciencia y humildad, uniéndome a tus divinas disposiciones e intenciones.

Si cometes alguna falta contra esas virtudes, esfuérzate por repararla cuanto antes, postrándote a los pies del Hijo de Dios para decirle:

Jesús misericordioso, te pido perdón de todo corazón, por haber ofendido a tu divina Majestad. Padre de Jesús, te ofrezco el honor que tu Hijo amadísimo y su santa Madre te han dado con su mansedumbre y humildad, en satisfacción de mis faltas de orgullo y de impaciencia. Me entrego a ti con renovado deseo de ser más manso y humilde en adelante; destruye mi soberbia e impaciencia y dame la gracia de ser fiel en practicar estas virtudes cuando se presente la ocasión, por tu gloria y felicidad.

Estas mismas prácticas podrás extenderlas a la caridad, la obediencia y demás virtudes.

10. Importancia de la humildad cristiana

Si tienes verdadero propósito de vivir santamente, una de tus principales preocupaciones será afianzarte muy conscientemente en la humildad cristiana. No hay virtud más necesaria e importante. Es la que con mayor encarecimiento nos recomienda nuestro Señor, con aquellas palabras que debemos repasar a menudo con amor y respeto: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrarán descanso.*¹⁰³

San Pablo llama a esta virtud la más característica de Jesucristo. Es por consiguiente, la virtud propia del cristiano, sin la cual es imposible llegar a serlo. Ella es el fundamento de la vida y santidad cristianas, la guardiana de todas las demás gracias y virtudes. Ella nos trae toda clase de bendiciones, porque en los humildes el inmenso y humildísimo Jesús encuentra su descanso y sus delicias, según su

¹⁰³ Mt. 11, 29

palabra: *En ese pondré mis ojos: en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras.*¹⁰⁴ Es la humildad, acompañada del amor, la que hace santos y grandes santos.

Si un alma es de verdad humilde, diré que es de verdad santa... Si es muy humilde diré que es muy santa, adornada de toda clase de virtudes y que Dios recibe de ella *gloria* inmensa; que Jesús vive en ella, como su tesoro y paraíso; que será grande en el reino de Dios, conforme a la verdad eterna: *el que se humilla será enaltecido.*¹⁰⁵ Al contrario, un alma sin humildad carece de virtud, es un infierno, habitación de los demonios, abismo de todos los vicios.

En cierta manera se puede decir que la humildad es madre de Jesús, porque gracias a ella la santa Virgen se hizo digna de llevarlo en su seno. De la misma manera ella nos hace dignos de formarlo en nosotros y de hacerlo vivir y reinar en nuestro corazón. Por eso con ahínco, debemos amarla, desecharla y buscarla.

11. Humildad de espíritu

Hay dos clases de humildad: la humildad de espíritu y la humildad de corazón; si ambas van estrechamente unidas se logra la perfección de la humildad cristiana. La humildad de espíritu es el conocimiento profundo de lo que realmente somos, no ante los ojos y el juicio engañoso de los hombres, ni de la vana presunción de nuestro espíritu, sino ante la mirada y el juicio de Dios.

Para ello es preciso mirarnos, guiados por la fe, en la luz y la verdad de Dios, en la cual podremos comprobar:

Que, como hombres, somos polvo y corrupción; como criaturas salidas de la nada, nada poseemos, nada podemos y nada somos.

Que, como hijos de Adán y pecadores, nacemos enemigos de Dios, incapaces de todo bien (...) Que nuestra única vía de salvación es renunciar a Adán y a cuanto heredamos de él, a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, y darnos a Jesucristo para asimilar su espíritu y su virtud.

¹⁰⁴ Is. 66, 2

¹⁰⁵ Mt. 23, 12

Que es muy cierto lo que él nos dice, que no podemos liberarnos de la servidumbre del pecado si él no nos libera;¹⁰⁶ que sin él nada podemos hacer,¹⁰⁷ y que después de haber cumplido todo, podemos y debemos decir con verdad que somos siervos inútiles.¹⁰⁸ Igualmente san Pablo nos dice que por nosotros mismos somos incapaces de atribuirnos cosa alguna como propia y que toda nuestra capacidad viene de Dios;¹⁰⁹ que no podemos testimoniar que Jesús es el Señor sino por virtud del Espíritu Santo.¹¹⁰ (...)

Estamos sometidos al pecado, por haber nacido de Adán, que nos engendró dentro de su condenación, que nos dio la naturaleza y la vida dentro del poder y cautividad del pecado (...) que no nos engendró libres, puestos que él mismo era esclavo, que no pudo darnos la gracia y la amistad de Dios que él había perdido. Por justo juicio de Dios llevamos todo ese yugo de iniquidad que la Escritura llama el reino de la muerte¹¹¹ que nos impide realizar las obras de libertad y de vida de los hijos de Dios, sólo obras de muerte y de esclavitud, privadas de la gracia de Dios, de su justicia y santidad (...) Frente a esa miseria e indignidad fue preciso que el Hijo de Dios nos adquiriera con su sangre hasta el más leve propósito de servir a Dios...

Si nos miramos en la luz de Dios, veremos que, como hijos de Adán, no merecemos existir ni vivir, ni que la tierra nos sostenga, ni que Dios piense en nosotros y ni siquiera que ejerza en nosotros su justicia. Por eso el santo varón Job se extrañaba de que Dios se dignara abrir los ojos sobre nosotros y que se diera la pena de juzgarnos: *¿En quien así clavas los ojos y lo llevas a juicio Contigo?*¹¹²

Porque el pecado, al apartarnos de la obediencia a Dios nos quitó todos nuestros derechos. Por causa suya no son nuestros, ni el ser, ni la vida, ni nuestro cuerpo ni nuestra alma con todas sus facultades. El sol no nos debe su luz, ni los astros sus influencias, ni la tierra su escabel, ni el aire la respiración (...) ni las plantas sus frutos, ni los animales sus servicios. Antes bien, toda creatura debería pelear contra nosotros para vengar la injuria que hacemos a su Creador (...).

¹⁰⁶ Jn. 8, 33-36

¹⁰⁷ Jn. 15, 5

¹⁰⁸ Lc. 17, 10

¹⁰⁹ 2 Cor. 3, 5

¹¹⁰ 1 Cor. 12, 3

¹¹¹ Rm. 5, 14-17

¹¹² Job 14, 3

Veremos igualmente que de nosotros mismos, en cuanto pecadores, somos otros demonios encarnados, Luciferes y Anticristos,¹¹³ pues nada hay en nosotros que no sea contrario a Jesucristo. Que tenemos en nosotros el principio y la semilla de todos los pecados de la tierra y del infierno; el pecado original ha puesto en nosotros la raíz y la fuente de toda clase de pecados, según las palabras del Profeta-Rey: *mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.*¹¹⁴

De ahí que si Dios no nos llevara siempre en los brazos de su misericordia, si no realizara permanentemente el milagro de preservarnos de caer en el pecado, nos precipitaríamos a cada instante en un abismo de iniquidades. Somos, finalmente, tan horribles (...) que si pudiéramos vernos como Dios nos ve, no podríamos soportarlos.

Por eso leemos de una santa que pidió a Dios conocerse a sí misma y se vio tan horrible que empezó a gritar: “No tanto, Señor que voy a flaquear”, y el Padre Maestro Ávila refiere haber conocido a alguien que le hizo a Dios idéntica súplica y se vio tan abominable que exclamó: “Señor, te ruego por tu misericordia, que apartes ese espejo de mis ojos: ya no me interesa ver mi imagen”.¹¹⁵ Después de esto, ¿Cómo podremos tener algún aprecio de nosotros mismos y pensar que algo somos o merecemos? ¿Cómo podremos amar la grandeza y buscar la vanidad y complacernos en la estima y alabanza de los hombres? (...) ¡Qué ridículo es que nosotros, criaturas viles y miserables, pretendamos elevarnos y enorgullecernos!

Por eso el Espíritu Santo, en el Eclesiástico, nos advierte que siente odio y aversión por un pobre altanero.¹¹⁶ Es sin embargo, este un vicio común a todos los hombres. Ellos aunque aparenten ser algo a los ojos del mundo, llevan impresas las señales infamantes de su condición pecadora, que debería mantenerlos en gran humillación ante Dios y ante todas las criaturas (...).

Por eso Dios detesta el orgullo y la vanidad: Él, que conoce nuestra bajeza e indignidad, no puede tolerar que algo tan bajo y tan indigno pretenda enaltecerse. Cuando Él, la grandeza misma, se rebajó hasta la nada, no puede soportar que la nada pretenda encumbrarse.

¹¹³“El que con sus obras niega a Cristo es un Anticristo” S. Agustín. Tract. III in Joan. Núm. 8.

¹¹⁴ Sal 51 (50), 7

¹¹⁵ RODRIGUEZ, Tratado de la humildad, c. IX.

¹¹⁶ Eclo. 25, 2

Si quieres, por tanto, agradar a Dios y servirlo a satisfacción, esmérate por adquirir esa ciencia divina del conocimiento de ti mismo; afianza estas verdades en tu espíritu y repásalas a menudo ante Dios, rogando a nuestro Señor que las imprima profundamente en ti.

No olvides, sin embargo, que como hijo de Dios y miembro de Jesucristo, cuando te hallas en su gracia, tienes una vida nobilísima y sublime y posees un tesoro infinitamente precioso. Y que, aunque la humildad de espíritu te obliga a reconocer lo que por ti mismo eres en Adán, sin embargo ella no debe ocultar lo que eres en Jesucristo y por Jesucristo, y no te obliga a ignorar las gracias que Dios te ha hecho mediante su Hijo, de otra manera sería tener falsa humildad. Reconoce, eso sí, que todo lo bueno que hay en ti proviene de la sola misericordia de Dios, sin méritos de tu parte. He ahí en qué consiste la humildad de espíritu.

12. Humildad de corazón

No basta la humildad de espíritu que nos da a conocer nuestra miseria e indignidad. Sin la humildad de corazón sería humildad diabólica porque los demonios que carecen de la humildad de corazón son también conscientes de su indignidad y maldición. Por eso nosotros debemos aprender de Jesús, nuestro maestro, a ser como él también humildes de corazón. La humildad de corazón consiste en amar nuestra bajeza, en sentirse a gusto de ser pequeños y despreciables (...) y en alegrarnos de que nos traten como tales; en no justificarnos sino por motivos graves, en no quejarnos jamás de nadie.

Porque, si recordamos que llevamos dentro de nosotros mismos la fuente de todo mal, merecemos toda clase de reproches y malos tratos. Y eso por dos razones:

1. Porque merecemos toda clase de desprecios y humillaciones y que todas las criaturas nos persigan y pisoteen (...)
2. Porque debemos amar lo que el Hijo de Dios ha amado tanto y colocar nuestro centro y nuestro paraíso en las mismas cosas que él escogió para *glorificar* a su Padre, a saber los desprecios y humillaciones. La humildad de corazón consiste, además, en odiar toda grandeza y vanidad, conforme, a la sentencia del Hijo de Dios, que te ruego grabes hondamente en tu espíritu: *Lo que es estimable para los hombres es abominable ante Dios.*¹¹⁷

¹¹⁷ Lc. 16, 15

Cuando digo «toda grandeza» me refiero no solamente al desprecio de las grandezas temporales y de la vanidad, que proviene de la estima y de las alabanzas humanas sino también, y mucho más, de la vanidad que pueden producir cosas espirituales. Debemos huir lo que es vistoso y extraordinario a los ojos de los hombres, en los ejercicios de piedad, como visiones, éxtasis, revelaciones, el don de hacer milagros y cosas semejantes.

No solamente no debemos desear ni pedir a Dios tales gracias extraordinarias, aunque el alma reconociera que Dios le ofrece alguna de esas gracias, debería retirarse al fondo de su nada y estimarse indigno de ellas, y pedirle en su lugar, otra gracia menos vistosa a los ojos humanos, más conforme con la vida escondida y despreciada que nuestro Señor llevó en la tierra. Porque, aunque es verdad que nuestro Señor, en el exceso de su bondad, nos concede con agrado sus gracias ordinarias y extraordinarias, también le agrada que por un sentimiento sincero de nuestra indignidad y por el deseo de asemejarnos a él en su humildad, rehuyamos todo cuanto es grande a los ojos humanos. Quien no se halla en esta disposición dará cabida a los muchos engaños e ilusiones del espíritu de vanidad.

Debes tener en cuenta, sin embargo que hablo de cosas extraordinarias y no de las que son comunes y habituales en los servidores de Dios, como la comunión frecuente, postrarse ante Dios mañana y tarde para darle nuestros homenajes; acompañar por las calles al santísimo Sacramento cuando se le lleva a los enfermos; recitar el rosario, u orar, sea en la Iglesia, en casa o de camino; servir y visitar a los pobres y prisioneros o hacer cualquier otra obra de piedad. Porque puede suceder que omitas tales acciones por cobardía, con pretexto de falsa humildad.

Y si el respeto humano te hace ruborizar de servir a Dios debes vencerlo pensando que es *gloria* grande ser cristiano, y actuar como cristiano y servir y *glorificar* a Dios delante de los hombres y frente al mundo. Si el miedo a la vanidad y la vana apariencia de humildad postiza quieren impedirte realizar esas acciones, tú debes declarar a nuestro Señor que todo lo haces únicamente por su *gloria* y que por ser normal en los servidores de Dios no hay motivo de vanidad.

Es verdad que nuestro Señor Jesucristo nos enseña a ayudar, a dar limosna y a orar en secreto. Pero san Gregorio nos aclara que se trata de la intención y no de la acción,¹¹⁸ es decir que el Señor no prohíbe que las hagamos en público, ya que nos dice en otra parte: *Que brille su luz ante los hombres para que al versus buenas obras den gloria a su Padre que está en los cielos.*¹¹⁹ Él quiere que nuestra intención

¹¹⁸ S. GREGORIO MAGNO. Homil XI in Evangelis.

¹¹⁹ Mt 5, 16

se mantenga secreta y escondida y que realicemos nuestras acciones exteriores no para agradar a los hombres, o buscando vanos aplausos, sino para agradar a Dios y procurar su *gloria*.

Finalmente, la verdadera humildad de corazón que nuestro Señor nos inculca con su ejemplo, consiste en ser humildes como lo fue Cristo en la tierra: en odiar todo espíritu de grandeza y de vanidad, amar el desprecio y la humillación como Cristo se humilló en su encarnación, en su vida, en su pasión y en su muerte. En su encarnación se anonadó a sí mismo, tomando la forma de esclavo.¹²⁰ Quiso nacer en un establo, someterse a las necesidades y debilidades de la infancia y a otras mil humillaciones.

En su pasión dijo de sí mismo: *Soy un gusano no un hombre, vergüenza de la gente y desprecio del pueblo.*¹²¹ Llevó sobre sí la ira y el juicio de su Padre, cuya severidad le hace sudar sangre (...); se sometió al poder de las tinieblas como él mismo lo afirma,¹²² es decir, de los demonios, quienes por medio de sus compatriotas, de Pilato, de Herodes, le hicieron padecer todas las ignominias del mundo. Los soldados y Herodes lo trataron como si fuera un bribón. Lo azotaron y clavaron en la cruz como a un esclavo y un ladrón. Dios, que debía ser su refugio, lo abandonó y lo miró como si él solo hubiera cometido todos los crímenes del mundo. Y, finalmente, para usar el lenguaje de su apóstol, fue hecho anatema y maldición por nosotros.¹²³ Y para colmo de ese extraño y espantoso envilecimiento, la justicia de Dios lo hizo pecado por nosotros.¹²⁴ Es decir que no solo cargó con la confusión y deshonra que merecen los pecadores, sino con las infamias del pecado mismo que es el estado más ignominioso que Dios reserva a sus peores enemigos.

¡Cuánta humillación para un Dios, para el Hijo único de Dios, para el Señor del universo (...)! ¿Será posible, Señor Jesús, que ames tanto al hombre hasta anonadarte en esa forma por su amor? ¿Cómo podrás envanecerte, hombre, cuando ves a tu Dios de tal manera humillado por el amor que te tiene? Deseo, Salvador mío, ser humillado, aniquilado contigo, comulgar con los sentimientos de tu profunda humildad y estar dispuesto a sufrir las confusiones y rebajamientos que se deben al pecador y al pecado mismo.

¹²⁰ Fil. 2, 17

¹²¹ Sal. 22 (21), 7

¹²² Lc. 22, 53

¹²³ Gal. 3, 13

¹²⁴ 2 Cor. 5, 21

En esta disposición consiste, precisamente, la perfecta humildad cristiana (...) ya que si Jesús, nuestra Cabeza, el Santo de los santos y la santidad misma, ha sufrido las ignominias debidas al pecador y al pecado, con mayor razón los que, por nosotros mismos, somos pecado y maldición. Si grabamos profundamente estas verdades en nuestro espíritu, encontraremos perfectamente razonable gritar y repetir a menudo con santa Gertrudis: *Señor, uno de los milagros más señalados en este mundo es permitir que la tierra me sostenga.*¹²⁵

13. Práctica de la humildad cristiana

No basta que conozcas, en forma vaga y superficial, que nada eres, que no tienes poder alguno de obrar el bien y de evitar el mal, que todo bien desciende de lo alto, del Padre de las luces,¹²⁶ y que toda obra buena nos viene de Dios mediante su Hijo. Es preciso, además, afirmarte poderosamente en la convicción y en el vivo sentimiento de tu cautividad bajo la ley del pecado, de tu inutilidad, incapacidad e indignidad para servir a Dios, de tu insuficiencia para cualquier bien y de la urgente necesidad que tienes de Jesucristo y de su gracia.

Por eso debes llamar a gritos constantemente a tu libertador y acudir, en todo momento a su gracia, apoyándote únicamente en su poder y su misericordia. Dios permite a veces que luchemos largo tiempo para vencer alguna pasión y para adquirir alguna virtud y que no adelantemos gran cosa en nuestros propósitos, para que reconozcamos, por experiencia, lo que somos y podemos por nosotros mismos y para obligarnos a buscar en nuestro Señor Jesucristo la fuerza para servir a Dios.

Dios sólo quiso enviar a su Hijo al mundo después de que el mundo experimentó que no podía observar su ley, ni librarse del pecado y que necesitaba un espíritu y una fuerza nueva para resistir al mal y obrar el bien. Así nos mostraba su voluntad de que debíamos reconocer nuestra miseria para recibir su gracia.

En consecuencia, debes reconocer cada día tu miseria, tal como Dios la conoce, y renunciar a Adán y a ti mismo, porque ambos han pecado e hipotecado tu naturaleza al diablo y al mal. Renuncia, pues, por completo a tu espíritu, a toda fuerza y capacidad que creas poseer. Porque el poder que Adán ha dejado en la naturaleza del hombre es solo impotencia; y creer que lo poseemos es mera ilusión y falsa opinión de nosotros mismos. Sólo tendremos verdadero poder y libertad para el bien cuando

¹²⁵ J. de Ávila, Cartas espirituales, I, XXXIII. Leg. Div. Pietatis lib. 1 cap. XI.

¹²⁶ Sant. 1, 17

nos renunciemos y salgamos de nosotros mismos y de todo lo nuestro para vivir en el espíritu y el poder de Jesucristo.

Después de renunciar de esa manera, adora a Jesucristo, entrégate plenamente a él y ruégale que ejerza sobre ti los derechos de Adán y los tuyos que él adquirió con su sangre y con su muerte, y que viva en ti en lugar de Adán; que te despoje de tu condición y haga suyo y utilice todo lo que tú eres.

Dile que quieres deshacerte entre sus manos de todo lo que eres: que desees abandonar tu propio espíritu, orgulloso y vanidoso, tus intenciones, inclinaciones y disposiciones para revestir únicamente los suyos divinos y adorables. Suplícale que, por su inmensa misericordia, te saque de ti mismo como de un infierno y te coloque en él para afianzarte en su espíritu de humildad, no buscando tu interés y satisfacción sino su contento y su *gloria*. Que emplee su divino poder para destruir tu orgullo (...)

Póstrate con frecuencia, especialmente al comenzar la jornada, a los pies de Jesús y de su santa Madre, y diles:

Jesús, Madre de Jesús, mantengan a este miserable bajo sus pies, aplasten esta serpiente, hagan morir este Anticristo con el soplo de su boca, aten a este Lucifer para que no haga nada en este día contra su santa gloria.

No pretendo decirte que cada día pronuncies estas cosas con las fórmulas empleadas aquí, sino como plazca al Señor hacértelas gustar, hoy de esta manera, mañana de otra.

Cuando formules deseos o propósitos de ser humilde, entrégate al Hijo de Dios para cumplirlo y dile:

Me doy a ti, Señor Jesús, para comulgar con tu espíritu de humildad. Quiero acompañarte todos los días de mi vida en la práctica de esta virtud. Que tu espíritu aniquile mi orgullo y me mantenga contigo en humildad. Te ofrezco las ocasiones de practicar la humildad que se me presenten en la vida y te ruego las bendigas. Renuncio a mí mismo y a cuanto pueda impedirme tener parte en la gracia de tu humildad.

Pero no te confíes en tus propósitos ni en estas prácticas: apóyate únicamente en la bondad de nuestro Señor Jesús. Lo mismo puedes hacer con las demás virtudes y propósitos que quieras ofrecer a Dios. De esa manera los apoyarás no en ti sino en nuestro Señor Jesucristo y en la misericordia y la gracia de Dios.

Cuando presentemos a Dios nuestros deseos e intenciones de servirlo, lo haremos con la absoluta persuasión de que no lo podemos ni lo merecemos; que si Dios nos aplicara su justicia, no soportaría siquiera que pensáramos en él; sólo por su gran misericordia y por los méritos y sangre de su Hijo, Dios nos tolera en su presencia y nos permite esperar de él la gracia de servirlo.

No debemos extrañarnos cuando fallan nuestros propósitos porque somos pecadores y Dios no está obligado a otorgarnos su gracia. *Yo sé -dice san Pablo-, que en mí no anida nada bueno, porque el querer lo mejor lo tengo a mano, pero no el realizarlo.*¹²⁷Nuestra incapacidad es tan grande que no basta haber recibido de Dios el deseo del bien; necesitamos igualmente la voluntad y el propósito; y si, después de recibirlos, Dios no nos da también el cumplirlos a la perfección, nada habremos logrado. Y todavía necesitamos la perseverancia hasta el final.

Por eso debemos tender a la virtud sometidos a Dios: desear y pedir su gracia, pero extrañándonos de recibirla. Y si caemos, debemos adorar su juicio sobre nosotros, sin desanimarnos. Insistiremos con humildad entregándonos a él para entrar en su gracia con mayor virtud y vivir siempre agradecidos con él porque nos soporta en su presencia y nos inspira el deseo de servirlo (...)

- Si Dios te concede alguna gracia para ti o para otro, no pienses que ha sido en virtud de tus plegarias, sino por su sola misericordia.
- Si en las buenas obras que Dios te concede realizar sientes vana complacencia y un tufillo de vanidad, humíllate ante Dios, fuente única de todo bien (...) porque tienes más motivos para temer y para humillarte que para envanecer por el poco bien que haces, el cual tampoco es tuyo.
- Si te censuran y desprecian, acéptalo como algo que has merecido y en honor de los desprecios y calumnias sufridos por el Hijo de Dios.
- Si recibes honores o alabanzas y bendiciones, traslázalos a Dios. No te los apropiés ni te adormezcas en ellos, para que no sean la recompensa de tus buenas acciones y no te apliquen las palabras del Hijo de Dios: *Ay si los hombres hablan bien de ustedes. Así es como los padres de estos trataban*

¹²⁷ Rm. 7, 18

*a los falsos profetas.*¹²⁸ Con ellas nos enseña a considerar y temer las alabanzas del mundo no sólo como puro viento e ilusión, sino como desgracia y maldición.

- Océpate gustoso en oficios humildes y despreciables para mortificar tu orgullo, pero hazlo en espíritu de humildad y con sentimientos y disposiciones interiores acordes con la acción que ejecutas.
- Al comenzar todas tus acciones humíllate siempre ante Dios. Piensa que eres indigno de existir y de vivir y por lo mismo de actuar, y que nada puedes hacer que le agrade sin la ayuda de su gracia.

En síntesis, graba bien hondo en tu espíritu las palabras del Espíritu Santo: *Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios. Porque es grande la misericordia de Dios y por los humildes es glorificada.*¹²⁹

14. Confianza y abandono en Dios

La humildad es la madre de la confianza. Al sentirnos desprovistos de todo bien, virtud y capacidad para servir a Dios no nos apoyaremos en nada nuestro. Al contrario, huiremos de nosotros mismos como de un infierno, para retirarnos a nuestro paraíso que es Jesús. En él nos apoyaremos, a él nos confiaremos, ya que el Padre eterno nos lo ha dado para que sea nuestra redención, justicia, virtud, santificación, tesoro y fuerza como nuestra vida y nuestro todo. A ello nos invita amorosamente cuando nos dice: *Vengan a mí los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré,*¹³⁰ les descargaré del peso de sus miserias; y cuando nos asegura que no rechazará a ninguno de los que vengan a él.¹³¹

Para presionarnos a que tengamos esta confianza nos anuncia en diversos lugares de sus santas Escrituras que son malditos y desdichados quienes colocan su confianza en cosas distintas a él, y que son bendecidos y felices los que en él confían;¹³² que abundarán en gracias y bendiciones y que nada les faltará;¹³³ que él tiene sus

¹²⁸ Lc. 6, 26

¹²⁹ Eclo. 3, 18-20

¹³⁰ Mt. 11, 28

¹³¹ Jn. 6, 37

¹³² Jer. 17, 5-7

¹³³ Sal. 23 (22) 1-2

ojos puestos en los que esperan en su misericordia:¹³⁴ que es bueno para los que en él esperan,¹³⁵ que los rodeará con su misericordia;¹³⁶ que él mismo estará a su lado;¹³⁷ que será su escudo y baluarte inexpugnable,¹³⁸ su ayuda y protector:¹³⁹ que los ocultará en su tabernáculo y los esconderá en el asilo de su presencia;¹⁴⁰ que será su defensor en la tribulación, los protegerá y librá de las manos de los pecadores porque colocan su esperanza en él;¹⁴¹ que les hará gustar la abundancia de su bondad;¹⁴² que se alegrarán con júbilo eterno y que él hará en ellos su morada;¹⁴³ que derramará en nosotros sus gracias y su misericordia en la medida de nuestra esperanza y confianza en él;¹⁴⁴ que quienes se confían en él conocerán la verdad, es decir que se manifestará a ellos como suprema verdad;¹⁴⁵ que quienes colocan en él su esperanza se santificarán como él mismo es santo:¹⁴⁶ que jamás quedaron defraudados los que en él confiaron¹⁴⁷.

En fin, que nada es imposible para los que creen y esperan en él, antes bien todo lo pueden, apoyados en su misericordia y su poder.¹⁴⁸

Nunca terminaría si quisiera citar todos los textos de la Santa Palabra que nos encarecen la virtud de la confianza. Parece que no se cansara de testimoniarnos cuánto ama él esta virtud y cómo ama y ampara a quienes se abandonan totalmente al cuidado de su paternal providencia.

Leemos en el libro tercero de las INSINUACIONES DE LA DIVINA PIEDAD de santa Gertrudis, que nuestro Señor dijo a esa gran santa que la confianza filial de un cristiano hacia él es aquella mirada de la esposa de que habla el Esposo divino en el Cantar de los Cantares: *Me has enamorado, hermana y novia mía, con una sola de*

¹³⁴ Sal. 33 (32) 18.

¹³⁵ Lam. 3, 25

¹³⁶ Sal. 32 (31) 10

¹³⁷ Prov. 3, 26

¹³⁸ 2 Sam. 2, 3-31

¹³⁹ Sal. 18 (17) 31.

¹⁴⁰ Sal. 31 (30) 21

¹⁴¹ Sal. 91 (90) 14-15

¹⁴² Sal. 31 (30) 20

¹⁴³ Sal. 5, 12

¹⁴⁴ Sal. 33 (32) 22

¹⁴⁵ Sab. 3, 9

¹⁴⁶ 1 Jn. 3, 3

¹⁴⁷ Eclo. 2, 11

¹⁴⁸ Mc. 9, 22

*tus miradas.*¹⁴⁹ Y agrega: *El que me traspasa el corazón con una flecha de amor, es aquél que tiene absoluta confianza en mí de que puedo, conozco y quiero ayudarlo fielmente en todo; tal confianza presiona de tal manera mi misericordia que no puedo alejarme de él.*¹⁵⁰

Y en el LIBRO DE LA GRACIA ESPECIAL de santa Matilde vemos que Jesús le dice: *Me produce singular contento que los hombres confíen en mi bondad y se apoyen en mí. A quien se confía en mí con humildad lo protegeré en esta vida, y le concederé en la otra más de lo que merece. Cuanto más confíe alguien en mí, más podrá contar con mi bondad, tanto más ganará, porque es imposible que no alcance el hombre lo que santamente cree y espera alcanzar, porque así se le ha prometido. Por eso es muy provechoso que quien espera de mí grandes cosas, confíe plenamente en mí.*¹⁵¹ Y cuando ella preguntó a Dios lo que debía creer principalmente de su bondad inefable, le respondió: *cree, con toda seguridad que después de tu muerte te recibiré como el Padre recibe a su Hijo amadísimo y que nunca habrá padre alguno que comparta todos sus bienes con tanta fidelidad y afecto a su hijo único como yo te haré participe de todos mis bienes. El que esto crea con firmeza acerca de mi bondad y con amor humilde, será bienaventurado.*¹⁵²

15. Fortalecimiento de la confianza

Para afirmamos más aún en esa confianza, nuestro Salvador toma con relación a nosotros los títulos y cualidades más amorosos. Porque se dice nuestro amigo, abogado, médico, pastor, hermano, padre, el alma, el espíritu, el esposo de nuestra alma, y nos llama sus ovejas, sus hermanos, sus hijos, su herencia, su corazón.

En distintos lugares de sus santas Escrituras nos asegura que nos cuida y que vela constantemente sobre nosotros,¹⁵³ que nos lleva siempre en su regazo y en su corazón; y esto lo repite hasta cinco veces en un mismo texto.¹⁵⁴ En otro lugar nos dice que, aunque se encontrara una madre que pudiera olvidarse del hijo de sus entrañas, él nunca nos olvidará; que nos ha escrito en la palma de su mano para

¹⁴⁹ Cant. 4, 9

¹⁵⁰ Legatus divinae pietatis, 1. III c. VII.

¹⁵¹ Liber spec. grat. P. III c. V.

¹⁵² Ibid. 1. C.

¹⁵³ Sab. 12, 13; 1 Pe. 5, 7

¹⁵⁴ Is. 46, 3-4

tenernos siempre ante sus ojos;¹⁵⁵ que no debemos afanarnos por las cosas necesarias para el sustento y el vestido, pues bien sabe que las necesitamos y que él cuida de nosotros;¹⁵⁶ que tiene contados los cabellos de nuestra cabeza y ninguno de ellos caerá;¹⁵⁷ que su Padre nos ama como el mismo lo ama y que él nos ama como su Padre lo ama;¹⁵⁸ que él quiere que estemos allí donde él está, quedemos cansemos con él, en el regazo y en el Corazón de su Padre¹⁵⁹ y que nos sentemos con él en su trono.¹⁶⁰ En una palabra, que estemos consumados en unidad con él y con su Padre.¹⁶¹ Si lo hemos ofendido nos promete que si regresamos a él con humildad, arrepentimiento, confianza en su bondad y propósito de abandonar el pecado, nos recibirá con amor, olvidará nuestras culpas y nos vestirá con la túnica de su gracia y de su amor de la que nuestra falta nos había despojado.¹⁶²

Después de saber estas cosas, ¿quién no tendrá confianza y no se abandonará totalmente a la dirección y los cuidados de un amigo, hermano, padre y esposo? Él conoce con sabiduría infinita lo que nos conviene, prevé lo que puede sucedernos y escoge los caminos más convenientes para llevarnos a la meta de nuestra suprema felicidad. Él, con su bondad inmensa, quiere para nosotros todo bien y tiene el poder para alejar de nosotros todo mal (...).

Y para que te convenzas de que sus palabras y promesas son sinceras y eficaces, recuerda lo que ha hecho y padecido por ti en su encarnación, en su vida, en su pasión y en su muerte; lo que hace todos los días en el sacramento de la Eucaristía, cómo bajó del cielo a la tierra por amor a ti; cómo se humilló y anonadó hasta hacerse niño, nacer en un establo, someterse a las miserias y necesidades de un ser humano, pasible y mortal; cómo empleó su tiempo, sus pensamientos, palabras y acciones, por ti; cómo entregó su cuerpo santo a Pilatos, a los verdugos y a la cruz; cómo entregó su vida y derramó su sangre hasta la última gota; cómo te da, tan a menudo, su cuerpo, sangre, alma y divinidad, todo lo que es y lo que tiene de más precioso.

¹⁵⁵ Is. 49, 15-17

¹⁵⁶ Mt 6, 31-33

¹⁵⁷ Lc. 21, 18

¹⁵⁸ Jn. 15, 9

¹⁵⁹ Jn. 17, 24

¹⁶⁰ Ap. 3, 21

¹⁶¹ Jn. 17, 21-23

¹⁶² Ez. 17, 21; Lc. 15, 22

Que esperen en ti, amabilísimo Jesús, los que conocen tu nombre,¹⁶³ que no es sino amor y misericordia (...) No me extraño de que sean pocos los que confían plenamente en ti, porque son pocos los que se esmeran por conocer los efectos de tu bondad infinita. Tenemos que reconocer que somos bien miserables, si después de tantas pruebas de tu amor por nosotros no confiamos en tu bondad. Porque si has hecho y sufrido tanto y nos has dado cosas tan grandes, ¿Qué no harías ahora si acudiéramos a ti con humildad y confianza?

Deseemos, pues, fervientemente, esta virtud; no seamos tímidos sino audaces para forjarnos altos propósitos de servir y de amar con la mayor perfección a nuestro adorable Jesús y de emprender grandes hazañas por su *gloria*, conforme al poder y la gracia que para ello nos concederá. Porque, si es verdad que por nosotros mismos nada podemos, con él sí lo podemos todo y su gracia no nos faltará si confiamos en su bondad.

Coloquemos y abandonemos en sus manos paternas y providentes nuestros intereses corporales y espirituales, nuestra salud y reputación, nuestros bienes y negocios, las personas allegadas, nuestros pecados pasados, nuestros progresos en el camino de la virtud y de su amor, nuestra vida, nuestra muerte, nuestra salvación y nuestra eternidad, seguros de que, en su bondad, dispondrá todas las cosas de la mejor manera.

Cuidémonos bien de no apoyarnos ni en el poder y favor de nuestros amigos, ni en nuestra fortuna, ingenio, ciencia o fuerzas, ni en nuestros buenos deseos y disposiciones, ni sobre nuestras plegarias, ni siquiera en la confianza que creemos tener en Dios, ni en nada creado, sino únicamente en la misericordia de Dios. No es que no debamos emplear tales cosas y aportar todo lo que podamos para vencer el vicio, ejercitarnos en la virtud y llevar a término la misión que Dios ha puesto en nuestras manos, cumpliendo los deberes inherentes a nuestra condición (...), sino que debemos renunciar a todo apoyo y a toda confianza que pudiéramos tener en estas cosas, y apoyarnos solamente en la bondad de Nuestro Señor Jesucristo, de modo que, hemos de tener cuidado y trabajar por nuestra parte como si no esperáramos nada de parte de Dios: y sin embargo no debemos apoyarnos en nuestro trabajo, sino esperar todo de la misericordia de Dios.

A ello nos exhorta el Espíritu Santo por boca del profeta rey: *Encomienda tu camino al Señor, confía en él y él actuará.*¹⁶⁴ Y en otro lugar: *Encomienda a Dios tus afanes,*

¹⁶³ Sal. 9, 11

¹⁶⁴ Sal. 37 (36), 5

*que él te sustentará.*¹⁶⁵ Y por medio del príncipe de los apóstoles nos advierte: *Confíenle todas sus preocupaciones, pues él cuida de ustedes.*¹⁶⁶ Es lo que nuestro Señor dijo a santa Catalina de Siena: *Hija mía, olvídate de ti y piensa en mí, que yo pensaré continuamente en ti.*¹⁶⁷

Saca provecho tú de esta enseñanza: que tu preocupación principal sea evitar lo que desagrada a nuestro Señor y servirlo y amarlo perfectamente, y él encaminará todas las cosas, aún tus faltas, en provecho tuyo. Acostúmbrate a hacer a menudo actos de confianza en Dios, especialmente cuando te lleguen pensamientos o sentimientos de miedo o desconfianza, por tus culpas pasadas o por cualquier otro motivo. Eleva inmediatamente tu corazón a Jesús y dile con el profeta real:

*A ti, Señor, levanto mi alma: Dios mío, en ti confío, no quede yo nunca defraudado. Que no triunfen de mí mis enemigos, pues los que esperan en ti no quedan defraudados.*¹⁶⁸ *A ti Señor, me acojo, no quede yo nunca defraudado.*¹⁶⁹ *Dios mío, confío en ti.*¹⁷⁰ *El Señor está conmigo, no temo, ¿qué podrá hacerme el hombre? El Señor está conmigo y me auxilia, veré la derrota de mis adversarios. Mejor es refugiarse en el Señor, que fiarse de los hombres.*¹⁷¹ *Y aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque tú vas conmigo.*¹⁷²

O le dirás con el profeta Isaías:

He aquí a Dios, mi Salvador, estoy seguro y sin temor.¹⁷³ Otra vez dirás con el santo Job: Aunque quiera matarme esperaré en él.¹⁷⁴ O bien con aquel pobre hombre del Evangelio: Señor, yo creo, ven en ayuda de mi poca fe.¹⁷⁵ O con los santos apóstoles: Señor aumentanos la fe.¹⁷⁶

Puedes decir también:

¹⁶⁵ Sal. 55 (54), 23

¹⁶⁶ 1 Pe. 5, 7.

¹⁶⁷ R. de Capua. Vie de S. Catherine I, c. VI.

¹⁶⁸ Sal. 25 (24), 1-2

¹⁶⁹ Sal. 31 (30), 2

¹⁷⁰ Sal. 91 (90), 2

¹⁷¹ Sal. 118 (117), 6-8

¹⁷² Sal. 23 (22), 4

¹⁷³ Is. 12, 2

¹⁷⁴ Job. 13, 15

¹⁷⁵ Mc. 9, 23

¹⁷⁶ Lc. 17, 15

Jesús, sólo en ti he puesto mi confianza. Tú eres mi fuerza y mi único refugio. Me entrego y abandono totalmente en ti: haz de mi lo que quieras. En tus manos pongo y sacrifico mi ser, mi vida, mi alma y todo lo mío, para que dispongas de mí en tiempo y eternidad para tu gloria.

En una palabra, la confianza es un don de Dios que sigue a la humildad y al amor. Si la pides a Dios, él te la dará. Esmérate por hacer tus acciones en espíritu de humildad y por puro amor a Dios y pronto gustarás la dulzura y la paz que acompañan la virtud de confianza.

16. Sumisión y obediencia cristianas (cómo conocer la voluntad de Dios)

La sumisión continua a la santa voluntad de Dios es la virtud más universal y de más frecuente aplicación. Porque a todo momento se presenta la ocasión de renunciar a nuestra propia voluntad para someternos a la de Dios. Y ésta es fácil de conocer. Porque Dios ha dispuesto que las cosas que nos son indispensables las encontremos fácilmente, como el sol, el aire, el agua y demás elementos necesarios a la vida natural del hombre, que están al alcance de todo el mundo. De igual manera, si Dios nos colocó en este mundo únicamente para que cumplamos su voluntad y, si de ello depende nuestra salvación, es necesario que podamos conocer fácilmente cuál es la voluntad de Dios en todas nuestras acciones. Y nos la hace conocer por cinco vías principales:

1. Por sus mandamientos.
2. por sus consejos.
3. por las leyes, normas y obligaciones de nuestro estado.
4. por las personas que nos dirigen y que tienen autoridad sobre nosotros.
5. por los acontecimientos dispuestos o permitidos por Dios.

Y así, por poco que abramos los ojos de la fe, nos quedará muy fácil a toda hora y en toda circunstancia conocer la santísima voluntad de Dios, para que la amemos y nos sometamos a ella. Pero para afirmarnos más en esa sumisión, debemos imprimir profundamente en nuestro espíritu las siguientes verdades:

1. La misma fe que nos dice que sólo hay un Dios, Creador de todo, nos exige creer que ese gran Dios dispone y gobierna todas las cosas, sin ninguna excepción por

voluntad absoluta (directa) o por voluntad permisiva (lo que permite), que son como los dos brazos de su Providencia: *Tu providencia, Padre, la gobierna.*¹⁷⁷

2. Dios nada quiere o permite sino para su mayor *gloria*. Porque el Creador y Gobernador del mundo hecho todas las cosas para sí mismo. Y con su infinita sabiduría y poder las encamina a su fin. En efecto, su apóstol nos advierte que, en todas las cosas interviene Dios en favor de los que le aman.¹⁷⁸ De manera que si en toda circunstancia buscáramos amar a Dios y adorar su santa voluntad, todas las cosas resultarían para nuestro mayor bien: y de nosotros depende que así sea.

3. La voluntad absoluta o permisiva de Dios es infinitamente santa, justa, adorable y digna de amor y merece ser igualmente adorada, amada y *glorificada* en todas las cosas.

4. Desde el primer instante de su vida, al hacer su entrada en el mundo, Jesucristo, nuestro Señor, hizo profesión de no hacer jamás su voluntad sino la de su Padre. Dice la carta a los Hebreos: Al entrar Jesús en este mundo dice: *He aquí que vengo -pues de mí está escrito en el rollo del libro, para hacer, Dios, tu voluntad.*¹⁷⁹ Y él mismo dirá después: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*¹⁸⁰ (...).

Y aunque su voluntad era santa, deificada y adorable, la hizo a un lado y, en cierta manera, la aniquiló para seguir la de su Padre, diciéndole sin cesar en todas las cosas lo que le dijo, en la víspera de su muerte, en el jardín de los Olivos: *Padre que no se haga mi voluntad, sino la tuya.*¹⁸¹

Si miramos bien estas verdades nos someteremos fácilmente a la adorabilísima voluntad de Dios. Porque si recapacitamos que Dios dispone y ordena con justicia y amor todos los acontecimientos del mundo, para su *gloria* y nuestro mayor bien, ya no los atribuiremos ni a la suerte, ni al azar, ni a la maldad del diablo o de los hombres, sino a la disposición de Dios.

Amaremos y aceptaremos con ternura su voluntad, convencidos de que es santa y digna de amor y que todo lo ordena o permite para nuestro mayor bien y para su

¹⁷⁷ Sab. 14, 3

¹⁷⁸ Rm. 8, 28

¹⁷⁹ Hb. 10, 5-7

¹⁸⁰ Jn. 6, 38

¹⁸¹ Lc. 22, 42

gloria. La debemos amar por encima de todo ya que estamos en el mundo únicamente para buscar la *gloria* de Dios. Si consideramos con atención que Jesús, nuestra Cabeza, ha abandonado y como aniquilado su voluntad, tan santa y divina, para seguir la voluntad rigurosa de su Padre, que le imponía cosas tan extrañas y una muerte tan cruel y vergonzosa para salvar a sus propios enemigos, ¿podrá acaso, costarnos abandonar nuestra voluntad depravada y hacer que viva y reine en su lugar la santísima y amabilísima voluntad de Dios?

Porque la sumisión y obediencia cristiana consiste en continuar la sumisión y obediencia perfecta de Jesucristo, no sólo a las voluntades que su Padre le manifestó directamente, sino a las que le dio a conocer por su santa Madre, por san José, por el ángel que lo llevó a Egipto, por los judíos, Herodes y Pilatos. Porque se sometió no sólo a su Padre sino a todas las criaturas, para dar *gloria* a Dios y por amor a nosotros.

17. Cómo practicar la sumisión y obediencia cristiana

Para llevar a la práctica estas verdades, adora en Jesús la sumisión que él ejerció de manera tan perfecta. Destruye a menudo a sus pies todos tus quereres, deseos e inclinaciones; declárale que sólo quieres que se cumplan los suyos y ruégale que los haga reinar plenamente en ti.

Esmérate por mantener el propósito constante de morir y de sufrir todos los tormentos, antes que quebrantar el menor de los mandamientos de Dios y por estar generalmente dispuesto a seguir estos consejos en la medida de la luz y la gracia que él te dará según tu condición y de acuerdo con el parecer de tu director. Mira y honra a los que ejercen autoridad sobre ti como lugartenientes de Jesucristo en la tierra y acata sus voluntades como voluntades de Jesús, con tal de que no se opongan claramente a lo que Jesús ordena o prohíbe.

El príncipe de los apóstoles, san Pedro, va mucho más lejos: nos exhorta a someternos a toda criatura humana por amor a Dios;¹⁸² y san Pablo quiere que consideremos a los demás como superiores.¹⁸³ Siguiendo las enseñanzas de estos dos apóstoles, debemos mirar y honrar toda suerte de personas como nuestros superiores y superiores, y estar dispuestos a renunciar a nuestro propio criterio y voluntad para someternos a los de los demás. Porque, como cristianos, debemos revestir

¹⁸² 1 Pe. 2, 13

¹⁸³ Fp. 2, 3

los sentimientos y disposiciones de Jesucristo y hacer profesión con él de no hacer jamás nuestra propia voluntad sino de acatar todas las voluntades de Dios.

En caso de duda sobre cuál sea la voluntad de Dios, debemos hacer la voluntad de cualquier persona en lo que no sea contrario a Dios, a la obligación de nuestro estado, dando la preferencia a quienes tienen mayor autoridad y derecho sobre nosotros.

Considera y guarda las leyes, normas y obligaciones de tu estado, oficio o condición como señales ciertas de lo que Dios quiere de ti; y, como homenaje a la obediencia exacta y al sometimiento perfecto de Jesús, no sólo a las normas recibidas del Padre, y a las horas y momentos que él asignó a cada una de sus acciones, sino también a las leyes humanas.

Sométete tú también a las normas y obligaciones de tu condición, a las horas y momentos en que debes cumplir tus deberes y aún a las leyes humanas y civiles, por amor a aquél, que por amor a ti, se sometió primero a ellas.

En todos los acontecimientos dispuestos o permitidos por Dios, adora, bendice y ama el querer de Dios y dile con su amado Hijo y en cuanto te sea posible en su mismo espíritu de amor, sumisión y humildad:

Padre que no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú;¹⁸⁴ que no se haga mi voluntad, sino la tuya;¹⁸⁵ sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.¹⁸⁶

Cuando sientas alguna inclinación o deseo, destrúyelo a los pies de Jesús. Y si la inclinación es fuerte, no ceses de renunciar a ella, de destruirla y de rogar a Jesús que la aniquile en ti hasta que te sientas dispuesto a querer lo contrario si a él le place.

Cuando te sobrevenga el pensamiento o el temor de perder tu salud, tu reputación o tus bienes, a tus padres o a tus hijos, a tus amigos, o cosas semejantes, acalla tu voluntad a los pies de Jesús para adorar, amar y bendecir la suya como si todo ello ya hubiere sucedido o para cuando sucediere, de la siguiente manera:

Jesús, destruyo a tus pies todos mis deseos e inclinaciones. Adoro, amo y alabo, de todo corazón, tu santa voluntad. A pesar de mis repugnancias y sentimientos

¹⁸⁴ Mc, 14, 36

¹⁸⁵ Lc. 22, 42

¹⁸⁶ Mt. 11, 26

contrarios, quiero amarte, bendecirte y glorificarte en todo lo que has querido y quieras disponer sobre mí y sobre mis allegados, en tiempo y eternidad. ¡Viva Jesús! ¡Viva la santa voluntad de mi Jesús! ¡Que desaparezca mi voluntad para siempre y que la tuya reine y se cumpla eternamente, en la tierra como en el cielo!

18. Perfección de la sumisión y obediencia cristiana

Jesucristo, nuestro Señor, no solamente acató todas las voluntades de su Padre y se sometió a él y a todas las cosas por amor a él, sino que colocó en ello su felicidad y su paraíso: *Mi alimento -dice- es cumplir la voluntad del que me ha enviado,*¹⁸⁷ es decir, no tengo nada más deseable y delicioso. Y, en efecto, sentía alegría infinita al hacer todas las cosas porque esa era la voluntad de su Padre. Colocabas u alegría y su felicidad, según el espíritu, en los sufrimientos que padecía porque tal era el beneplácito del Padre.

De ahí que el Espíritu Santo, hablando del día de su pasión y muerte, lo llama el día de la alegría de su corazón.¹⁸⁸ De igual manera en todo lo que veía que estaba sucediendo o que debía suceder en el mundo, encontraba la paz y el gozo de su espíritu pues en todo sólo buscaba la amabilísima voluntad de su Padre.

También nosotros, como cristianos, debemos revestimos de los sentimientos y disposiciones de nuestra Cabeza y someternos, no sólo a Dios y a todas las cosas por amor a él, sino colocar en ello nuestro gozo y nuestro paraíso. Esta es la perfección de la sumisión cristiana. Esa es la plegaria que hacemos cada día: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo (...)* Y es que:

1. Hemos sido creados únicamente para dar *gloria* a Dios; en lograrlo debemos colocar nuestra felicidad, así como en los efectos de su divina voluntad, que tienden todos a su mayor *gloria*.

2. Nuestro Señor quiere que seamos una sola cosa con él y con su Padre: por lo mismo que tengamos un mismo espíritu y sentimientos con él, como los habitantes del cielo. Nuestra alegría, felicidad y paraíso deben estar allí mismo donde los santos, la santa Virgen, el Hijo de Dios y el Padre eterno encuentran los suyos. Los santos y la santa Virgen descubren la voluntad de Dios en todas las cosas y en ellas colocan su contento, y Dios se goza infinitamente en lo que ordena y permite y en

¹⁸⁷ Jn. 4, 32

¹⁸⁸ Cant. 3, 11

todas sus obras.¹⁸⁹ De otra manera Dios no sería Dios. De igual modo debemos colocar nuestro gozo y nuestro paraíso en todas las voluntades, anuencias y obras de Dios y, en general, en todas las cosas, excepto en el pecado que debemos detestar y abominar (...).

Y así, con la gracia de Dios, estaremos siempre contentos y poseeremos el paraíso en la tierra. Bien difíciles seríamos de contentar si no nos gozáramos con lo que alegra a Dios, a los ángeles y a los santos. Estos no se gozan tanto de su propia *gloria*, por inmensa que sea, como de que se cumple la voluntad de Dios en ellos, de que Dios se agrada en *glorificarlos*...

19. Culmen de la sumisión cristiana

Por consiguiente, si deseas tener un verdadero paraíso en la tierra, ruega a Jesús que consolide en ti esas disposiciones de sumisión perfecta a todos sus querer y esmérate no sólo en someterte a Dios en todas las cosas sino en hacerlo con alegría.

Cuando ejecutes una acción, trata de hacerla no sólo por amor a nuestro Señor sino con tal amor, que coloques en ello tu felicidad y tu paraíso porque él lo quiere y en ello se goza. Cuando te suceda algo contra tu voluntad alégrate porque es voluntad de Dios. Si corresponde a tus deseos, alégrate también, no por esa coincidencia sino porque es voluntad de Dios. En los acontecimientos del mundo no mires sino la voluntad o el permiso de Dios. Y al considerar que él coloca su contento en sus voluntades absolutas o permisivas y conduce todas las cosas a su mayor *gloria*, rechaza, por una parte, los pecados que en ellas se cometen contra Dios y gózate, por otra, de aquellas cosas en las que él encuentra su complacencia.

No pretendo decir que tengas alegrías sensibles en cuanto haces y padeces y por lo que sucede en el mundo; esto sólo pertenece a los bienaventurados. Hablo aquí de aquella alegría, según el espíritu y la voluntad, que puedes alcanzar con facilidad, con la gracia de nuestro Señor. Pues te basta decir:

Quiero Dios mío, con tu gracia, por amor a ti, colocar todo mi gozo en querer, hacer o padecer esto o aquello porque tal es tu gozo y beneplácito. (...)

¹⁸⁹ Sal. 104 (103), 31

Esta práctica frecuentemente reiterada disminuirá y destruirá la repugnancia natural que pudieras sentir, y hará que encuentres dulzura y contento, aún sensible, allí donde antes sólo sentías amargura y molestia. Y para que esa práctica se te haga más familiar, acostúmbrate, en todo acontecimiento, a levantar tu corazón a Jesús, para decirle:

Jesús, tú lo dispones o lo permites todo con gozo infinito. Dios mío, me entrego a ti, para tener, con tu gracia, un mismo espíritu, sentimiento, disposición y voluntad contigo. ¡Que yo quiera todo lo que tú quieres! Que lo quiera con alegría como con alegría lo quieres tú y que encuentre mi felicidad y paraíso en tus obras y voluntades.

Ante cosas que te causen repugnancia dirás:

Jesús, a pesar de las repugnancias de mi propia voluntad y de mi amor propio, quiero soportar esta pena y aflicción (o quiero realizar esta acción) con tanto amor a ti, que en ello encuentre mi felicidad y mi paraíso porque esa es tu divina voluntad.

Ante cosas que te agradan di:

Jesús, me alegro de que esto haya sucedido de esta manera, (o quiero realizar esta acción) no porque me agrada sino porque ésa es tu voluntad y beneplácito.

Si actúas así, empezarás tu paraíso desde este mundo y gozarás de paz y contento perpetuo; harás tus acciones como Dios hace las suyas y como actuó Jesucristo cuando estaba en la tierra, es decir con alegría.

Eso es lo que él desea y lo que pidió a su Padre para nosotros la víspera de su muerte: *que tengan en sí mismos alegría colmada.*¹⁹⁰En ello reside la perfección suprema de la sumisión cristiana y del puro amor de Dios. Porque la cumbre del amor divino consiste en hacer, sufrir y aceptar todas las cosas por amor a Dios con gozo y contento. Y el que haga uso semejante de cuanto sucede en el mundo, el que con esta disposición soporte las aflicciones y ejecute sus acciones, dará más *gloria* y agrado a Dios y adelantará más en un día, en el camino de su amor, que en toda una vida con otro comportamiento.

¹⁹⁰ Jn. 17, 13

20. Caridad

En su Evangelio, el Hijo de Dios nos advierte que el primer y principal mandamiento es que amemos a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas y que el segundo, que nos pide amar al prójimo, es semejante al primero.¹⁹¹ Porque el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables; no son dos sino uno sólo y único amor. Y debemos amar a nuestro prójimo con el mismo corazón y el mismo amor con que amamos a Dios, porque no se trata de amarlo en él ni por él, sino en Dios y por Dios, o, más exactamente, es a Dios mismo a quien amamos en el prójimo. Es así como Jesús nos ama: en su Padre y para su Padre, mejor dicho, ama a su Padre en nosotros y quiere que nos amemos recíprocamente como él nos ama. Tal es su mandamiento.¹⁹²

La caridad cristiana consiste precisamente en amarnos unos a otros como Jesucristo nos ama. Y de tal manera nos ama él que nos da todos sus bienes y tesoros, su propia persona, utiliza sus poderes, los recursos de su sabiduría y de su bondad, para hacernos el bien. Es tan excesiva su caridad que soporta por largo tiempo con mansedumbre y paciencia, nuestros defectos; que da el primer paso para buscarnos cuando le hemos ofendido a él que sólo nos ha colmado de bienes. Parece como si, en cierta manera, prefiriera nuestras comodidades, contentos e intereses a los suyos propios, pues se ha sometido a toda clase de incomodidades, miserias y tormentos para librarnos de ellos y hacernos felices.

En una palabra, tanto amor nos tiene que emplea su vida, su cuerpo, su alma, su tiempo, su eternidad, su divinidad y su humanidad, lo que es, lo que tiene y lo que puede, por nosotros; y sus pensamientos, palabras y acciones son de caridad y de amor. Ahí tenemos la norma y el modelo de la caridad cristiana.

Es eso mismo lo que pide de nosotros cuando nos ordena amarnos los unos a los otros como él nos ama. Para animarte en este propósito, contempla a tu prójimo en Dios y a Dios en él. Míralo como a alguien que ha salido del corazón y de la bondad de Dios, como una participación de Dios, creado para regresar a Dios, para vivir en su regazo, para darle *gloria* eternamente y en el que Dios será efectivamente *glorificado* por su misericordia o por su justicia.

Míralo como a alguien a quien Dios ama (...) salido del mismo principio que tú, hijo del mismo Padre, creado para el mismo fin, propiedad de un mismo Señor, rescatado con la misma sangre preciosa de Jesucristo. Míralo como a miembro, contigo,

¹⁹¹ Mt, 22. 37-39

¹⁹² Jn. 15, 11

de una misma Cabeza que es Jesús y de un mismo cuerpo que es la Iglesia, que se nutre de un mismo precioso alimento, el cuerpo y la sangre de Jesús.

Con él, por consiguiente, debes tener un mismo espíritu, un solo corazón y una sola alma. Míralo como a templo del Dios vivo, como portador de la imagen de la santísima Trinidad y de la impronta de Jesucristo; como a alguien que es una parte de Jesucristo, hueso de sus huesos y carne de su carne, por quien Jesucristo tanto trabajó y sufrió, por quien gastó su tiempo y entregó su sangre y su vida.

Finalmente como alguien a quien él te recomienda que trates como a su propia persona, cuando te asegura que todo cuanto hagas al más pequeño de los suyos, es decir, de los que creen en él, lo considera hecho a sí mismo.¹⁹³

Si diéramos toda su importancia a estas verdades, ¡cuánta caridad, respeto y reverencia tendríamos los unos por los otros! ¡Cómo temeríamos herir la unión y la caridad cristiana con nuestros pensamientos, palabras o acciones! ¡Qué no haríamos y soportaríamos los unos por los otros! ¡Con cuánta caridad, y paciencia sobrellevaríamos y excusaríamos los defectos ajenos! ¡Con qué mansedumbre, modestia y deferencia nos trataríamos! ¡Con cuánto empeño nos esforzaríamos por agradar a cada uno para el bien, buscando su edificación!¹⁹⁴

Jesús, Dios de amor y de caridad, dignate imprimir estas verdades y estas disposiciones en nuestras mentes y en nuestros corazones.

21. Práctica de la caridad

Si deseas vivir en el espíritu de la caridad cristiana, que no es sino la continuación y plenitud de la caridad de Jesús, ejercítate a menudo en las prácticas siguientes.

- Adora a Jesús que es todo caridad.
- Bendícelo por la *gloria* que ha dado a su Padre con los continuos actos de su caridad.
- Pídele perdón por las faltas que has cometido contra esa virtud y ruégale que ofrezca su propia caridad al Padre, en lugar tuyo, en satisfacción de tus faltas.

¹⁹³Mt. 25, 40

¹⁹⁴Rm. 15, 2

- Entrégate plenamente a él para que destruya en tus pensamientos, palabras y acciones lo que va contra la caridad, y la haga vivir y reinar perfectamente en ti.
- Relee y medita a menudo las palabras de san Pablo: *La caridad es paciente, es afable, no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es mal educada ni egoísta, no se exaspera, no lleva cuentas del mal, no se alegra de la injusticia sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites. La caridad no pasa jamás.*¹⁹⁵
- Adora a Jesús en el momento de inspirar esas palabras a su apóstol y entrégate a él para llevarlas a la práctica, pidiendo su gracia para ello.

Cuando prestes un servicio a tu prójimo, sea por obligación, sea por caridad, levanta tu corazón a Jesús y dile:

Jesús, quiero realizar esta acción, con tu gracia, en honor y unión de la caridad que tú tienes a esta persona y por amor a ti, a quien deseo ver y servir en ella.

Cuando, por necesidad, des reposo, alimento o refrigerio a tu cuerpo, hazlo con esa misma intención. Considera tu salud, tu vida y tu cuerpo no como algo tuyo sino como de uno de los miembros de Jesús, al cual pertenece según la palabra divina: *el cuerpo es para el Señor*¹⁹⁶ y que debes cuidarlo, no para ti sino para Jesús, para su servicio.

Acuérdate con santa Gertrudis de la palabra de nuestro Señor: *Cuanto hicieron a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicieron.*¹⁹⁷

Cuando saludes u honres a alguien hazlo como honrando el templo y la imagen de Dios y a un miembro de Jesucristo.

Cuando uses con alguien frases de felicitación, no permitas que tu lengua profiera palabras de aprobación que no salgan de tu corazón. Porque esa es la diferencia entre los santos, los cristianos verdaderos y los mundanos: que sirviéndose en sus encuentros y visitas de los mismos cumplidos y frases habituales, los primeros lo

¹⁹⁵ 1 Cor. 13, 4-8

¹⁹⁶ 1 Cor. 6, 13

¹⁹⁷ Mt. 25, 40

hacen con sinceridad, caridad y verdad cristianas, los segundos con mentira y adulación.

No pretendo decir que pongas siempre en acción estos pensamientos e intenciones cada vez que saludas a alguien o que lo felicitas o te muestras servicial con el prójimo. Ese sería el ideal; pero al menos tendrás en el fondo de tu ser la intención general de actuar en el espíritu de la caridad de Jesús y la renovarás ante Dios cuando él te lo inspire.

Cuando sientas repugnancia, aversión o envidia hacia alguien, renuncia instantáneamente a ellas, destrúyelas a los pies de nuestro Señor y ruégale que él mismo las destruya y te llene de su divina caridad. Trata de producir actos interiores de caridad hacia esa persona, de la siguiente manera:

Jesús, quiero amar a esta persona por amor a ti. En honor y unión de tu caridad hacia ella, quiero amarla con todo mi corazón. Me doy a ti para hacer y sufrir por ella todo lo que te plazca.

Esfuézate por hablarle y por realizar actos exteriores de caridad con ella hasta que hayas eliminado en ti ese sentimiento de aversión y de repugnancia.

Si te ofendieran, o si hubieras ofendido a alguien, no esperes a que vengan a buscarte. Recuerda las palabras del Señor: *si al momento de presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda, allí, ante el altar, y anda primero a reconciliarte con tu hermano.*¹⁹⁸ En obediencia a estas palabras del Salvador y para honrarlo porque él, nuestro gran bienhechor, es el primero en buscarnos, a pesar de tantas ofensas nuestras, anda y busca a aquél a quien ofendiste o que te ofendió, para reconciliarte con él, dispuesto a hablarle con toda mansedumbre, paz y humildad.

Si en presencia tuya se tejen comentarios desfavorables a alguien, desvía, a ser posible, la conversación con prudencia y suavidad, de manera que no des motivo a que se diga más todavía: porque, en este caso, mejor sería callar y contentarse con no manifestar interés ni complacencia en lo que se dice. Ruega especialmente a nuestro Señor que imprima en tu corazón caridad y tierno afecto hacia los pobres, los forasteros, las viudas y los huérfanos. Mira a esas personas como recomendadas por Jesús, el mejor de tus amigos. Él, en sus santas Escrituras, las recomienda muy a menudo, con encarecimiento y como si se tratara de sí mismo. Con este

¹⁹⁸ Mt. 5, 24

pensamiento háblales con suavidad, trátalas con caridad y préstales toda la ayuda que te sea posible.

22. Caridad y pastoral

Sobre todo tendrás una caridad especial por las almas de todas las personas, en particular de tus allegados y de quienes dependen de ti, y buscarás su salvación por todos los medios a tu alcance. Porque san Pablo nos advierte que quien no mira por los suyos, y en particular por los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un descreído.¹⁹⁹

Recuerda que ellos han costado los trabajos y sufrimientos de treinta y cuatro años, la sangre y la vida de un Dios y que la obra más grande, la más divina y la más agradable a Jesús, que puedas realizar en el mundo, es trabajar con él en la salvación de las personas que le son tan queridas y preciosas.

Por consiguiente, entrégate a él para trabajar en esa obra en todas las formas que lo pida de ti. Considérate indigno de que te emplee en misión tan excelente: pero cuando se presente la ocasión de prestar ayuda a una persona necesitada (lo que sucede muy a menudo si estás alerta a ello) no la dejes nunca pasar. Ante todo, pide la gracia de nuestro Señor; luego esmérate en ello, según tu condición y el poder que Dios te dará, con el mayor cuidado, diligencia y afecto que te sea posible.

Se trata de un asunto que tiene mayores consecuencias que si estuvieran en juego todos los bienes temporales y la vida corporal de todos los hombres del mundo. Todo esto lo harás únicamente por amor a Jesús y para que Dios sea eternamente *glorificado* en las personas. Porque debes considerar como gracia inmensa y como una bendición gastar todo tu tiempo, tu salud, tu vida entera y todos los tesoros del mundo, si fueran tuyos, para ayudar a la salvación de una sola alma, ya que por ella Jesucristo ha derramado su sangre, ha empleado y consumido su tiempo, su vida y sus fuerzas.

Jesús, amante de las almas, que quieres la salvación de los hombres, imprime, te lo ruego, en el corazón de todos los cristianos, los sentimientos de celo pastoral y de ardiente caridad.

¹⁹⁹ 1 Tm 5, 8

23. La verdadera entrega cristiana

Después de lo dicho acerca de las virtudes, podemos concluir fácilmente en qué consiste la verdadera devoción cristiana²⁰⁰. Porque si todas las virtudes cristianas no son sino las virtudes de Jesucristo en la tierra que debemos continuar, también la devoción cristiana es la devoción santa y divina de Jesucristo que debemos continuar y completar en nosotros.

Pues bien, Jesucristo colocó su devoción en cumplir, a la perfección, las voluntades de su Padre y en poner en ello toda su felicidad. En servir a su Padre y aún a los hombres por amor a su Padre: quiso asumir la condición de servidor para rendir más vivamente con su anonadamiento, su homenaje a la grandeza suprema de su Padre.

Colocó su devoción en amar, *glorificar* y en hacer amar y *glorificar* a su Padre en el mundo, en ejecutar todos sus actos únicamente por la *gloria* y el amor a él, y con disposiciones santas, es decir, con profunda humildad, ardiente caridad hacia el prójimo, desprendimiento perfecto de sí mismo y de todas las cosas; y en contemplación, unión fortísima y sumisión exacta y alegre al querer de su Padre.

Finalmente colocó su devoción en su inmolación y sacrificio por la sola *gloria* de su Padre: asumió la condición de hostia y de víctima y, como tal, quiso experimentar toda suerte de desprecios, humillaciones, privaciones, mortificaciones interiores y exteriores hasta una muerte cruel y afrentosa.

Podemos decir que Jesús, desde el primer instante de su encarnación, hizo tres profesiones y votos solemnes que cumplió a la perfección en su vida y en su muerte.

1. Al iniciar su encarnación hizo su profesión de obediencia a su Padre, de no hacer jamás su propia voluntad y en ello puso su felicidad y su alegría.

2. Hizo profesión de servidumbre a su Padre. Porque fue la condición de siervo la que su Padre le asignó por medio del Profeta: *Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso*.²⁰¹ Y esa condición de siervo²⁰² la asumió él mismo rebajándose a un estado y manera de vida humilde de servicio a sus criaturas, hasta el suplicio cruel y oprobioso de la cruz, por amor a nosotros y para *gloria* de su Padre.

²⁰⁰ La palabra *devoción* está relacionada en francés con el verbo "*se devouer*", que significa "*entregarse a... o consagrarse a...*", lo cual le da al término *devoción* el sentido de entrega.

²⁰¹ Is. 49, 3

²⁰² Fp. 2, 7

3. Hizo profesión de hostia y de víctima consagrada e inmolada a la *gloria* del Padre, desde el primero al último instante de su vida.

En eso consistió la devoción de Jesús. Y si la nuestra es continuación de la suya, debe incluir los mismos elementos. Es, por eso, indispensable que mantengamos una unión estrecha e íntima con Jesús, que nos adhiramos y apliquemos perfectamente a él, en toda nuestra vida, en nuestros ejercicios y actividades.

Tal es el voto solemne y profesión pública, primera y principal que hacemos en el bautismo, delante de toda la Iglesia. Porque en el bautismo, según san Agustín,²⁰³ santo Tomás²⁰⁴ y el catecismo del Concilio de Trento,²⁰⁵ hacemos voto y profesión solemne de renunciar a Satanás y a sus obras y de adherirnos a Jesucristo como los miembros a su cabeza, de entregarnos y consagrarnos enteramente a él y de permanecer en él. Lo cual equivale a adherirnos a su devoción, disposiciones e intenciones, a sus leyes y normas, a su espíritu y comportamiento, a su vida, cualidades y virtudes, a cuanto hizo y padeció.²⁰⁶ Por eso al hacer voto y profesión de adherirnos a Jesucristo y de permanecer en él, que, al decir de san Agustín es el mayor de todos nuestros votos,²⁰⁷ hacemos tres grandes y santas profesiones que debemos frecuentemente recordar.

1. Junto con Jesucristo hacemos profesión de no seguir jamás nuestra propia voluntad, sino de someternos a todas las voluntades de Dios y de obedecer a toda suerte de personas en lo que no sea contrario a Dios, colocando en ello nuestro gozo y paraíso.

2. Hacemos profesión de servidumbre a Dios y a su Hijo Jesucristo y a todos los miembros de Jesucristo, conforme a las palabras de san Pablo: *Nosotros somos sus siervos por Jesús*.²⁰⁸ En consecuencia, de esta profesión los cristianos nada tienen como propio, pues son esclavos, ni el derecho de hacer uso de sí mismos, ni de los miembros y sentidos de su cuerpo, ni de las facultades de su alma, ni de su vida, ni de su tiempo, ni de sus bienes temporales, sino para Jesucristo y para sus miembros, que son todos los que creen en él.

²⁰³ Epist. 149 ad Paulinum n. 16.

²⁰⁴ S. Theol. 2-2 q. 88 1 ad lum

²⁰⁵ Cat. Conc. Trd. P. 1 a 2n. 18 y 19

²⁰⁶ Cfr. BERULLE, Narré. XXIV p. 614

²⁰⁷ S. AGUSTÍN. 1, cit

²⁰⁸ 2 Cor. 4, 5

3. Hacemos profesión de ser hostias y víctimas sacrificadas continuamente a la *gloria* de Dios, hostias espirituales dice el príncipe de los apóstoles.²⁰⁹ Por su parte san Pablo nos dice: *Los exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan su ser como hostia viva, consagrada, agradable a Dios.*²¹⁰ Por lo cual estamos obligados a *glorificar* y amar a Dios y a hacerlo *glorificar* y amar, con todas nuestras fuerzas; a buscar en nuestros actos y en todas las cosas solamente su *gloria* y su puro amor; a vivir de tal manera que nuestra vida sea un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor a él y a estar dispuestos a ser inmolados y sacrificados y destruidos para su *gloria*. En una palabra, el cristianismo es hacer profesión de la vida de Jesucristo como dice san Gregorio de Nisa.²¹¹ Y san Bernardo nos asegura que nuestro Señor no considera como profesos de su religión a quienes no viven de su vida.

Con ese fin hacemos en el bautismo profesión de Jesucristo, de su vida, su devoción, disposiciones e intenciones, de sus virtudes y de su perfecto desprendimiento de todas las cosas. Hacemos profesión de creer firmemente en todo lo que nos enseña, por sí mismo o por su Iglesia y de morir antes que apartarnos de esa fe. Hacemos profesión de librar una guerra a muerte contra el pecado; de vivir, como Jesucristo, en espíritu de continua oración, de tomar con él su cruz y su muerte en nuestros cuerpos y espíritus y de continuar el ejercicio de su humildad, confianza en Dios, obediencia y sumisión, de su celo por la *gloria*, de su Padre y por la salvación de las almas y demás virtudes suyas.

Hacemos profesión, finalmente, de vivir en la tierra y en el cielo únicamente para ser de Jesús, para amarlo y honrarlo en todos los estados y misterios de su vida y en todo lo que él es en sí mismo y fuera de él, y de estar dispuestos a padecer todos los suplicios y todas las muertes por su amor y su *gloria*.

Tal es el voto y profesión que los cristianos hacen en el bautismo. Y en ello consiste la devoción cristiana. Cualquier otra devoción, si pudiera existir otra, será engaño y perdición.

24. Práctica de la entrega cristiana (devoción)

Para entrar en esta sagrada devoción:

²⁰⁹ 1 Pe. 2, 5

²¹⁰ Rm. 12, 1

²¹¹ *Initio operis ad Harmonium*

- Adora a Jesús en su devoción perfecta y en la profesión que hizo a su Padre desde el momento de su encarnación y que cumplió durante toda su vida.
- Bendícelo por la *gloria* que con ella dio a su Padre.
- Pídele perdón por tus faltas contra el voto y profesión de tu bautismo y ruégale que las repare con su inmensa misericordia.
- Renueva a menudo el deseo de cumplir las obligaciones que adquiriste en el bautismo y ruega a Jesús que establezca en ti su santa devoción.

Únete a la devoción de Jesús, de la siguiente manera:

Jesús, me entrego a ti para ejecutar esta acción, o para sobrellevar esta aflicción en unión de la perfecta devoción con que realizaste todas tus acciones y soportaste todas tus aflicciones.

Si actúas de esta manera vivirás en la devoción verdadera y formarás a Jesús en ti como lo desea el apóstol: *que Cristo tome forma en ustedes*,²¹² y te transformarás en su imagen,²¹³ es decir, harás vivir y reinar a Jesús en ti, serás una sola cosa con él, y Jesús será todo en ti, según la santa Palabra: *para que todos sean uno*²¹⁴ y Dios sea todo para todos.²¹⁵ Esa, en efecto, es la meta de la vida, de la piedad y devoción cristianas. Por eso es importante que tomes conciencia de la necesidad de formar a Jesús en nosotros y de los medios para lograrlo.

d. La devoción cristiana y la formación de Jesús

25. La formación de Jesús en mí

El misterio por excelencia y la tarea suprema es la formación de Jesús como señalan las siguientes palabras de san Pablo: *Hijitos míos por quienes sufro de nuevos dolores de parto hasta que Cristo tome forma en ustedes*²¹⁶ (...).

²¹² Ga. 4, 19.

²¹³ 2 Cor. 3, 18

²¹⁴ Jn. 17, 23

²¹⁵ 1 Cor. 15, 28

²¹⁶ Ga. 4, 19

- Es éste el gran misterio y la acción más noble que el Padre eterno realiza durante toda la eternidad, en la que está continuamente ocupado en producir en sí mismo a su Hijo. Y lo más admirable que realiza fuera de sí es formarlo en el seno purísimo de la Virgen en el momento de la encarnación.
- Es también la obra más excelsa del Hijo de Dios en la tierra, al formarse a sí mismo en su santa Madre y en la Eucaristía.
- Es la acción más noble del Espíritu Santo que lo formó en las entrañas benditas de la Virgen.
- Y la Virgen no ha hecho ni hará nunca nada más digno que cuando cooperó en la divina y maravillosa formación de Jesús en ella.
- Es la obra mayor y más santa de la Iglesia que no tiene ocupación más eximia que producirlo, en cierta manera, por la palabra sacerdotal, en la Eucaristía y formarlo en los corazones de sus hijos. Porque su único propósito, en todas sus funciones, es formar a Jesús en los cristianos.

Por tanto nuestro deseo, preocupación y tarea principal debe ser formar a Jesús en nosotros, haciendo que en nosotros viva y reine, con su espíritu, su devoción, sus virtudes, sus sentimientos, inclinaciones y disposiciones. A ese fin deben tender todos nuestros ejercicios de piedad.

Es la tarea que Dios nos pone entre manos para que en ella trabajemos sin descanso. Y ello por dos razones:

1. Para que se cumpla el designio y deseo inmenso del Padre eterno de ver que Jesús vive y reina en nosotros. Porque, después de que su Hijo se anonadó por su *gloria* y por amor nuestro, quiere que, en recompensa de su anonadamiento, viva y reine en todas las cosas; ama de tal manera a su Hijo, que no quiere tener otro objeto de sus miradas, de su complacencia, de su amor. Por eso quiere que él sea todo en todos.

2. Para que Jesús, una vez formado e instalado en nosotros, allí ame y *glorifique* dignamente a su Padre eterno y a sí mismo, conforme a las palabras de san Pedro: *para que Dios sea glorificado en todo por Jesucristo.*²¹⁷

²¹⁷ 1Pe. 4, 11

26. Cómo formar a Jesús en mí

Para formar a Jesús en nosotros:

1. Acostumbrémonos a verlo en todas las cosas y a tenerlo por único objeto en nuestros ejercicios de devoción y en todas nuestras acciones, con todos sus estados, misterios, virtudes y acciones. Porque él es todo en todas las cosas: el ser de cuanto existe, la vida de los vivientes, la hermosura de las cosas bellas, el poder de los poderosos, la sabiduría de los sabios, la santidad de los santos. Casi no ejecutamos acción alguna que él mismo no haya realizado cuando estaba en la tierra: ésta es la que debemos contemplar e imitar mientras ejecutamos la nuestra. De esa manera, pensando en él a menudo y contemplándolo en todas las cosas, llenaremos nuestro entendimiento de Jesús y lo formaremos e instalaremos en nuestro espíritu.

2. No sólo debemos formar a Jesús en nuestro espíritu, pensemos en él y contemplémoslo en todas las cosas: también lo formaremos en nuestros corazones con el ejercicio frecuente de su divino amor. Elevaremos a menudo, amorosamente, nuestro corazón hacia él y haremos todas nuestras acciones por su amor, consagrándole todos nuestros afectos.

3. Lo formaremos dentro de nosotros por el vaciamiento de nosotros mismos y de todo lo nuestro. Porque si deseamos que Jesús viva y reine en nosotros hay que hacer morir y desaparecer todas las criaturas de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Ya no las amaremos por sí mismas sino en Jesús ya Jesús en ellas, Tenemos que hacer de cuenta que el mundo y cuanto hay en él ha desaparecido y que para nosotros no existe sino Jesús en este mundo; que sólo a él hemos de contemplar, agradar y amar.

Nos esforzaremos también por destruir nuestro criterio, nuestra voluntad y amor propio, nuestro orgullo y vanidad, nuestras inclinaciones y hábitos desordenados, los deseos e instintos de nuestra naturaleza corrompida y todo lo que nace en nosotros. Porque en nosotros mismos nada hay libre de la depravación del pecado: todo es contrario a Jesucristo, a su *gloria* y a su amor. Por eso todo debe desaparecer para que Jesucristo viva y reine plenamente en nosotros. Es éste el principio fundamental y el primer paso en la vida cristiana. Es lo que la Palabra santa y los santos Padres llaman “perderse a sí mismo”, morir a sí mismo, renunciar a sí mismo. Y ésta debe ser una de nuestras preocupaciones principales, uno de los principales ejercicios que debemos realizar mediante la abnegación, la humildad, la mortificación interior y exterior, como medio precioso para formar a Jesús en nosotros.

4. Pero como la gran tarea de formar a Jesús en nosotros supera excesivamente nuestras fuerzas, debemos acudir, ante todo, al poder de la gracia divina y a la intercesión de la Virgen y de los santos. Roguemos, pues, con insistencia a la Virgen, a los ángeles y a los santos que nos ayuden con sus oraciones. Entreguémonos al poder del eterno Padre y al amor ardiente que tiene a su Hijo; entreguémonos también a su Espíritu Santo y supliquémosle que nos aniquile enteramente para que Jesús viva y reine en nosotros.

Aniquilémonos a menudo a los pies de Jesús y supliquémosle, por el gran amor con que se anonadó a sí mismo que emplee su divino poder para aniquilarnos y para establecerse en nosotros. Digámosle con este fin:

Buen Jesús, te adoro en aquel anonadamiento de que nos habla tu apóstol que nos dice: se vació de sí mismo.²¹⁸ Adoro tú inmenso y poderoso amor que te condujo a ello.

Me entrego y me abandono al poder de ese amor para que me aniquiles totalmente. Emplea, Jesús, tu poder y tu bondad infinita para vivir en mí y destruir mi amor propio, mi voluntad propia y mi espíritu, mi orgullo y todas mis pasiones, sentimientos, inclinaciones para que reinen en mí tú santo amor, tu voluntad, tu espíritu, tu profunda humildad y todas tus virtudes, sentimientos e inclinaciones.

Elimina también en mí todas las criaturas y destrúyeme en el espíritu y en el corazón de todas ellas y ponte tú mismo en su lugar y en el mío, para que una vez instalado tú en todas las cosas, no se vea, ni aprecie, ni desee, ni busque, ni ame nada fuera de ti, no hable sino de ti, no actúe sino por ti. De esa manera lo serás todo y lo harás todo en todos, y serás tú quien ames y glorifiques a tu Padre en nosotros y para nosotros, con un amor y una gloria dignos de él y de ti.

e. El buen uso de las consolaciones y aflicciones

27. Cómo aprovechar los consuelos espirituales

La vida terrena del Hijo de Dios estuvo repartida en dos estados contrarios: el uno de consuelo y de alegría, el otro de aflicción y sufrimiento. En la parte superior de su ser, gozaba de todos los contentos divinos; en la parte inferior de su alma y en su cuerpo, conoció toda clase de amarguras y tormentos. De igual manera la vida

²¹⁸ Fp. 2, 7

de sus servidores y miembros, por ser continuación e imitación de la suya, se halla siempre mezclada de gozo y de tristeza, de consuelos y aflicciones. Y así como el Hijo de Dios usó divinamente de esos dos estados opuestos, y en ambos *glorificó* al Padre eterno, también nosotros en ambos debemos esmerarnos por dar a Dios la *gloria* que él pide de nosotros, para poder decir con el santo rey David: *Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca.*²¹⁹

Por eso sugerimos aquí el uso que debemos hacer para ser fieles a Dios y *glorificarlo* en el tiempo de la alegría y en el tiempo de la tristeza. Los que han tratado este tema nos enseñan que no debemos atribuir demasiada importancia a los consuelos internos o externos, ni desearlos, ni pedirlos, ni temer perderlos, ni estimarnos más que los demás porque tenemos bellos pensamientos, grandes intuiciones, diversos sentimientos o afectos sensibles de devoción, o ternuras, lágrimas o cosas semejantes. Porque no estamos en este mundo para gozar sino para sufrir.

El estado de gozo está reservado para el cielo; el estado de sufrimiento es propio de la tierra, en homenaje a los sufrimientos que soportó el que es Dios de la tierra y del cielo. Sin embargo, si a Dios le place darnos consuelos, no debemos rechazarlos ni desdeñarlos, por temor a pecar de orgullo y presunción. Por el contrario, sea que vengan de Dios o de la naturaleza o de otra fuente, nos esforzaremos por hacer buen uso de ellos, de manera que todas las cosas sirvan a Dios. Para ello actuaremos de la manera siguiente:

1. Nos humillaremos profundamente ante Dios como indignos de toda gracia y consuelo y pensando que nos trata como a débiles e imperfectos, como a niños tiernos que todavía no pueden recibir manjares sólidos, ni sostenerse sobre sus pies, que necesitan alimentarse de leche y que los lleven en brazos para que no caigan y mueran.

2. No permitiremos que nuestro amor propio se goce con tales alegrías y sentimientos espirituales, ni que nuestro espíritu se complazca en ellos: hay que remitirlos a su fuente y devolverlos a quien los ha dado, es decir, a Dios, principio de todo consuelo, el único digno de toda alegría. Le reafirmaremos que no queremos otro gozo que el suyo y que, mediante su gracia, estamos dispuestos a servirlo eternamente por puro amor a él, sin buscar consuelo ni recompensa.

3. Hay que depositar nuestros buenos pensamientos, sentimientos y consuelos en manos de nuestro Señor Jesucristo, rogándole que haga de ellos, en lugar nuestro, el uso que quiere que nosotros hagamos para su *gloria*; por lo demás haremos que

²¹⁹ Sal. 34 (33), 2

sirvan a Dios despertando en nosotros un amor más ardiente y un servicio más decidido y fiel a quien nos trata tan amorosamente a pesar de haber merecido tantas veces que nos retire sus gracias y nos abandone totalmente.

28. Cómo sacar provecho de la sequedad y aflicciones espirituales

La vida de Jesucristo, nuestro Señor, nuestro Padre y nuestra Cabeza, estuvo colmada de trabajos, amarguras y sufrimientos. No sería, pues, razonable que sus hijos y miembros llevaran una vida distinta a la suya. Y nos otorga insigne beneficio cuando nos da lo que tomó para sí mismo y cuando nos considera dignos de beber con él, el cáliz que su Padre le dio con tanto amor y que él nos ofrece con un amor semejante. Así nos manifiesta principalmente su amor y nos da las señales seguras de que acepta nuestros humildes servicios. De ahí que su apóstol nos diga que todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones.²²⁰

Por su parte el ángel Rafael dice a Tobías que fue enviado para someterlo a prueba.²²¹ Y el libro del Eclesiástico: *hijo mío, si vas a servir al Señor prepárate para la prueba. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo y en los reveses de tu humillación muéstrate paciente. Porque en el fuego se purifica el oro, y los que son aceptos a Dios, en el horno de la humillación.*²²² Estas divinas palabras nos enseñan que la verdadera piedad y devoción va siempre acompañada de prueba y de aflicción, sea de parte del mundo o del demonio, sea de parte del mismo Dios que parece a veces retirarse de quienes ama para probar y ejercitar su fidelidad.

No te engañes, pues, imaginando que hay sólo rosas y delicias en los caminos de Dios. Encontrarás en ellos variadas espinas y trabajos. Pero si amas al Señor con fidelidad, su amor cambiará la hiel en miel y la amargura en dulzura. Harás mejor, en cambio, si, mientras estés en esta vida, colocas tu paraíso en las cruces y tribulaciones. Porque en ellas *glorificas* más a Dios y le demuestras tu amor, y en ellas Jesús, tu esposo y tu cabeza, colocó su alegría y su paraíso, hasta llamar al día de su pasión el día de la alegría de su corazón.²²³ Tal es el uso que debes hacer de tus aflicciones.

Por ahora sólo hablaré aquí de las aflicciones interiores y espirituales como las arideces, tristezas, tedios, miedos, desconciertos, cansancios de las cosas de Dios y

²²⁰ 2 Tm. 3, 12

²²¹ Tob. 12, 13

²²² Eclo. 2, 13,5

²²³ Cant. 3, 11

demás aflicciones del espíritu que sobrevienen a los que sirven a Dios. Porque es muy importante usar bien de ellas y permanecer fiel a Dios en ese estado. He aquí cual debe ser tu comportamiento:

1. Adora a Jesús en los sufrimientos, privaciones, humillaciones, tristezas y desamparos que tuvo en su alma santa, según sus propias palabras: *Mi alma está colmada de desdichas. Ahora mi alma está turbada. Mi alma está triste hasta la muerte.*²²⁴

Adora las divinas disposiciones que tuvo en semejante estado y el buen uso que hizo de él para *gloria* de su Padre. Entrégate a él para comulgar con sus disposiciones y para usar de tus aflicciones siguiendo su ejemplo. Ofrécele tus penas en honor y unión de las suyas y para que con las suyas bendiga y santifique las tuyas. Que repare tus deficiencias y haga de tus penas el uso que hizo de las suyas para *gloria* de su Padre.

2. No te entretengas buscando minuciosamente la causa del estado en que te encuentras, ni examinando tus pecados. Humíllate a la vista de tus faltas e infidelidades, en general, y adora la divina justicia ofreciendo tus penas en homenaje a ella, y considerándote indigno de que la ejerza sobre ti. (...)

Cuando estemos en estado de aridez y de hastío de las cosas de Dios; cuando apenas podemos pensar en él y orar, con mil distracciones, debemos recordar que somos indignos de toda gracia y consuelo; que nuestro Señor nos hace ya un gran favor el permitir que la tierra nos sostenga (...) Es así, como hallándonos en ese estado, debemos humillarnos ante Dios. Porque tal es el designio y la voluntad que Dios tiene en esos momentos sobre nosotros: que reconozcamos lo que somos por nosotros mismos, que seamos plenamente conscientes de nuestra nada.

Así, cuando nos dé un buen pensamiento o sentimiento de piedad u otra gracia, no podrán apropiárselo nuestro orgullo o nuestro amor propio, para atribuirlo a mérito nuestro, sino que lo atribuiremos únicamente a su misericordia y colocaremos nuestra confianza solamente en su bondad.

3. No te dejes llevar de la tristeza o el desaliento: antes bien alégrate, considerando:

- Que Jesús es siempre Jesús, es decir, siempre Dios, siempre grande y admirable, en continuo estado de *gloria* y de felicidad que nada puede mermar. Sabe que el Señor es Dios,²²⁵ y así dirás:

²²⁴ Sal. 88 (87), 4; Jn. 12, 27; Mt. 26, 38

²²⁵ Sal. 100 (99), 3

Me basta saber que siempre eres Jesús. Sí, lo eres siempre para mí, suceda lo que suceda estaré feliz.

- Alégrate de saber que Jesús es tu Dios, que es todo tuyo y que perteneces a tan buen Señor, y recuerda lo que dice David: *Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor.*²²⁶
- Alégrate porque es entonces cuando podrás servir al Señor con mayor pureza, por puro amor y no por los consuelos que antes te daba. Y para demostrar la fidelidad y pureza de tu amor a él, realiza tus acciones y ejercicios ordinarios con la mayor perfección que te sea posible. Cuanto más sientas en ti frialdad, cobardía y debilidad, más debes acudir al que es tu fuerza y tu todo. Entrégate a él con más intensidad y eleva con mayor frecuencia tu espíritu hacia él.

No dejes de hacer a menudo actos de amor a él sin preocuparte si no sientes el fervor y el consuelo habituales. ¿Qué importa que tú no estés contento si Jesús está contento? Acontece con frecuencia que lo que hacemos en estado de aridez y desolación espiritual, por ser más depurado, le agrada más que lo hecho con fervor y devoción sensible que de pronto van acompañados de amor propio.

Finalmente, no te desalientes por las faltas y cobardías que cometas en ese estado. Pero humíllate ante nuestro Señor y ruégale que las repare por su misericordia. Confía en su bondad que así lo hará. Sobretudo conserva siempre en ti el propósito firme de que, suceda lo que suceda, lo servirás y amarás perfectamente y le serás fiel hasta el último instante de tu vida, contando con su inmensa misericordia.

f. El espíritu de martirio

29. La cumbre de la santidad es el martirio

La cima, la perfección y culminación de la vida cristiana es el martirio. La gracia del martirio es el milagro más insigne que Dios realiza en los cristianos. Padecerlo es la ofrenda más sublime que ellos pueden hacerle a Dios. Es el favor más señalado que hace Jesucristo a los que ama: asemejarlos a él en su vida y en su muerte; hacerlos dignos de morir por él, como Cristo murió por su Padre y por ellos.

En los mártires resplandece de preferencia el poder admirable de su divino amor y ante Dios son ellos los más egregios de todos los santos. Los santos más grandes

²²⁶ Sal. 144 (143), 15

del paraíso como Juan el Bautista y los apóstoles son mártires. Son ellos, los santos de Jesús, a quien pertenecen de manera especial, porque han vivido y muerto como él. A ellos les manifiesta un amor singular y les promete dones inimaginables.

1. Les anuncia, por boca de su Iglesia, que les asignará un lugar insigne en el Reino de su Padre.²²⁷

2. Les promete que les dará a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de su Dios,²²⁸ es decir, de él mismo, como lo explican santos doctores. Es como si les dijera: por mí han perdido una vida humana y temporal: yo les daré una vida divina y eterna. Porque les haré vivir de mi vida y yo mismo seré su vida por la eternidad.

3. Les declara que les dará un maná escondido²²⁹, que es el amor divino que reina perfectamente en el corazón de los santos mártires, que cambia, ya desde esta tierra, la amargura de los suplicios y el infierno de los tormentos en un paraíso de dulzuras y delicias y que los colma en el cielo de goces y contentos eternos e innarrables, a cambio de las aflicciones padecidas en este mundo.

4. Les asegura que les dará autoridad sobre las naciones, la misma que él recibió de su Padre tan poderosa, que las podrán quebrantar como el alfarero hace pedazos las piezas de arcilla,²³⁰ es decir, que los hará reinar y dominar, como él, sobre el universo, que los establecerá como jueces del mundo con él²³¹ para juzgar y condenar con él a los impíos en el día del juicio.

5. Les promete que, como Rey de los mártires, los vestirá de sus colores blanco y rojo (...). Ellos van vestidos de blanco porque han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero²³² y caminarán con el Hijo de Dios vestidos de blanco²³³ y el que venciere será revestido de vestiduras blancas, porque el martirio es un bautismo que borra todo pecado, y reviste a los mártires de *gloria* y de luz inmortal. También van vestidos de rojo por la propia sangre que han derramado, “sangre roja derramada”²³⁴ y por el amor ardentísimo que los llevó al holocausto.

6. Les anuncia que escribirá sobre ellos el nombre de Dios, su Padre, y el nombre de la ciudad de su Dios.²³⁵ Palabras que el piadoso doctor Ruperto explica diciendo:

²²⁷ Brev. Rm. Común de mártires, 2º Noct. 1º antif

²²⁸ Ap. 2, 7

²²⁹ Ap. 2, 17

²³⁰ Ap. 2, 26-28

²³¹ Sab. 3, 8

²³² Ap. 7, 14

²³³ Ap. 3, 4-8

²³⁴ *rubri sanguine fluido*, Brev. Rm. Común de Mártires. Himno de Vísperas

²³⁵ Ap. 3, 12

los consideraré y trataré como si fueran mi padre y mi madre, ya que dijo Jesús: *mi madre es el que hace la voluntad de mi Padre*²³⁶. Pues bien, en nada se cumple mejor la voluntad de Dios como en el martirio. Por eso el Hijo de Dios, hablando de su Padre y de sus santos mártires, dice que ha realizado maravillosamente sus voluntades en ellos.²³⁷ Además les dice que escribirá sobre ellos su nuevo nombre²³⁸ que es Jesús, porque como los santos mártires imitaron con tanta perfección a Jesús en su vida y en su muerte, en la tierra, se asemejarán también a él tan admirablemente en el cielo que se les llamará "Jesús" y lo serán, en cierta manera, por la semejanza perfecta con él y la maravillosa transformación en él.

7. Les promete que los hará sentar con él en su trono como él se ha sentado con su Padre en su trono.²³⁹ La santa Iglesia, en la fiesta de cada mártir, nos presenta a Cristo hablando así a su Padre: Quiero Padre, que donde yo estoy esté también mi servidor,²⁴⁰ es decir, que él more y descanse conmigo en tu regazo y en tu corazón paternal.

Sé muy bien que la mayor parte de las promesas que se hacen a los mártires se dirigen también a los demás santos; sin embargo, se aplican de preferencia a los mártires que llevan su sello e impronta y a quienes por ser los santos de Jesús, él ama con especial amor y colma de extraordinarios privilegios (...).

Jesús, qué felices los que son tan amados de ti y que te devuelven amor con amor. Felices los que llevan en sí mismos la imagen perfecta de tu santa vida y de tu amorosa muerte.

*Felices los invitados al banquete de las bodas del Cordero.*²⁴¹ *Felices los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero.*²⁴² Felices los que no quieren vida en la tierra sino para dedicarla íntegramente y sacrificarla a la *gloria* y al amor de tan manso y amabilísimo Cordero. Porque, según el lenguaje del Espíritu Santo, es esta la consumada perfección de toda santidad: porque el hombre no puede hacer nada más grande por su Dios que sacrificarle lo más caro que tiene, a saber su sangre y

²³⁶ Mt. 12, 50

²³⁷ Sal. 16 (15) 3 (Vulg.)

²³⁸ Ap. 3, 12

²³⁹ Ap. 3, 21

²⁴⁰ Brev. Rm. Común de Mártires 5 ant. De Laudes

²⁴¹ Ap. 9, 19

²⁴² Ap. 22, 14

su vida y morir por él.²⁴³ Y en eso consiste el verdadero y perfecto martirio. Porque hay diversas clases de mártires y de martirios.

En cierta manera son verdaderos mártires a los ojos de Dios, los que se hallan en sincera disposición y voluntad de morir por nuestro Señor, aunque de hecho no lleguen a morir por él. Son también mártires, según san Cipriano,²⁴⁴ los que están dispuestos a morir antes que ofender a Dios. San Isidoro²⁴⁵ dice que mortificar la carne y las pasiones, resistir a los apetitos desordenados y perseverar así hasta el fin por amor a nuestro Señor, es un género de martirio. San Gregorio Magno afirma que sufrir con paciencia, con ese mismo fin, las necesidades y miserias de la pobreza o cualquier otra aflicción, soportar con mansedumbre las injurias, calumnias y persecuciones, sin devolver mal por mal, bendiciendo a los que nos maldicen y amando a los que nos odian, es otra suerte de martirio. Pero el martirio verdadero y perfecto no sólo consiste en sufrir sino en morir. La muerte pertenece a su esencia y naturaleza. Para ser mártir en el sentido en que lo entiende la Iglesia es necesario morir y morir por Jesucristo.

Es cierto, sin embargo, que cuando alguien realiza una acción por amor a nuestro Señor o sufre por causa suya, algo que normalmente debía producir la muerte, si Dios interviene milagrosamente para preservarlo de ella, aunque luego viva largo tiempo y finalmente muera de muerte natural, Dios no lo privará de la corona del martirio si persevera hasta el fin en su gracia y en su amor. Así lo demuestran san Juan Evangelista, santa Tecla, la primera mujer que sufrió el martirio por Jesucristo, el presbítero san Félix de Nola y otros que la Iglesia venera como verdaderos mártires aunque no murieron a manos de los tiranos y en medio de los tormentos que padecieron por nuestro Señor (...).

Pero fuera de esos casos en los que se suspende milagrosamente el efecto de la muerte, para ser verdadero mártir es preciso morir y morir por Jesucristo. Es decir, morir por su persona o por el honor de alguno de sus misterios o sacramentos, o en defensa de su Iglesia o por sostener alguna verdad enseñada por él o alguna virtud por él practicada, o por evitar algún pecado, o por amar a Cristo con tal fervor que nos haga morir la violencia de su amor o por ejecutar alguna acción que redunde en su *gloria*. En efecto, el doctor Angélico nos asegura que toda acción aunque sea

²⁴³ Jn. 15, 13

²⁴⁴ De exhortatione Martyrii, c. 12

²⁴⁵ Isid. Hisp. Etymol. 1. VII. C. 11.

humana y natural, si la referimos a la *gloria* de Dios y la ejecutamos por su amor, nos hace mártires si llega a ser causa de nuestra muerte.²⁴⁶

Por eso te aconsejo y te exhorto que al comenzar tus acciones eleves tu corazón a Jesús para ofrecérselas y reafirmarle que quieres ejecutarlas por su amor y su *gloria*. Porque si, por ejemplo, por asistir corporal o espiritualmente a un enfermo, te sobreviene un mal que sea causa de muerte, si realizaste esa acción por amor a nuestro Señor, serás considerado por él como mártir y tendrás parte en la *gloria* de los santos mártires. Y con mayor razón si lo amas con tal vehemencia que el esfuerzo y la intensidad del amor sagrado acaban con tu vida corporal. Porque esa muerte es un martirio eminente, el más noble y santo de todos los martirios. Es el martirio de la Madre de amor, la santa Virgen, de san José, de san Juan Evangelista, de santa Magdalena, de santa Teresa, de santa Catalina de Génova y de muchos otros santos y santas. Ese fue también el martirio de Jesús que murió no solamente en amor y por amor sino también por el exceso y la violencia de ese mismo amor.

30. Los cristianos están invitados a ser mártires y a vivir en espíritu de martirio

Todo cristiano, de cualquier estado y condición, debe estar preparado para sufrir el martirio por Jesucristo, nuestro Señor, y está obligado a vivir en disposición y espíritu de martirio, por múltiples razones:

1. Porque los cristianos pertenecen a Jesucristo por infinidad de títulos. Así como deben vivir únicamente para él, así están obligados a morir por él, conforme a las palabras de san Pablo: *Ninguno de nosotros vive para sí, ni ninguno muere para sí: si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor: o sea, que en vida o en muerte somos del Señor. Para eso murió Cristo y resucitó para ser el Señor de vivos y muertos.*²⁴⁷

2. Porque Dios nos dio el ser y la vida sólo para su *gloria*. Estamos, pues, obligados a darle *gloria* en la manera más perfecta posible, a saber, sacrificándonos en homenaje a su vida y ser supremos, para testimoniarle que solo él es digno de existir y de vivir y que toda otra vida debe inmolarse y aniquilarse ante su vida soberana e inmortal.

²⁴⁶ S. Theol. 2-2 q. 124 ad 3um

²⁴⁷Rm, 14,7-9.

3. Dios nos ordena amarlo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas, es decir, con el amor más perfecto. Para amarlo de esa manera debemos amarlo hasta derramar nuestra sangre y entregar la vida por él. Porque esa es la cumbre del amor, como dice el Hijo de Dios: *no hay amor más grande que dar la vida por los amigos.*²⁴⁸

4. Como nuestro Señor Jesucristo sintió, desde el primer instante de su Encarnación, un deseo y sed ardientes de derramar su sangre y dar la vida por la *gloria* de su Padre y por nuestro amor, pero no podía realizarlo por no haber llegado aún la hora señalada por el Padre, escogió a los santos Inocentes para realizar en ellos ese deseo, muriendo en cierta manera en ellos. De igual manera, después de su resurrección y ascensión al cielo ha conservado ese deseo de sufrir y morir por la *gloria* de su Padre y por nuestro amor. Y al no poder hacerlo por sí mismo quiere sufrir y morir en sus miembros (...), por eso, si tenemos algún celo por dar satisfacción a los deseos de Jesús, debemos ofrecernos a él, para que en nosotros, colme, si podemos hablar así, esa sed ardiente y cumpla su deseo inmenso de derramar su sangre y de entregar su vida por el amor de su Padre.

5. En el bautismo hicimos profesión de adherirnos a Jesucristo, de seguirlo e imitarlo, y por lo mismo, de ser hostias y víctimas consagradas y sacrificadas a su *gloria*. Lo cual implica imitarlo en su muerte tanto como en su vida, y estar dispuestos a sacrificarle nuestra vida y todo lo nuestro, según la santa Palabra: *Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza.*²⁴⁹

6. Si Jesucristo es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, así como debernos vivir de su vida también estamos obligados a morir de su muerte, según la palabra de san Pablo: *Llevamos siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús... y nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.*²⁵⁰

7. Pero la razón más poderosa y apremiante que nos obliga al martirio es el martirio cruento y la muerte dolorosísima que Jesucristo, nuestro Señor, padeció en la cruz por nuestro amor. Nuestro Salvador no se contentó con emplear toda su vida por nosotros: quiso también morir por nosotros de la muerte más cruel e ignominiosa. Entregó una vida de la cual un solo instante vale más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Y estaría dispuesto a entregarla mil veces más.

²⁴⁸ Jn. 15, 13

²⁴⁹ Sal. 44 (43), 23

²⁵⁰ 2 Cor. 4, 10-11

En efecto, se encuentra continuamente sobre nuestros altares en calidad de hostia y de víctima y allí es y será inmolado todos los días y a toda hora, cuantas veces se celebre el sacrificio incruento y sin dolor del altar, hasta el fin del mundo. Así nos manifiesta que está dispuesto, si fuere necesario, a ser sacrificado otras tantas veces por amor nuestro con un sacrificio cruento y doloroso como el de la cruz. No me extraña que ante ese amor inmenso de Jesús, decenas y centenas de miles de mártires hayan derramado su sangre y entregado la vida por Jesucristo. Y es que si Jesucristo ha muerto por todos los hombres, también todos los hombres deberían morir por Él.

No me extraña, repito, que los santos mártires y todos aquellos a quienes Jesús ha dado a conocer y gustar los santos ardores de ese divino amor que lo clavó en la cruz, sientan tan ardiente sed y tan vehemente deseo de sufrir y de morir por amor a él. No me extraña que muchos hayan padecido atroces tormentos con tanta alegría, que primero se cansaban los verdugos de atormentarlos que ellos de soportar los tormentos, y que tanta crueldad ejercida contra ellos les parecía insignificante comparada con el deseo insaciable que tenían de sufrir por Jesucristo.

Lo que sí me extraña es el vernos ahora tan fríos para amar a tan amable Salvador, tan cobardes para sufrir las menores molestias, tan apegados a esta vida mezquina y miserable y tan distantes de quererla sacrificar por aquél que sacrificó por nosotros su vida tan digna y preciosa. ¿No es, acaso, una inconsecuencia llamarse cristiano, adorar a un Dios crucificado, agonizante en una cruz, que por nosotros entrega una vida tan noble y excelente, que se sacrifica cada día ante nuestros ojos, sobre nuestros altares, con el mismo fin, y no estar dispuestos a sacrificarle lo más caro que tenemos en el mundo y aún nuestra vida que le pertenece además por tantos títulos?

Ciertamente no somos verdaderos cristianos si no tenemos esta disposición. Por eso repito lo que es obvio para quienes consideren atentamente estas verdades: que todos los cristianos deben ser mártires, si no de hecho, al menos por disposición y voluntad. Porque si no quieres ser mártir de Jesucristo, lo serás de Satanás. Mira a cuál de los dos prefieres. Si vives bajo la tiranía del pecado, serás mártir de tu amor propio y de tus pasiones y, por lo mismo, del demonio. Pero si deseas ser mártir de Jesucristo, esmérate por vivir en el espíritu del martirio que contiene cinco cualidades eminentes:

1. Es un espíritu de fortaleza y perseverancia que no se deja convencer ni vencer por promesas ni por amenazas, por halagos o por rigores, y que sólo teme a Dios y al pecado.

2. Es un espíritu de profunda humildad que detesta la vanidad y la gloria del mundo y ama los desprecios y humillaciones.

3. Es un espíritu de desconfianza de sí mismo y de firme confianza en nuestro Señor Jesús, como en aquél que es nuestra fuerza y por cuya virtud todo lo podemos.

4. Es un espíritu de total desprendimiento del mundo y de las cosas del mundo. Porque los que han de sacrificar su vida a Dios deben sacrificarle con ella todo lo demás.

5. Es un espíritu de amor ardiente a nuestro Señor Jesucristo que conduce a los que están animados por él a hacerlo y sufrirlo todo por el amor de aquél que todo lo hizo y sufrió por ellos. Ese espíritu los posee y embriaga de tal manera que consideran, buscan y desean, por amor a Cristo, las mortificaciones y sufrimientos como un paraíso y evitan y detestan los placeres y deleites de este mundo como un infierno.

Tal es el espíritu del martirio. Suplica a nuestro Señor, Rey de los mártires, que te lo comunique. Suplica también a la Reina de los mártires y a todos los mártires que con sus oraciones te alcancen del Hijo de Dios ese mismo espíritu. Ten devoción especial a los santos mártires, y ora también a Dios por cuantos han de padecer el martirio para que les conceda la gracia y el espíritu del martirio. Ora de manera especial por los que habrán de sufrir en tiempo de la persecución del Anticristo que habrá de ser la más cruel de todas las persecuciones.

Finalmente, procura imprimir en ti, por vía de imitación, una perfecta imagen de la vida de los santos mártires y sobre todo de Jesús y María, Rey y Reina de los Mártires, para que te hagan digno de asemejarte a ellos en su muerte.

TERCERA PARTE

CÓMO VIVIR EL AÑO PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN

a. *Para el año nuevo*

1. Modo de comenzar el año en unión de Jesús

El Apóstol San Pablo enseña que *Jesucristo ha muerto por nosotros a fin de que los que viven no vivan ya para sí sino para Aquél que por ellos murió, y que murió por nosotros a fin de que, sea que velemos, sea que durmamos, vivamos con Él²⁵¹ y el cual (Cristo) murió por nosotros, para que, despiertos o dormidos, vivamos juntamente con él²⁵²*. Y Jesucristo en persona nos asegura que *sus delicias están en vivir siempre con los hijos de los hombres²⁵³*; y así, para no privarlo de esta felicidad ni de los frutos de su muerte santísima, pongamos, de nuestra parte toda nuestra felicidad en tratar con él y en buscar toda clase de medios ingeniosos para estar siempre en su compañía sin perderlo jamás de vista, para que sea el único objeto de nuestros pensamientos y afectos, para estar despiertos y dormir, para vivir y morir con él y para comenzar y acabar unidos a él los años, meses y días de nuestra vida.

Para empezar cada año de nuestra vida con Jesús, es preciso comenzar como Jesús dio principio a su vida temporal sobre la tierra. Para esto, al iniciar cada año, postrémonos a los pies de Jesús para darle nuestros homenajes. Puedes servirte de las prácticas siguientes que, en forma de elevaciones te propongo a continuación.

²⁵¹ 2 Cor 5, 15

²⁵² 1 Tes 5, 10.

²⁵³ Prv 8, 31.

2. Elevación a Jesús en el Año Nuevo

«Jesús, Señor y dueño mío, te adoro, te bendigo y te amo lo mejor que puedo, en el primer instante de tu vida mortal sobre la tierra. Adoro todos los pensamientos, los afectos, los sentimientos y las disposiciones santas de tu divino ser, y todo cuanto sucedió entonces a tu persona adorable.

Admirable Jesús, veo que desde el primer momento de tu vida temporal, te diriges a tu Eterno Padre para adorarlo, amarlo y glorificarlo, y para consagrarle tu ser y tu vida entera, y para entregarte a él a fin de hacer y sufrir cuanto sea de su agrado para su mayor gloria y por nuestro amor.

En ese mismo instante también te vuelves a mí para pensar en mí, para amarme y para trazar tus designios de amor para mí, y para poner a mi disposición toda clase de gracias y de favores.

Por todo esto seas eternamente bendito, y que todas las creaturas del cielo y de la tierra, y todos los poderes de tu divinidad y de humanidad te bendigan y te alaben eternamente.

Jesús, me entrego a ti para comenzar este nuevo año contigo como empezaste tu vida en el mundo, y, para apropiarme de tus santas disposiciones, te ruego por tu gran misericordia, que las grabes en mí.

Adorable Jesús, te adoro, te amo y te glorifico en honor y en unión de la humildad, del amor y de las otras disposiciones santas con que tú adoraste y amaste a tu Padre celestial, y con que te entregaste a él en el primer instante de tu vida.

Te adoro, te amo y te glorifico, según mis posibilidades, como a mi Dios y Salvador, como al autor de los tiempos y Rey de los siglos y de los años, y como a aquél que para mí, con el precio de toda su sangre, ha comprado todos los años, las horas y los instantes de mi vida sobre la tierra.

Jesús, yo te dedico, te ofrezco y te consagro los instantes, las horas, los días y los años de toda mi vida, declarándote que quiero servirme de toda mi existencia para tu mayor gloria, y que deseo que, durante este nuevo año que me concedes y en todos los de mi vida, todos mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, los latidos de mi corazón y las respiraciones de mi ser sean otros tantos actos de alabanza y amor para ti.

Querido Jesús, por tu infinita bondad y por tu innegable misericordia, dame esta gracia especial.

Jesús, también te ofrezco todo el amor y toda la gloria que en este año te van a dar tu Eterno Padre, tu Espíritu Santo, tu Madre Santísima, tus Ángeles y Santos en unión de todas las criaturas del universo entero.

Amable Jesús, adoro todos los designios que tienes para mí en este nuevo año que me das. No permitas, te lo pido, que yo ponga obstáculos de ninguna clase a tu acción santificante sobre mí, yo me ofrezco y me entrego a ti para colaborar generosamente contigo en la realización de todos tus designios sobre mí.

Yo, en honor y unión del amor con que aceptaste, desde el mismo instante de tu Encarnación, todos los sufrimientos de tu vida, acepto y abrazo gustoso, desde ahora por tu amor, todas las cruces y las penas que me tienes reservadas en este año y en los que me quedan de vida.

Salvador mío, llegará un año que será el último de mi existencia; y puede ser el que hoy comienza. Si yo estuviera seguro de esto, con qué fervor y con qué diligencia lo consagraría desde ahora mismo a tu santo servicio. Pero, suceda lo que suceda, quiero considerarlo como el último de mi vida y emplearlo todo entero en amarte y glorificarte, como si en realidad no tuviera ya más tiempo para eso en este mundo, tratando así de reparar las faltas de mi vida pasada cometidas contra tu divino amor. Concédeme, buen Jesús, todas las gracias necesarias para lograr esta gracia inapreciable»

3. Elevación a María Santísima con ocasión de Año Nuevo

«Virgen Santísima, Madre de mi Salvador, te honro y te venero, en cuanto me es posible, en el primer momento de tu vida, y te ofrezco el respetuoso homenaje de mi admiración y de mi amor a tus santas disposiciones y virtudes en ese instante, el más importante de tu existencia. Desde entonces comenzaste, Virgen Sagrada, a amar y a glorificar a Dios con toda perfección, y luego, en el curso de tu vida, tu amor y tu celo por su gloria creció de día en día. En cambio, yo, a pesar de haber ya vivido tantos años sobre la tierra, aún no he comenzado a amar a Dios de verdad.

Madre de misericordia, ruega a tu Hijo para que se apiade de mí. Suple mis defectos, te lo ruego. Ofrécele, en nombre mío, todo el amor y la gloria que le diste, en reparación de mis múltiples deficiencias en amarlo y glorificarlo. Hazme partícipe del amor que tú le tienes, y pídele que me conceda la gracia de empezar, siquiera ahora, a amarlo perfectamente, y que todo cuanto me suceda en este año y en el resto de mi vida sea consagrado a su gloria y a tu honor.

Ángeles de Jesús, Santos y Santas de Jesús, ruéguele, se lo pido, que me dé nuevas gracias y un amor renovado hacia su adorable persona, para que yo consagre fervorosamente y dedique todo este año y todos los que me quedan de vida, únicamente a su gloria y amor».

b. **Devoción a los misterios del Señor**

4. **Obligación de honrar los estados y misterios de Jesús**²⁵⁴

Tenemos innumerables y poderosas obligaciones de honrar y de amar a Jesús en sí mismo y en todos los estados y misterios de su vida. Sólo enumeraremos algunas de ellas. En primer lugar te diré que así como debemos continuar y completar en nosotros la vida, virtudes y acciones de Jesús en la tierra, también debemos continuar y completar los estados y misterios de Jesús y rogarle a menudo que los continúe y complete en nosotros y en toda su Iglesia. Porque es una verdad digna de frecuente consideración que los misterios de Jesús no han llegado todavía a su entera perfección y plenitud. Aunque perfectos y consumados en la persona de Jesús, aún no se han cumplido y perfeccionado en nosotros, sus miembros, ni en su Iglesia que es su Cuerpo místico.

El Hijo de Dios, en efecto, tiene el designio de hacernos participar, por extensión y continuación en nosotros y en toda la Iglesia, del misterio de su encarnación, de su nacimiento, de su infancia, de su vida oculta, social y laboriosa, de su pasión, de su muerte²⁵⁵ y de sus demás misterios, por las gracias que quiere comunicarnos y por los frutos que quiere producir en nosotros por esos misterios.

Por esta razón san Pablo dice que Jesucristo se completa en su Iglesia²⁵⁶ y que todos nosotros concurrimos a su perfección y a la edad de su plenitud,²⁵⁷ es decir, a la edad que tiene en su cuerpo místico que es la Iglesia, y que no será plena sino en el día del juicio final. Y en otro lugar el mismo apóstol habla de la misma plenitud

²⁵⁴San Juan Eudes propone honrar durante el mes de septiembre los siete estados y señoríos de Jesús (Cfr. Tercera parte, No. 06: Cómo honrar los misterios de Jesús durante el año. Algunas veces, utiliza el término “estado”, haciendo equivalencia a los misterios, por ejemplo, habla del estado de la infancia y del misterio de la infancia de Jesús (Cfr. No. 42: Cómo aprovechar los consuelos espirituales.

²⁵⁵ Subrayado nuestro.

²⁵⁶ Ef. 1, 22-23

²⁵⁷ Ef. 4, 13

de Dios que se realiza en nosotros y del crecimiento y aumento de Dios en nosotros.²⁵⁸ Dice también que completa en su cuerpo la pasión de Jesucristo.²⁵⁹ Pues bien, lo que dice del misterio de la pasión se aplica también a la plenitud de los demás estados y misterios de Jesús.

El Hijo de Dios tiene el designio de completar en nosotros el estado de la vida divina que ha tenido desde toda eternidad en el seno de su Padre y para ello imprime en nosotros una participación de esa vida al hacernos vivir con él de una vida pura y divina.

Tiene el designio de completar en nosotros el estado de su vida pasible y mortal haciéndonos vivir en la tierra, mediante su gracia, de una vida que sea imitación y homenaje de la suya. Quiere consumir en nosotros el misterio de su encarnación, de su nacimiento, de su vida oculta, formándose y como encarnándose dentro de nosotros y naciendo en nosotros por los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía, y haciéndonos vivir con una vida espiritual e interior, escondida con él, en Dios. Quiere perfeccionar en nosotros el misterio de su pasión, de su muerte y resurrección, haciéndonos sufrir, morir y resucitar con él y en él.

Quiere realizar en nosotros el estado de su vida gloriosa e inmortal en el cielo haciendo que la vivamos en él y con él cuando estemos en el cielo. Y así quiere consumir y realizar en nosotros y en su Iglesia, por comunicación y participación, sus demás estados y misterios.

Este designio del Hijo de Dios sólo quedará completo en el día del juicio. Porque así como los santos sólo se pueden declarar plenamente realizados en la consumación del tiempo que Dios ha destinado a los hombres para su santificación, así también los misterios de Jesús sólo serán consumados al final de los tiempos. Ahora bien, la vida en la tierra sólo se nos concede para realizar en ella los grandes designios que Jesús tiene sobre nosotros.

Por eso debemos emplear nuestro tiempo, nuestros días y años en colaborar con Jesús en esa tarea divina de completar sus misterios en nosotros. A ello debemos cooperar mediante buenas obras y oraciones y con la aplicación frecuente de nuestro espíritu y de nuestro corazón para contemplar, adorar y honrar los estados y misterios de Jesús en los diferentes tiempos del año y dándonos a él para que por esos misterios realice en nosotros su designio, únicamente por su *gloria*.

²⁵⁸ Ef. 3, 11

²⁵⁹ Col. 1, 24

5. Motivos para honrar cada año los estados y misterios de Jesús²⁶⁰

Además de la razón anterior quiero añadir otras cuatro muy poderosas para honrar los estados y misterios de la vida de Jesús.

1. Porque según la enseñanza de san Pablo debemos imitar a Dios como hijos muy amados.²⁶¹ Pues bien, el Padre celestial se halla continuamente ocupado en contemplar, *glorificar* y amar a su Hijo Jesús y en hacerlo amar y *glorificar* en sí mismo y en sus estados y misterios.

2. Porque debemos amar y honrar singularmente todo cuanto conduce al amor y *gloria* de Dios. Pues bien, todo cuanto hay en Jesús da a Dios *gloria* infinita. Por eso debemos honrar infinitamente, si fuera posible, los estados y misterios de Jesús hasta los menores detalles. Y estamos mucho más obligados a honrarlos y a agradecer al Hijo de Dios la *gloria* que con ellos dio a su Padre, que por las gracias y la salvación que con esos estados y misterios nos adquirió porque los intereses de Dios deben sernos infinitamente más queridos que los nuestros.

3. Porque la santa Iglesia, o mejor el Espíritu Santo que habla por ella, nos invita continuamente a adorar y *glorificar* los diversos estados y misterios de Jesús. Así al comienzo, al final, en medio y en las partes principales de la Misa, como en el Gloria, en el Credo, como también en la Liturgia de las Horas, que recitamos todos los días, el Espíritu Santo coloca sin cesar ante nuestros ojos los diversos estados y misterios de la vida de Jesús. Y ello para que sean objeto de nuestra contemplación, y de nuestra adoración y el tema de nuestros ejercicios de piedad; para que sean el pan cotidiano y el alimento ordinario de nuestras almas, que no deben vivir sino de la fe, de la consideración y del amor hacia los misterios de Dios y de Jesucristo, según palabra de la carta a los Hebreos: *El justo vive de la fe.*²⁶²

4. Tenemos obligación muy especial de honrar todo lo que se halla en Jesús, porque una grandeza infinita merece honor infinito. Jesús es el grande entre los grandes, la grandeza misma, infinita e incomprensible. Y todo lo que él encierra en su divinidad

²⁶⁰ A lo largo del año litúrgico, se proponen los grandes misterios de Jesús, que nos invitan a honrarlo en ellos. Igualmente el Rosario nos ofrece diversos misterios que sirven de orientación para honrar a Jesús a partir de cada uno de ellos.

²⁶¹ Ef. 5, 1

²⁶² Hb. 10, 38

y humanidad, todos sus estados y misterios y hasta las cosas mínimas que le han sucedido llevan consigo grandeza y maravillas infinitas.

Empero, pocos conocen, meditan y honran cosas tan grandes, dignas y santas, aún aquellos que se dicen hijos de Jesús, que llevan su nombre y que sólo están en la tierra para conocerlo y adorarlo en su vida y sus misterios. Sin embargo, ellos no pueden tener verdadera vida sino en ese amoroso conocimiento: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti como único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo.*²⁶³ Si en esto consiste la vida dichosa del cielo, también en ello debe consistir la verdadera vida de la tierra: en conocer, amar y honrar la vida, los estados y misterios de Jesús. Sobre este punto seremos examinados en la hora de la muerte. El reproche mayor que recibiremos será por la escasa aplicación, consideración y honor debidos a la vida y a los misterios de Jesús.

El Hijo de Dios al juzgar al mundo, al final de los siglos, hará rendir, con el poder de su justicia, a la faz del cielo y de la tierra, el honor que todas las criaturas y aún sus enemigos deben dar a todos sus misterios. (...) Y para no ser del número de los desdichados que en el infierno deberán honrar, por la fuerza de la justicia, los misterios de Jesús que no honraron con amor y voluntad, nuestra preocupación y devoción principal será contemplar y honrar los diversos estados y misterios de Jesús. Debemos tener predilección por las fiestas de Jesús que ocurren en el curso del año, y por las fiestas de su santa Madre, por encima de las demás. Y debemos disponer de tal manera nuestro tiempo y nuestros ejercicios de piedad que honremos toda la vida de Jesús con sus estados y misterios a lo largo de cada año, para lo cual te sugiero el orden siguiente:

6. Cómo honrar los misterios de Jesús en el curso del año

- Comenzando por el primero de los estados de Jesús que es el de su vida divina en el seno de su Padre desde toda la eternidad, antes de honrarlo en su vida en el seno de la Virgen, en la plenitud de los tiempos, lo honraremos en el tiempo que precede al Adviento, en los meses de octubre y noviembre.
- Sin embargo, las dos últimas semanas de noviembre las reservo para honrar la vida que tuvo Jesús en la tierra desde la creación del mundo hasta la encarnación del autor del mundo. Porque durante ese tiempo vivía, en cierta

²⁶³ Jn. 17, 3

manera, en los espíritus y corazones de los ángeles del cielo y de los patriarcas, profetas y justos de la tierra. Ellos sabían de su futura venida al mundo, lo amaban, lo deseaban, lo esperaban y lo pedían incesantemente a Dios. Vivía igualmente en los espíritus de los santos Padres que se hallaban en el limbo. Vivía también en el estado de la ley mosaica que sólo era anuncio y figura suya y que preparaba al mundo para que creyera en él y lo acogiera a su llegada.

- En el tiempo de Adviento honraremos el misterio de la encarnación y de la vida de Jesús en María durante nueve meses.
- Desde Navidad a la Purificación honraremos la santa infancia de Jesús y los misterios en ella incluidos, según los diversos tiempos en que la Iglesia los propone a nuestra veneración. Tales son:
 - el misterio de su nacimiento,
 - de su residencia en el establo de Belén,
 - de su circuncisión, de su Epifanía,
 - de su presentación en el templo,
 - de su huida y residencia en Egipto,
 - de su regreso de Egipto a Nazaret,
 - de los viajes al templo de Jerusalén con su santa Madre y san José,
 - de su pérdida en el templo y
 - de su reunión con los doctores cuando tuvo doce años.
- Desde la Purificación hasta el miércoles de Ceniza honraremos la vida escondida, y laboriosa de Jesús con su santa Madre y san José hasta la edad de treinta años.
- Desde el miércoles de Ceniza hasta el primer domingo de Cuaresma, el bautismo de Jesús en el Jordán y la manifestación que de él hace la voz del Padre: *Este es mi Hijo amadísimo en quién tengo mis complacencias*²⁶⁴ y del Espíritu Santo que baja sobre él en forma de paloma, junto con el testimonio que sobre él da Juan el Bautista.

²⁶⁴ Mt. 3, 17

- En la primera semana de Cuaresma honramos la vida solitaria de Jesús en el desierto.
- En la segunda, su vida pública y de trato con los hombres, desde la edad de treinta años hasta su muerte.
- Sin embargo, como una semana es un tiempo demasiado corto para honrar el estado de la vida pública de Jesús le dedicaremos otro espacio de tiempo después de la fiesta del Santísimo Sacramento.
- En las otras cuatro semanas de Cuaresma honraremos la vida penitente de Jesús.
 - En la primera de ellas rendiremos homenaje a las humillaciones interiores y exteriores de la vida de Jesús;
 - en la segunda sus privaciones exteriores e interiores;
 - en la tercera sus sufrimientos corporales y
 - en la cuarta los sufrimientos de su espíritu.
- El jueves santo honraremos la institución de la Eucaristía de Jesús y el lavatorio de los pies de sus apóstoles.
- Desde el viernes santo hasta el domingo de la resurrección adoraremos a Jesús en sus dolores, en su agonía, su cruz, su muerte, su descenso al lugar de los muertos y su sepultura.
- El domingo de Pascua honraremos la resurrección de Jesús y su entrada en la vida gloriosa;
- Lo mismo haremos todos los domingos del año que están consagrados a honrar la santa resurrección.
- Desde Pascua a la Ascensión honraremos la vida gloriosa de Jesús y el tiempo que pasó en la tierra después de su resurrección.
- Desde la Ascensión a Pentecostés todos los domingos honraremos la vida gloriosa de Jesús en el cielo desde su ascensión.

- Desde Pentecostés hasta la fiesta de la santísima Trinidad honraremos el envío del Espíritu Santo de Jesús y las grandezas, cualidades y misterios de ese divino Espíritu.
- En la fiesta de la santísima Trinidad adoraremos la vida de la Trinidad en Jesús la vida de Jesús en la Trinidad, la cual debemos honrar también cada domingo del año. Porque el domingo está consagrado a honrar el misterio de la santísima Trinidad y el misterio de la resurrección y el estado de la vida gloriosa de Jesús.
- Los tres días que siguen a la fiesta de la santísima Trinidad los dedicaremos a honrar las tres divinas personas: el lunes al Padre, el martes al Hijo y el miércoles al Espíritu Santo. Durante la octava del santísimo Sacramento y todos los jueves honraremos el estado y la vida de Jesús en la santa Eucaristía.
- El tiempo entre la octava del santísimo Sacramento hasta agosto se repartirá en dos partes iguales:
 - La primera se dedicará a honrar la vida pública y conversante de Jesús ya que no hubo suficiente tiempo en cuaresma.
 - La segunda a honrar el misterio de la segunda venida de Jesús y del juicio universal que realizará en la consumación de los siglos. Es uno de los misterios de la vida gloriosa de Jesús y del juicio universal que realizará en la consumación de los siglos. Es uno de los misterios de la vida gloriosa de Jesús y el primero que la santa Iglesia presenta a nuestra adoración en el Credo después del misterio de la ascensión y de la entronización de Jesús a la derecha del Padre.

Durante el mes de agosto honraremos las cuatro cosas principales que se encierran en la persona de Jesús:

- Su divinidad o esencia divina, que le es común con el Padre y el Espíritu Santo y por la cual es Dios como ellos, infinito, incomprendible, eterno, inmortal, omnipotente, sabio, bueno, y poseedor de las demás perfecciones del ser divino.

- Su persona divina que le es propia y particular: por ella es el Hijo de Dios, el Verbo, la imagen y el esplendor del Padre y el divino ejemplar según el cual el Padre creó todas las cosas.
- Su alma santa con todas sus facultades, memoria, entendimiento y voluntad.
- Su sagrado cuerpo con todos los miembros, sentimientos y partes de su cuerpo deificado. Entre ellos honrarás particularmente su preciosa sangre y su Corazón divino.

Durante el mes de septiembre honraremos los siete estados y señoríos de Jesús:

1. El estado y el señorío de Jesús sobre el mundo natural en sus cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, y demás cosas de la naturaleza.
2. El estado y el señorío de Jesús sobre el mundo espiritual y místico, es decir, en la Iglesia militante.
3. El estado y el señorío de Jesús en la muerte, en la cual honramos su soberanía, su justicia, su eternidad, su muerte y su vida inmortal.
4. El estado y el señorío de Jesús en el juicio particular que ejerce todos los días y a cada hora sobre las almas que salen de este mundo y en el cual honramos su justicia, su equidad, su verdad, su poder y su divina majestad.
5. El estado y señorío de Jesús en la Iglesia que sufre, es decir en el purgatorio, donde se *glorifican* continuamente su divina voluntad, su justicia, su bondad y sus sufrimientos.
6. El estado y el señorío de Jesús en el infierno, donde en forma terrible y admirable se honran sus divinas perfecciones y todos sus misterios.
7. El estado y el señorío sobre la Iglesia triunfante en el cielo.

Esos son los siete estados y señoríos de Jesús que podemos honrar durante el mes de septiembre. Los llamo así porque en esos lugares y cosas Jesús reina y triunfa, llenándolos de su *gloria*, de su poder, de su presencia y majestad.

- En las fiestas de la santa Virgen y en los sábados²⁶⁵ del año, honraremos la vida de Jesús en ella y todas las maravillas y misterios con que la ha favorecido.
- En las fiestas de los ángeles y de los santos, en el curso del año, honraremos la vida de Jesús en ellos.

De esa manera nada que sea de Jesús quedará sin nuestro homenaje especial. Pensaremos en él y lo honraremos en todos los lugares, tiempos y cosas. Por lo mismo en el curso del año debemos honrar todos sus estados y misterios. Y para facilitarte este cometido (...) te propongo los temas principales que hemos de considerar y honrar en cada estado y misterio de Jesús y la manera de hacerlo (...).

7. Qué honramos en cada misterio de Jesús²⁶⁶

Cada misterio de la vida de Jesús encierra infinidad de maravillas. Pero hay siete principales que debemos considerar y honrar porque te darán gran luz, apertura y facilidad para ocuparte de los misterios de Jesús.

La primera es el cuerpo o exterior del misterio (detalles). Por ejemplo, lo que sucedió exteriormente en el nacimiento de Jesús, como la desnudez, la pobreza, el frío, la impotencia y pequeñez, los pañales, el tiempo que pasó en el pesebre, sobre el heno, entre el asno y el buey, sus lágrimas y gemidos infantiles, los movimientos de sus pies y manos, el primer uso de sus ojos, de su boca y demás sentidos, el descanso en el seno de su Madre y el alimento que de ella tomó, los besos y caricias que recibió de ella y de san José, la visita de los pastores y todo lo que sucedió en el pesebre y en la noche del nacimiento del Hijo de Dios.

De igual manera lo que sucedió exteriormente en el misterio de la encarnación, de la circuncisión, de la presentación en el templo, de la huida a Egipto, de la pasión y de todos los demás estados y misterios. Las palabras, hechos y padecimientos exteriores, de parte del Hijo de Dios o de los personajes angélicos y humanos presentes en los misterios de Jesús. Y si el Hijo de Dios se da el trabajo de aplicar su

²⁶⁵ La liturgia propone honrar cada sábado del Tiempo Ordinario a la Virgen Santísima, especialmente en la misa que se llama "Sancta María in Sabato".

²⁶⁶ Esta es una metodología que puede ser útil también para meditar personal o grupalmente y para enriquecer la lectura de la Biblia.

espíritu a contar nuestros pasos y los cabellos de nuestra cabeza,²⁶⁷ de anotar en su Corazón y conservar en sus tesoros las más pequeñas acciones que hacemos por él para honrarlas eternamente en el cielo, ¿cómo no hemos de considerar, adorar y *glorificar* con sumo cuidado los más mínimos detalles de su vida y sus misterios? Porque todo lo suyo es grande y admirable y merece honor y adoración infinitos.

La segunda es el espíritu o interior del misterio. Es decir, la virtud, el poder y la gracia propios de cada uno de ellos; como también los pensamientos, intenciones, afectos, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores que lo acompañaron. En una palabra, lo que sucedió en el espíritu, en el corazón, en el alma santa de Jesús cuando realizaba ese misterio y en los espíritus y corazones de quienes participaron en ellos. Por ejemplo, lo que tuvo lugar interiormente en la encarnación, en el nacimiento, en la pasión y demás misterios del Hijo de Dios: los pensamientos de su espíritu, los afectos y sentimientos de su Corazón las disposiciones de humildad, de caridad, amor, sumisión, mansedumbre, paciencia y demás virtudes con que realizó sus misterios.

Sus ocupaciones interiores en relación con el Padre eterno, consigo mismo, con su Espíritu Santo, con su santa Madre, con sus ángeles y santos, con todos los hombres en general y con cada uno de nosotros en particular, como también el poder, la virtud y el espíritu de gracia que encerró en esos misterios. A todo eso llamo el espíritu, el interior y como el alma del misterio.

Ese espíritu es lo que ante todo debemos considerar y honrar. Porque él constituye el fondo, la sustancia, la vida y la virtud del misterio. El cuerpo y lo exterior es apenas la corteza, lo accesorio, la apariencia, lo accidental del misterio que es, por lo mismo, pasajero y temporal. En cambio, la virtud interior y el espíritu de gracia que se encierra en cada misterio es permanente y eterno.

Por eso decimos que los misterios de Jesús no son cosa del pasado sino que son siempre actuales, por su espíritu, su interior, su verdad y su sustancia. Aunque a decir verdad, también según el cuerpo están presentes ante Dios, en virtud de su eternidad en la que no hay pasado ni futuro sino que todo está presente a sus ojos.

Lo tercero que debemos honrar en los misterios de Jesús son los frutos que produjo y sigue produciendo mediante cada uno de ellos. Porque sus Escrituras llaman al

²⁶⁷ Job. 14, 16; Mt. 10, 30

Hijo de Dios el Cordero degollado desde el comienzo del mundo²⁶⁸ porque desde entonces actuaba y sigue actuando sin cesar, mediante su encarnación, su muerte y demás misterios, frutos admirables de *gloria*, felicidad, luz, gracia, misericordia y justicia en el cielo, en la tierra y en el infierno, sobre los hombres, los ángeles y todas las criaturas.

En cuarto lugar adoraremos los designios particulares que tiene Jesús en cada uno de sus misterios, como dar *gloria* a su Padre y a sí mismo, *glorificar* ese misterio por maneras y caminos que sólo él conoce, santificar las almas y producir otros frutos que ignoramos.

En quinto lugar consideraremos y honraremos la parte y relación especial que tuvo la santa Virgen encada misterio de Jesús. Ella, en efecto, tiene mayor parte en los misterios que todos los ángeles y santos juntos y que el mundo entero. Porque el Hijo de Dios obró en ella maravillas más grandes y admirables en cada misterio. Y ella sola ha dado a esos misterios más honor que todos los ángeles y santos.

En sexto lugar consideraremos y honraremos la relación y la parte que los santos y santas tuvieron encada misterio de Jesús, porque cada uno tiene sus ángeles y santos propios. Por ejemplo, los ángeles y los santos del misterio de la encarnación son la santa Virgen, san José, san Gabriel, y los santos que han tenido particular devoción a ese misterio.

Los ángeles y los santos del misterio del nacimiento son, además de los anteriores, los santos pastores y los santos particularmente devotos de este misterio como san Bernardo y otros muchos.

Entre los ángeles y santos del misterio o estado de la infancia, además de la santa Virgen, san José y san Gabriel que tienen parte en todos los misterios del Hijo de Dios, contamos a san Juan Bautista, santificado por Jesús niño, a san Zacarías e Isabel, al justo Simeón que lo llevó en brazos en el día de su presentación en el templo, a la profetisa Ana que también se encontraba allí, los santos Reyes, los Inocentes, mártires y no mártires y los ángeles custodios de esos santos.

Los ángeles y santos de la vida oculta de Jesús, además de la santa Virgen, de san José, san Gabriel y Juan Bautista, son aquellos que él trató durante ese tiempo y los que han llevado una vida escondida y solitaria.

²⁶⁸ Ap. 3, 8

Los ángeles y santos de la vida pública de Jesús son sus apóstoles y discípulos, todos aquellos con quienes trató en ese tiempo, y los ángeles custodios de esos mismos santos.

Los ángeles y santos del misterio de su pasión, de su cruz y de su muerte son, de manera especial, la santa Virgen, san Gabriel, san Juan Evangelista, santa Magdalena, santa Marta, santa María Salomé y demás santas mujeres que estuvieron al pie de su cruz, los santos mártires y los que han tenido especial devoción a este misterio. Y así todos los estados y misterios de Jesús tienen sus ángeles y santos propios.

Por su parte, el Hijo de Dios ha producido y sigue produciendo, en cada misterio, frutos más específicos de gracia, de santidad, de luz, de amor y de *gloria* en los ángeles y santos que tienen relación con él; y ellos a su vez, han dado y darán eternamente en el cielo un homenaje especial a ese misterio.

En séptimo lugar honraremos en los misterios de Jesús la parte singular que nosotros tenemos en ellos. Porque el Hijo de Dios en cada misterio suyo, ha tenido un pensamiento, designio y amor particular para cada uno de nosotros. Ha querido comunicarnos gracias y favores especiales en la tierra y en el cielo.

8. Siete maneras de honrar los misterios de Jesús

Ante misterios tan admirables y dignos de honor no omitiremos ninguna acción ni padecimiento para honrarlos y *glorificarlos* en todas las formas posibles. Aquí te propongo siete maneras de honrarlos:

1. Con pensamientos, consideraciones, afectos, disposiciones y actos interiores de nuestro espíritu y de nuestro corazón que emplearemos en contemplarlos, adorarlos y *glorificarlos*.
2. Con nuestras palabras, comunicaciones y diálogos familiares que no deberían tener tema distinto que el de Jesús y las virtudes y misterios de su vida, como será nuestro tema exclusivo en el cielo.
3. Con nuestros ejercicios y acciones exteriores de piedad, como decir la santa Misa o participar en ella, comulgar, confesarse u oír confesiones, recitar la Liturgia de las Horas y demás ejercicios ordinarios de devoción. Igualmente con las demás acciones exteriores que hacemos cada día, ofreciéndolas todas a Jesús para honrar el misterio del momento. Dirás, por ejemplo,

Jesús, te ofrezco este sacrificio de la Misa o esta comunión, y todo lo que realice en este día, en honor del adorable misterio de la encarnación.

4. Con ejercicios de humildad, de mortificación y penitencia que ofreceremos a Jesús con ese mismo fin.

5. Por imitación, tratando de imprimir en nosotros lo imitable del misterio que queremos honrar. Por ejemplo, en el de su infancia, nos esforzaremos por imitar la sencillez, humildad, mansedumbre, obediencia, pureza e inocencia de ese misterio, y por grabar en nosotros una imagen de la infancia de Jesús. Esta es una de las formas más perfectas de honrar los misterios de Jesús.

6. Por estado, es decir, cuando en forma continua y permanente rinda homenaje a algún estado y misterio de Jesús. Si, por ejemplo, te encuentras en estado de pobreza interior o exterior, y lo sufres con paciencia y sumisión a Dios, honrarás con ese estado la pobreza de Jesús a la que él voluntariamente se redujo cuando estuvo en la tierra. Si por debilidad o enfermedad te ves reducido a un estado de impotencia, si lo sufres con sumisión al querer de Dios y para honrar la impotencia de la infancia de Jesús, honrarás con tu debilidad el estado de impotencia y debilidad del niño Jesús. Si te hallas en estado de vida retirada y solitaria y, por amor a Dios amas tu soledad, estarás honrando la vida oculta y solitaria de Jesús. Si te encuentras en estado de cruces, dolores y sufrimientos exteriores e interiores, si los soportas con amor y humildad en honor de las cruces y padecimientos de Jesús, estarás honrando excelentemente el misterio de su Pasión.

7. Debemos honrar los Misterios de Jesús mediante el humilde y profundo reconocimiento de nuestra indignidad, incapacidad e impotencia para tributarles el honor que les es debido. Porque nada hay en nosotros que sea digno de honrarlos: al contrario, todo lo que está en nosotros como de nosotros, está en oposición a la *gloria* que deberíamos darle. Sólo Jesús es digno de honrarse a sí mismo y sus misterios. Por eso le pediremos que los *glorifique* él mismo en nosotros.

9. Otras siete maneras de honrar los misterios de Jesús

Hemos dicho que una de las maneras de honrar los misterios de Jesús es con las disposiciones y actos interiores. Voy a enumerarte siete que te pueden servir para ocuparte de ellos interiormente con Jesús.

1. Contempla, adora, *glorifica* y ama a Jesús, en forma general, en el estado del misterio que estás honrando, y en sus circunstancias y consecuencias. Luego podrás descender a las particularidades del misterio y contemplarlo, adorarlo, amarlo y *glorificarlo*:

- En el cuerpo o exterior del mismo;
- En su espíritu o interior;
- En los frutos que ha producido por él;
- En los designios que tiene en cada misterio;
- En la parte que en él ha tenido la santa Virgen;
- En la parte que tienen los ángeles y santos relacionados con ese misterio;
- En la parte que en él tenemos nosotros.

2. Alégrate al contemplar a Jesús tan grande y admirable, tan lleno de amor, de caridad, de santidad y de toda perfección, en el misterio que te ocupa, como también al ver como él ama y *glorifica* tan dignamente a su Padre, y al ver a Jesús tan magníficamente amado y *glorificado* por su Padre, por su Espíritu Santo, por su santa Madre, por sus ángeles y santos.

3. Bendice y agradece a Jesús por el amor y la *gloria* que ha dado y dará eternamente a su Padre y a sí mismo en cada uno de sus misterios y por las gracias y beneficios que por él nos ha concedido a nosotros y al mundo entero. Darás prioridad a lo primero sobre lo segundo porque el interés de Dios debe sernos más querido que el nuestro. Por lo demás, cuando le agradeces a Jesús la *gloria* que ha dado a su Padre y a sí mismo en cada misterio, le estás agradeciendo las gracias que te ha concedido, pues todas tienen como fin *glorificar* dentro de nosotros al Padre y a Jesucristo. Y esta acción de gracias es la más santa, pura y desinteresada pues con ella nos olvidamos a nosotros mismos y sólo buscamos a Dios en nuestros ejercicios interiores.

4. Humíllate a los pies de Jesús y pídele perdón por tus deficiencias en honrarlo en el misterio que meditas, por la deshonra que le has causado con tus pecados y por los obstáculos que hemos puesto en nosotros mismos y en los demás a la *gloria* de ese misterio y a los designios que en él tiene Jesús. Supliquémosle que supla nuestras deficiencias y que se dé en sí mismo, en forma centuplicada, el honor que nosotros hubiéramos debido darle a ese misterio. Roguemos también al Padre eterno, al Espíritu Santo, a la santa Virgen, a todos los ángeles y santos que reparen nuestras faltas y den a Jesús, por nosotros, la *gloria* que debíamos darle.

5. Agradece a Jesús los frutos de gracia, de *gloria* y santidad producidos por él en cada misterio, en el cielo y en la tierra, y ofrécele la *gloria*, el amor y las alabanzas que mediante él le darán para siempre su Padre eterno, su Espíritu Santo, su santa Madre, sus ángeles y sus Santos y todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno. Porque hasta en el infierno se honran los misterios de Jesús por la acción de su justicia. Unámonos al honor que se tributa en todo el universo a los misterios de Jesús y supliquemos al Padre eterno, al Espíritu Santo, a la santa Virgen, a los ángeles y santos, en especial a los más relacionados con cada misterio que nos asocien al honor que ellos le dan.

6. Entrégate a Jesús para honrar ese misterio en todas las formas que él desea. Y después de emplear para ello el poder que él se digne concederte, suplícale que aplique la fuerza de su espíritu y de su amor para honrarlo en nosotros; que destruya en nosotros lo que vaya en contra de la *gloria* de ese misterio; que por él nos conceda las gracias y frutos que desea; que nos conduzca conforme al espíritu y la gracia de ese misterio; que grave en nosotros la imagen y la participación del mismo, que lo complete en nosotros y que, finalmente, realice los designios que tiene sobre nosotros en ese misterio.

7. Pide a Jesús que imprima en los corazones de todos los cristianos un celo ferviente por la *gloria* de sus misterios; que destruya en sus almas cuanto a ello se opone; que los haga conocer y *glorificar* por todo el universo según sus deseos; que los complete y lleve a la perfección en su Iglesia y realice los designios que en ellos tiene, ofreciéndonos una vez más para hacer y sufrir lo que a él le plazca con esa intención.

Puedes escoger entre estas diversas maneras de honrar los misterios de Jesús las que mejor se ajusten a tu disposición, dejándote llevar por la gracia de nuestro Señor y la dirección de su espíritu.

Para facilitarte esta práctica he condensado estas últimas siete maneras en forma de elevación, aplicada al misterio de la santa infancia de Jesús, que puedes extender a cada uno de sus demás misterios.

10. Elevación al niño Dios

1. Te adoro, te amo y te glorifico, Jesús, en todo lo que eres y en todo lo que has obrado y sigues obrando en el estado de tu santa infancia. Adoro tus pensamientos, designios, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores en ese estado, en

relación con tu Padre, contigo mismo, con tu Espíritu Santo, con tu santa Madre, con tus ángeles y santos y conmigo en particular.

2. Me alegra, Jesús, contemplarte en el estado de tu infancia y ver que con él amas y glorificas tanto a tu Padre; que tu Padre te ama y te glorifica y que en ese misterio te muestras tan colmado de virtudes, excelencias y grandezas.

3. Te agradezco infinitamente el amor y la gloria que en ese misterio has dado a tu Padre y a ti mismo.

4. Te pido perdón, Salvador mío, por mis descuidos en honrarte en este misterio y por los obstáculos que he puesto a las gracias que con él querías realizar en mí. Te ruego que suplas mis faltas y te des, centuplicado, el honor que yo hubiera debido darte. Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, ángeles santos y santas de Jesús, glorifiquen a Jesús por mí en este misterio.

5. Reconozco, Jesús, que de ti vienen los frutos de gracia y de gloria que has producido en el cielo y en la tierra por tu santa infancia. Te ofrezco el amor y la gloria que en este misterio has recibido de tu Padre eterno, de tu Espíritu Santo, de su santa Madre y de todos los ángeles y santos a quienes suplico que me unan a ellos en las alabanzas que te tributan.

6. Divino Niño Jesús: me doy a ti para honrar el misterio de tu infancia. Destruye en mi todo lo que se opone a la gloria de este misterio. Comunícame la sencillez, la humildad, la mansedumbre, pureza, inocencia, obediencia y demás virtudes de tu infancia y colócame en un estado de santa infancia que imite y honre el estado de tu infancia divina.

7. Imprime, Jesús, en los corazones cristianos un deseo fervoroso por la gloria de este misterio. Destruye en ellos lo que le sea contrario. Haz que todo el mundo lo glorifique. Realiza los designios que has puesto en él. Me doy a ti para hacer y sufrir lo que te plazca con esta intención.

c. La devoción a la Santísima Virgen

11. Honrar a Jesús en María y a María en Jesús

La devoción a la santa Virgen, Madre de Dios, agrada tanto a su Hijo y es tan necesaria y familiar a los verdaderos cristianos que no necesito recomendarla a quienes desean vivir cristianamente como son los destinatarios de este libro. Sólo te diré que no debemos separar lo que Dios tan perfectamente ha unido. Jesús y María están de tal manera vinculados entre sí que ver a Jesús es ver a María, amar a Jesús es amar a María, tener devoción a Jesús es tenerla a María. Jesús y María son los dos primeros fundamentos de la religión cristiana, las dos fuentes vivas de toda bendición, los dos protagonistas de nuestra devoción y las dos metas que debemos mirar en nuestras acciones y ejercicios.

No es cristiano de verdad quien no tiene devoción a la que es Madre de Jesucristo y de todos los cristianos. De ahí que san Anselmo²⁶⁹ y san Buenaventura afirmen que no pueden tener parte con Jesucristo los que no son amados de su santa Madre, como tampoco pueden perecer los que ella mira con benevolencia. Y puesto que debemos continuar las virtudes y sentimientos de Jesús, es necesario que continuemos el amor, la piedad, la devoción de Jesús por su santa Madre. Él la amó y la honró en forma singularísima al escogerla por Madre, al darse a ella en calidad de Hijo, al tomar de ella un ser y una vida nueva, al crear nexos profundos con ella, al dejarse guiar por ella durante su infancia y su vida oculta y al constituir la soberana del cielo y de la tierra, *glorificándola* y haciéndola *glorificar* por el mundo entero.

Para continuar en la tierra la piedad y devoción de Jesús por su santa Madre debemos tener por ella una devoción especial y honrarla singularmente. Pues bien, para honrarla como Dios lo pide de nosotros y como ella lo desea, tenemos que hacer tres cosas:

1. Mirar y adorar en ella únicamente a su Hijo. Así desea ella que la honren, porque de sí misma nada es. Su Hijo lo es todo en ella: él es su vida, su santidad, su *gloria*, su poder y su grandeza. Tenemos que agradecerle a él la *gloria* que en ella y por ella se dio a sí mismo; ofrecernos a él y rogarle que nos entregue a ella, de manera que nuestra vida y nuestras obras estén consagradas a honrar las suyas; que nos haga participar del amor que ella le tiene y de sus demás virtudes; que se sirva de nosotros para honrarla o más bien honrarse a sí mismo en ella, según su beneplácito.

²⁶⁹ S. ANSELMO, Orat. LI ad B. Mariam

2. Reconocerla y honrarla como a la Madre de nuestro Dios y luego como a nuestra Madre y Soberana; agradecerle el amor, la *gloria* y los servicios que ha prestado a su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor; confiarle a ella, después de Dios, nuestro ser y nuestra vida y pedirle que tome la dirección de todo cuanto nos atañe; darnos y sometemos a ella en calidad de siervos, rogándole que tome plena posesión de nosotros como de algo enteramente suyo y que disponga de nosotros según le plazca para *gloria* de su Hijo; que se sirva de todas nuestras acciones para honrar las de su Hijo y que nos asocie al amor y a las alabanzas que ella le ha dado y que le dará por toda la eternidad. Conviene rendirle estos homenajes todos los días y de manera especial una vez por semana, o por lo menos, una vez al mes.

3. Podemos y debemos honrar a tan sagrada Virgen: con nuestros pensamientos y reflexiones, considerando la santidad de su vida y la perfección de sus virtudes; con nuestras palabras deleitándonos en hablar y oír hablar de sus excelencias; con nuestras acciones ofreciéndolas en honor y unión de las suyas; con nuestra imitación, esforzándonos por reproducir sus virtudes, especialmente su humildad, su caridad, su puro amor, su desprendimiento de todas las cosas y su pureza divinal. El pensamiento de esta última virtud debe llevarnos a huir, temer y mirar con más horror que la muerte, las menores faltas contra la pureza por pensamientos, palabras o acciones.

Finalmente, podemos honrar a la sagrada Virgen con alguna oración o ejercicio de devoción como el rosario, cuya recitación debe ser común a todos los cristianos y la Liturgia de Nuestra Señora que debemos rezar en unión del amor y de la devoción que su Hijo Jesús tiene hacia ella, y en honor de la vida de su Hijo y de la suya, de sus virtudes y acciones. Sólo añadiré que así como cada año honramos un misterio de Jesús de manera especial, conviene también escoger en el día de la Asunción de la Virgen un misterio de su vida para darle honor particular durante el año. Aquí te enumero los principales misterios de su vida.

12. Principales estados y misterios de la vida de María

Los principales estados y misterios de la vida de la santa Virgen son:

- su concepción;
- su residencia en las dichosas entrañas de su madre santa Ana;
- su nacimiento;
- el día en que recibió el santo nombre de María;
- su presentación en el templo;

- su estado de infancia hasta la edad de doce años;
- su matrimonio con san José;
- la encarnación de Jesús en ella;
- su condición de Madre de Dios;
- la residencia de Jesús en ella;
- su visita a Isabel y su permanencia de tres meses en su casa;
- su viaje de Nazaret a Belén;
- su divino alumbramiento;
- su purificación;
- su huida a Egipto y su permanencia allí;
- su regreso de Egipto y su vida en Nazaret con su Hijo hasta que él tuvo treinta años;
- los viajes con su Hijo durante su vida pública;
- su martirio al pie de la cruz;
- su alegría en la resurrección y ascensión de su Hijo;
- todo el tiempo de su vida desde la ascensión de Jesús hasta su propia asunción;
- sus santas comuniones durante ese tiempo;
- su dichosa muerte;
- su gloriosa resurrección;
- su triunfal asunción;
- su colocación a la diestra de su Hijo en calidad de Soberana del cielo y de la tierra;
- la vida gloriosa y feliz que lleva en el cielo desde el día de su asunción.

13. Elevación a Jesús para honrarlo en su santa Madre

Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María: te adoro en lo que eres y en lo que has obrado en tu santísima Madre. Te adoro, particularmente, te amo y glorifico, en lo que eres y has realizado en ella en el misterio de su concepción, de su nacimiento, de su presentación y de sus otros misterios.

Me alegro infinitamente, Jesús, porque eres tan grande y admirable, tan glorificado y amado en tu dichosa Madre. Te agradezco la gloria que te has dado y te darás por siempre en ella. Te pido perdón, Salvador mío, por mis deficiencias en honrar a tu nobilísima Madre y por haberle causado desagrado en mi vida. Te ruego que suplas mis faltas y le des por mí el honor que yo hubiera debido darle.

Jesús, reconozco que son tuyos los frutos de santidad y de amor que has producido en tu amabilísima Madre y te ofrezco la gloria y el amor que se te ha dado en ella y por ella. Me doy enteramente a ti.

Jesús; destruye en mí lo que desagrada a tu santa Madre. Entrégame totalmente a ella. Haz que con mi vida y mis obras honre las tuyas. Comunícame el amor, el celo que tienes por su gloria, o más bien, por tu gloria en ella; hazme participar del purísimo amor que ella tiene por ti, de su ardiente celo por tu gloria, de su humildad y demás virtudes. Finalmente, Jesús, mi Señor, dignate servirme de mí para glorificar y hacer glorificar a tu santa Madre, o más bien, para glorificarte y hacerte glorificar en ella en todas las formas que te plazca.

14. Elevación a la santa Virgen aplicable a cada misterio de su vida

Adoro, Virgen santa y venero en todas las formas posibles, a tu Hijo Jesús en ti. Y te honro y reverencio, tanto como puedo y debo, por lo que tú eres en él y por él. En particular te rindo homenaje en el misterio de tu concepción, de tu nacimiento y tus demás misterios. Venero los sentimientos y disposiciones de tu alma santa, lo que sucedió en ti en ese misterio. Bendita seas, Virgen santa, por la gloria que has dado a Dios en este misterio y en toda tu vida.

Te pido perdón, Madre de misericordia, por mis faltas y pecados de toda mi vida, contra ti y contra tu Hijo. Te ofrezco, en satisfacción, el honor y la alabanza que has recibido en el cielo y en la tierra. Me doy a ti, Madre de Jesús: entrégame, te lo ruego, a tu Hijo.

Destruye en mí, por tus méritos y tu intercesión, lo que a él desagrada. Comunícame tu purísimo amor, tu humildad y demás virtudes. Haz que mi vida entera y mis obras honren la vida y las acciones de tu Hijo. Asíciame al amor y a la gloria que le das y darás eternamente y sírvete de mi ser, de mi vida y de todo lo mío, que es totalmente tuyo, para glorificarlo según tu beneplácito.

d. Devoción a los santos

15. Honrar a Jesús en los santos y a los santos en Jesús

Es deber nuestro tener devoción a todos los santos y ángeles, en especial a nuestro Ángel custodio, el santo cuyo nombre llevamos, a los santos y santas que trataron con nuestro Señor en la tierra, al orden de los ángeles y santos a quienes estaremos asociados en el cielo, a los santos y ángeles protectores de los lugares de nuestra residencia o de los lugares que recorreremos y de las Personas que tratarnos.

Debemos honrarlos porque Jesús los ama y los honra: *Yo honro -dice- a los que me honran:*²⁷⁰ y porque el Padre eterno honra a los servidores de su Hijo: *Al que me sirva le honraré mi Padre*²⁷¹ como también porque ellos aman y honran a Jesús, son sus amigos, sus servidores, sus hijos, sus miembros y como una parte de él mismo. Por eso, honrarlos a ellos es honrarlo a él que lo es todo en ellos.

Por eso debemos honrar sus reliquias como una porción de Jesús, como una parte de sus miembros y llevarlas con nosotros uniéndonos al amor con que él lleva a todos sus santos eternamente en su regazo y en su corazón y al amor y las alabanzas que los santos, cuyas reliquias llevamos, le han dado y darán eternamente.

16. Honrar a los santos como es debido

1. Adoraremos a Jesucristo en ellos; porque él es todo en todos:²⁷² su ser, su vida, su santidad, su felicidad y su *gloria*. Le agradeceremos la *gloria* y las alabanzas que él se ha tributado a sí mismo en ellos y por ellos, más que las gracias que les ha comunicado a ellos y por ellos a nosotros, pues debemos preferir los intereses de Dios a los nuestros. Le ofreceremos el honor y el amor que sus santos le han dado y le rogaremos que nos haga participar de su amor y de todas sus demás virtudes.

Por consiguiente, cuando hagamos una peregrinación o recibamos la comunión o digamos la santa Misa, o hagamos cualquier acción en honor de un santo, la ofreceremos a Jesús por estas intenciones, diciéndole:

Jesús, te ofrezco esta peregrinación, esta comunión, esta Misa o esta acción, en honor de lo que tú eres en este santo; en acción de gracias por la gloria que te has

²⁷⁰ 1 Sam. 2, 30

²⁷¹ Jn. 12, 26

²⁷² Ef. 1, 23

dado en él y por él; para el aumento de su gloria, o más bien de la tuya en él; para que se cumplan tus designios sobre él y para que, por su intercesión, me concedas tu santo amor y las gracias que requiero para servirte en forma irreprochable.

2. Cuando nos dirijamos a los santos, humillémonos como indignos de pensar en ellos o de que ellos piensen en nosotros; les agradeceremos los servicios y la *gloria* que han dado a nuestro Señor. Nos ofreceremos a ellos, rogándoles que nos ofrezcan a Jesús, para que destruya en nosotros cuanto le desagrada y nos haga partícipes de las gracias que les ha concedido. Les rogaremos también que lo honren y amen por nosotros, que le den, por nosotros, centuplicados, el amor y la *gloria* que hubiéramos debido darle en toda nuestra vida; que nos asocien al honor y las alabanzas que ellos le dan en el cielo y que se sirvan de nosotros para honrarlo y *glorificarlo* conforme a sus deseos.

3. Cuando, yendo de camino, pasemos por una ciudad o aldea o que lleguemos a algún lugar para vivir o descansar allí, conviene saludar a los ángeles y santos protectores de ese lugar, rogando a nuestro Ángel custodio que los salude por nosotros (...).

Podemos imitar a santo Domingo que cuando entraba a una ciudad, suplicaba a Dios que no causara perjuicio a esa ciudad por causa de sus pecados. Conviene también rogar a los ángeles y santos protectores de los lugares por donde pasamos o donde vivimos que *glorifiquen* y amen a nuestro Señor por nosotros y que reparen las faltas que en esos lugares cometemos.

Cuando tratemos a nuestros semejantes, es práctica muy santa saludar a sus ángeles custodios y a sus santos protectores y rogarles que los dispongan para lo que sea más útil a la *gloria* de Dios en el asunto que hemos de tratar con ellos. También es muy conveniente escoger, en la fiesta de Todos los Santos, un orden de santos y, en la de san Miguel, un coro de ángeles, para honrarlos de manera especial durante ese año, o mejor para honrar a Jesús en ellos. He aquí los coros de los ángeles y los órdenes de los santos:

Los serafines, los querubines, los tronos, las dominaciones, las virtudes, las potestades, los principados, los arcángeles, los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los sacerdotes, los confesores, las vírgenes, las viudas, los santos Inocentes.

Para que honres con más facilidad a Jesús en los santos y a los santos en Jesús, voy a condensar su práctica en las dos elevaciones siguientes aplicadas a san Juan Evangelista y que tú puedes extender a cada santo en particular.

e. **Elevación a Jesús para honrar a san Juan Evangelista**

Te adoro, Jesús, en todo lo que eres y en lo que has realizado en tus santos y, en especial, en tu apóstol y evangelista san Juan. Tú lo eres todo en todas las cosas. Sólo quiero contemplarte y honrarte a ti en todo y especialmente en tus santos y en tu discípulo amado, san Juan. Porque tú eres todo en él: su vida, su santidad, su felicidad, y su gloria. Tú que eres, de verdad, admirable en tus santos, eres sobremanera amado y glorificado en él. Con alegría te bendigo por la gloria que te das a ti mismo en tan gran apóstol. Te ofrezco, Jesús, el honor y el amor que este evangelista te ha dado y te dará eternamente. Me entrego a ti para que destruyas en mí cuanto te desagrade y me hagas participar de las gracias que concediste a tan gran santo, en especial de su humildad, de su amor a ti, de su caridad para con el prójimo y de sus demás virtudes.

17. Oración a san Juan Evangelista

¡Bienaventurado apóstol y evangelista san Juan! En ti adoro y reverencio a Jesús, y te honro a ti en Jesús. Te agradezco el amor y los servicios que has rendido siempre a mi salvador. Me ofrezco a ti para que me entregues a Jesús para siempre. Destruye en mí, con tu intercesión y tus méritos, lo que en mí se opone a su gloria. Me tienes plenamente en tus manos: sírvete de mí para glorificarlo y amarlo en todas las formas posibles. Comunícame tu purísimo amor a él y tus demás virtudes. Ámalo y dale gloria por mí. Repara las faltas que he cometido en toda mi vida y las que pudiera cometer contra su amor y su servicio. Devuélvele, centuplicado, el amor y el honor que yo hubiera debido darle. Asóciame al amor y a las alabanzas que tú le has dado y darás para siempre. Ruégale que yo no viva sino para amarlo; que muera mil veces antes que ofenderlo. Que cuanto hay y habrá en mí sea alabanza y amor a él; y que, finalmente, muera en el ejercicio de su purísimo amor.

18. Ejercicio de reparación de nuestras faltas y consagración de todos los años de nuestra vida

Como el Hijo de Dios empleó todos los recursos de su sabiduría divina, para idear las más variadas invenciones de su amor a nosotros, y los medios de demostrarnos su amor y de entregarse a nosotros en todas las formas imaginables, así busquemos nosotros toda clase de iniciativas para consagrar todos los instantes y estados de nuestra vida a su honor y *glorificación*.

Por otra parte, lo hemos honrado tan poco y lo hemos ofendido tanto en toda nuestra vida, ya que hemos sido enemigos suyos, aunque involuntariamente, en los primeros meses de nuestra existencia, y hemos pasado los primeros años de nuestra infancia en la más lastimosa ignorancia de su naturaleza y de sus infinitas perfecciones hasta el día en que tuvimos el uso de la razón, y, ya que aún después de haber comenzado y razonar y discernir, lo hemos ofendido tantísimas veces con plena advertencia y atrevida deliberación, es justo que busquemos ahora toda clase de medios para reparar nuestras infidelidades y pecados, en la medida de nuestras posibilidades y ayudados por su gracia todopoderosa.

A mi modo de ver, es algo muy aconsejable a este respecto:

- Toma anualmente tantos días como años has vivido en el mundo.
- Después de humillarte profundamente ante Nuestro Señor a la vista de tus faltas e ingratitudes pasadas, pídele perdón,
- ruégale intensamente que se digne borrar, con su preciosa sangre, todos tus pecados y que los queme en el fuego devorador de su amor inefable.
- hazte la firme resolución de cambiar de vida y de comenzar de una vez por todas a amarlo y *glorificarlo* de verdad, como hubieras debido hacerlo desde el primer momento de tu existencia.
- Con un gran decisión emplea estos días como si fueran los primeros de tu vida o como si fueran los últimos, y por lo tanto, como si no te quedara ya más tiempo para amar y *glorificar* a Jesús, sobre la tierra.
- Procura hacer cada día, al menos, lo que hubieras debido hacer cada año de tu existencia, y pasarlo tan santamente y comportándote con tanta perfección en todos tus actos de piedad y, en general, en todas tus acciones ordinarias, que así puedas, en cierto modo, reparar las faltas de la vida pasada.

Para conseguirlo, aquí tienes, en breves palabras, lo que diariamente hay que hacer:

El primer día que destines a reparar las deficiencias de tu primer año de vida, procede en la forma siguiente:

Primero:

- Adora a Jesús en el primer año de su vida y en todo cuánto le sucedió en ese tiempo.
- Acúsate, ante él, y pídele perdón, por el ultraje que le hiciste, aún sin darte cuenta, con el pecado original en que estuviste durante algún tiempo de ese primer año de tu vida.
- Ofrece al Padre eterno, en satisfacción, todo el honor que su Hijo Jesús le dio en su primer año de vida terrena, y ofrécele a Jesús toda la *gloria* que su Madre Santísima le dio con el primer año de su vida en el mundo.

Segundo:

- Ofrece al Padre Celestial todo lo que te sucedió en el primer año de tu vida,
- suplícale fervorosamente, por el celo admirable que tiene por la *gloria* de su divino Hijo, y por el ardiente amor que le profesa, que destruya todo lo que hubo de malo y de indigno en esa primera etapa de tu vida,
- que transforme todo cuanto sufriste o todo cuanto hiciste interior y exteriormente, en alabanza, en gloria y en amor a su Hijo y a cuanto a él le sucedió en su primer año de vida mortal sobre la tierra.
- Ruega igualmente a Jesús que destruya todo lo malo que hay de lamentar en el primer año de tu existencia,
- que convierta en alabanza, en *gloria* y en amor lo que le sucedió a él, en el mismo tiempo de su vida terrestre, es decir, que haga de modo que todos tus sufrimientos, espirituales y corporales, todo el uso de tus miembros y sentidos y de las facultades superiores de tu alma, durante este primer año de tu vida, redunden en honor y en *gloria* de lo mucho que él sufrió corporal y espiritualmente, del uso que hizo de sus miembros, sentidos y facultades superiores en el curso de su primer año de vida sobre la tierra.
- Haz también la misma súplica al Espíritu Santo, a la Virgen Santísima, a los Ángeles, a los Santos y Santas de Jesús para que, por sus méritos y oraciones, alcances de Dios la gracia de que todo lo que te sucedió en el primer año de vida, se convierta en homenaje de honor y alabanza a cuanto le ocurrió a Jesús en su primer año de vida.

Tercero:

- Ofrece a Jesús todas tus acciones de este primer día, y todo el amor, las alabanzas y las adoraciones que le harás, en unión de todo el amor, de la *gloria* y de las alabanzas que se le dieron en su primer año de vida por parte de su Padre Eterno, por Sí mismo, por su Espíritu Santo, por su dignísima Madre, por sus Ángeles y Santos.

- Pide al Padre y al Espíritu Santo que le den a Jesús, en nombre tuyo, por centuplicado, todo el honor y toda la *gloria* que le debiste dar en tu primer año de vida, si hubieras estado en condiciones de hacerlo.

Esto es lo que hay que hacer el primer día de este santo ejercicio, y que corresponde al primer año de tu vida.

El segundo día, y en los siguientes, practicarás el mismo ejercicio, y de la misma manera, con excepción de los días correspondientes a los años respectivos de tu infancia en que conservaste la gracia bautismal. No hay, entonces, por qué pedir perdón a Dios de pecados que en realidad no cometiste ni pudiste cometer. Pero tendrás que humillarte mucho por haber permanecido tanto tiempo sin conocer y sin amar a Dios, y por haber llevado en ti el principio y el germen de todo pecado, la concupiscencia y los restos del pecado original, que tan nefasta influencia habría de tener en el resto de tu vida sobrenatural.

Si tus años sobrepasan los de la vida de Nuestro Señor, puedes continuar este mismo ejercicio, relacionándolo con los años de la vida gloriosa de Jesús en el cielo. Si bien es cierto la eternidad no se mide por años, meses ni días, nuestra imaginación ha de suplir la precisión de los términos en provecho de nuestra propia santificación.

Puedes hacer este ejercicio no sólo por ti, sino también por aquellas personas con las que tienes vínculos especiales de sangre o de amistad, haciendo a la vez los mismos ejercicios por ellos y por ti diariamente. Y todo esto por Jesús, por su *gloria* y por su purísimo amor. Mientras dure este ejercicio, puedes, si tu devoción te lo sugiere, servirte también del Rosario de la *gloria* de Jesús, que paso a detallarte, a continuación.

19. El Rosario de la gloria de Jesús

Este Rosario está compuesto de tres decenas y cuatro granitos, en total: treinta y cuatro cuentas, en honor de los treinta y cuatro años de vida de Nuestro Señor sobre la tierra²⁷³.

Al principio se dice por tres veces consecutivas:

²⁷³ Para facilidad, si se prefiere, se puede utilizar un rosario común de cinco decenas.

«Ven, Señor Jesús»

Estas son las palabras éstas con que finaliza el Apocalipsis, para invocar y atraer a Jesús a nuestro corazón y para pedirle que venga a nosotros a destruir cuanto le desagrada y ofende en nuestro ser y llenarnos de sus gracias, de su espíritu y de su divino amor. Siempre que vamos a comenzar cualquier obra buena, también es muy provechoso decir por tres veces esta misma invocación y con las mismas intenciones que acabo de señalar.

En cada granito, o cuenta pequeña, se dice:

«Gloria a ti, Señor Jesús, que naciste de una Virgen; gloria al Padre y al Espíritu Santo, por siglos de los siglos. Amén.»

Y al decir esto, ofrece a Jesús toda la *gloria* que le han dado en cada uno de los años de su vida, el Padre Celestial, el Espíritu Santo, la Santísima Virgen, y todos sus Ángeles y Santos, en reparación de las faltas que hemos cometido contra él en cada uno de los años de nuestra vida. Al ofrecerle tu vida, pídele que te dé la gracia de que todo lo que en tu vida te ha sucedido, sea homenaje de adoración y alabanza a lo que a él le sucedió en cada año de su existencia mortal. Por ejemplo, en la primera pepita del rosario, al decir: *Gloria a ti, Señor Jesús*, etc...., ofrece a Jesús toda la *gloria* que le ha sido dada en el primer año de su vida, en satisfacción de las deficiencias que has tenido para honrarlo durante el primer año de tu vida. Es preciso, además, que le ofrezcas el primer año de tu vida, pidiéndole que cuanto nos sucedió en dicho año se consagre a honrar todo cuanto a él le pasó en la misma época de su existencia temporal.

En el segundo granito, le ofrecerás toda la *gloria* que el Padre celestial le dio durante el segundo año de su vida, etc. Le ofreces también el segundo año de tu vida, y así, en adelante, en los granitos restantes.

En las cuentas gruesas, correspondientes a los “gloria”, dirás:

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; como era en un principio, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén»,

Esto para ofrecer a la Santísima Trinidad toda la *gloria* que Jesús le ha dado y le dará eternamente, y en satisfacción de todas las faltas que hemos cometido contra las Tres Divinas Personas en toda nuestra vida.

20. El retiro anual

Excelencia e importancia del retiro anual

Es algo muy santo, muy importante y que tiene una utilidad que no la pueden conocer sino los que lo han experimentado, a saber, tomar cada año un tiempo para dedicárselo a Dios y realizar ejercicios de piedad y de oración con mayor atención de lo normal. Porque, como la gente en el mundo que dan tiempo todos los días para alimentar su cuerpo e incluso a veces hacen fiestas extraordinarias en las cuales se alegran más que de costumbre: también hace bien a los cristianos que hacen profesión de vivir santamente, el hecho de que además de los ejercicios ordinarios de devoción, tengan sus fiestas y alegrías espirituales extraordinarias y se dediquen a Dios, para amarlo y glorificarlo con más afecto y más fervor que de ordinario. Porque realmente en esto consiste la alegría perfecta y las verdaderas delicias en tratar y conversar con Dios a través del medio santo de la oración.

Por esto san Pablo exhorta no solamente a las religiosas y a los religiosos sino también a todos los cristianos, incluso les aconseja a las personas casadas que se aparten cierto tiempo de los hábitos y obligaciones mutuas de su condición para entregarse a la oración (No se priven el uno al otro de la vida conyugal, a no ser de común acuerdo y solo por cierto tiempo, para dedicarse a la oración – 1Co 7,5). Esto ha sido practicado en la Iglesia de Dios en todo tiempo. En efecto, leemos de muchos santos y prelados de la Iglesia, que, dejando de lado sus ocupaciones ordinarias y asuntos domésticos, se retiraban con frecuencia durante un tiempo a lugares solitarios, para dedicarse totalmente a contemplar, a amar y a glorificar a Dios.

Esto es a lo que yo llamo retiro anual, porque esto se hace cada año por lo menos una vez, en todas las comunidades religiosas en las que reinan la piedad y el amor a Dios. También se practica por varias personas del mundo, que cada año se toman entre ocho a diez días durante los que le dicen adiós totalmente a las preocupaciones de las cosas terrenales, y se van a alguna casa santa, para dedicarse totalmente durante este tiempo a ejercicios de piedad y del divino amor.

Si tu condición o tus muchas ocupaciones no te permiten hacer esto, o no tienes el tiempo suficiente, por lo menos procura tomarte algún tiempo para que te dediques a los ejercicios de la oración y del amor de Dios con más cuidado y fervor que de ordinario, como te lo enseñe Aquel a quien le entregaste la dirección de tu alma.

Este retiro debe hacerse con tres objetivos principales:

Para continuar y honrar los diversos retiros de Jesús; como el retiro que durante toda la eternidad ha tenido en el seno de su Padre; los que Él ha tenido en el seno de su madre durante nueve meses; en el pesebre de Belén durante cuarenta días;

en Egipto durante siete años; en Nazaret todo el tiempo de su vida escondida que duró hasta la edad de treinta años; en el desierto durante cuarenta días; en el cielo y en la gloria del Padre a partir de su ascensión; y en el Santísimo Sacramento, donde Él está como en retiro y en un estado de vida escondido desde hace muchos siglos y continuará allí hasta la consumación del mundo. También para honrar los diversos retiros de la santa virgen, y la participación que ella tuvo en los de su Hijo. Y así el primer objetivo y la primera y principal intención del retiro será amar y glorificar a Jesús y a su santa madre y unirnos cada vez más al Hijo y a la Madre.

Para reparar durante el tiempo de retiro, las negligencias y faltas que hemos cometido durante el año contra el amor y la gloria de Jesús y María.

Para tomar nuevos ánimos y nuevas fuerzas y disponerse a recibir gracias nuevas, para caminar con más valentía por los caminos del divino amor y para destruir totalmente todos los obstáculos que se puedan encontrar.

En fin, miremos el retiro como un paraíso y el tiempo del retiro como un pedacito de eternidad y esforcémonos para hacer en este tiempo lo que se hace en el paraíso y en la eternidad, comenzando ya aquí la vida y los ejercicios que nos ocuparán eternamente en el cielo, esto es, contemplar, amar y glorificar a Dios como lo contemplan, lo aman y lo glorifican sin cesar en el cielo. Miremos y empleemos el tiempo del retiro como si no nos quedara más de vida y de tiempo sino esta para amar y glorificar a Jesús, y para reparar las faltas de glorificarlo y amarlo cometidas durante toda la vida. Y sobre todo declarémosle que no deseamos emplear estos santos ejercicios ni siquiera para nuestro consuelo, mérito o interés particular, sino solamente para su complacencia y para su pura gloria.

f. ***El fin de año***

21. Elevación a Jesús para terminar el año con él

Si queremos finalizar cada año de nuestra vida con Jesús, lo haremos como él finalizó su vida mortal. Puedes utilizar para ello la elevación siguiente:

Te adoro, te amo y glorifico, Jesús, Señor mío, en la última hora y en el último instante de tu vida mortal. Adoro lo que sucedió en ti en ese último día: tus últimos

pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos, el último uso de tus sentidos corporales y las últimas disposiciones de tu espíritu. A ellas quiero unirme, desde ahora, para el último instante de mi vida.

A la luz de la fe veo que en tu último día adoras y amas infinitamente a tu Padre. Le agradeces, en forma digna a él, las gracias que te hizo y por ti al mundo entero, durante tu permanencia temporal en la tierra. Le pides perdón por los pecados de los hombres y te ofreces a él para tomar sobre ti la penitencia de ellos.

Con gran amor piensas en mí y con inmenso deseo de atraerme a ti. Y, finalmente, sacrificas tu sangre y tu vida preciosa a la gloria de tu Padre y por amor nuestro.

Por todo ello te bendigo infinidad de veces. En honor y unión del amor, de la humildad y demás disposiciones santas que entonces te animaban te doy gracias inmensas por la gloria que diste a tu Padre mientras estuviste en la tierra y por los favores que me has concedido a mí y a todos los hombres, durante este año y en toda nuestra vida y por los que me habrías concedido de no haber puesto impedimento.

Te pido perdón humildemente por los ultrajes recibidos por causa mía mientras estabas en el mundo y por las ofensas que cometí contra ti en este año.

Te ofrezco en satisfacción el amor y la gloria que te han dado, mientras estabas en el mundo durante este año, tu eterno Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, tus ángeles y tus santos.

Me ofrezco también a ti para sufrir por mis pecados la penitencia que te plazca.

Adoro, Jesús, los pensamientos y designios que tuviste sobre mí en el último día de tu vida. Me doy a ti para hacer y sufrir lo que deseas de mí para que ellos se cumplan.

Te ofrezco el último día, la última hora y el último instante de mi vida y todo lo que entonces tendrá lugar en mí: mis últimos pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, el último uso de mis sentidos corporales y las últimas disposiciones de mi espíritu, para honrar el último instante de tu vida y todo lo que entonces sucedió en ti.

Haz, que yo muera en el ejercicio de tu santo amor: que mi ser y mi vida sean sacrificio y holocausto para tu gloria y que mi último suspiro sea un acto de puro amor a ti.

Esta es mi intención, mi deseo y mi esperanza, amado Jesús. Me apoyo en el exceso de tu bondad infinita. Y que sea así te lo ruego por tu inmensa misericordia.

22. La Confesión anual

No debiéramos ya pensar en nuestros pecados sino para detestarlos y humillarnos ante Dios. Es algo muy sano e importante hacer una confesión anual, es decir, acerca de los pecados más graves cometidos durante el año, por ser muy posible que en nuestras confesiones ordinarias hayamos incurrido en varias faltas, sea por no haberlas hecho con la debida preparación, o por carencia de un dolor verdadero o de cualquier otro elemento indispensable.

Además, no debemos olvidar que todo empeño y diligencia en algo tan serio como es nuestra salvación, jamás es exagerado e inútil. Bien merece esto, y mucho más, nuestra vida que ha sido creada para amar y *glorificar* al Creador por toda la eternidad.

Esta práctica de la confesión general la acostumbran muchas personas deseosas de agradar a Dios y de asegurar la salvación. Hay muchos cristianos que la hacen cada seis meses y hasta cada mes. Es bueno que la hagas, por lo menos al fin de cada año, para reparar así, en cierta manera, tus negligencias y para que te dispongas a servir y a amar a Dios con mayor fervor en el año que viene.

Si no lo haces a fin de año, hazlo en algún momento. Lo importante es que esa confesión sea verdaderamente extraordinaria por la preparación, la humildad y el dolor con que la hagas. Sobre todo, ten muy presente, en este acto, como en todos los de tu vida, la necesidad de expresarle a Dios que no quieres hacerla para consuelo y satisfacción de tu espíritu ni en tu propio interés, sino para agradar a Nuestro Señor y para darle una mayor *gloria*.

23. Manera de terminar el año con Jesús

Para terminar cada año de nuestra vida con Jesús, conviene finalizarlo como Jesús acabó su vida mortal sobre la tierra. Es necesario tomarnos algún tiempo para darle nuestros homenajes a Jesús, en la forma señalada en la siguiente Elevación:

24. Elevación a Jesús con motivo de fin de año

«Jesús, Dios mío y Señor mío, te adoro y te glorifico en el último día, en la última hora y en el último instante de tu vida mortal, y en todas las circunstancias y hechos que acompañaron el final de tu carrera en el mundo.

Así, pues, adoro tus últimos pensamientos, palabras y acciones, y los últimos sufrimientos de tu vida, adoro el último uso de tu cuerpo adorable y las últimas disposiciones de tu alma santísima, a las que desde ahora deseo unirme para el último día de mi existencia.

Divino Jesús, a la luz de la fe, veo cómo, en el último día de tu vida, adoras a tu Padre con amor infinito, y le das las gracias por todo cuanto hizo por ti, y, a través de ti, en favor de todo el mundo, durante el tiempo de tu permanencia en la tierra.

Le pides perdón por todos los pecados de la humanidad, y te ofreces generosamente a repararlos con tus sufrimientos.

Piensas en mí con amor indecible y con ansias divinas de unirme a ti. En fin, sacrificas tu vida, derramando hasta la última gota de sangre, para la gloria de tu Padre y por amor a los hombres ingratos. ¡Bendito seas por siempre, Jesús!

Buen Jesús, en honor y unión del amor, de la humildad y de las demás santas actitudes con las que hiciste todo esto, te doy infinitas gracias por toda la gloria que has dado a tu Padre, en el tiempo que pasaste en la tierra, y por todos los beneficios que nos has concedido, a mí y a todos los hombres, en este año, y en toda nuestra vida, y por los que nos hubieras otorgado si no hubiéramos puesto obstáculos a tus designios de bondad.

Te pido muy humildemente perdón por los ultrajes y por el indigno trato que tuviste que soportar, por causa mía, en este mundo, y por todas las ofensas que te he hecho en este año que hoy termina.

Te ofrezco como satisfacción todo el amor y gloria que has recibido este año de parte de todas las creaturas del universo, de los Ángeles y Santos, de tu Madre Santísima, de tu Espíritu Santo y de tu Padre Celestial.

Amabilísimo Jesús, adoro los pensamientos y los designios que has tenido sobre mí en el día último de tu vida, y me entrego a ti para hacer y soportar lo que quieras, para el cumplimiento de tus planes sobre mí, y te declaro que prefiero morir a oponerme a tu santa voluntad.

Buen Jesús, te ofrezco el último día, la última hora y el momento final de mi vida junto con mis últimos pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, el último uso de mis sentidos corporales y de las facultades de mi alma.

Haz, Señor, te lo pido, que todo esto sea consagrado para honrar tu último día de vida en la tierra, tu última hora y el instante final de tu preciosa existencia.

Haz que yo muera en el ejercicio de tu santo amor; que mi ser y toda mi vida se sacrifiquen y consuman en buscar tu gloria, y que mi último suspiro sea un acto del más puro amor a Dios. Estas son mis intenciones, estos mis anhelos y mis esperanzas, queridísimo Jesús, en tu bondad confío que así será por tu gran misericordia».

25. Elevación a la Virgen Santísima con motivo de fin de año

«Madre de Jesús, Madre de la Vida, Madre del Eterno y del Inmortal, te honro y te reverencio en el último día, en la última hora y en el último instante de tu vida. Honro con respeto tus últimos pensamientos, tus últimas palabras y acciones, y el último uso de tus sentidos y facultades, y en especial, el último acto de amor a tu Hijo Jesús.

Te bendigo y te agradezco de corazón, Virgen Sagrada, por toda la gloria que diste a Dios, durante tu vida, y por todos los bienes que nos has alcanzado de su Infinita Bondad a mí y a todos los hombres, particularmente en el año que hoy termina.

Te pido perdón, Madre de misericordia, por todas las ofensas que has sufrido en este mundo cuando viviste en él, como también por las que yo he cometido contra ti, especialmente en este año que acaba, y te ofrezco, como reparación, todo el honor que te han dado en el cielo y en la tierra.

Madre de amor, te consagro el último día, la última hora y el último instante de mi vida y todo lo que me pase en ese día, en honor del último momento, de la última hora y del día último de tu vida terrena. Úneme, si te parece, a las actitudes santas y divinas de tu Corazón en ese día.

Haz, por tus méritos y por tu intercesión, que mis últimos pensamientos, palabras, acciones y suspiros se consagren a honrar tus últimas respiraciones, palabras, acciones y pensamientos, en unión de los de tu divino Hijo.

Que yo muera en el ejercicio de su santo amor y que yo sea consumido y sacrificado por su gloria y que el último suspiro de mi vida sea un acto purísimo de amor a él.

Ángeles de Jesús, Santos y Santas de Jesús, pidan a Jesús que lleve a cabo en mí todo esto por su gran misericordia y por amor a él».

CUARTA PARTE

CÓMO VIVIR EL MES PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN

1. El primero y el último día de cada mes

Debemos tener en alta consideración el primero y el último día de cada mes. Miremos, pues, el primer día como si fuera el primero de nuestra vida y entremos en él con renovado deseo y resolución de servir y amar a Dios perfectamente y de emplear este mes en su servicio y *gloria*, considerémoslo como si fuera el último mes de nuestra vida.

Pero especialmente debemos mirar y usar el último día, como quisiéramos pasar el último día de nuestra vida.

Consagremos el primero y el último día de cada mes a la honra del primer y último día de la vida de Jesús, como se dijo antes acerca del primero y del último día de cada año, de este modo comenzaremos y terminaremos nuestros años y nuestros meses unidos a Jesús.

Para tal efecto puedes servirte, al comienzo y al fin de cada mes, de los mismos ejercicios propuestos para principiar y terminar el año.

2. El retiro mensual, un excelente medio de santificación

Además del retiro anual, es algo muy bueno elegir un día cada mes, para renovar y acrecentar en nosotros los buenos sentimientos, deseos y decisiones tomadas en el retiro anual, para reparar las faltas cometidas durante el mes, con relación al servicio y al amor de Dios, y entregarse a Dios ese día y hacer todas las acciones ordinarias con mayor atención y perfección que de costumbre y para hacer este día los ejercicios de alabanza y amor a Jesús con más cuidado y fervor.

Con este objetivo presento a continuación diversos ejercicios de alabanza, de *gloria* y de amor a Jesús, que pueden servir en este día de retiro unos u otros, según la gracia que Dios conceda. Para que te animes y de enciendas en alabar y en amar a Jesús, conviene que este día te tomes un tiempo para que consideres atentamente lo que te propongo en la meditación siguiente:

3. Meditación para estimularte a alabar y bendecir al Señor

1. Considera que Jesús es infinitamente digno de toda alabanza, de toda *gloria* y de toda bendición por infinidad de razones. Él merece alabanzas infinitas por todo lo que él es y por todo lo que él hace con relación a su Padre Celestial, a quien *glorifica* y ama infinita y continuamente de eternidad a eternidad, por todo lo que es en sí mismo, en su divinidad, en sus divinas perfecciones, en su persona divina, en su humanidad sagrada, en su cuerpo, en su alma, en todas las partes de su cuerpo y de su alma, cada una de ellas, aún la más pequeña, merece una alabanza infinita, en todos sus estados y misterios, en todas sus cualidades y ocupaciones, en todas sus palabras, pensamientos, acciones, y sufrimientos, en todas sus virtudes, en todo lo que hay en él, de lo cual lo más insignificante es digno de alabanza, y, aunque todos los Ángeles y Santos estuvieran toda la eternidad ocupados en alabarlo y *glorificarlo*, no podrían darle la *gloria* que merece.

Él merece una alabanza inmortal por todo lo que es y por todo lo que hace con relación a su Espíritu Santo, a su Madre Santísima, a sus Ángeles y Santos, a todos los hombres, a todos los cristianos y a todas las criaturas de la tierra y aún del infierno, porque él no merece menos alabanzas por los efectos de su justicia que por los de su misericordia, pues todo lo que está en él y es de él es igualmente santo y adorable.

Cuántos motivos y razones para bendecir y *glorificar* a este adorabilísimo y amabilísimo Jesús. Pero recuerda que debes estar más motivado a alabarlo y a amarlo por lo que es con relación a su eterno Padre, a su Espíritu Santo, que por lo que es y hace con respecto a ti y a las otras criaturas, pues el interés de Dios debe ser para nosotros infinitamente más apreciado que el nuestro.

2. Considera que estás en el mundo solamente para *glorificar* y amar a Jesús. Que para esto tienes una infinidad de obligaciones particulares en razón de todas las bendiciones que te ha dado. Esta es tu principal, más aún tu único cuidado y preocupación:

- Toda tu vida debe ser un continuo ejercicio de amor y de *glorificación* a Jesús.
- Todos tus pensamientos, palabras, acciones y afectos deben tender a esto, todo tu tiempo y todas las potencias y facultades de tu alma y de tu cuerpo debes emplearlas en esto.
- Sin embargo, en vez de amarlo y *glorificarlo*, casi no has hecho otra cosa en tu vida que ofenderlo con tus palabras, con tus pensamientos y con tus acciones y con todas las parte de tu cuerpo y de tu alma.

- Humíllate profundamente delante de él y pídele perdón, y sumérgete en un gran deseo de reparar todas estas faltas y de amarlo y *glorificarlo* perfectamente de ahora en adelante.

Revisa y haz un examen sobre tu vida, sobre tus acciones y comportamientos:

- Considera qué hay en ti, en tu cuerpo o en tu alma que está poniendo más obstáculo al amor y a la *gloria* de Jesús.
- Toma una firme decisión de combatirlo, vencerlo y destruirlo al precio que sea.
- Entrégate a Jesús y pídele que lo destruya con el poder de su gracia y de su amor divino.
- Después de esto, emplea todas las fuerzas de tu ser en alabar y *glorificar* al divino Salvador, en la manera que sigue o de cualquier otra manera que él te inspire, sea en alta voz o solamente de corazón, como meditación o elevación interior.

4. Para ayunar o hacer alguna acción de penitencia o mortificación

Buen Jesús, te ofrezco esto en honor de tu justicia divina y de tu santa pasión. Quiero hacer esta privación, esta penitencia y mortificación, por tu puro amor. Me uno al amor que tuviste al hacer tantas y tan extrañas privaciones y mortificaciones en la tierra, como también en reparación por mis pecados y para cumplir los proyectos que tienes sobre mí.

5. Ejercicio de alabanza y glorificación a Jesús

«Adorable Jesús, grande y perfecto en grado sumo y digno de toda alabanza. Ya que no estoy en este mundo sino para glorificarte, deseo vivamente valirme de todas las fuerzas de mi ser para bendecirte y alabarte.

Suplico a tu Eterno Padre, a tu Espíritu Santo, a tu excelsa Madre, a tus Ángeles y Santos y a todos los seres del cielo y de la tierra, que te bendigan junto conmigo por todo lo que eres para tu Padre, para ti mismo, para tu dignísima Madre, para tus Ángeles y Santos y para todos los hombres en general, y, en particular, para los cristianos, para mí, de modo especialísimo, y para tus creaturas de todo el universo.

Buen Jesús, te pido perdón con toda mi alma porque, en vez de alabarte y glorificarte, hasta el presente yo no he hecho otra cosa que ofenderte y ultrajarte con mis

pecados. Como satisfacción te ofrezco todas las alabanzas que desde toda la eternidad por siempre jamás se te han dado y se te darán perpetuamente, en la tierra y en el cielo.

¡Querido Jesús mío, me entrego totalmente a ti, destruye en mí cuanto se oponga a tu gloria y transfórmame totalmente en alabanza y bendición a tu Divina Majestad! Jesús mío, tú eres infinitamente digno de todo honor y de toda gloria, concédeme la gracia de que yo pueda alabarte y bendecirte dignamente.

Ojalá yo tuviera las posibilidades de amarte de todos los seres de la creación que de mil amores las aprovecharía para hacerlo. Acepta, al menos, mis homenajes personales e indignos. Que todo cuanto tengo se gaste y consuma en bendecirte y glorificarte: Bendice, alma mía, al Señor y todo mi ser su nombre ²⁷⁴.

Admirable Jesús, tú me lo exiges, te bendigo desde y por toda la eternidad: «Bendice al Señor, tu Dios, desde la eternidad y por toda la eternidad»²⁷⁵.

Con este fin, te ofrezco todas las bendiciones que eternamente te ha dado tu Padre y tu Espíritu Santo, como también las que seguirás recibiendo de ellos eternamente. Me uno a estos homenajes de infinito valor y te suplico, por tus méritos e infinita bondad, que no me apartes de tan noble compañía.

Gran Jesús, tú estás presente en todo lugar. Como Dios, llenas los cielos y la tierra y el mismo infierno con la majestad de tu gloria. Y, en donde quiera que estés eres infinitamente digno de toda gloria y de todo amor. Y en verdad en los cielos, en la tierra y en los infiernos infinitamente te aman tu Padre y tu Espíritu Santo ya que por todas partes te acompañan para amarte y glorificarte como lo mereces. De suerte que el cielo, la tierra y el mismo infierno están llenos de tu amor, de tu gloria y de tu alabanza, según las palabras de Isaías: «Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria»²⁷⁶.

Querido Jesús mío, me gozo y me alegro infinitamente de verte amado y glorificado en todas partes. Me uno y te ruego, que tú mismo me unas, a este concierto de alabanzas que en los cielos, en la tierra y en los infiernos dan y te darán eternamente.

²⁷⁴ Sal 101, 1-2

²⁷⁵ 2Es 9, 5

²⁷⁶ Is 6, 3.

Además, quiero bajar en espíritu ahora al infierno, y allí, en medio de tus enemigos, a pesar de su ira y de su odio indecible contra ti, unido, al inmenso amor de tu Padre y de tu Espíritu Divino, hacia tu adorable Persona, amarte, adorarte y bendecirte con toda mi alma, Divino Señor, por todo cuanto eres en ti mismo y por todo cuanto haces, y aún por los efectos terribles de tu justicia inexorable sobre los demonios y los réprobos merecedores de venganza.

Adorable Jesús, lástima grande no tener yo las fuerzas y capacidades de amarte y de glorificarte, que tuvieron en otro tiempo estos miserables y que tan torpemente malgastaron en ofenderte, que de buena gana las hubiera empleado en tu amor, tu glorificación y tu servicio.

¡Qué lástima, Señor mío!, estos infelices sólo pueden ofenderte. Y yo no soy capaz, al menos, de alabarte con el fervor y entusiasmo con que los réprobos te ultrajan y blasfeman. Ay de mí, desdichado pecador, que no alcanzo a reparar las ofensas, y maldiciones que te dan los habitantes del infierno.

Buen Jesús, estos miserables, no obstante haber recibido de tu bondad el ser, la vida y las perfecciones naturales de que gozan para glorificarte, no piensan sino ofenderte; por eso yo debo y quiero suplir su deficiencia y hacer por ellos lo que les correspondería cumplir con tu Divina Majestad.

Siendo propiedad tuya el ser, la vida y las cualidades naturales de los demonios, Dios mío, ya que tú los creaste, también a mí me pertenecen, según lo que asegura el Apóstol: «Todas las cosas son de ustedes»²⁷⁷ y, además, al entregarte a mí, por lo mismo me diste todo lo que tienes.

Yo puedo y debo emplear el ser, la vida y las perfecciones naturales de los demonios y de los condenados para tu glorificación, puesto que esos pérfidos e ingratos se niegan a hacerlo. Por lo tanto, te ofrezco y consagro, Jesús mío, todas estas cosas como propias, y, al hacerte homenaje de ellas, te suplico, destruyéndolos a tus pies y sacrificándolas enteramente y para siempre ante tu Majestad infinita, que las aceptes favorablemente como hostia de expiación y alabanza que de todo corazón te inmolo, para que, en tal forma, y a pesar de que esos desgraciados no lo quieran, seas eternamente glorificado en ellos.

Quiero, todavía más, bajar en espíritu al infierno y colocarme en el lugar que tú conoces, Dios mío, justamente merecido por mis pecados, y que, en realidad me

²⁷⁷ 1Co 3, 22.

hubiera correspondido ocupar, si tu infinita misericordia no se hubiera dignado librarme de semejante desgracia. Una vez allí, quiero adorarte y amarte, mi Juez Soberano, en todos los efectos de tu justicia sobre mí durante toda la eternidad, si tu misericordia no hubiera tenido compasión de mi miseria.

Benignísimo Jesús, tengo una fe firme en que tu bondad infinita me ha de conceder la gracia inapreciable de estar en el número de los que te bendecirán eternamente. Pero si yo fuera tan desgraciado como para resistir a los designios de tu bondad y hacerme por mis culpas víctima de tu justicia, yo querría desde ahora, gran Dios, hacer con gusto y por amor, lo que debería hacer entonces, sin llegar a hacerlo, y amar y bendecir con toda mi alma y con todas mis fuerzas tu juicio más que justo y los efectos eternos de tu sentencia sobre mi persona, diciendo con el real Profeta: «Justo eres, Señor, y recto tu juicio»²⁷⁸.

Pero, a pesar de todo, amado Jesús mío, espero firmemente que tu infinita misericordia me libraré de semejante desgracia. Porque, Señor, «Los muertos no te alaban, ni los que bajan a la fosa»²⁷⁹. Por eso te digo una y mil veces: «Quema aquí, corta aquí para que me perdones en la eternidad»²⁸⁰. Quémame, desgárrame y hazme pedazos y hazme sufrir mil infiernos en este mundo, con tal que me perdones en la eternidad, destinándome al número de los que hayan de alabarte y amarte por siglos infinitos.

Después de haberte amado y adorado en el infierno, amabilísimo Jesús, deseo igualmente pasar al Purgatorio para darte los homenajes que tu justicia merece por todo lo que allí hace en las benditas almas de la Iglesia, que se purifica, y por los efectos de esa misma Justicia, que casi seguramente harás sobre mi persona después de mi muerte y también para unirme a todo el amor y gloria que, en dicho lugar, se te da y se te ha de dar hasta el fin de los tiempos.

Del Purgatorio paso a este mundo visible en el que veo tres estados de cosas diferentes, en los que también deseo bendecirte y glorificarte, Jesús, Soberano Señor del universo.

²⁷⁸ Sal 118 (117), 137.

²⁷⁹ Sal 113, 17.

²⁸⁰ San Agustín.

El primer estado es el de los seres irracionales e inanimados de los que los Sagrados Libros dicen que, no sólo te glorifican y te alaban continuamente según su naturaleza y según toda la extensión de su misma esencia, sino que de por sí constituyen el mayor testimonio de tu gloria, magnificencia y poderío: «La obra de la creación es toda una confesión de grandeza y magnificencia divinas»²⁸¹. Cómo me alegra verte glorificado así sin cesar, Creador mío, por todas tus creaturas, dignos exponentes de tu gloria: «La obra del Señor resplandece con su gloria»²⁸².

Qué culpable y avergonzado me siento al ver que las creaturas insensibles me dan ejemplo en la forma como debo cumplir con el sagrado deber de glorificarte y bendecirte.

Señor, permíteme que me una a todas las bendiciones y homenajes que te dan todas las creaturas del universo. Queridas creaturas carísimas de Dios, bendíganlo, alábenlo y glorifiquenlo por los siglos infinitos: «Obras del Señor, bendigan al Señor, alábenlo y glorifiquenlo por los siglos»²⁸³. Adorable Creador mío, permite que de aquí en adelante siga yo viviendo en este mundo sólo para bendecirte con todas tus creaturas.

Otro estado del mundo es el de los malos, es decir, el que forman los que te desconocen y no te aman, Jesús mío, y que, por consiguiente han empezado desde la tierra a hacer lo que los réprobos hacen en el infierno, esto es, a ultrajarte y ofenderte sin descanso.

Quiero, Señor, suplir, con la ayuda de tu gracia, este desorden. Quiero amarte y bendecirte en lugar de ellos, por todos los favores que les has hecho, por los dones y beneficios que reciben con indiferencia e ingratitud y yo, como algo personal, te agradezco y sacrifico a tu gloria junto con el ser, la vida y las perfecciones naturales con que dotaste a todos esos ingratos, que por ignorancia o perversidad ni te aman ni te adoran.

El tercer estado que noto, en el mundo que me rodea, es el de los buenos, y que comprende gran número de personas santas, que viven en la tierra, en medio de las tentaciones y peligros mundanales o en el amable retiro de la vida religiosa, ocupadas sin cesar en alabarte y servirte con acendrado amor y celo incomparable,

²⁸¹ Sal 110 (109), 3.

²⁸² Ecl 42, 16.

²⁸³ Dn 3, 57.

sin que transcurra una hora ni un segundo siquiera, ni de día ni de noche, en que no recibas de su parte grandes homenajes de amor y bendición; por eso me regocijo inmensamente y deseo asociarme a ese concierto de alabanzas que de todo el mundo y en todo momento se eleva poderoso y consolador, Dios mío, en honor de tu Majestad infinita.

De la tierra me traslado al cielo en donde contemplo a tu Eterno Padre, a tu Espíritu Santo, a tu santísima Madre con tantos millones de Serafines, de Querubines, de Tronos, de Dominaciones, de Virtudes, de Potestades, de Principados, de Arcángeles y de Ángeles y que en unión de los innumerables Patriarcas, Apóstoles, Mártires, Pontífices, Sacerdotes, Confesores, Vírgenes, Viudas e Inocentes y mil y mil santos más de toda clase o condición, que se ocupan única y exclusivamente en amarte y glorificarte perpetuamente con todas sus fuerzas y con todo su corazón.

Jesús mío, cómo me alegra verte tan amado y glorificado. Te ofrezco toda esta gloria y todas estas alabanzas. Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, Ángeles de Jesús, Santos y Santas de Jesús, únanme, les suplico, a todas las bendiciones que le dan a mi Señor, y háganme participar del amor, consagración, pureza y santidad con que alaban sin cansarse a la Divina Majestad de mi Jesús, a fin de que yo, desde esta tierra, comience a hacer lo que espero y anhelo hacer eternamente en el cielo junto con todos ustedes.

Divino Jesús, me alegro infinitamente de tu grandeza y perfecciones incomparables y de que seas tan digno de honor y gloria. Todas las creaturas del cielo y de la tierra son incapaces de glorificarte en forma debida, ya que tus méritos y magnificencia soberana sobrepasan las posibilidades limitadas de la creación entera para darte el debido homenaje de su admiración, según lo expresó el Profeta Rey diciendo: «Su alabanza supera los cielos y la tierra»²⁸⁴.

Tan sólo tu Padre y tu Espíritu divino te dan el merecido testimonio de tu grandeza infinita, por tanto el que te dan todas las creaturas es necesariamente deficiente, y limitado a su capacidad de seres finitos e imperfectos.

Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, ¿qué podré yo hacer por ustedes? Y ¿qué podré darles a cambio de la gloria que ustedes dan a mi amado dueño y Señor? Ciertamente, si por un imposible yo no hubiera recibido ni hubiera ya de recibir de ustedes favor alguno, yo quisiera, con todo, eternamente servirlos y amarlos sólo

²⁸⁴ Sal 148, 14

por ese amor y gloria que le dan a mi Jesús, a quien amo más que a mí mismo, y que es, al fin y al cabo, mi única razón de existir.

Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, les suplico con todo el corazón, por el inmenso amor que le tienen a mi Salvador, y por el celo ardentísimo de su gloria que le tienen, que reparen todas mis faltas y deficiencias en alabarlo, y le den, en mi nombre y por centuplicado, toda la gloria que yo hubiera debido darle en mi vida entera.

Buen Jesús, me entrego a ti para alabarte según tu voluntad; haz que, de ahora en adelante, mi vida toda sea un perpetuo sacrificio de adoración, de bendición y de alabanza en tu honor. Bendícete y glorifícate tú mismo por mí: «Que todas las virtudes del Señor bendigan al Señor²⁸⁵ es decir, que todas las fuerzas y poderes de tu divinidad y de tu humanidad, Señor, se dediquen a bendecirte, exaltarte y glorificarte sin cesar en mi nombre y por siglos infinitos» .Amén.

6. El rosario del Padre Eterno de Jesús

En el día de retiro mensual, para dedicarte más particularmente a amar y *glorificar* a Jesús, puedes recitar el rosario en honor del Padre Eterno de Jesús, para que te dirijas al Padre y le supliques que alabe y *glorifique* a su Hijo en nosotros y por medio de nosotros.

Este rosario se compone de treinta y cuatro granitos o cuentas, en honor de los treinta y cuatro años de la vida de Jesús en la tierra. Al principio, di por tres veces estas palabras:

¡Ven, Padre de Jesús!

para que él destruya en tu corazón lo que se opone a su *gloria* y a la de su Divino Hijo, y lo *glorifique* en nosotros según su beneplácito.

En cada cuenta, se dice:

«Padre, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique» (Jn 17,1).

²⁸⁵ Dn 3, 61.

Esta es la oración que el Hijo de Dios elevó a su Padre eterno la víspera de su muerte, y, constituye, por consiguiente la oración más agradable, por su contenido y su significado, que podamos hacerle también nosotros. Al pronunciarla recuerda que esta oración brotó de los labios y del mismo Corazón de Jesús.

- Únete a la humildad, a la pureza, al amor y a todas las otras disposiciones santas y a las intenciones perfectas con que Jesús la recitó.
- Pídele al Padre eterno que *glorifique* a su Hijo Jesús en el mundo, que destruya en ti y en todas las personas, los obstáculos y los impedimentos a su *gloria*, y que ponga, en su lugar, las virtudes y las gracias necesarias para que el reinado de Jesús llegue a los corazones.
- Pide también al Padre celestial que use todo su poder y la eficacia de del amor a su Divino Hijo para alabarlo en todas las formas imaginables.

En las cuentas grandes, correspondientes a los «Glorias», dirás:

«Gloria a ti, Jesús, Señor mío, que naciste de la Virgen; gloria al Padre y gloria al Espíritu Divino, por siglos de los siglos. Amén»

Al decir esta oración, procura ofrecer a Jesús toda la *gloria* que le ha sido dada se le da y se le dará en el cielo y en la tierra, en todo tiempo y lugar.

7. Ejercicio del amor divino a Jesús

Entre los deberes y ejercicios de un verdadero cristiano, el más noble y santo, el que Dios pide ante todo de nosotros, es el ejercicio del divino amor. Por eso al hacer tus ejercicios de piedad y demás acciones, debes declarar a nuestro Señor que no quieres realizarlos por temor al infierno, ni por los premios del paraíso, ni para hacer méritos, ni buscando tu satisfacción y consuelo, sino para agradecerle a él únicamente por su *gloria* y su puro amor.

Y como a menudo debes ejercitarte en las consideraciones y actos de ese divino amor, te propongo aquí treinta y cuatro ejercicios en honor de los treinta y cuatro años de la vida llena de amor de Jesús en la tierra. Puedes servirte de ellos en todo tiempo, pero especialmente en el día del retiro mensual o en otro momento especialmente escogido para dedicarte con plena conciencia a esa divina ocupación. Es la más santa y digna ocupación de los ángeles y de los santos y de Dios mismo que en ella emplea los espacios infinitos de la eternidad.

1. ¡Jesús, Señor mío! Me basta saber que eres infinitamente digno de amor. ¿Para qué necesitaría más ciencia, luces y consideraciones? Para mí es suficiente saber

que Jesús es todo digno de amor y que nada hay en él que no merezca amor infinito. Que mi espíritu se contente con ese conocimiento, pero que mi corazón nunca se sacie de amar al que jamás será suficientemente amado.

2. Sé muy bien, Salvador mío, que mi mezquino e imperfecto corazón no es digno de amarte. Pero tú sí eres digno de ser amado y has creado este pobre corazón sólo para que te ame. Más aún, le ordenas, bajo pena de muerte eterna, que te ame. Pero no es necesario, Dios de mi corazón, que me lo mandes, porque eso es precisamente lo que quiero, lo que busco, y por ello suspira mi corazón. Deseo ardientemente amarte y no quiero tener otro anhelo. Lejos de mí tener otro pensamiento, otra inclinación, otro querer. Una sola cosa quiero: amar a Jesús, que es el amor y las delicias del cielo y de la tierra.

3. Ciertamente quiero amarte, Jesús, pero no sólo con todo el poder de mi voluntad, débil en demasía, sino con las infinitas fuerzas de tu voluntad divina, que es también mía, pues te has dado todo a mí. Quiero amarte también con las voluntades de todos los hombres y de los ángeles, las cuales también me pertenecen, ya que al darte tú a mí, me lo has dado todo. Quiera Dios que me convierta en deseo, en suspiro, en querer y en ansia vehemente para amarte cada día más.

4. Escucha mi súplica, tú, el deseado de mi alma: oye los suspiros de mi corazón y apiádate de mí. Bien sabes, Señor, lo que quiero pedirte, ¡pues te lo he manifestado tantas veces! Sólo te pido la perfección en tu santo amor. Ya nada quiero sino amarte y crecer siempre en ese deseo que tú me has dado de amarte: pero que sea tan férvido y poderoso que en adelante viva languideciendo por el deseo de tu amor.

5. Enciende en mí, Jesús amabilísimo, tan ardiente sed y hambre tan extrema de tu santo amor, que considere un martirio permanente no amarte lo suficiente, y que nada me apesadumbre tanto en este mundo como el amarte demasiado poco.

6. *¿Quién no querría amarte, buen Jesús? ¿Quién no desearía amar cada día más una bondad tan digna de amor? Dios mío, mi vida y mi todo: nunca me cansaré de decirte que deseo amarte de la manera más perfecta y tanto lo deseo que, si fuera posible, querría para ello que mi espíritu se convirtiera en anhelo, mi alma en deseo, mi corazón en suspiro y mi vida en ansia vehemente.*

7. *Rey de mi corazón, apiádate de mi miseria. Tú sabes que quiero amarte, pero estás viendo cuántas cosas en mí se oponen a tu amor. La multitud de mis pecados, mi propia voluntad, mi amor propio, mi orgullo y demás vicios e imperfecciones me impiden amarte perfectamente. ¡Detesto todas esas cosas que obstaculizan mi deseo de amarte! Estoy listo para hacerlo y sufrirlo todo para aniquilarlas. Si yo pudiera, Señor, y se me permitiera reducirme en añicos y en polvo y ceniza y aniquilarme totalmente para destruir en mí todo cuanto es contrario a tu amor, gustoso lo haría, mediante tu gracia. Pero necesito que tú intervengas, Salvador mío. Emplea el poder de tu brazo para exterminar en mí a los enemigos de tu amor.*

8. *Nada hay en ti, Jesús, que no sea todo amor, y todo amor por mí. También yo debería ser todo amor por ti. Pero nada hay en mí, como mío, en mi cuerpo y en mi espíritu que no esté en contra de tu amor. ¿Qué puedo hacer para soportarme? ¿Dónde estás tú, amor divino? ¿Dónde tu poder? ¿Dónde la fuerza de tu brazo? Si tú eres fuego devorador, ¿dónde están tus celestes llamas? ¿Por qué no me consumes, si todo lo que hay en mí es tan contrario a ti? ¿Por qué no aniquilas totalmente en mí esta vida maligna y pecadora y estableces la tuya santa y divina?*

9. *Me entrego a ti, amor irresistible, y me abandono enteramente a tu poder, ven, ven a mí y destruye cuanto te desagradó; establece plenamente tu celestial dominio. Si para ello es requisito el sufrimiento, me entrego a ti para sufrir todos los martirios y tormentos más inauditos. ¡Amor, no me exonerés! Con tal de verme libre de cuanto desagradó a mi Salvador y me impide amarte, nada me importa. Porque al fin y al cabo lo que quiero es amar a mi Jesús y amarte perfectamente, a cualquier precio y a expensas de lo que sea.*

10. ¡Dios de mi amor! Tú eres todo amable, todo amante, todo amor y todo amor por mí. Que también yo sea todo amor por ti. Que el cielo se convierta en una pura llama de amor por ti.

11. ¿Quién podrá impedirme que te ame, dulce amor mío, después de conocer tu inmensa bondad? ¿Acaso mi cuerpo? Antes lo reduciría a polvo. ¿Acaso mis pecados pasados? Los sumerjo todos en el océano de tu sangre preciosa. Toma mi cuerpo y mi alma: hazme sufrir lo que te plazca para borrarles enteramente, para que no me impidan amarte. ¿Será entonces el mundo? ¿O las criaturas? ¡Pero no! Renuncio con todas mis fuerzas a todo apego sensible a cosas creadas. Consagro mi corazón y mis afectos a Jesús, mi Creador y mi Dios.

A ti, mundo, Jesús te ha excomulgado. Él dice, en efecto, que no es del mundo, ni tampoco los suyos y que no ruega por el mundo. ¡Mundo, renuncio a ti para siempre, quiero huir de ti como de un excomulgado; quiero mirarte como a un Anticristo, enemigo de mi Señor Jesucristo; no quiero saber nada de tus elogios, ni de tus reproches, ni de tus placeres y vanidades, ni de lo que tú aprecies y prefieres. Porque todo eso es sueño como humo efímero. Quiero sentir horror por tu espíritu, tu conducta, tus sentimientos y tus máximas reprobables. Y, finalmente, quiero odiar y perseguir tu malicia como tú odias y persigues la bondad de mi Señor Jesucristo. Así que, mundo, ¡adiós! Adiós todo lo que no es Dios.

En adelante Jesús será mi mundo, mi gloria, mi tesoro, mis delicias y mi todo. No quiero ver nada sino a Jesús. Ciérrense a lo demás, ojos míos, porque sólo él merece tus miradas. No me importa agrandar sino a Jesús y no quiero corazón ni afecto sino para él. Quiero alegrarme en su amor y en el cumplimiento de su voluntad; no quiero sentir tristeza sino de lo que a él le ofende y de lo que se opone a su divino amor.

¡Amor, amor! O amar o morir, o, más bien, morir y amar. Morir a todo lo que no es Jesús, amar únicamente, por encima de todo, al mismo Jesús.

12. Tú, soberano de mis amores, me has colocado en el mundo sólo para que te ame. ¡Qué noble, santo y excelso es el fin para el que fui creado! ¡Qué gracia y qué dignidad la tuya, pobre corazón mío! pues te crearon para el mismo fin que tiene el Dios que te ha creado, para ocuparte en su mismo ejercicio divino. Porque el gran

Dios sólo existe para contemplarse y amarse a sí mismo, y tú has sido hecho sólo para amar a ese Dios y para ocuparte eternamente en bendecirlo y amarlo. Sea por siempre bendito y amado el Rey de los corazones que me ha dado un corazón capaz de amarlo. Dios de mi corazón: si me has creado sólo para amarte haz que yo sólo viva para amarte y para crecer cada día en tu amor. O amar o morir. Que no tenga vida, Dios mío sino para amarte. Prefiero sufrir mil muertes a perder tu amor.

13. Sé tú, divino amor, la vida de mi vida, el alma de mi alma y el corazón de mi corazón. Que ya no viva sino en ti y de ti. Que no subsista sino por ti. Que ya no tenga pensamiento, ni diga palabra, ni realice acciones sino por ti y para ti.

14. Tú eres el objeto exclusivo de mi corazón, el único digno de ser anhelado. Todo, fuera de ti, es nada, que ni siquiera merece mis miradas. Sólo a ti quiero, sólo a ti busco, sólo a ti deseo amar. Tú eres mi todo, lo demás es nada para mí y nada quiero ya mirar ni amar sino en ti y para ti. O más bien, sólo quiero mirarte y amarte a ti en todas las cosas.

15. Jesús que eres el único amable, el único amante y el único a quien ama tu Padre eterno y todos los amantes celestiales, haz que yo no sólo te ame a ti soberanamente, sobre las cosas, sino que en todas ellas sólo te ame a ti, y si algo amo que sea en ti y para ti.

16. ¡Jesús, único amor de mi corazón, objeto único de todos mis amores! Sólo tú eres digno de amor en el cielo y en la tierra ¿Cuándo será que sólo te miraremos y amaremos a ti?

17. Jesús, único amor mío, sepárame enteramente de mí mismo y de todas las cosas; llévame en pos de ti, arrebatame en ti, poséeme en forma tan plena y absoluta que nada fuera de ti ocupe mi espíritu y mi corazón.

18. ¡Amabilísimo Jesús, que eres tan digno de amor y tan poco amado! El mundo no piensa en ti ni en amarte: sólo atina a ofenderte y a perseguir a quienes te aman. Que, en cambio, yo, pensando por el mundo, sólo piense en amarte. ¿Quién me diera que te amara como el mundo entero debería amarte?

19. Hijo eterno del Padre, que eres todo amable, todo amante y todo amor. Tú me has amado desde toda eternidad. De haber sido yo también eterno hubiera debido amarte también desde siempre. Pero, al menos, debí amarte desde el primer uso de mi razón, Pero, ¡ay de mí!, bien tarde he empezado a amarte y ni siquiera me atrevo a afirmar que he comenzado a amarte como debo. Tú, Dios eterno, desde los límites de tu eternidad no has dejado un instante de amarme, mientras yo no sé si he empleado un solo instante en amarte de verdad. En cambio demasiado sé que no he pasado un solo día sin ofenderte. Cuando pienso en ello me encuentro insoportable para mí mismo. Es ahora, corazón mío, cuando deberías estallar de dolor. Es ahora, ojos míos, cuando deberían deshacerse en llanto. Ojalá me cambiara en un mar de lágrimas, y lágrimas de sangre, para deplorar y lavar mis monstruosas ingratitudes hacia una bondad tan grande. Amor, amor, no más ingratitud, ni ofensa, ni pecado, ni infidelidad: nada, sino amor.

20. Jesús, amor eterno, desde toda la eternidad te aman tu Padre y tu Espíritu Santo. Por eso me regocijo infinitamente. Me asocio a ese amor. Me pierdo y me hundo en ese amor eterno de tu Padre y de tu Espíritu Santo.

21. Hermosura eterna, eterna bondad, si tuviera una eternidad de vida sobre la tierra debería consagrarla enteramente a amarte. ¿Cómo no emplear el poco de vida y de tiempo que me queda? ¡La consagro, Señor mío, a tu santo amor! Haz que yo no viva sino para amarte y para consagrar todos los instantes de mi vida a tu divino amor. O amar o morir. Pero, ante todo, haz que te ame para siempre. Suceda lo que suceda, me asocio, desde ahora, al amor que te darán por toda la eternidad. Eternidad de amor, querido Jesús mío: quema, corta, redúceme a polvo y hazme sufrir lo que te plazca en este mundo con tal de que te ame eternamente.

22. Tú, Rey de los siglos y de los tiempos, bien amado de mi alma, has adquirido, al precio de tu sangre, todos los instantes de mi tiempo y de mi vida para que los dedique a amarte. Pero, ¡pobre de mí!, he dedicado demasiado tiempo al amor de mí mismo, del mundo y de las cosas creadas; he perdido demasiado tiempo que te costó tan caro, y que debe serme tan precioso porque debo destinarlo a algo tan importante como es ocuparme en tu divino amor. Ya es tiempo, Jesús, de que me dedique, con plena conciencia, a los ejercicios de tu amor sagrado. Que ya no tenga, ni vida ni tiempo sino para amarte. Que haga de cuenta de que ya no existimos sino tú y yo en el mundo; que no tenga otra ocupación que la de pensar en ti y entenderme contigo corazón a corazón, espíritu a espíritu. Que ya nada me interese de cuanto sucede en el mundo sino la sola preocupación y el deseo de amarte. Aumenta en mí de tal manera ese deseo, hazlo tan ardiente y urgente que se me convierta en obsesión continua. Que sin cesar suspire por ti, que languidezca noche y día en pos de ti. ¿Cuándo será, Jesús, único amor de mis deseos, que me transforme en llama de amor a ti?

23. Dios mío, amor inmenso, tú llenas el cielo y la tierra y estás en todas las cosas. Por dondequiera eres todo amable y todo amor. Por dondequiera amas infinitamente a tu Padre y a tu Espíritu Santo y eres infinitamente amado por ellos. Igualmente me amas a mí con amor infinito.

Que también yo te ame en todas partes y en todas las cosas y que todas las cosas las ame en ti y para ti. Me uno y me entrego a ti y, en virtud de tu inmensidad divina, extiendo mi espíritu y mi voluntad a todos los lugares del mundo y allí con el poder y la ilimitada extensión de tu espíritu y de tu amor, te ame, te glorifique y te adore. Igualmente me asocio al amor que te tienen tu Padre y tu Espíritu Santo en todo lugar y en todas las cosas.

24. Necesitaríamos, bondad infinita, un amor infinito para amarte en forma digna de ti. Qué alegría para mi alma, qué gozo para mi corazón saber que tú, Jesús, eres tan bueno, tan perfecto y digno de amor que si todas las criaturas del cielo y de la tierra emplearan sus fuerzas durante toda la eternidad para amarte, no lo podrían lograr suficientemente. Porque sólo tú, con tu Padre y tu Espíritu Santo, eres capaz de amarte dignamente.

25. Bondad infinita: si fueran míos hasta el infinito todos los corazones, y la capacidad de los hombres y de los ángeles fuera infinita, debería dedicarla a amar al que es infinitamente digno de amor, y que dedica su sabiduría, su poder, su bondad, y demás perfecciones a amarme y a realizar tantas maravillas por amor. Quiero, amado Jesús, agotar y consumir todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi corazón en amarte. Pero eso es demasiado poco: quiero juntar en mí todas las fuerzas del cielo y de la tierra, que son más porque tú me lo has dado todo, y emplearlas en amarte. Más aún, quiero dedicar a ello las potencias de tu divina humanidad, que también me pertenecen, puesto que te has dado tú mismo a mí.

26. Pero, ¿qué hago, Dios mío? No soy digno de amarte. ¡Sólo tú puedes desempeñar una función tan santa y divina! Me aniquilo, pues, ante ti, en lo más profundo de mi nada. Me doy enteramente a ti para que tú mismo me destruyas por la acción del amor poderoso, que te hizo descender hasta nuestra nada. Establécete tú en mí para que aquí me ames tú mismo con amor digno de ti y para que, en adelante te ame, ya no por mí mismo ni con las propias fuerzas de mi espíritu y de mi amor, sino por ti mismo, con el poder de tu espíritu y de tu amor.

27. Tú nos aseguras en tu santa Palabra, Jesús, que tu Padre nos ama como te ama a tí²⁸⁶ y que tú nos amas como tu Padre te ama,²⁸⁷ con el mismo corazón y el mismo amor. Luego nos ordenas que te amemos como tú amas a tu Padre y que permanezcamos en tu amor, como tú permaneces siempre en el amor de tu Padre.²⁸⁸

Pero tú, Señor, conoces mi incapacidad para amarte. Por eso te pido que me concedas lo que me ordenas y luego sí ordéname lo que quieras.²⁸⁹ Destruye en mí, mi propio corazón y mi amor propio, y pon en su lugar tu corazón y tu amor, que es el mismo de tu Padre, para que en adelante te ame como tú amas a tu Padre y como tu Padre te ama; que yo permanezca siempre en tu amor, como tú permaneces

²⁸⁶ Jn. 17, 23

²⁸⁷ Jn. 15, 9

²⁸⁸ Jn. 15, 9-10

²⁸⁹ San AGUSTÍN, Conf. 1-X c. XXXVII

siempre en el amor de tu Padre y que realice todas mis acciones por la virtud y la dirección de ese amor.

Así es, Jesús mío, cómo deseo en adelante amarte y servirte: con el amor eterno, infinito e inmenso con que tu Padre te ama y con que tú lo amas a él desde toda la eternidad. Es ese amor infinito de tu corazón y ese corazón inmenso, rebosante de amor, lo que quiero ofrecerte y de hecho te ofrezco como algo propio, como mi propio corazón y amor. Tú me lo has dado, al darte a mí junto con el Corazón amadísimo de tu santa Madre, el más amado y amante de todos los corazones que le dan adoración al tuyo; como también te ofrezco los corazones de todos los amantes del cielo y de la tierra que me pertenecen, porque tu apóstol me asegura que tu Padre, al darte a nosotros, nos ha dado todas las cosas contigo.²⁹⁰

28. Tú eres, Jesús purísimo, la pureza misma y con purísimo amor me amas. También yo quiero amarte con el amor más puro posible. Por eso quiero amarte en ti mismo, con tu propio amor. No quiero amar nada sino a ti, por ti y para agradarte. Te amo con el purísimo amor con que te amas a ti mismo. Te amo con el amor purísimo con que te aman tu Padre, tu Espíritu Santo, tu Purísima Madre, tus ángeles y tus santos. Padre de Jesús, Santo Espíritu de Jesús, amen a mi Salvador por mí y reparen mis deficiencias en amarlo. Madre de Jesús, ángeles y santos de Jesús, criaturas todas de Jesús, vengan, ayúdenme a amar a nuestro Creador. Vengan, amemos a tan amabilísimo Señor. Consumamos nuestro ser y nuestras fuerzas en amar al que nos ha creado para que lo amemos.

29. ¡Querido amigo de mi corazón y querido corazón de mis amores! Es algo que debe lamentarse con lágrimas de sangre ver qué poco te aman aún aquellos que hacen profesión de amarte. Es incomprensible, que no existiendo nada tan digno de amor como tú, nada haya en el mundo que parezca menos amado que tú. Son muchos los que aman tu paraíso y las dulzuras de tu gracia y los consuelos de tu amor, pero apenas habrá uno entre mil que te ame en forma pura por el amor de ti mismo. Jesús, mi amor purísimo, sólo te busco a ti, sólo te deseo a ti, sólo quiero amarte a ti. Y quiero amarte no por mi interés y deleite personal, ni porque sea placentero y

²⁹⁰ Rm. 8, 32

consolador amarte, sino porque mereces infinitamente que te amemos por el amor de ti mismo.

30. ¿Cuándo te amaré, Jesús, con amor tan puro que pueda decir con verdad: Mi Jesús es mi todo, todo lo demás nada significa para mí? Él solo me basta y nada deseo fuera de él. ¿Y no lo quiero para mí sino para él mismo? No, no pretendo las alegrías del paraíso, ni los consuelos del amor celestial: sólo busco y amo al Señor del paraíso, al Dios de los consuelos. Y si, por imposible, jamás me diera consuelo alguno o recompensa, siempre querría amarlo porque es inmensamente digno de ser amado por el amor de sí mismo. No quiero otra recompensa que poder amarlo y no quiero amarlo sino para amarlo.

Imprime, buen Jesús, estos sentimientos y disposiciones en mi corazón y en el de todos los hombres, en especial en el de aquellos por quienes tú sabes que debo y quiero rogarte de manera especial. Te ofrezco, Rey de los corazones, todos esos pobres corazones que creaste para que te amen y que no quieren palpitar sino de amor por ti. Aniquila en ellos cuanto se opone a tu santa dilección, llénalos de tu divino amor. Tú, el Salvador, atráelos y arrebátalos a ti, únelos al tuyo y haz que merezca escuchar aquéllas palabras: Viva su corazón para siempre,²⁹¹ es decir, que vivan de la vida del amor divino, para amar por siempre, al Dios de amor y vida. Qué dichosos son los corazones que por toda la eternidad no harán nada distinto que adorar, alabar y amar al adorabilísimo Corazón de Jesús. Bendito sea el que ha creado esos corazones privilegiados para que lo glorifiquen y amen eternamente.

31. Tú, Dios de mi vida y de mi corazón, estás siempre en continuo ejercicio de amor hacia mí. Empleas todo lo tuyo y tus criaturas del cielo y de la tierra para demostrarme tu amor. Por eso uno de los que te aman me recuerda que el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos no cesan de decirme que ame al Señor mi Dios.²⁹² De suerte que todo cuanto escuchan mis oídos, o ven mis ojos, lo que disfrutan mis demás sentidos, lo que mi memoria, entendimiento y voluntad pueden conocer y desear, las cosas visibles o invisibles de la naturaleza, de la gracia o de la gloria, las gracias temporales y eternas que he recibido de ti, Dios mío, tus ángeles y santos, los buenos ejemplos que éstos me han dejado, las maravillas que has obrado en tu santa

²⁹¹ Sal. 22 (21), 27

²⁹² San AGUSTÍN, manuale, c. XXIV

Madre, las perfecciones de tu persona divina, los estados y misterios de tu divinidad y humanidad, tus cualidades y virtudes, tus pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos; todos tus pasos sobre la tierra, la sangre que has derramado, las llagas de tu cuerpo, en una palabra todo cuanto hay en el ser creado o increado, en tiempo y eternidad, son otras tantos labios, Jesús, por las que proclamas incesantemente tu bondad y tu amor por mí. Son lenguas por las que continuamente me afirmas que me amas y me invitas a amarte.

Con esas voces me dices perpetuamente: Te amo, te amo, ámame porque yo te he amado primero. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Todas estas realidades son, finalmente, predicadores y voces que me gritan sin cesar: Amor, amor a Jesús, que es todo amor por ti y que emplea todo lo que es, lo que tiene y puede, lo que sabe, lo que hace y lo que de él depende, en el cielo y en la tierra, para demostrarte el amor que te profesa, para ganar tu corazón y obligarte a amarlo. Qué grande es Señor, tu voluntad, qué admirable tu amor por mí.

Tú me amas, me deseas, me buscas, con tanto ardor como si sacaras provecho de mí, como si de verdad yo fuera algo y necesitaras de mí. Tanto deseas adueñarte de mí y temes tanto perderme como si poseyeras o perdieras un gran tesoro. Buscas mi amistad con tal insistencia como si de ella dependiera tu felicidad.

Y si en verdad, tu felicidad y tu gloria dependieran de ello ¿qué más podrías hacer de lo que haces? ¡Bondad, bondad, me pierdo en tus profundidades! ¿Es posible que piensen tan poco en ti, que te amen tan escasamente y te ofendan tanto? Qué duro eres, corazón humano, cuando no te ablandan tantas voces poderosas y amorosas. ¡Qué helado estás si no te encienden tantos fuegos y llamas sagradas! ¿Qué haré, Salvador mío? ¿Cómo puedo resistir tan violentos atractivos de tu bondad infinita? ¿Qué deseas, Señor, qué esperas de mí, sino que te responda con el Príncipe de los apóstoles: Te amo, te amo, te amo²⁹³?

En cambio, hasta ahora he contestado, como tus crueles perseguidores, con la voz de mis pecados: Fuera, fuera, crucifícalo.²⁹⁴ Porque mis pecados, mis ingratitudes, mis inclinaciones perversas, mi amor propio, mi propia voluntad, mi orgullo y demás vicios, mis malos pensamientos, palabras y obras, el mal uso de mis sentidos corporales y espirituales, y de las cosas que están en mí como mías, gritan contra ti como tus perseguidores: Fuera, fuera, crucifícalo. Hombre pérfido y detestable, ¿esa es tu manera de amar al que es todo amor por ti? ¿Es esa tu respuesta a quien

²⁹³ Jn, 21, 15

²⁹⁴ Jn, 19, 15

te invita tan suave y poderosamente a que lo ames? ¿Es esa la manera de agradecer a tan inmensa bondad los bienes recibidos?

Perdón, Señor mío, perdón, te lo ruego. Que tus bondades y misericordias te pidan perdón por mí. Que tu santa Madre, tus ángeles y santos se postren ante ti y me alcancen el perdón de tu clemencia.

Acepta, te lo ruego, Salvador misericordioso, por tu inmensa misericordia, los propósitos que te hago para el porvenir. Puesto que estás siempre en ejercicio de amor por mí y dedicas lo que está en ti y fuera de él para amarme, yo también quiero vivir en constante ejercicio de amor a ti. Y aunque, por imposible, no tuviera obligación alguna de amarte, quiero amarte con todo mi corazón y en todas las formas posibles.

Quiero, por tanto, que todos mis pensamientos, palabras y obras, el uso de mis sentidos corporales y espirituales, mis respiraciones y los latidos de mi corazón, los instantes todos de mi vida, todo cuanto hay en mí, y hasta mis pecados, si es posible, por el poder de tu sabiduría y de tu bondad que conducen todas las cosas al bien de los que te aman, sean otras tantas voces que te vayan diciendo con todo el amor del cielo y de la tierra: Te amo, te amo, sí, Señor Jesús, te amo. Y si algo se encuentra en mí, en mi alma o en mi cuerpo, que diga lo contrario, quiero que sea reducido a polvo y arrojado al viento.

32. Deseo también que todas las cosas del cielo y de la tierra, en la naturaleza, la gracia y la gloria sean voces que te digan de parte mía, en forma continua y para siempre: te amo, te amo, Señor Jesús.

33. Deseo además, Jesús, que las potencias y perfecciones de tu divinidad y de tu humanidad, tus estados, misterios, cualidades, virtudes, pensamientos, palabras, obras y padecimientos, tus sagradas llagas, todas las gotas de tu sangre, todos los instantes de tu eternidad, si se puede hablar así y, en general, todo cuanto hay en tu cuerpo, en tu alma y en tu divinidad, sean voces que te digan por mí eternamente:

Te amo, amantísimo Jesús, te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas y quiero amarte siempre más y más.²⁹⁵

Finalmente, Salvador mío, quiero, mediante tu gracia, que no haya nada en mi ser y en mi vida, en mi cuerpo y en mi alma, en mi tiempo y en mi eternidad, que no esté convertido en amor a ti. Y para que estos deseos míos sean eficaces, no los quiero con mi voluntad humana y natural tan débil y tan indigna de realidades tan santas y excelsas, sino con tu voluntad divina, Jesús, que es todopoderosa y que me pertenece porque eres todo mío.

Si yo tuviera, Señor mío, tanto poder como querer, haría que todos mis deseos se cumplieran plenamente por tu gloria y por tu amor. Pero a mí me corresponde desear, y a ti llevarlo a cabo, ya que todo lo puedes y quieres y atiendes los deseos de quienes te honran. Te pido, pues, Jesús que se cumplan estos deseos míos, por todo lo que tú eres, por tus bondades y misericordias, por todo lo que amas y por todos los que te aman en el cielo y en la tierra. Todo por tu purísimo amor y agrado. Y ya que fundamento mis deseos en el poder de tu voluntad, que es mía, tengo la firme confianza de que, por tu infinita bondad, se cumplirán en la forma que tu sabiduría eterna juzgará más conveniente a la gloria de tu divina grandeza.

34. ¿Cuándo será, buen Jesús, que ya no habrá nada en mí que me impida amarte? Pero eso sólo ocurrirá en el cielo. ¡Cielo, qué deseable eres! Sólo en ti se ama a Jesús perfectamente. Sólo en ti el amor de Jesús reina en plenitud. Sólo en ti todos los corazones se hallan transformados en ese divino amor.

¡Qué insoportables son para mí la tierra, el mundo y este cuerpo, prisión oscura de mi alma! Desdichado de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¿Tendré acaso que permanecer todavía largo tiempo en este destierro, en esta tierra extranjera, en este lugar de pecado y maldición? ¡Venga pronto ese día, esa hora, ese instante tantas veces deseado en que comenzaré a amar perfectamente a mi amabilísimo Salvador!

Jesús mío, amado Jesús mío, amadísimo Jesús: ¿Será que no podré amarte nunca como lo deseo? Dios de las misericordias, ¿no tendrás compasión de mi dolor? ¿No escucharás mis suspiros? ¿No darás oído a mis clamores? ¡Ay, Señor!, mi grito te

²⁹⁵ Jn. 21, 15; AGUSTÍN, manual, c. X. Cfr. Rosario de Amor a Jesús.

llama a ti, mis deseos van hacia ti, en pos de ti suspiro. Y tú sabes que nada quiero en el cielo y en la tierra, en la vida y en la muerte, sino tu puro amor.

Madre de Jesús, ángeles de Jesús, santos y santas de Jesús, criaturas todas de Jesús, tengan compasión de mis sufrimientos. Hablen en favor mío al amado de mi alma. Díganle que languidezco de amor por él. Díganle que nada quiero en tiempo y eternidad sino su puro amor; no quiero el cielo y su gloria, ni las grandezas del paraíso, ni las dulzuras de la gracia, sino su purísimo amor. Díganle que ya no puedo vivir sin ese puro amor. Díganle que se apresure a realizar los designios y la obra de su gracia, a consumirme totalmente en su divino amor, para trasladarme pronto al reino eterno de su amor.

Amén, ven, Señor Jesús.²⁹⁶ ¡Ven, vida mía y luz mía, ven, amor mío, ven, mi todo, ven a mí para destruir lo que es contrario a tu amor! Ven para atraerme a ti y para instalarme pronto en ese lugar de amor, donde reina el verdadero y perfecto amor, donde todo es amor, donde sólo hay puro amor, amor continuo, invariable y eterno. Sí, Jesús, sí Jesús, único amor de mi corazón.

8. Actos de amor a Jesús en las entrañas de María

Jesús, amor mío, te veo cautivo en las entrañas purísimas de tu santa Madre, pero más prisionero aún en los sagrados lazos de tu divino amor. Que yo te ame con el mismo amor que te redujo a este estado, y que me captive, en compañía tuya, ese divino amor. ¡Amor que cautivas a Jesús en María y a María en Jesús! Cautiva mi corazón, mi espíritu, mis pensamientos, deseos y afectos en Jesús y establece a Jesús en mí para que yo me llene de él, y que él viva y reine en mí perfectamente.

Jesús, te amo con el amor con que te han amado, durante los nueve meses de tu cautividad, el Padre eterno, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, san José, san Gabriel y los ángeles y santos que participaron en ese misterio de amor. ¡Qué abismo de amor! Al contemplarte en las sagradas entrañas de tu santa Madre, te veo como perdido y sumergido en el océano de tu divino amor. Haz que yo también me pierda y me hunda contigo en el mismo amor.

9. Actos de amor al Niño Dios

Tú, Jesús, eres todo amor en todos los momentos, estados y misterios de tu vida. Pero sobre todo eres sólo amor y dulzura en el instante de tu nacimiento y en el

²⁹⁶ Ap. 22, 20

estado de tu santa infancia. Que yo te ame, en ese momento y en ese estado. Que el cielo y la tierra te amen conmigo y que el mundo entero se transforme en amor a su Creador y su Dios, que se ha convertido en dulzura y en amor hacia el mundo.

Amabilísimo niño, tú naces por amor, en amor y para amar. Y amas más a tu Padre eterno, en el instante de tu nacimiento, que todos los ángeles y los hombres juntos podrían amarlo por toda la eternidad. Y también tu Padre te ama más en este mundo que a todos los hombres y ángeles juntos.

Te ofrezco, Jesús, el amor con que te amaron en tu nacimiento tu Padre, tu Espíritu Santo, tu santa Madre, san José, san Gabriel y los ángeles y santos que participaron de manera especial en ese amabilísimo Misterio. Amor de Jesús: tú triunfas en todos los estados y misterios de Jesús, pero especialmente en el estado de su infancia y en el misterio de su cruz. En ambos misterios haces triunfar su omnipotencia en la impotencia, su plenitud en la pobreza, su soberanía en la dependencia, su sabiduría eterna en la infancia, su gozo y felicidad en los sufrimientos y su vida en la muerte. Te pido que triunfes sobre mí, quiero decir, sobre mi amor propio, mi propia voluntad y sobre mis pasiones. Colócame en estado de impotencia, de indigencia, de dependencia, de infancia santa y divina y de muerte al mundo y a mí mismo, que adore y glorifique la dependencia, la infancia y la muerte a la que has reducido a mi Jesús en el misterio de su nacimiento y de su cruz.

Estos actos de amor sobre el nacimiento y la infancia de Jesús bastan para inspirarte otros semejantes sobre los demás estados y misterios.

10. Acto de amor a Jesús crucificado

Te presento diez actos de amor a Jesús crucificado que puedes realizar todos los días, preferiblemente en las horas de la noche, después del examen de conciencia para que te conceda terminar tu día y tu vida en un ejercicio de santo amor.

1. Besa el pie de la cruz y di en tu corazón:

“Jesús, en honor y unión del mismo amor con el que tú besaste, abrasaste y amaste la cruz que te presentaron el día de tu santa pasión y que se te presentó en el momento de la Encarnación, yo amo y abrazo con todo mi corazón, todas las cruces del cuerpo o del espíritu que tú decidas enviarme durante mi vida y las uno a las tuyas y te pido que me hagas participar del gran amor con que tú las llevaste”.

2. Besa la llaga de los pies santos de Jesús y dile:

“Jesús, yo deseo, si te parece bien, besar tus santos pies, con el mismo amor con que santa María Magdalena los besó en la casa del fariseo, cuando ella mereció escuchar estas palabras de tus sagrados labios: tus pecados te son perdonados”.

3. Besa una vez más los pies de Jesús y dile:

“Jesús, deseo besar tus pies sagrados con todo el amor que todas las personas buenas que están en la tierra y te ofrezco todo este amor en satisfacción de las faltas de amor que yo haya cometido durante toda mi vida”.

4. Besa la llaga de la mano izquierda y dile:

“Jesús, quiero besar, si te parece, esta sagrada llaga en unión de todo el amor que el Arcángel san Gabriel, tus serafines y todos tus ángeles, y especialmente mi Ángel de la Guarda te dan. Y te ofrezco todo este amor en satisfacción de las faltas de amor hacia ti que he cometido durante toda mi vida”.

5. Besa la llaga de la mano derecha, con esta elevación de corazón a Jesús:

“Jesús, yo quiero besar esta santa llaga en unión de todo el amor que todos los santos y santas del cielo te dan, y te ofrezco todo este amor en satisfacción de los pecados cometidos contra tu santo amor”.

6. Contempla la llaga sagrada del costado de Jesús en unión del amor de la santísima Virgen y considérate indigno de besar esta santa llaga. Pídele a la santísima Virgen que ella la bese por ti, de esta manera:

“Madre de Jesús, besa, por favor, en nombre mío, la llaga sagrada del costado de tu Hijo, y, por este santo beso, dale centuplicado todo el amor que yo le hubiera debido dar en toda mi vida”.

En lugar de besar la llaga del costado, besa las de los pies y dile:

“Jesús, yo deseo, si te parece, besar tus santos pies en unión de todo el amor que tu santa Madre te tiene y te ofrezco todo este amor en reparación de las faltas a tu amor que yo haya cometido”.

7. Contempla las santas llagas de la cabeza de Jesús, coronada de espinas y considérate muy indigno de besarlas. Dirígete al Padre Eterno y dile así:

“Padre de Jesús, da, si te parece, un beso santo a tu amado Hijo, y con este beso dale mil veces el céntuplo de todo el amor que yo le hubiera debido dar durante toda mi vida”.

En lugar de besar las llagas de la cabeza de Jesús, besa sin más las de sus pies de esta manera:

“Jesús, que yo bese tus santos pies con todo el amor que tu Padre Eterno te tiene en cuanto me es posible, y te ofrezco todo este amor en satisfacción de las faltas a tu amor que yo haya cometido”.

8. Besa también los pies santos de Jesús, en unión del amor del Espíritu Santo de esta manera:

“Jesús, que yo bese tus pies santos en unión de todo el amor que tu Espíritu Santo te tiene, y te ofrezco este santo amor en satisfacción de las faltas contra tu divino amor que yo haya cometido”.

9. Besa una vez más los pies sagrados en unión del amor que Jesús se tiene a sí mismo y dile en tu corazón y con tus labios si quieres:

“Jesús, que yo bese tus pies sagrados con todo el amor en tanto que yo lo pueda hacer, que tú te tienes a ti mismo, y te ofrezco todo este amor en satisfacción de mis faltas, y te suplico que te des a ti mismo, mil veces centuplicadas todo el amor que yo te hubiera debido dar desde que estoy en el mundo”.

10. En fin, besa una vez más estos divinos pies con todo el amor sagrado del cielo y de la tierra, de esta manera:

“Jesús, que yo bese una vez más tus pies divinos con todo el amor que se te ha dado, se te da y se te dará desde toda la eternidad y por toda la eternidad, en el cielo y en la tierra, y que yo pueda tener por las divinas y santas personas que te aman. Te ofrezco este amor en satisfacción de todos mis pecados e infidelidades y de todas las faltas contra tu amor que yo haya cometido durante mi vida”.

Recuerda, por favor, que al hacer estos actos de amor, no es necesario, si no quieres, ni pronunciar en voz alta las palabras, ni siquiera tener en el espíritu los pensamientos que se indican aquí. Es suficiente besar el crucifijo tantas veces, como se ha dicho, con las intenciones indicadas. De esta manera, cada uno de estos actos se puede hacer en un momento. Sin embargo, es bueno, al empezar,

que entregues tu espíritu a estos pensamientos e intenciones. Después, cuando uno ya ha practicado este ejercicio durante cierto tiempo, se hará fácilmente y en muy poco tiempo.

Se pueden también hacer estos diez actos sin crucifijo, diciendo diez veces esta santa palabra: “Jesús”, poniendo la voluntad en las intenciones propuestas.

11. Rosario del amor a Jesús

Este rosario está compuesto de treinta y cuatro cuentas o granitos en honor de los treinta y cuatro años de la vida de Nuestro Señor en la tierra, caracterizada por un amor ardentísimo a nosotros y a la gloria de su Padre y de su Espíritu Divino.

Para iniciar el rosario dirás:

«Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor».

Con estas palabras invocas y atraes sobre ti el amor santo de Jesús, que es su Espíritu Santo, y puedes entregarte a él para que destruya en ti cuanto se opone a su acción en tu corazón, y para que repares las imperfecciones de tu amor a Jesús.

En cada grano pequeño, repite las palabras, tomadas en parte del Evangelio y en parte de San Agustín, a imitación de San Pedro, que dijo tres veces a Nuestro Señor después de su Resurrección, y como respuesta a su pregunta de si lo amaba de verdad:

«Te amo, amantísimo Jesús, te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y quiero amarte más y más».

- Al decir el primer «te amo», procura decirlo con todo el amor que el Padre Celestial tiene a su Hijo.
- Al decir el segundo, haz la intención de decirlo con el mismo amor que Jesús se tiene a sí mismo.
- Al decir el tercero, hazlo con todo el amor que el Espíritu Santo le tiene a Jesús.
- Recuerda que el Padre eterno, al darnos a su Hijo, nos dio todo con él, según enseñanza de San Pablo (Rm 13, 32), y, por consiguiente, el amor del Padre,

del Hijo y del Espíritu Santo nos pertenece, y así, podemos usarlo como algo propio para amar con él a Nuestro Señor.

Cuando digas: «*con todo mi corazón*», comprende que se trata del Corazón de Jesús, de la Santísima Virgen y de los de todos los Ángeles y Santos del cielo y de la tierra, que todos reunidos forman con el de Jesús y el de María un solo y mismo corazón, por la unión existente entre todos esos corazones, y este Corazón es el nuestro, puesto que según San Pablo, todo cuanto existe nos pertenece por derecho de la entrega que el mismo Dios nos hizo: «*Todo es de ustedes*»²⁹⁷

Al decir: «*con todas mis fuerzas*», ten la intención de emplear todas las potencias de la divinidad y de la humanidad de Jesús, y todas las fuerzas de los seres del cielo, de la tierra y aún del infierno, para amar a Jesús.

Al pronunciar las últimas palabras: «*y quiero amarte más y más*», emplea no sólo toda tu voluntad para amar a Jesús, sino toda la extensión y la capacidad infinitas de amor de la divina voluntad de Cristo, que realmente te pertenece, y de la cual, puedes disponer para cumplir santa y dignamente este suave deber para con Nuestro adorado Señor.

En las cuentas gruesas del rosario, es decir, a cada decena de advocaciones, di las palabras de San Agustín:

«Fuego, que siempre ardes sin extinguirte, amor, que siempre abrasas sin jamás enfriarte, enciéndeme, inflámame enteramente para que te ame plenamente»

El momento más apropiado e indicado para recitar este pequeño rosario de amor a Jesús, es el que sigue a la Sagrada Comunión²⁹⁸, pues, tienes entonces real y verdaderamente el amor de la Santísima Trinidad con el Corazón de Jesús, con su alma y todas las potencias de su divinidad y de humanidad. En ese momento más que nunca tiene pleno derecho de amar a Jesús y de decirle con toda el alma: «*Te amo, amantísimo Jesús, te amo, bondad infinita, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y quiero amarte más y más*» Es también muy conveniente decir en esos momentos las palabras del Salmista: «*Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser su santo nombre*» (Sal 102, 1), aplicándolas a Jesús, que vive en ti, para que sea el alma de tu alma, y a la Santísima Trinidad, y a todas

²⁹⁷ 1Co 3, 22.

²⁹⁸ En la época de san Juan Eudes toda la misa se celebraba en latín y por tal razón se recomendaban oraciones durante la misa. En la actualidad es recomendable hacer esta oración delante del Santísimo.

las maravillas del cielo y de la tierra que se manifiestan en tu corazón por medio de la Sagrada Eucaristía, sacramento bendito del amor. Bendice y *glorifica* a Jesús y a las tres Divinas Personas, que en toda la plenitud y el esplendor de la Divinidad, habitan en Jesús Eucaristía, huésped de tu corazón.

12. Cada mes pídele a un santo que te ayude a amar a Jesús

La principal oración que debemos hacerle a los santos y a los ángeles y que les gusta mucho y atienden con gusto y escuchan con alegría, es pedirles que amen a Jesús por nosotros y que nos ayuden a amarlo; en esto ellos ponen toda su alegría.

Por esta razón, además de los santos a los que tenemos una devoción especial en nuestra vida, hay una práctica muy santa que consiste en tomar un santo cada mes y pedirle todos los días que él ame a nuestro Señor por nosotros, que nos ayude a amarlo y que se sirva de nosotros para amarlo y *glorificarlo*, que él supla las faltas contra su amor que cometemos durante el mes, y que nos una al amor que él le tiene y también que nos ayude a amar y a *glorificar* a nuestro Señor con este mismo espíritu, para unirnos a las alabanzas que él le da y para imitar las obras y las virtudes que él practicó para su *gloria*.

QUINTA PARTE

CÓMO VIVIR LA SEMANA PARA FORMAR A JESÚS EN MI CORAZÓN

1. Para el domingo

La vida divina de Jesús en el seno de su Padre desde toda la eternidad.

1. ¡Jesús, Señor mío y Dios mío! Te contemplo, adoro y glorifico en la vida divina que tienes desde toda eternidad, en el seno de tu Padre, antes de tu encarnación. ¡Qué vida tan santa, pura, divina, admirable, llena de gloria, de grandezas y delicias! ¡Me regocijo al contemplar esa vida tuya tan perfecta, feliz y maravillosa! ¡Bendito seas, Padre de Jesús, por haberla dado a tu Hijo! Te ofrezco, Jesús, la gloria y la alabanza que recibes de tu Padre y de tu Espíritu Santo en la eternidad de tu vida divina.

2. En esa vida tu principal ocupación es contemplar, glorificar y amar a tu Padre y entregarle a él como a tu principio, tu ser, tu vida, tus perfecciones y todo lo que serás por siempre, como algo recibido de él, que deseas emplear para glorificarlo y amarlo con un amor digno de él.

¡Bendito seas por todo ello, Jesús! Padre amabilísimo: ¡qué alegría verte tan amado y glorificado por tu Hijo! Te ofrezco el amor y la gloria que de él recibes en la eternidad de la vida divina que él lleva en tu regazo paterno antes de su encarnación.

3. Tú has empleado, buen Jesús, tu vida divina por mí. Porque, desde toda eternidad, piensas en mí, me amas y me ofreces a tu Padre, y en mí te ofreces a ti mismo para venir un día a la tierra a encarnarte, sufrir y morir por mi amor. Tú, amadísimo Jesús, me amas desde toda eternidad: yo, en cambio, no sé si he comenzado a amarte como debo. ¡Te pido perdón, Salvador mío! Que en adelante, y por toda la eternidad, yo viva para amarte.

2. Para el lunes

Sobre el primer instante de la vida temporal de Jesús.

1. Jesús, te adoro en el momento de tu encarnación, en el primer instante de tu vida temporal y pasible. Adoro los portentos que entonces tuvieron lugar en ti. ¡Cuántas grandezas se acumularon en ti y por ti en ese dichoso instante, en relación con tu Padre, con tu Espíritu Santo, con tu sagrada humanidad y con tu santa Madre! Qué maravillosos pensamientos, afectos, amor y aplicación de tu alma santa a tu Padre, en ese instante, para adorarlo, glorificarlo y sacrificarte enteramente a su gloria y al cumplimiento de sus designios.

Adoro, buen Jesús, los primeros pensamientos y actos de adoración, de oblación, de amor y de alabanza que en ese momento diste a tu Padre. Ciertamente, en ese solo instante, le diste más honor y amor que todos los ángeles y los hombres en los miles de años que antecedieron a tu encarnación y en toda la eternidad. ¡Qué alegría siento, Padre de Jesús, al verte tan amado y glorificado por tu Hijo! Seas por siempre bendito, amado y adorado, Jesús, por el honor y el amor que diste a tu Padre en el feliz momento de tu encarnación.

2. ¡Jesús! a la luz de la fe descubro que tienes entonces grandes designios y realizas maravillas en la persona en la que se cumple ese misterio. Adoro tus primeros pensamientos y actos de amor y tus primeros frutos de gracia, de luz y de santidad que realizaste en favor de tu santa Madre en el momento de tu encarnación. Hago homenaje, también, a los primeros actos de adoración, de alabanza y de amor de tan excelsa Madre por tan excelente Hijo.

Bendito seas, Jesús, Hijo de María, por las maravillas obradas en tu santa Madre, por este adorable misterio. Bendita seas, Madre de Jesús, por la gloria que en él diste a tu Hijo. Úneme, te lo ruego, al amor y honor que le diste en ese primer instante de su vida, y hazme comulgar con el amor que le tienes y con tu celo por su gloria.

3. Jesús, en el mismo instante en que, apenas encarnado, te volviste a tu Padre, también te volviste a mí. Cuando empezaste a pensar en él, a dirigirte a él y a amarlo, pensaste igualmente en mí, te diste a mí y me amaste. En el mismo instante en que comenzaste tu vida, comenzaste a vivir para mí, a prepararme gracias señaladas y a formar grandes designios sobre mí. Porque, ya desde entonces, concebiste el designio de imprimir en mí una imagen del misterio de tu encarnación y te

encarnaste, en cierta manera, dentro de mí, uniéndome a ti y uniéndote tú a mí corporal y espiritualmente, por tu gracia y por tus sacramentos, y de llenarme de ti mismo y de formarte en mí, para vivir y reinar en mí perfectamente.

Bendito seas, Jesús, por tu bondad y tu amor. ¡Que todas tus misericordias y todas tus maravillas en favor de los hijos de los hombres, te bendigan eternamente! Te pido perdón, humildemente, por haber obstaculizado tus grandes designios. No permitas que vuelva a contrariarlos. Porque, en adelante, quiero aniquilar en mí, al precio que sea, con la ayuda de tu gracia, cuanto se opone a tu voluntad.

3. Para el martes

Sobre la santa infancia de Jesús.

1. No te has contentado, admirable Jesús, con hacerte hombre por amor a los hombres: quisiste también ser niño y sujetarte a la pequeñez y debilidades de la infancia, para honrar a tu Padre en todos los estados de la vida humana y santificar los estados de nuestra propia vida. ¡Bendito seas por todo eso, Jesús! Que tus ángeles y santos te bendigan eternamente. Te ofrezco, amabilísimo niño, mi propio estado de infancia y te suplico, por la virtud de la tuya que borres las imperfecciones de mi infancia y la conviertas en eterno homenaje a tu infancia adorable.

2. En tu infancia Jesús, no estás ocioso, sino que obras maravillas. Con relación a tu Padre te ocupas incesantemente en su contemplación, adoración y amor. A tu santa Madre la estás colmando de gracias y bendiciones. Estás produciendo frutos admirables de luz y de santidad en san José, en el pequeño Juan Bautista y en los demás santos y santas que tuvieron trato contigo en tu infancia.

Te adoro, te amo y te bendigo en estas divinas ocupaciones y en los efectos maravillosos de tu santa infancia. Te ofrezco el honor y el amor que recibiste en ese estado, de parte de tu Padre, de tu Espíritu Santo, de tu santa Madre y de los ángeles y santos que pertenecen de manera especial a ese misterio.

3. Adoro en ti, amabilísimo niño, los pensamientos, los designios y el amor ardiente que tuviste por mí en tu estado de infancia, porque sin cesar pensabas en mí y me amabas. Desde entonces tenías el designio de imprimir en mí la imagen de tu divina

infancia, de colocarme en un estado que imitara y honrara la dulzura, la sencillez, la humildad, la pureza de cuerpo y de espíritu, la obediencia y la inocencia de tu infancia. Me entrego a ti, Jesús, para que se realice este designio tuyo. En adelante, para dar homenaje a tu santa infancia, me esforzaré, con la ayuda de tu gracia, por ser manso, humilde, sencillo, puro, obediente, sin amarguras y sin malicia, como un niño.

4. Para el miércoles

Sobre la vida escondida y laboriosa de Jesús.

1. Aunque tenías, Jesús, tantas e importantes cosas por decir y realizar en la tierra, como convertir muchas personas y hacerles el bien con tu ejemplo y tus predicaciones, no quisiste tratar entonces con los hombres, sino que llevaste una vida escondida y desapercibida hasta la edad de treinta años. Estabas retirado dentro de tu Padre: en él habías encerrado tu espíritu, tu corazón, tus pensamientos, deseos y afectos. Lo hiciste así para honrar tu vida escondida y eterna en el seno de tu Padre y para mostrarnos cuánto te agradan la soledad y el retiro. En efecto, de tus treinta y cuatro años de vida terrena, sólo empleaste cuatro para tratar con los hombres y dedicaste los demás al retiro y a la soledad.

Bendito seas, buen Jesús, por la gloria que diste a tu Padre durante esos años de vida escondida. Concédeme, te lo ruego, que para honrarla, ame yo en adelante, la soledad exterior e interior. Retírame y escóndeme dentro de ti: mi espíritu dentro de tu espíritu, mi corazón en tu corazón, mi vida dentro de tu vida.

Por mi parte deseo, con la ayuda de tu gracia, retirarme a todas partes para vivir en ti, con el pensamiento y el afecto, como en mi lugar de refugio, mi centro, mi elemento y mi paraíso, fuera del cual todo es infierno y perdición. Quiero permanecer siempre en ti, según tu mandamiento: Permanezcan en mí,²⁹⁹ es decir, en tu espíritu, en tu amor, en tus sentimientos e inclinaciones.

2. Tú, amabilísimo Jesús, quisiste llevar ante los ojos humanos, una vida escondida y opaca, pobre, laboriosa y sufrida, con el nombre y el oficio de carpintero. Así nos enseñas, primero con tu ejemplo, lo que más tarde nos enseñarás con tus palabras,

²⁹⁹ Jn. 15, 4

a saber, que lo grande ante los hombres es abominación ante Dios.³⁰⁰ Graba profundamente, Jesús, esta verdad en mi espíritu, infunde en mi corazón un odio superlativo a lo que es gloria, elogio, grandeza, vanidad y brillo a los ojos humanos y comunícame en cambio amor y afecto fortísimos a lo que lleva consigo humillación y pequeñez.

3. Tú eres, Jesús, Dios, como tu Padre, y un solo Dios con él. Tienes con él un solo y mismo poder y actividad. Junto con tu Padre creaste y gobiernas este inmenso universo. Con él te dedicas, desde toda eternidad a producir un Dios y Persona divina, tu Espíritu Santo y a realizar maravillas dignas de tu soberana grandeza. Sin embargo, cuando te considero en el estado de tu vida escondida, te veo sometido a las acciones y necesidades más humildes de la vida humana, como alimentarte, dormir, ganarte la vida con la fuerza de tus brazos y el sudor de tu frente. Pero consuela y asombra que eres tan admirable en las cosas pequeñas como en las grandes. Porque al realizar tus acciones más ordinarias con un amor infinito a tu Padre y a nosotros, das a tu Padre una gloria infinita. Así nos has merecido y adquirido, en virtud de tus santas acciones, gracias especiales para que hagamos santamente las nuestras.

No permitas que por dejar de hacerlas santamente hagamos tu gracia vana e inútil. Ese es mi deseo y mi propósito: concédeme llevarlo a efecto únicamente por tu gloria. Haz que, en adelante, te ofrezca todas mis acciones, aún las más triviales, en honor de las tuyas y que las realice, a ser posible, con tus mismas disposiciones e intenciones.

5. Para el jueves

Sobre la vida pública de Jesús en la tierra y en el santísimo Sacramento.

1. Tú, amabilísimo Jesús, vives y reinas y te comunicas desde toda eternidad con tu Padre y tu Espíritu Santo. ¡Qué deliciosa es para ti esa conversación! Cuánta gloria, amor y alabanzas recibes en ella de tu Padre y de tu Espíritu Santo. Sin embargo, quisiste dejar el seno de tu Padre y venir a la tierra para tratar, beber y comer familiarmente no sólo con tu santa Madre, San José y tus santos apóstoles y

³⁰⁰ Lc. 16, 15

discípulos, sino también con hombres pecadores que te han hecho víctima de sus ultrajes e indignidades. Y has querido actuar así:

-Para rendir homenaje, con el trato que tuviste con tu santa Madre y tus santos apóstoles y discípulos, a la santo y divino trato que has tenido en la eternidad con tu Padre y tu Espíritu Santo;

-Para liberarnos, mediante las molestias que recibiste en el trato con los pecadores, del castigo que merecimos con nuestros pecados, de vernos reducidos para siempre a la miserable compañía de los demonios y para hacernos dignos de vivir eternamente en la compañía de tus ángeles y santos, de tu santa Madre y de las tres eternas personas;

-Para demostrar la verdad de lo que has dicho: mis delicias son estar con los hijos de los hombres;³⁰¹

-Para adquirirnos, por los méritos de tu vida pública, la gracia de tratar santamente los unos con los otros;

-Para que tu trato santo y divino nos sirva de ejemplo de cómo debernos tratar con nuestro prójimo.

2. Por todo esto, Jesús, te adoro, te bendigo y te amo. Te adoro en el estado de tu vida pública y de trato con los hombres, desde tus treinta años hasta tu muerte. Te adoro y glorifico en lo que sucedió en ti durante ese tiempo, en tus acciones, palabras y predicaciones, en tus milagros, viajes, trabajos y fatigas, y en tus pensamientos, sentimientos, designios, afectos y disposiciones interiores. Te bendigo sin cesar por la gloria que has dado a tu Padre con todas esas cosas. Te ofrezco el amor y el honor que durante tu vida pública te dieron los santos que trataron contigo. Te ofrezco también los tratos que he tenido y tendré con mi prójimo en homenaje a las tuyas, te suplico las consagres a dar gloria a tu vida pública.

3. Adoro en tí, Jesús, las santas y divinas disposiciones e intenciones con que trataste con los hombres. ¡Con qué humildad, caridad, dulzura, paciencia, modestia, desprendimiento de las criaturas y entrega a Dios lo has hecho! Deseo, Salvador

³⁰¹ Prov. 8, 31

mío, tratar, en adelante, con mi prójimo, con tus mismas disposiciones que te ruego imprimas en mí. Te pido perdón por las faltas que contra ello he cometido.

4. No te contentas, Señor, con haber convivido y tratado con nosotros en tu vida mortal sino que, antes de regresar al cielo, el amor, siempre insatisfecho que tienes por nosotros, te hizo inventar un medio admirable que permanece siempre con nosotros y aún para morar dentro de nosotros y entregarte a nosotros con los tesoros y maravillas que tú encierras. Eso lo lograste mediante tu divina Eucaristía resumen de tus portentos y fruto cumbre de tu amor por nosotros.

¡Qué amor, qué bondad! ¿Cómo no me he convertido en amor y alabanza a ti? Perdóname, Jesús, el mal uso que he hecho de don tan excelente. Concédeme que para el futuro, aproveche mejor este divino Sacramento y que así como tú tienes tus delicias en estar conmigo, yo también encuentre mi gozo en tratar contigo, en pensar en ti, en amarte y glorificarte.

6. Para el viernes

Sobre los sufrimientos y muerte de Jesús.

1. Tú eres, Jesús, el amor y las delicias de Dios y de los ángeles, del cielo y de la tierra. Tú eres el Dios de los consuelos, la fuente de toda alegría, el gozo y la felicidad personificados.

- Pero veo que en el estado de tu vida mortal y especialmente en tu último día, eres el objeto de la ira y saña del cielo, de la tierra y del infierno, de Dios, de los hombres y de todas las criaturas.

- Veo cómo todas las cosas se confabulan contra ti y se dedican a hacerte sufrir; que eres como el blanco de todos los ultrajes y contradicciones.

- Te veo tan abrumado de dolor y tormentos en cada porción de tu cuerpo y de tu alma que pareces trocado en dolor y en sufrimiento. Por eso el Profeta le llama varón de dolores.³⁰²

³⁰² Is. 53, 10

- A ese lamentable estado, Salvador mío, te han reducido tu bondad y el exceso de tu amor.

- Te adoro, te amo y te bendigo en todos tus sufrimientos. Pero, sobre todo, contemplo y adoro en ti las santas disposiciones con que has padecido.

¡Qué sumisión la tuya a la voluntad de tu Padre! ¡Qué humillación la de tu alma santa a la vista de todos los pecados del mundo, que te echaste encima! ¡Cuánta caridad hacia nosotros, qué paciencia y mansedumbre para con tus enemigos! Siento inmensa confusión al ver a mi Jesús sufrir cosas tan inauditas con semejantes disposiciones y comprobar que soy tan sensible a las menores molestias y tan desprovisto de sus disposiciones.

Me doy a ti, buen Jesús, para sufrir contigo lo que te plazca. Te ofrezco lo que he padecido y habré de padecer en toda mi vida. Te ruego que unas mis penas y trabajos a los tuyos; que con los tuyos bendigas los míos; que te sirvas de ellos como si fueran tuyos para dar gloria a tu Padre y en honor de tu santa pasión. Hazme partícipe de tu amor, de tu humildad y demás disposiciones.

2. Tú has sufrido, amabilísimo Jesús, los tormentos de la cruz y de la muerte con tal amor a tu Padre y a nosotros que tu Espíritu Santo hablando, en las Escrituras, del día de tu pasión y de tu muerte, lo llama el día de la alegría de tu Corazón,³⁰³ para mostrar que habías puesto tu gozo en sufrir, que a imitación tuya yo también, Salvador mío, coloque mi alegría en las penas, desprecios y sufrimientos como en aquello con que puedo darte más gloria y amor. Infunde estas disposiciones en mi alma y graba en mi corazón un odio profundo a los placeres de la tierra y un afecto particular a los trabajos y sufrimientos.

3. Te contemplo y adoro, Jesús en tu agonía y muerte en la cruz. Adoro cuanto tuvo lugar en ti en el último instante de tu vida: tus últimos pensamientos, palabras, acciones, sufrimientos; el último uso de los sentidos de tu cuerpo y de las facultades de tu alma; los últimos efectos de gracia que realizaste en el alma de tu santa Madre y en las personas santas que estaban con ella al pie de tu cruz; tus últimos actos de

³⁰³ Cant. 3, 11

adoración y de amor a tu Padre; los últimos sentimientos y disposiciones de tu Corazón, y tu último suspiro. Te ofrezco mi muerte y el último instante de mi vida en honor de tu santa muerte y de tu último instante.

Bendice mi muerte, Salvador mío y santifícala con la tuya; únela a tu muerte. Te pido que las últimas cosas que me sucedan sean un homenaje a las cosas últimas que tuvieron lugar en ti: que mi último suspiro honre tu último suspiro y sea un acto de purísimo y perfectísimo amor a ti.

7. Para el sábado

Sobre la vida de Jesús en María y de María en Jesús.

1. ¡Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María! Te contemplo y adoro viviendo y reinando en tu santísima Madre, como el que eres y lo realizas todo en ella. Porque sí, conforme a la palabra del apóstol, tú lo eres y lo haces todo en todas las cosas,³⁰⁴ ciertamente también en tu sacratísima Madre. Tú eres su vida, su alma, su Corazón, su espíritu, su tesoro. Estás en ella santificándola en la tierra y glorificándola en el cielo. Estás en ella realizando obras más grandes y dándote en ella y por ella una gloria mayor que en todas las demás criaturas del cielo y de la tierra. Estás en ella revistiéndola de tus cualidades y perfecciones, de tus inclinaciones y disposiciones, imprimiendo en ella una imagen perfectísima de ti mismo, de tus estados, misterios y virtudes y haciéndola tan semejante a ti que quien ve a Jesús ve a María, quien ve a María ve a Jesús. Bendito seas, Jesús, por todo cuanto eres y realizas en tu santa madre. Te ofrezco las delicias, el amor y la gloria que has tenido y tendrás por siempre en ella.

2. Te honro, Madre de Jesús, y te admiro en la vida prodigiosa que tienes en tu Hijo Jesús. Es una vida adornada de toda virtud y perfección: un solo instante de ella es más grato a Dios que todas las vidas de los ángeles y de los hombres; es una vida que da a Dios más honra y amor que todas las demás vidas de la tierra y del cielo; esa vida no es otra que la vida de su Hijo Jesús que él le va comunicando de modo singular e inefable.

³⁰⁴ Ef. 1, 23; 1 Cor. 12, 6

Bendita seas, Virgen santa, por el honor que has tributado a tu Hijo amadísimo en toda tu existencia. Te ofrezco mi vida, Madre de vida y de gracia, y la consagro por entero a honrar la tuya; suplico a tu Hijo Jesús, Dios de mi vida y de amor, que por su inmensa bondad haga de mi vida homenaje continuo y eterno a su santa vida y a la tuya.

3. ¡Jesús, Dios de mi vida y de mi corazón! Tú tienes un deseo inmenso de vivir en mí y de hacerme vivir en ti con una vida santa y celestial. Te suplico me perdones los obstáculos que con mis pecados e infidelidades he puesto al cumplimiento de este deseo tuyo.

Destruye en mí la vida corrompida del viejo Adán y reemplázala por tu vida santa y perfecta. Vive en plenitud en mi espíritu y en mi corazón: realiza allí todo cuanto deseas para tu gloria. Ámate a ti mismo en mí y glorificate en todas las formas que deseas. Alcánzame de tu Hijo, Madre de Jesús, que todas estas cosas se cumplan en mí.

8. Otras elevaciones para el domingo

Sobre la vida gloriosa de Jesús en el cielo después de su ascensión.

1. Después de contemplarte y adorarte, Jesús, en tu estado de vida mortal y pasible, en las agonías de tu cruz y en las sombras de la muerte y del sepulcro, quiero contemplarte y adorarte en las grandezas, esplendores y delicias de tu vida gloriosa que siguió a tu resurrección y de la que ahora, desde tu ascensión, gozas en el cielo, en el regazo y la gloria del Padre. ¡Vida inmortal de mi Jesús, vida libre de las miserias y necesidades de la tierra; vida totalmente escondida y centrada en Dios; vida toda de amor purísimo! En ella Jesús no tiene otra ocupación que amar a su Padre, amarnos para su Padre, amar, bendecir y glorificar a su Padre por nosotros, ofrécenos a él e intercede ante él por nosotros.

Vida santísima, purísima y divina, penetrada de gozo indecible, de la plenitud de gloria, de grandeza y de la felicidad de Dios. ¡Qué alegría para mi corazón, amado Jesús, verte gozar de vida semejante! Bendito sea siempre tu Padre amabilísimo por haberle establecido en esa vida.

2. ¡Amable Jesús! No sólo vives en ti mismo con una vida gloriosa y feliz, sino también en tus ángeles y santos que te acompañan en el cielo. Porque eres tú el que vives en ellos, el que les comunicas tu vida gloriosa e inmortal, el que eres glorioso y feliz en ellos. Tú lo eres todo y lo haces todo en ellos, según el testimonio de tu apóstol: todo en todos.³⁰⁵ Eres tú el que adoras, alabas y amas a tu Padre eterno y a ti mismo en ellos y por ellos. Por lo cual, ¡bendito seas, buen Jesús! Te ofrezco la vida gloriosa de todos los habitantes del cielo, con el amor y las alabanzas que te dan y habrán de darte por siempre, en honor de la vida gloriosa que tienes en ti mismo. Y ruego a tus ángeles y santos que te amen y te glorifiquen por mí y me asocien a los homenajes que te dan y darán eternamente.

3. Bien sé, Jesús, que por tu amor hacia mí y por el celo que tienes por tu gloria, deseas ardientemente ser amado y glorificado en mí. De ahí que tienes un deseo infinito de atraerme a ti en el cielo para vivir en mí perfectamente y establecer en mí, en plenitud, el reino de tu gloria y de tu amor. Porque mientras yo more en la tierra tú no vivirás ni reinarás plenamente en mí. Por eso, Salvador mío, ya no quiero vivir en la tierra sino para suspirar incesantemente por el cielo. ¡Cielo, qué deseable y amable eres! ¿Cuándo será, Dios del cielo, que veré tu rostro? ¿Cuándo vivirás plenamente en mí y te amaré perfectamente? ¡Que dura e insoportable eres, vida terrena! Dios de mi vida y de mi corazón: ¡qué larga y cruel es esta vida en la que se te ama tan poco y tanto se te ofende!

Pero me consuela, Señor, la advertencia de tu apóstol, de que, ya desde ahora, estoy contigo en el cielo y que allí estoy viviendo, en ti y contigo, de tu propia vida. Porque él me asegura que tu Padre nos ha vivificado y resucitado, y nos ha hecho sentar juntamente contigo en el cielo³⁰⁶.

De manera, Jesús mío, que estoy viviendo contigo en el cielo; allí tengo parte en el amor, la gloria y las alabanzas que das a tu Padre, por ti mismo y mediante tus ángeles y santos. Y si estoy en tu gracia puedo decir que amo, alabo y glorifico sin cesar en ti y contigo a mi Padre y Padre tuyo, con el mismo amor, alabanza y gloria con que tú lo glorificas y lo amas.

En efecto, soy una sola cosa contigo, como un miembro con su cabeza, puedo decir con san Agustín que allí estoy donde está mi cabeza, que vivo de su vida, que todo

³⁰⁵ 1 Cor. 12, 6; Ef. 1, 23

³⁰⁶ Ef. 2, 5

lo suyo es mío, que tengo parte en todo lo que él hace; que todas sus acciones y ejercicios me pertenecen. En una Palabra que hago en él y con él todo cuanto él hace.

En consecuencia, amado Jesús, estoy también desde ahora en el cielo con tu santa Madre, con tus ángeles y santos, especialmente con los que tienen relación especial conmigo. Tengo parte en las alabanzas y en el amor que ellos te dan. Hasta puedo decir con verdad que amo y glorifico sin cesar en ellos y por ellos, a tu Padre y a ti. Porque tanto ellos como yo somos miembros de una misma cabeza y de un mismo cuerpo, y así somos uno. Por eso todo lo de ellos es mío, tengo parte en sus obras, en ellos y con ellos realizo lo que ellos hacen.

¡Qué consuelo representa para mí saber que ya me encuentro en el paraíso, donde amo y glorifico continuamente a mi Dios! Señor Jesús, ¿qué amor y qué acción de gracias te daré por haberme unido tan estrecha y santamente contigo y con tus santos y por haberme dado, con esa unión, medios tan eficaces de alabarte y de amarte perpetuamente en la tierra y en el cielo?

¡Salvador mío, que yo viva en la tierra de manera acorde con la vida que tengo en ti y con tus santos en el cielo! Que me ocupe continuamente aquí en la tierra en el ejercicio de amarte y de alabarte. Que empiece en este mundo mi paraíso, haciendo consistir mi felicidad en bendecirte y amarte, en cumplir tus voluntades y en realizar valientemente la obra de gracia que deseas cumplir en mí. Así cuando esa obra esté plenamente cumplida, me llevarás contigo al reino de tu amor eterno para allí amarte y glorificarte en forma perfecta y eterna.

9. Elevación a Jesús sobre todos los estados y misterios de su vida

¡Jesús, Señor mío! postrado a tus pies me entrego al poder de tu divino Espíritu y de tu santo amor. Con la fuerza inmensa del mismo Espíritu y la grandeza infinita de ese amor, te adoro, te glorifico y te amo en ti mismo y en los misterios y estados de tu vida.

Te adoro en tu vida divina y eterna en el seno de tu Padre; en tu vida temporal en la tierra durante treinta y cuatro años; en el primer instante de esta vida; en tu santa infancia; en tu vida escondida y laboriosa: en tu vida de trato con los hombres, cuando vivías y caminabas visiblemente en la tierra y en la que llevas aún con nosotros en la santa Eucaristía.

Te adoro en tus sufrimientos exteriores e interiores y en el último instante de tu vida mortal; en tu vida gloriosa y celestial: en la vida que tienes en tu santa Madre y en tus ángeles y santos del cielo y de la tierra.

De manera general te adoro, te amo y glorifico en los demás misterios y portentos contenidos en la vastedad sin límites de tu vida divina, temporal y gloriosa.

Te bendigo y te doy gracias por la gloria que has dado y darás siempre a tu Padre en todos los estados de tu vida.

Te ofrezco el amor y el honor que has recibido y recibirás siempre en tus misterios y estados, por parte de tu Padre, de tu divino Espíritu, de tu Santa Madre, de tus ángeles y santos. A ellos les suplico que te amen y te glorifiquen por mí.

Me entrego a ti, Jesús, y te suplico que imprimas en mí una imagen perfecta de ti mismo, de tu vida, de tus estados y misterios, de tus cualidades y virtudes.

Ven Señor Jesús y aniquila en mí lo que se aparte de ti; establécete perfectamente en mí; de manera que lo seas todo y lo hagas todo en mí, y mi ser, mi vida y todas sus dependencias estén consagradas a honrar tu vida y tu ser soberano.

Que mi nacimiento a la naturaleza y a la gracia, mi infancia, mi adolescencia, mi trato con los hombres, mi agonía, mi muerte y sepultura, todos los estados de mi vida temporal y eterna, den homenaje a todos los estados de tu vida temporal y eterna.

Que mis pensamientos, palabras y obras, den homenaje a los tuyos. Que mis pasos, trabajos y sufrimientos honren los tuyos. Que las facultades de mi alma, y los miembros y sentimientos de mi cuerpo, honren las facultades de tu alma santa y los miembros y sentimientos de tu cuerpo deificado.

En una palabra, que todo lo que ha habido y habrá en mí se convierta en adoración, alabanza y amor continuo y eterno a ti.

Ven, Señor Jesús, ven a mí para vivir y reinar en mí plenamente, para amarte y glorificarte como mereces, para cumplir los designios de tu bondad, para consumir en mí la obra de tu gracia y para establecer en mí el reino eterno de tu gracia y de tu puro amor.

Ven, Señor Jesús, ven, con la plenitud de tu poder, con la Santidad de tu Espíritu, con la perfección de tus misterios, con la Pureza de tus caminos. ¡Ven, Señor Jesús!

Ven a mí, Señor Jesús, con la plenitud de tu poder, y destruye cuanto te desagrade, para realizar en mí lo que deseas para tu gloria. Ven en la santidad de tu Espíritu y despréndeme enteramente de lo que no eres tú; úneme perfectamente contigo y condúceme en todas mis acciones.

Ven con la perfección de tus misterios y realiza en mí lo que deseas realizar por ellos; dirígeme según el espíritu y la gracia de esos misterios y glorifícalos, complétalos y consúmelo en mí.

..Ven en la pureza de tus caminos y realiza en mí a cualquier precio, los designios de tu amor; condúceme por las sendas rectas de ese amor purísimo, y no permitas que me desvíe ni a la derecha ni a la izquierda; que en nada ceda a las inclinaciones y sentimientos de la naturaleza corrompida y mi amor propio: ¡Ven, Señor Jesús!

SEXTA PARTE

LAS ACCIONES ORDINARIAS, OPORTUNIDADES DE SANTIFICACIÓN

a. Cómo estar siempre en presencia de Dios: Acciones ordinarias

1. Compromiso para santificarnos

En la primera parte de este libro te propuse la manera de empezar y terminar cada día. Ahora te ofrezco algunas prácticas que te ayudarán, mediante la gracia de nuestro Señor, a hacer tus acciones santamente, como lo exige tu condición de cristiano o de cristiana. Porque todo cristiano, de cualquier estado o condición, está obligado, como miembro de Jesucristo, a llevar la vida de su Cabeza, es decir, una vida santa, realizando cristianamente todas sus acciones, grandes y pequeñas. Digo "cristianamente", es decir, de manera santa y divina, como actuó Jesucristo; en una palabra, realizando nuestras acciones en Jesucristo y para Jesucristo, en su espíritu y con sus disposiciones.

Infinidad de razones nos obligan a ello, muchas de las cuales ya las expresé en la primera parte de este libro. Pero te ruego recordar, una y otra vez, que Jesucristo es nuestra cabeza y nosotros sus miembros, y que con él, si estamos en su gracia, tenemos una unión más íntima y perfecta que los miembros de un cuerpo natural con su cabeza. De ahí nuestra obligación de realizar nuestras acciones para él y en él. Para él, porque ellas le pertenecen, como lo que es propio de cada miembro que pertenece a la cabeza. En él, es decir, en su espíritu, con sus disposiciones e intenciones, puesto que los miembros deben seguir e imitar a su cabeza. Esto tiene gran importancia, pues, en efecto, la mayor parte de nuestra vida es un tejido de pequeñas acciones, tales como comer, beber, dormir, leer, escribir, conversar con el prójimo. Si nos esmeramos por hacerlas bien, daremos con ellas gran *gloria* a Dios y adelantaremos pronto en las sendas de su amor.

En cambio, si somos negligentes, privamos a Dios de la *gloria* que le debemos y malogramos las gracias que él nos daría. Por eso san Pablo nos exhorta diciendo: *Sea que coman, sea que beban o cualquier cosa que hagan, por pequeña e indife-*

*rente que sea, háganlo todo para gloria de Dios y en nombre de nuestro Señor Jesús.*³⁰⁷ Es decir, en el espíritu de Jesucristo, con las disposiciones e intenciones con que él hacía esas mismas acciones y con que las haría también ahora de estar en lugar nuestro.

Pero me dirás: ¿cómo puedo conocer las disposiciones e intenciones con que actuaba Jesucristo? Y te respondo:

1. La luz de la fe nos hace ver cómo sus disposiciones fueron de humildad, mansedumbre, paciencia, caridad con el prójimo, aplicación a Dios, y de toda clase de virtudes. Y que sus intenciones fueron actuar por amor a su Padre, para darle *gloria*, agradecerle y cumplir sus voluntades.

2. No es necesario conocerlas, basta tener el deseo y la intención de actuar en el espíritu de Jesucristo, con sus disposiciones e intenciones; y así es fácil, con la gracia de nuestro Señor, hacer sus acciones santa y cristianamente. Esfuérate pues, por lo menos al comenzar tus principales acciones, por levantar tu corazón a Jesús, diciéndole:

- Que renuncias a ti mismo, a tu amor propio y a tu propio espíritu, a tus propias disposiciones e intenciones;
- Que te entregas a él, a su santo amor y a su divino Espíritu, porque quieres realizarlas con sus disposiciones e intenciones.

Por este medio le darás *gran gloria* y progresarás en corto tiempo por las vías de su gracia. Para llevar a la práctica este santo ejercicio, puedes utilizar las siguientes elevaciones, oral o mentalmente, ya de una manera ya de otra, ciñéndote al sentido y a la sustancia de las mismas y no a las palabras.

³⁰⁷ 1 Cor. 10, 31; Col. 3, 17

2. Elevaciones a Jesús para realizar santamente las acciones

Jesús, renuncio a mí mismo, a mi espíritu y amor propios y a todo lo mío. Me doy a ti, a tu Espíritu Santo y a tu divino amor para realizar esta acción con tu gracia, guiado por tu espíritu y tu puro amor.

O bien:

Jesús, sacrifico ante ti mi espíritu y amor propio, mis disposiciones e intenciones personales y todo lo mío. Me entrego totalmente a ti para que tú mismo me destruyas y te establezcas en mí y seas tú el que hables y actúes en mí según tu espíritu, tus disposiciones e intenciones.

O bien:

Me abandono totalmente, Jesús, a tu divino poder y a tu santo amor. Arráncame de mí mismo y escóndeme y tráeme dentro de ti para que no viva, hable y actúe sino en ti, por ti y para ti.

O bien:

Te ofrezco, Jesús, esta acción en honor de las acciones que realizaste en el mundo. Deseo tener las mismas disposiciones e intenciones que acompañaron tus santas acciones.

O bien:

Tú, Dios mío, estás siempre con nosotros y con nosotros realizas todas nuestras obras. Haz que también yo esté siempre contigo y realice esta acción con las mismas intenciones tuyas, en unión del mismo amor, perfección y santidad con que tú la realizas ahora conmigo.

O bien:

Buen Jesús, que todo sea para ti, todo para tu gloria y tu puro amor; nada para mí, nada para el amor propio, nada para el mundo.

1. Para realizar acciones prolongadas o que exigen gran atención

Cuando tengas que ejecutar alguna acción, que por ser prolongada o porque te exige gran atención, podrías distraerte de la presencia de Dios. Invoca, antes de empezarla, a tu ángel de la Guarda, a los demás ángeles y santos y a la santísima Virgen y diles que amen y *glorifiquen* a Jesús por ti mientras tú realizas esa acción.

2. Antes de tratar con el prójimo

Jesús, me entrego a ti: pon en mi boca lo que quieres que diga y haz que mis palabras rindan homenaje a tus santas palabras. Que todas mis conversaciones estén consagradas a honrar tus conversaciones terrenas con los personas. Te ruego me hagas participe de la humildad, mansedumbre, modestia y caridad con que trataste a toda clase de personas.

3. Al tomar el alimento

Dios mío, muchas personas, que no te han ofendido tanto como yo, no tienen qué comer; sin embargo, por un exceso de tu caridad, tú me das este alimento a mí más que a ellos. Por tu inmensa caridad me das esta comida: quiero tomarla por amor a ti y uniéndome al amor con que tú me la otorgas. Deseo que cada bocado que tome sea un acto de alabanza y de amor a ti. Te ofrezco, Jesús, esta comida en honor de las que tomaste en la tierra. Renuncio a todo amor propio y deseo tomarla uniéndome al mismo amor con que te sometiste a la necesidad de comer y de beber, y con las santas disposiciones o intenciones con que tomaste tus alimentos.

4. Para el esparcimiento

Te ofrezco, Jesús, este esparcimiento en honor y unión de los santos esparcimientos y divinas alegrías de tu vida mortal, con tu Padre eterno, con tu Espíritu Santo, con tu santa Madre y con tus ángeles y santos. Porque hablando de ti mismo dices: Me deleitaba en todo tiempo en su presencia, jugaba con la esfera de la tierra y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres.³⁰⁸ Y tu evangelio nos refiere que te alegraste en el Espíritu Santo y que recomendaste a tus apóstoles que descansaran después de su trabajo.

³⁰⁸ Prov. 8, 30-31

5. Andando por la casa y fuera de ella

Jesús, que mis viajes, mis idas y venidas y todos mis pasos den gloria a los diversos viajes, idas y venidas y a todos los pasos que diste sobre la tierra.

Jesús, que el uso de mis ojos, de mi boca, de mis manos, de mis pies y de todos mis sentidos internos y externos, se conviertan en homenaje al uso divino que hiciste de tus ojos, de tu boca, de tus benditas manos, de tus santos pies y de todos tus sentidos internos y externos.

6. En el trabajo

Que este trabajo, Jesús, honre los trabajos tuyos en el mundo. Te pido, para ello, tu santa bendición.

7. Para escuchar la predicación

Te ofrezco, Jesús, esta predicación en honor de tus santas predicaciones en la tierra. Deseo asistir a ella en honor y unión de la devoción con que tu santa Madre asistía a tus predicaciones. Hazme participar del amor, la atención y devoción con que escuchas y obedeces fielmente la palabra de tu Padre, que continuamente te habla y te comunica sus voluntades.

8. Para leer un libro de espiritualidad

Entre los ejercicios que nos pueden ayudar a mantenernos y avanzar en el divino amor, uno de los más excelentes es la lectura de libros de espiritualidad. De esto ya hablamos en la segunda parte de este libro³⁰⁹. Por eso te exhorto a que no dejes pasar un día sin hacer al menos media hora de lectura en un buen libro. Y, para hacerla bien, recuerda el episodio que nos refiere el capítulo cuarto de san Lucas: que el Hijo de Dios entró un día de sábado a la sinagoga, tomó un libro y leyó de él.³¹⁰

Ofrécele tu lectura en honor de la suya, diciéndole:

³⁰⁹ Cfr. Segunda parte.

³¹⁰ Cfr. Lc. 4, 16.

Jesús, te ofrezco esta lectura, en honor de tu santa lectura: quiero hacerla uniéndome al amor y las disposiciones e intenciones con que tú leíste. Me doy a ti para que realices en mí, mediante esta lectura, lo que deseas obrar con ella para tu gloria.

9. Al escribir

Ofrécele a Jesús esta acción diciéndole:

Te ofrezco esta acción, buen Jesús, en honor de la que tú realizaste cuando escribiste. Deseo hacerla ateniéndome a la caridad y demás disposiciones e intenciones tuyas. Que cada palabra y cada letra que voy a escribir sea una alabanza y bendición a ti. Guía, amado Jesús, mi espíritu y mi pluma("computador") para que nada escriba que no venga de ti, por ti y para ti.

Te ruego que mientras escribo, tú escribas e imprimas en mi corazón la ley de tu divino amor y las virtudes de tu vida.

10. Al hacer misericordia con el pobre

Jesús, quiero realizar esta acción únicamente por tu amor y en honor y unión de tu caridad hacia los pobres.

11. En las visitas a los pobres, enfermos o afligidos

Jesús, te ofrezco esta visita en honor y unión del amor que te hizo bajar del cielo a la tierra para visitar a los pobres y consolar a los afligidos. Me doy a ti para consolarlos y ayudarlos yo también, tanto como lo deseas de mí. Hazme partícipe, te lo ruego, de la caridad inmensa que tienes hacia ellos.

12. Al ayunar o hacer alguna penitencia

Te ofrezco, Jesús, esta acción para honrar tu divina justicia y tu santa pasión. Quiero sobrellevar esta privación, esta penitencia y mortificación, por tu puro amor y me uno al amor con que soportaste en la tierra tantas privaciones y mortificaciones, como también en satisfacción por mis pecados y para que se cumplan los designios que tienes sobre mí.

13. Al hacer un acto de humildad

Te ofrezco humildísimo Jesús, este acto de humildad y otros semejantes que se han realizado y se realizarán en el mundo, para honrar tus santas humillaciones y las de

tu santa Madre. Destruye en mí el orgullo y la vanidad y haz reinar tu divina humildad.

14. Al hacer un acto de caridad

Te ofrezco esta acción, Jesús de inmensa caridad y todos los actos semejantes, que se han realizado y se realizarán, en honor y unión de tu caridad infinita. Destruye en mí todo amor e interés propio y establece en mí el reino de tu divina caridad.

15. Al hacer un acto de obediencia

Te ofrezco, Jesús obedientísimo, este acto de obediencia, para honrar tu obediencia perfecta y tu sometimiento a las normas y leyes no sólo de tu Padre sino de los hombres y hasta de tus enemigos. Destruye mi propio parecer y mi voluntad propia para no tener otra voluntad que la tuya y la de quienes te representan.

16. El secreto de los secretos

A todas las demás acciones puedes aplicar lo dicho para las anteriores. Porque no hay casi acción alguna, ni ejercicio de virtud, en la vida humana y cristiana, que Jesucristo no haya realizado cuando estuvo en la tierra. Y si queremos hacer santamente nuestras acciones ofrezcámoslas en honor y unión de las suyas.

Te he propuesto estas pequeñas prácticas como señalándote con el dedo el medio para caminar siempre en presencia de Dios y para vivir en el espíritu de Jesús. Si te entregas al Espíritu al comenzar tus acciones, él te sugerirá otras.

Te ruego que tengas en cuenta que la práctica de las prácticas, el secreto de los secretos, la devoción de las devociones, no consiste en apegarse a ninguna práctica o algún ejercicio particular de devoción, sino en tener un gran cuidado en todos tus ejercicios y acciones de entregarte al Espíritu Santo de Jesús y entregarte con humildad, confianza y desprendimiento de todas las cosas. De modo que, ya sin ningún apego a tu propio espíritu, y a tus propias devociones y disposiciones, él tenga pleno poder y libertad de actuar en ti según sus deseos, de poner en ti las disposiciones y sentimientos de devoción que él quiere, de modo que él te lleve por los caminos que bien le parezcan.

Después de que te hayas entregado a él de este modo, él te hará fiel para recibir los sentimientos buenos y las disposiciones que pondrá en ti y para seguir su moción, su atractivo y su conducta. Si él te inspira que utilices los ejercicios anteriores y los que te propondré más adelante, y encuentras en ellos gracia y bendición, aprovéchalos inmediatamente. Si te lleva a otros más excelentes y más colmados de gracia y de unción, sigue su llamado con sencillez y humildad.

17. Cómo estar siempre en la presencia de Dios

Con estas prácticas y las frecuentes elevaciones de tu espíritu y de tu corazón a Dios, toda tu vida pertenecerá a Jesús, lo *glorificarás* en todas tus acciones, caminarás continuamente en su presencia. Porque se trata del medio más genuino y fácil de estar siempre en la presencia de Dios y de vivir en ejercicio constante de amor a él. Sé muy bien que quien está en gracia de Dios y le ofrece por la mañana lo que va a hacer durante el día, aunque no vuelva a pensar en él, dará siempre *gloria* a Dios con sus acciones.

Pero si Nuestro Señor, cuando ofrecía a su Padre por nosotros todas sus acciones terrenas, no dejó ni un instante de pensar en nosotros y de amarnos, quedaríamos muy cortos en nuestra gratitud y amor a él si sólo pensáramos en él una o dos veces al día.

Si lo amáramos de verdad deberíamos encontrar nuestro deleite en levantar a menudo el espíritu y el corazón hacia él. Y esto podemos hacerlo fácil y llanamente, porque con su gracia, que nunca nos faltará para ello, y con un poco de esmero y de fidelidad de nuestra parte, nos habituaremos de tal manera a esta práctica que resultará casi connatural en nosotros.

En prueba de ello te diré, con toda verdad, que conozco a un eclesiástico, cuyo nombre ojalá esté escrito en el libro de la vida, que por el uso frecuente de este ejercicio, ha llegado al punto de que le es fácil, aún al tomar sus alimentos, hacer conscientemente casi tantos actos de amor como bocados toma. Y lo hace no sólo sin tensionar el espíritu y sin perjuicio de su salud, sino con tal facilidad y gusto que puede hablar y recrearse sanamente con el prójimo, cuando se presenta la ocasión. No te digo estopara que hagas lo mismo porque se apresurarían a decir que yo pido cosas demasiado difíciles, sino para que te convenzas de cuánto poder tiene una santa costumbre y cómo se equivoca el mundo cuando se imagina mil dificultades y amarguras donde hay sólo toda suerte de dulzuras y delicias.

18. Cómo utilizar las acciones para gloria de Dios

No sólo podemos y debemos hacer uso de cuanto sucede en nosotros, para dar *gloria* a nuestro Señor. Utilizaremos también todo cuanto ha sucedido, está sucediendo y habrá de suceder en el mundo. Y podemos hacerlo porque son cosas nuestras. En efecto, san Pablo nos asegura que todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, nos pertenecen;³¹¹ debemos hacerlo, porque es deber nuestro emplear todo lo nuestro para *gloria* de quien todo nos lo ha dado.

Por eso, al ejecutar una acción, nuestro amor y el celo por la *gloria* de nuestro Señor deben llevarnos no sólo a ofrecérsela sino a adicionarle las acciones semejantes que han sido, son y serán hechas en todo el mundo y que nos pertenecen, para ofrecerlas y consagrarlas a su *gloria*. Por ejemplo, si emprendes un trabajo, piensa en el inmenso número de personas que en el mundo lo han hecho, lo hacen y lo harán, sin ofrecerlo a Dios. Pues bien, une todos los trabajos de ellos a los tuyos y ofrécelos a Jesús, como algo propio, en honor de sus trabajos. Haz lo mismo cuando te sobrevenga una aflicción corporal o espiritual.

Es así como debemos orientar santamente todas las cosas a la *gloria* de Dios. Así continuamos y expresamos en nosotros el gran celo de Jesús por la *gloria* de su Padre. Porque cuando él, estando en la tierra, ejecutaba alguna acción, la ofrecía a la *gloria* de su Padre junto con todas las acciones pasadas presentes y futuras del mundo, que para él eran tan presentes como las que estaba ejecutando y que consideraba como propias, pues el Padre todo se lo había dado. Así reparaba las insuficiencias de los hombres.

Y lo que digo de sus acciones se aplica también a las aflicciones y sufrimientos. Porque el Hijo de Dios no dejó nada en el mundo sin utilizarlo santamente para *glorificar* a su Padre. Revistamos, pues sus sentimientos y disposiciones y unámonos a él en el santo uso que hizo de todas las cosas para honrar a su Padre.

No dejemos pasar nada, ni bueno ni malo, en nosotros y en los demás, sin aprovechar la ocasión para levantar nuestro corazón a Jesús y para utilizar cuanto sucede para su *gloria*, así como él conduce todas las cosas para nuestro bien y lo emplea todo para nuestro provecho.

³¹¹ 1 Cor. 3, 22

19. En mis aflicciones

Cuando te sobrevenga una aflicción del cuerpo o del espíritu, póstrate de inmediato a los pies del que dijo: *Al que viene a mí no lo echaré fuera*³¹²; *Vengan a mí los que están cansados y abrumados y yo los aliviaré.*³¹³

- Adora su divina voluntad,
- humíllate ante él a la vista de tus pecados, que son la causa de todos los males;
- ofrécele tu aflicción,
- pídele su gracia para sobrellevarla santamente y
- reconcíliate con él mediante la confesión y la comunión.

Porque si no estás en su gracia y en su amor, todos los martirios del mundo serían inútiles para la *gloria* de Dios y para tu santificación: privarías a Dios de un gran honor que podrías darle en el momento de la tribulación y tú perderías inestimables tesoros de gracia y de *gloria*.

20. Elevación a Jesús en la aflicción

Me postro a tus pies, Jesús, Señor mío. Adoro, bendigo y amo tu divina providencia en todo cuanto ordena o permite respecto a mí y a todo lo que me concierne. Porque tus mandatos y permisos, gran Dios, son igualmente adorables y dignos de amor. Sí, Salvador mío, que se cumpla tu voluntad en todo y por todo, a pesar de las repugnancias de la mía, y que tus mandatos y permisos sean adorados y glorificados eternamente.

Reconozco ante el cielo y la tierra que eres justo y que merezco esta aflicción, y mil veces más, por el menor de mis pecados. Por eso acepto, con toda mi voluntad, esta tribulación para honrar tu divina justicia, para someterme a tu santa voluntad y honrar los sufrimientos extremos que sobrellevaste en la tierra; para satisfacer por mis pecados, para que se cumplan tus designios sobre mí y para reconocer que es algo que proviene de tu mano amabilísima y de tu Corazón lleno de amor por mí.

³¹² Jn 6, 37

³¹³ Mt. 11, 28

Bendito seas, buen Jesús, por darme la ocasión de sufrir algo por tu amor. Hazme participar, te lo ruego, del amor, la humildad, la paciencia, la dulzura y la caridad con que tú has sufrido, y dame la gracia de soportarlo todo por tu gloria y por tu puro amor.

21. Contra las tentaciones

Si te sobreviene una tentación, no te confundas: vuélvete confiado a Jesús, humíllate ante él y pídele fuerza de la siguiente manera:

Reconozco, Salvador mío, que por causa de mis pecados no sólo merezco ser asediado sino vencido por toda clase de tentaciones. Confieso que por mí mismo no poseo fuerza alguna para resistir a la menor de ellas y que si tú no me sostuvieras caería en un infierno de toda clase de pecados.

¡Ay de mí, Jesús mío! ¡En estos momentos me hallo en horrible peligro! Me veo bordeando el infierno, a punto de perder tu gracia, de estar separado de ti, reducido a la esclavitud de Satanás y, lo peor de todo, de crucificarte cruelmente y afrentarte infinitamente si me dejo vencer por esta tentación.

No lo permitas, Señor mío; líbrame de este peligro; dame gracia y fuerza para hacer buen uso de ella y darte gloria.

Renuncio, Dios mío, con todas mis fuerzas, al espíritu maligno, al pecado y a cuanto te desagrade. Te entrego mi voluntad: protégela, te lo ruego y no permitas que se adhiera en lo más mínimo a la de tus enemigos. Te suplico, Salvador mío, por tu santa pasión y por todas tus bondades, que me concedas la gracia de padecer todos los tormentos del mundo antes que ofenderte.

b. Ejercicios para la Santa Misa

22. Cómo asistir dignamente al santo sacrificio de la misa

Para asistir santamente al santísimo sacrificio de la Misa y *glorificar* dignamente a Dios en él, te propongo cinco pasos:

1. Apenas salgas de tu casa para ir a misa considera que no sólo vas a presenciar o a mirar sino a realizar la acción más santa y divina del cielo y de la tierra; que por lo mismo debes hacerla santa y divinamente, con gran cuidado y aplicación de espíritu y de corazón, como el asunto de mayor importancia que tengas en el mundo. He dicho que vas a “hacer”, porque todos los cristianos son una sola cosa con Jesucristo, sumo sacerdote y participan de su divino sacerdocio, hasta el punto de que en las Escrituras se les llama sacerdotes.³¹⁴ Tienes, por tanto, el derecho, no sólo de asistir al santo sacrificio sino de hacer con el sacerdote lo que él hace, es decir, ofrecer con Jesucristo, el sacrificio que se ofrece a Dios sobre el altar.

2. Al entrar en el templo, humíllate profundamente y considérate indigno de estar en la casa de Dios, de presentarte en su presencia y de participar en tan augusto misterio. Y, a la vista de tu nada y de tus pecados, entra en espíritu de penitencia. Al comenzar la misa acúsate, en forma general; junto con el sacerdote, pide perdón a Dios y ruégale que te dé perfecto arrepentimiento y la gracia y la fuerza para evitarlos en lo venidero; en satisfacción ofrécele el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de su Hijo que le fue ofrecido en la cruz y que se le va a ofrecer sobre el altar.

3. Después de adorar a nuestro Señor Jesucristo que se hace presente en el altar para recibir nuestros homenajes y adoraciones, ruégale que así como cambia la naturaleza baja y terrestre del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre, que cambie también y transforme la pesadez, frialdad y aridez de nuestro corazón terrestre y árido en el ardor, ternura, y agilidad de los afectos y disposiciones de su Corazón divino y celestial.

Recuerda que los cristianos son una sola cosa con Jesucristo, como los miembros con su cabeza y que, por lo mismo, participan de sus cualidades.

En este sacrificio Jesucristo se encuentra en calidad de sacerdote y de hostia al mismo tiempo. De la misma manera los que a él asisten deben hacerlo en calidad de sacerdotes, para ofrecer, junto con Jesucristo, sumo sacerdote, el mismo sacrificio que él ofrece; igualmente, en cuanto hostias y víctimas deben inmolarsse y sacrificarse con él para *gloria* de Dios.

Por lo tanto, puesto que participas del divino sacerdocio de Jesucristo y como cristiano y miembro suyo llevas el nombre y la cualidad de sacerdote, debes ejercer esta cualidad y hacer uso del derecho que ella te da, para ofrecer a Dios, con el sacerdote y con el mismo Jesucristo, el sacrificio de su cuerpo y de su sangre en la

³¹⁴ 1 Pe. 2, 9; Ap. 1, 6; 5, 10

santa Misa y, en cuanto sea posible, con las mismas disposiciones con que lo ofrece Jesucristo.

¡Con qué disposiciones santas y divinas se lo ofrece su Hijo Jesús! ¡Con qué humildad, pureza, santidad, desprendimiento de sí mismo y de todas las cosas, con cuánta aplicación a Dios y caridad hacia los hombres y con cuánto amor a su Padre! Únete a estas disposiciones de Jesús y ruégale que las imprima en ti.

Únete también a las intenciones con que Cristo lo ofrece que son cinco principales:

- La primera es honrar a su Padre, con honor, *gloria* y amor dignos de él.
- La segunda darle acciones de gracias dignas de su bondad, por los favores que ha hecho siempre a todas las criaturas.
- La tercera satisfacer plenamente por todos los pecados del mundo.
- La cuarta para que se cumplan sus designios y voluntades.
- La quinta para impetrar de él cuanto necesitan los hombres para el alma y para el cuerpo.

Conforme a estas intenciones de Jesucristo ofrecerás a Dios el santo sacrificio de la misa:

- En honor de la santísima Trinidad, en honor de lo que Jesucristo es en sí mismo, en sus estados y misterios, cualidades, virtudes, acciones y sufrimientos; en honor de cuanto realiza, por misericordia o por justicia, en su santa Madre, en sus ángeles y sus santos, en su Iglesia, triunfante, militante y purgante en todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno.
- Para dar gracias a Dios por los bienes temporales y eternos que ha comunicado a la humanidad sagrada de su Hijo, a la santa Virgen, a los ángeles y a los hombres y a ti en especial.
- Para satisfacer a la divina justicia por todos tus pecados, por los pecados del mundo y en especial por los de las pobres almas que se encuentran en el purgatorio.
- Para que se realicen todos sus designios y voluntades, especialmente los que tienen relación contigo.
- Para alcanzar de la bondad de Dios, para ti y para todos los hombres, las gracias necesarias para que él sea servido y honrado por todos, según la

perfección que pide a cada uno. Esto es lo que debes hacer en calidad de sacerdote.

Pero, en calidad de hostia, estás obligado al ofrecer a Jesucristo en la santa misa, a ofrecerte tú también a él como víctima; o más bien, a rogar a Jesucristo que penetre dentro de ti, que te atraiga dentro de él, que se una a ti y que te una e incorpore a él en calidad de hostia para sacrificarte junto con él a la *gloria* de su Padre.

- Y porque es menester hacer morir la hostia que va a ser sacrificada y luego consumida por el fuego, ruégale que te haga morir a ti mismo, que te consuma en el fuego sagrado de su divino amor para que en adelante tu vida sea sacrificio perpetuo de alabanza, de *gloria* y de amor a su Padre y a él.

4. Prepárate a comulgar, al menos espiritualmente. Porque Nuestro Señor Jesucristo, que te ama infinitamente se hace presente en este sacrificio no sólo para estar contigo y comunicarte sus dones y gracias: también tiene el deseo ardiente de hacer su morada en tu corazón y de darse a sí mismo mediante la comunión, sacramental o espiritual. Por lo tanto prepárate a recibirlo con disposiciones y sentimientos de humildad y de amor. Humíllate ante él, consciente de que eres indigno de recibirlo; pero, al mismo tiempo, atendiendo a su ardiente deseo, también tú deséalo recibir e invítalo con actos de amor a venir a ti, para vivir y reinar en ti perfectamente.

5. Finalmente, después de agradecer a nuestro Señor las gracias que te ha hecho en la santa misa, retírate de ella con el firme propósito de emplear el día en su servicio y con el pensamiento de que en adelante debes ser hostia muerta y viva al mismo tiempo; muerta a todo lo que no es de Dios, viva en Dios y para Dios, consagrada y sacrificada a su *gloria* y a su purísimo amor.

Reafírmale a nuestro Señor que esos son tus deseos y que te ofreces a él para hacer y sufrir con este fin todo lo que le plazca. Ruégale que realice todo esto en ti por su inmensa misericordia y que te dé la gracia de levantar a menudo tu corazón hacia él durante el día, de no hacer nada que no sea para su *gloria* y de morir antes que ofenderle. Pídele para ello su santa bendición.

Tal es el uso que debes hacer de algo tan santo y divino como es el sacrificio de la misa. Y para facilitarte el uso de estos ejercicios, los voy a reducir en forma de elevaciones. Si quieres sacar fruto para *gloria* de Dios, te servirás de ellos a espacio y aplicando tu espíritu y tu corazón.

23. Elevación a Dios antes de la misa

¡Dios mío y Señor soberano! Me postro ante tu divina misericordia; dígnate echar una mirada de bondad sobre esta criatura tuya, que se reconoce la más indigna e ingrata de todas. Me acuso ante ti, Padre de las misericordias, ante tus ángeles y santos, de las vanidades de mi vida pasada, de las ofensas cometidas contra tu divina Majestad, de mi frialdad en tu santo amor, de mi negligencia en tu servicio y en seguir tus inspiraciones, y de infinidad de faltas que tú conoces. Y, sobre todo, Dios mío, al pensar que tu Hijo amadísimo, al que vengo a adorar, me ha dado aún el primer instante de su vida, me considero inmensamente culpable por no haberte consagrado el primer uso de la razón que recibí de tu Majestad.

Tú, Señor Jesús, pasaste todos tus días en la pobreza y en el sufrimiento y los terminaste en la cruz por mi amor. Dedicaste tu vida a obras y ejercicios continuos de ardiente y excesiva caridad hacia mí. Yo, en cambio, creyendo que mis días y mi tiempo eran plenamente míos, los vivo de ordinario inútilmente, con despreocupación, y a menudo ofendiendo a tu divina Majestad. Detesto, Salvador mío, todas mis faltas, la menor de las cuales te ha hecho nacer en un establo y morir en una cruz para expiarla ante la justicia del Padre.

La menor de tus acciones humanamente divinas y divinamente humanas, amado Jesús, que has hecho y reiterado tantas veces por mi bien mientras vivías en la tierra, tiene tanto valor y mérito que, aunque sólo hubiera sido realizada una vez, reclamaría justamente como reconocimiento y acción de gracias y a manera de reciprocidad, el empleo y la dedicación de mi vida a cumplir tu voluntad. Y eso nunca lo hago: al contrario, parece que no he nacido sino para ofenderte y afrentarte.

Me arrepiento de haber sido tan infiel y tan ingrato, y de haber pagado tan mal tu inmenso amor por mí. Dios mío, arrojo todos mis pecados en tu preciosa sangre, en el océano de tus misericordias y en el fuego de tu divino amor. Bórralos y consúmelos enteramente. Repara todas mis faltas, Jesús, y acepta en satisfacción este santo sacrificio de tu cuerpo y sangre que ofreciste en la cruz y que ahora te ofrezco con el mismo fin. El amor desordenado a mí mismo y al mundo han sido el origen de todas mis ofensas: renuncio a él para siempre y con todas mis fuerzas, amadísimo Jesús: destrúyelo en mí y establece el reino de tu divino amor.

24. Elevación a Jesús en la Eucaristía

¡Jesús, Señor mío y Dios mío! Tú te haces presente en este altar para que yo te contemple y adore, te ame y glorifique y para comunicarme y aplicarme tus méritos. También para recordarme el gran amor que te hizo padecer y morir por mí en una cruz. Te adoro, te bendigo y glorifico en todas las formas posibles.

¡Cuánto deseo ser todo amor por ti y amarte perfectamente! ¿Quién me concediera verme transformado en fuego ardiente y en purísima llama de amor a ti?

Ángeles, santos y santas del paraíso, denme su amor para emplearlo en amar a mi Jesús.

Hombres, criaturas todas capaces de amar, denme sus corazones para sacrificarlos a mi Salvador. Si yo tuviera, Salvador dulcísimo, todo el amor del cielo y de la tierra gustoso lo dirigiría hacia ti. ¡Qué adorado, amado y glorificado eres sobre este altar, tú, el Hijo amadísimo del Padre eterno, por los millares de ángeles que te rodean! ¡Pero cuánto más deberían honrarte, alabarte y amarte los hombres, ya que es por ellos y no por los ángeles que allí te haces presente!

Que todos los ángeles y los hombres, todas las criaturas del cielo y de la tierra se conviertan en adoración, glorificación y amor a ti. Y que todos los poderes de tu divinidad y humanidad te magnifiquen y amen eternamente.

Adoro, Jesús poderosísimo, el poder de tus palabras que cambian la naturaleza burda y terrestre del pan y del vino en la sustancia de tu precioso cuerpo y sangre. Me entrego totalmente a ese mismo poder para que cambie la pesadez, frialdad y aridez de mi corazón terrestre y árido por el ardor, la ternura y agilidad de los afectos y disposiciones de tu Corazón celestial y divino. Que me transforme de tal manera en ti que ya no tenga sino un corazón, un espíritu, una voluntad, un alma y una vida contigo.

Tú, Redentor mío, estás presente sobre este altar para recordarnos y hacer presente tu dolorosa pasión y tu santa muerte. Concédeme hacer memoria continua y tener un vivo sentimiento de lo que has hecho y padecido por mí; concédeme sufrir con humildad, sumisión y amor a ti las contrariedades que me ocurrirán hoy y en toda mi vida.

Tú, buen Jesús, odias tanto el pecado, que mueres para darle muerte; y tanto me aprecias y me amas mi alma, que pierdes tu vida para devolverme la vida. Te pido, Salvador mío, no temer ni aborrecer ya nada fuera del pecado y no buscar y estimar cosa distinta de tu gloria.

25. Elevación a Jesucristo, sumo sacerdote que se sacrifica a sí mismo en la misa

Te adoro, Jesús, como sumo sacerdote. Continuamente estás ejerciendo este ministerio, así en el cielo como en la tierra, sacrificándote a ti mismo por la gloria de tu Padre y por amor nuestro. Bendito seas mil veces por el honor infinito que das a tu Padre y por el extremado amor que nos testimonias en este divino sacrificio.

No te contentas con sacrificarte tantas veces por nosotros.

Quieres, además, asociarnos contigo a esta obra egregia al hacernos a todos partícipes de tu cualidad de sumo sacerdote y al confiarnos el poder de sacrificarte contigo y con tus santos sacerdotes a la gloria del Padre y por nuestra salvación.

Úneme a ti, pues te agrada que yo te ofrezca ahora contigo este santo sacrificio. Haz que lo ofrezca también con tus disposiciones santas y divinas. ¡Con qué devoción, pureza y santidad, con qué caridad hacia nosotros y con cuánta entrega y amor hacia tu Padre realizas esta acción! Dígnate imprimir en mí estas disposiciones, para hacer contigo, y como tú, lo que haces tan santa y divinamente.

Padre de Jesús: tú nos has dado a tu Hijo y lo has puesto en nuestras manos mediante este misterio. Te lo ofrezco, como algo que es verdaderamente mío, en unión con la humildad, la pureza, la caridad, el amor y demás disposiciones con que él se ofrece a ti. Deseo también ofrecértelo por las mismas intenciones con que él se sacrifica. Te lo ofrezco:

- En honor de lo que eres, Dios mío, en tu esencia divina, en tus perfecciones, en tus Personas eternas, y en todo lo que realizas fuera de ti mismo. Te lo ofrezco en honor de cuanto tu Hijo Jesús es en sí mismo, en sus estados, misterios, cualidades, virtudes, acciones y sufrimientos, de cuanto realiza fuera de sí mismo, por misericordia o por justicia, en el cielo, en la tierra y en el infierno.

- Te lo ofrezco en acción de gracias por los bienes temporales y eternos que has comunicado siempre a la humanidad sagrada de tu Hijo, a su santa Madre, a los ángeles y a los hombres y especialmente a mí, la más indigna de tus criaturas.

- Te lo ofrezco en satisfacción por la afrenta que te han causado y te causarán los pecados pasados, presentes y futuros, especialmente los míos y los de aquellas personas por quienes estoy particularmente obligado a orar, tanto vivos como difuntos.

- Te lo ofrezco para que se cumplan tus designios, especialmente los que tienes sobre mí y sobre aquellos que me atañen. No permitas que pongamos el menor obstáculo a ellos.

- Te suplico, Dios mío, que por el aprecio y la virtud de esta santa oblación, de este don precioso, que te ofrezco y te devuelvo, nos otorgues las gracias espirituales y corporales que necesitamos para servirte y amarte perfectamente y para ser entera y eternamente tuyos.

26. Elevación a Jesús como hostia (víctima) que se sacrifica a Dios

Te contemplo y adoro, Jesús, en este misterio, como hostia santa que toma sobre sí y borra los pecados del mundo y que tú mismo aquí sacrificas para gloria de Dios y la salvación de los hombres. Tu apóstol me ha dado a conocer tus deseos de que seamos hostias vivas y santas y dignas de ser sacrificadas contigo a la gloria de tu Padre.³¹⁵

En honor y unión de la oblación y sacrificio, que de ti mismo haces a tu Padre, me ofrezco a ti para ser por siempre víctima inmolada a tu gloria y a la gloria de tu Padre. Úneme a ti en esta condición, inclúyeme dentro de tu sacrificio, para que me sacrifiques contigo. Y pues es preciso que la hostia que se sacrifica sea muerta y consumida por el fuego, hazme morir a mí mismo, a mis vicios y pasiones y a cuanto te desagrada. Consúmeme enteramente en el sagrado fuego de tu divino amor y haz que, en adelante, toda mi vida sea un sacrificio continuo de alabanza y de amor a tu Padre y a ti.

27. La comunión espiritual

Jesús, no soy digno de pensar en ti ni de que pienses en mí y mucho menos de comparecer ante ti y de que te hagas presente ante mí. Sin embargo, no solamente piensas en mí y te presentas a mí sino quieres darte a mí con el deseo infinito de hacer tu morada en mi corazón. ¡Qué admirables son tus misericordias, Señor! ¡Qué excesivas tus bondades! ¿Qué hay en mí que pueda atraerte? Ciertamente a ello sólo te lleva el exceso de tu caridad. ¡Ven, ven, pues, amadísimo Jesús mío, porque te amo y te deseo infinitas veces! ¡Ojalá me viera convertido en deseo y en amor por ti! Ven, mi dulce luz, ven, mi queridísimo amor, apresúrate a venir a mí corazón, que renuncia a todo lo demás y nada quiere ya sino a ti.

³¹⁵ Rm. 12, 1

¡Rey de mi corazón, vida de mi alma, mi precioso tesoro, mi única alegría! Tú que eres mi todo, ven dentro de mi espíritu, de mi corazón y de mi alma para destruir mi orgullo, mi amor propio, mi propia voluntad y mis demás vicios e imperfecciones.

Ven a establecer en mí tu humildad, tu caridad, tu dulzura, tu paciencia, tu obediencia, tu celo y demás virtudes. Ven a mí para amarte y glorificarte dignamente y para unir perfectamente mi espíritu con tu divino Espíritu, mi corazón con su sagrado Corazón, mi alma con tu alma santa, y para que este corazón, este cuerpo y esta alma que están a menudo tan cercanos y unidos con tu corazón, tu cuerpo y tu alma por la santa Eucaristía, no tengan jamás otros sentimientos, afectos, deseos y pasiones que los de tu santo Corazón, de tu sagrado cuerpo y de tu alma divina. Finalmente, ven, Jesús mío, ven a mí para vivir y reinar en mí en forma absoluta y para siempre. Ven, Señor Jesús.

28. Elevación a Jesús para después la celebración

Te alabo, amabilísimo Jesús, y sin cesar te doy gracias y ruego a los ángeles, a los santos y a todas las criaturas que te bendigan y te glorifiquen conmigo por las gracias que me has concedido en este divino sacrificio.

Te pido que conserves y aumentes en mí los deseos, pensamientos, afectos y sentimientos que has suscitado en mí durante esta misa y que me des la gracia de producir los efectos que esperas de mí. Tú te has rebajado y te has hecho presente en mí por este santo misterio.

Concédeme que durante el día de hoy no deje pasar una hora sin elevarme y hacerme presente a ti por los afectos de mi corazón. Tú has venido a este altar para tomar posesión de nuestros corazones y para recibir de nosotros el homenaje que te debemos como a nuestro Señor soberano.

Toma, pues, posesión de mi corazón: te lo entrego y consagro para siempre, Te reconozco y adoro como a mi rey y soberano. Te hago el homenaje de mi ser, de mi vida y de todas mis acciones, especialmente de las que realizaré en el día de hoy.

Dispón de todo esto según tu beneplácito. Dame la gracia de morir antes que ofenderte: que sea yo una hostia muerta y viva al mismo tiempo: muerta a lo que no eres tú, viva en ti y para ti. Que toda mi vida sea un perpetuo sacrificio de alabanza y de amor a ti. Que, finalmente, me inole y consuma por tu pura gloria y por tu santo amor. Dame para ello, te lo ruego, buen Jesús, tu santa bendición.

c. El rosario de la Santísima Virgen María

29. El Avemaría y el Rosario, oración santa y agradable a Dios

Sólo una ceguera extrema, una prodigiosa ignorancia en las cosas de Dios nos puede hacer dudar que el uso del rosario de la santísima Virgen provenga del cielo y haya sido inspirado por Dios, ya que es aprobado y practicado por toda la Iglesia universal. Contiene las oraciones más santas que podamos hacer, esto es, el *Pater noster*, el *Avemaría* y el *Credo*.

Es un excelente medio para honrar el primer misterio de la vida de Jesús y la mayor maravilla que jamás haya sido realizada por Dios en el cielo y en la tierra, esto es, el misterio y la maravilla de la encarnación del Hijo de Dios en la santísima Virgen María. Porque esta incomparable maravilla y este admirable misterio, que mantiene todo el cielo en perpetuo alborozo, y que allí es adorado continuamente, debe ser también adorado sin cesar en la tierra, puesto que se realizó en la tierra y para los habitantes de la tierra. La Iglesia peregrina que está en la tierra ha de seguir e imitar a la triunfante que está en el cielo.

Este misterio es adorado de varias maneras pero de manera especial con las tres *Avemarías*, que se han de decir tres veces al día, al toque de campana, por la mañana, al medio día y al atardecer, y con el rosario, que está compuesto de varias *avemarías*, cada vez que celebramos y honramos la memoria de este misterio inefable, que ha sido anunciado y realizado en la santa Virgen por medio de esta salutación divina. La dijo el arcángel san Gabriel cuando la saludó de parte de Dios, y le anunció la venida y la Encarnación del Hijo de Dios en ella, y su realidad de altísima dignidad de Madre de Dios.

Por esta razón jamás se dirá suficientes veces el *Avemaría*, porque no se puede celebrar suficientemente la memoria de este admirable misterio. Tampoco podremos pronunciar con nuestros labios suficientemente esta salutación angélica, que pasó por los labios de un arcángel, y que se hizo por mandato divino y por intervención de un serafín, a la Virgen de las vírgenes y madre de Dios todopoderoso. Esta salutación se le hizo el día de sus grandezas, es decir, el día en que ella recibió la mayor y más elevada dignidad que jamás haya existido, el día más notable, más querido y más honorable de todos los días de su vida.

No podemos pronunciar suficientes veces palabras que son tan santas y tan agradables al Hijo de Dios, tan apreciables y queridas a su *gloriosa* Madre, y que, para nosotros deben ser tan preciosas y recomendables. Son muy agradables para el Hijo de Dios porque a él le gusta que saluden y honren a su dignísima madre.

Todo el honor que se le da a ella retorna a él mismo y todo lo que se hace por ella, se hace también por él, mucho más que lo que pueda ser hecho por el más pequeño de los suyos. Esas palabras sagradas contienen la memoria del primer misterio de su vida, misterio de su bondad y de su más grande amor hacia su Padre y hacia nosotros. Son muy queridas y agradables para su bienaventurada madre porque le trajeron la mejor, la más deseable y favorable noticia que jamás pudo escuchar. Para nosotros estas palabras deben ser muy preciosas y amables puesto que nos anuncian la llegada de aquél tan esperado, tan deseado, tan suplicado en la tierra por espacio de cinco mil años, que viene al mundo a traer nuestra liberación de la tiranía de Satanás y del pecado, para reconciliarnos con Dios, y para realizar cosas grandes y maravillosas por nuestro amor.

Por lo anterior la práctica del rosario, que se compone de esta salutación santa y angélica, es muy santa y muy agradable a Dios y a la Madre de Dios, y debe ser común y familiar a los verdaderos cristianos que desean agradar a Dios y a su santísima Madre. Y temo que los que a la hora de la muerte sean encontrados sin esta marca y distintivo de los servidores e hijos de la Madre de Dios, sean desconocidos y rechazados por ella y, consecuentemente por su Hijo, como indignos de participar de las misericordias del Hijo y de los favores de la Madre. Pero no basta con llevar un rosario, lo principal es orarlo bien.

30. Para orar santamente el Rosario de la Santísima Virgen³¹⁶

Puedes hacer lo siguiente para recitar con amor el rosario de la santísima Virgen.

- Después de besar la cruz de tu rosario, y de hacer con ella el signo de la cruz sobre ti, en honor y en unión del amor inmenso con que el Hijo de Dios besó y cargó sobre sus hombros la cruz, que le presentaron el día de su muerte, besando, acepta y adora con amor todas las cruces, penas y aflicciones que

³¹⁶ San Juan Eudes se refiere al rosario de santa Brígida, que tiene seis decenas. Tiene sesenta y tres *Avemarias* en honor de los 63 años, que según una tradición, vivió la virgen sobre la tierra. Tiene siete *Padrenuestros* en honor de los siete dolores y de las siete alegrías de la Virgen. Este rosario de santa Brígida se ha usado en Lourdes y en san Sulpicio.

en toda tu vida él quiera presentarte. Después de esto, conviene rezar el Credo, que contiene los principales misterios de la vida de Jesús y que es un resumen de la fe de su Iglesia.

- Por esto, al decir el Credo, entrégate a Jesús, unido al ardiente amor por el que murió por nosotros, y al amor de todos los santos Mártires que murieron por él. Unidos por este amor es preciso entregarnos a él para morir y derramar mil veces nuestra sangre, si esto fuera posible, por su puro amor, por la *gloria* de sus misterios, antes que renegar, por nada en el mundo, de la fe de su Iglesia. También entreguémonos a él para que ponga en nosotros un gran amor y devoción a todos los misterios de su vida y de su Iglesia. Que él los imprima y se *glorifique* en nosotros como él lo desea.
- En seguida, al decir el primer Padrenuestro y las tres primeras Avemarías, que preceden a la primera decena, conviene humillarnos a los pies del Hijo de Dios y de su Madre Santísima, reconociendo que somos indignos de presentarnos delante de ellos, de pensar en ellos y de que ellos piensen en nosotros. Démonos a Jesús, y pidámosle que El mismo quite de nosotros lo que le disgusta y se establezca en nosotros para que sea él mismo quien honre en ti a su santísima Madre, pues solamente él puede honrarla dignamente. Únete también a la entrega, al amor y a la devoción que él le tiene.
- Después, ofrece esta acción u oración a la santa Virgen, unido a la devoción, al amor, a la humildad y a la pureza de su Hijo Jesús, y unido también a todas las oraciones santas que se han hecho, y a toda la *gloria* y a las alabanzas que siempre se han dado y se seguirán dando a su Hijo y a ella, y también para que se cumplan todos sus proyectos, especialmente los que tiene que ver con nosotros.
- En seguida, al recitar cada decena del Rosario, conviene ofrecérsela al Hijo y a la Madre, para honrar alguna de sus grandes virtudes que ejercitaron mientras estaban en el mundo, sin separarlos jamás.
- Al decir la primera decena, ofrécela a Jesús y a María, para honrar la humildad profunda que tuvieron en sus pensamientos, palabras y obras.
- La segunda, en honor de la perfecta pureza del Corazón de Jesús y de María, virtud que consiste en dos cosas principales, a saber: en primer lugar, en un

gran odio, horror y alejamiento del pecado, y un perfecto desprendimiento de todo lo que no sea de Dios. En segundo lugar, en una santa unión con Dios, y con la pura *gloria* de Dios. Esto ha estado siempre en el Hijo de Dios y en su santísima Madre.

- La tercera decena, para honrar la divina dulzura y caridad que Jesús y María tuvieron con el prójimo en sus pensamientos, palabras, obras y sufrimientos.
- La cuarta, para honrar la sumisión santa y la obediencia de Jesús y María a la voluntad de Dios, como a la voluntad de los hombres, e incluso a la de sus mismos enemigos, por amor de Dios. En efecto, los dos hicieron profesión de no hacer jamás su propia voluntad, sino en todo y por todo la de Dios y la de su prójimo, por amor a Dios. Más aún, pusieron su alegría y su felicidad en someterse a la voluntad de Dios, en hacer todo lo él quería que hicieran.
- La quinta decena, para honrar el amor grande y puro de Jesús a su Padre y el de María a su Hijo Jesús, ya que tanto el uno como la otra vivieron en un continuo ejercicio de este amor puro. Todos los pensamientos que tuvieron, las palabras que dijeron y las acciones que realizaron fueron en este amor puro.
- La sexta decena, en honor del último día, de la última hora, del último momento, de la muerte divina y de todo el amor de Jesús y María.

Así, pues, en cada decena, medita en cada una de estas virtudes de Jesús y de María, considerando cuánto se distinguieron en ellas y con qué perfección las ejercitaron durante su vida mortal. Examina tu propia conducta y piensa qué alejado has vivido de dichas virtudes, y qué diferente has sido de tus divinos modelos, Jesús y María, en lo que a su práctica se refiere; humíllate profundamente y pídeles perdón de ello, suplicándoles reparen por ti tu desidia y negligencia espiritual, y ofrezcan al Padre celestial todo el honor que con la práctica de tales virtudes le rindieron, en satisfacción de tu imperfección y de tus culpas.

Mientras se recita el rosario conviene tener las siguientes actitudes:

1. Conviene concentrar nuestro espíritu en cada una de estas virtudes de Jesús y de María y considerar cómo esta virtud ha estado en ellos en forma eminente, y con qué perfección la vivieron durante toda su vida en sus pensamientos, palabras y acciones.

2. Es bueno también entrar en nosotros mismos para ver cómo nos hemos alejado de esta virtud, y que en esto somos muy distintos a nuestro padre y a nuestra madre, es decir, a Jesús y a María. Humíllate profundamente, pídeles, suplícales que reparen las faltas que has cometido. Ofrece al Padre eterno toda la *gloria* que ellos le dieron por la práctica de esta virtud, en satisfacción de las faltas que has cometido contra esta virtud.

3. Entrégate a Jesús y a su santa Madre con el deseo y la decisión de practicar desde ahora muy cuidadosamente esta virtud por amor a ellos. Pide al Hijo, por su poder absoluto, y a la madre, por sus oraciones y méritos, que destruyan todo lo que pueda impedirle en ti. Pídeles también que implanten y hagan reinar en ti esta virtud para la pura *gloria* de quien la Sagrada Escritura llama el Señor Dios todopoderoso.³¹⁷

Recuerda bien, por favor, que, aunque yo propongo varios pensamientos y ejercicios para estas prácticas de piedad, no hay que hacerlos todos de una vez sino aquéllos en los que encuentres más devoción, o a veces unos, a veces otros, según la gracia que el Señor te inspire. Si, por ejemplo, te concentras en una o dos o más virtudes de Jesús y María, no es necesario pasar a otras.

Me queda por decirte que, si rezas la última decena en honor del último día, de la última hora, del último momento y de la muerte santa de Jesús y de María, ofréceles el último día, la última hora y el último momento de tu vida, y el momento mismo de tu muerte para honrar el último día, la última hora y el último momento de su vida y de su santa muerte. Pídele para que todo lo que te suceda en esos momentos sea homenaje y *gloria* a sus últimos momentos. Pídeles que puedas morir en el estado e, incluso, en el ejercicio del divino amor, y que tu último suspiro sea un acto de amor a Jesús.

31. El Rosario de Jesús y María

Deseemos que las últimas palabras que digamos en la vida sean: *Jesús, María*. Para disponernos a obtener esta gracia de la divina misericordia, sería bueno terminar cada día con el rezo de un pequeño rosario que es muy corto, y que yo llamo

³¹⁷ Sal 23, 10, 45, 8; 58, 6.

el *rosario de Jesús, María*, porque solamente tiene estas dos palabras: *Jesús, María*, las cuales encierran lo que hay de más grande y admirable en el cielo y en la tierra, y contienen toda la virtud y la santidad de las oraciones más excelentes, y de las prácticas de piedad que se puedan realizar.

En este rosario hay treinta y cuatro pepitas en honor de los treinta y cuatro años de Jesús en la tierra y en honor de la participación que en ellos tuvo la santa Virgen, y del honor que ella le dio.

Al principio, se dirá tres veces:

«*Ven, Señor Jesús*»,

Con las intenciones propuestas en el rosario de la gloria de Jesús.

En cada granito o cuenta de la camándula, se dice:

«*Jesús, María*».

Intenta decirlo con todo el amor y devoción con que quisieras decirlo si estuvieras en la hora de tu muerte, y si fuera la última palabra que tuvieras que decir. Para esto, ten el deseo y la intención de decirlo en todo el amor; o, si quieres, con todo el amor, o en unión de todo el amor (todas estas expresiones significan lo mismo) que ha sido y que será dado eternamente a Jesús y a María en el cielo y en la tierra. Ofréceles todo este amor como cosa tuya, pues está dicho, que todo es de nosotros³¹⁸, para reparar las faltas a su amor y servicio, que durante toda tu vida has cometido.

En las cuentas gruesas hay que decir:

«*Bendita eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre, Jesús*».

Al decir esto, ofrece a Jesús y a María, todas las bendiciones y alabanzas que les han sido, son y serán dadas siempre en la tierra y en el cielo, en reparación de la falta en bendecirlos y alabarlos, que hemos cometido.

³¹⁸ Cfr. 1Co 3, 21.

SÉPTIMA PARTE

EJERCICIOS ESPECIALES EN EL AÑO

a. Para el cumpleaños

1. Deberes que hubiéramos debido cumplir a Dios en el momento de nuestro nacimiento

Yo no puedo contentarme con decírtelo, y tú jamás te cansarás de oírlo y de meditarlo, tan importante es esta verdad: considera a Jesucristo, como nuestro Jefe y Cabeza, cuyos miembros somos nosotros, que pasó por todos los estados y condiciones de nuestra vida mortal, ejecutó casi todas nuestras acciones y realizó todas sus obras, así internas como externas, para sí y para nosotros al mismo tiempo: de esta manera, la perfección y santidad del cristiano consisten, en entregarnos y en unirnos sin cesar a él en calidad de miembros suyos, y en continuar haciendo lo que él hizo y como él lo hizo, con las mismas disposiciones e intenciones suyas, y en configurar en todo nuestra conducta con la de Jesús, en imitar cuidadosamente todos sus ejemplos, sin apartarnos jamás de nuestro divino Modelo y Maestro: Cristo, Nuestro Señor. La perfección y santidad cristiana consisten igualmente en ejecutar todos nuestros ejercicios interiores, no sólo para nosotros mismos, sino, a imitación de Jesús, para todo el mundo, y de manera particular para aquellas personas con las que tenemos vínculos especiales de sangre, gratitud o amistad.

Tampoco debemos echar en olvido a este respecto, a la Santísima Virgen, quien igualmente es nuestro modelo y ejemplar de vida cristiana. Pero, mejor entenderás todo esto, por medio del siguiente ejercicio que te ayudará muchísimo a cumplir con Dios los deberes que hubieras debido realizar desde el primer momento de tu vida y aún desde el seno de tu madre, si hubieras entonces podido hacerlo y de no haber carecido en tal ocasión del uso de la razón.

2. Elevación a Jesús con motivo de nuestro nacimiento

1) *«Jesús, te adoro en tu nacimiento eterno y en la divina residencia que desde toda la eternidad fijaste en el seno de tu Padre. Te adoro igualmente en tu concepción temporal en las purísimas entrañas de la Virgen María, en la morada que por nueve meses estableciste en su regazo y en tu nacimiento al término de dicho plazo. Adoro y venero profundamente todas las grandezas y maravillas propias de estos misterios de tu amor y todas las disposiciones santas de tu adorable persona en esas circunstancias. Adoro, bendigo y amo con toda mi alma todos tus actos de adoración, de amor, de bendición, de alabanza y de consagración de tu Persona a tu Padre, y todos los demás actos y ejercicios divinos que practicaste en honor del mismo.*

2) *Yo te adoro y te glorifico, bondadoso Jesús, como autor de todas estas grandezas y maravillas para ti, para mí y para todo el mundo. Me doy y me uno a ti, amado Jesús, para hacer ahora contigo, a propósito de mi nacimiento y de mi estadía en el seno de mi madre, lo que tú hicisteis con motivo de tu nacimiento eterno y temporal, y de tu residencia eterna en el seno del Padre y de nueve meses en el de tu Madre dignísima, y me entrego y me uno a ti para hacer esto como tú lo hiciste, es decir, con el mismo amor, con la misma humildad, pureza y demás santas disposiciones que tuviste en todo ello. Y, puesto que lo hiciste, para ti mismo, para mí y para todos los hombres, de la misma manera, en honor de tu ardentísima caridad para conmigo y para con todos los hombres del mundo, yo deseo hacer este ejercicio no sólo para mí, sino también en nombre de mis amigos y en general de todos mis semejantes.*

Yo quiero, si te parece bien, Salvador mío, ahora, en cuanto esté a mi alcance con el auxilio de tu gracia, cumplir contigo todos los deberes que hubiera debido hacerte, si hubiera tenido, desde el momento de mi concepción, el uso de la razón, con ocasión de mi nacimiento. Deseo también darte todos los homenajes de adoración, alabanza, amor y gratitud que con idéntico motivo hubieran debido darte mis amigos y todos los hombres del mundo, habidos y por haber, y aun los que hubieran debido manifestarte los ángeles malos en el momento de su creación, y , aún más, los que hubieran debido exteriorizarte todas las criaturas del universo que fueron, son y serán, en el preciso instante en que de ti recibieron, reciben y recibirán el ser y la vida, si hubieran sido capaces de conocerte, amarte y bendecirte por tan insigne beneficio. Con este fin, me entrego, buen Jesús, una vez más a ti. Ven a mí, atráeme a ti, úneme a ti para que en ti y contigo pueda yo cumplir todos estos deseos sólo por tu gloria y por único agrado.

3) Unido a la devoción, amor, humildad, pureza y santidad, y a las otras disposiciones divinas con que has honrado, has bendecido, has amado y has glorificado a tu Padre Eterno, en tu nacimiento eterno y temporal, y en tu residencia eterna en el seno de tu Padre, y de nueve meses en el de tu Madre, yo te reconozco, te adoro, te amo, te bendigo y te glorifico, con tu Padre y con tu Espíritu Santo, como a mi Dios, a mi Creador y a mi soberano Señor.

Y te adoro, te amo, te bendigo y te glorifico también en nombre y de parte de todas las creaturas angélicas, humanas, irracionales e insensibles. Y, si fuera posible, yo quisiera tener en mí todas sus fuerzas y toda la capacidad que ellas tienen o habrían podido tener de glorificarte y de amarte, para emplearlas ahora en darte estos homenajes por mí y por ellas, y particularmente por aquellas de las que debo y quiero tener un cuidado especial ante tu Divina Majestad.

4) Gracias infinitas te doy, Dios mío, por mí y por todas las creaturas, especialmente por mis amigos, por el hecho de habernos otorgado el ser y la vida, y un ser capaz de conocerte y amarte y por habernos conservado la vida en el seno de nuestra madre antes del santo Bautismo. Pues, de no haber sido así, si hubiéramos muerto en tal estado, como tantos otros, antes de verse libres del pecado original por el santo Bautismo, jamás hubiéramos visto tu divino rostro y por siempre nos hubiéramos visto privados de tu santo amor. Que todos tus Ángeles te bendigan por toda la eternidad por tan señalado favor.

5) Creador mío, no me has concedido el ser y la existencia sino para consagrarlos a tu servicio y a tu amor. Y por tanto, te consagro y te sacrifico mi ser y mi vida, enteramente con la vida y con el ser de todos los Ángeles, de todos los hombres y de todas las creaturas, declarándote, en cuanto a mí se refiere, que ya no quiero existir ni vivir sino para servirte y amarte con toda la perfección que me pides.

6) Dios mío, qué motivo de humillación y de pena es para mí el pensar que durante los primeros meses de mi vida yo he sido enemigo tuyo y amigo de Satanás, y que, entonces vivía en un estado permanente de pecado que te desagradaba y ofendía

infinitamente. Por eso te pido humildemente perdón, Señor mío, y en satisfacción te ofrezco, Padre de Jesús, toda la gloria que tu amadísimo Hijo te dio con su permanencia eterna en tu seno paternal y durante los nueve meses de su concepción temporal en el de su dignísima Madre la Virgen María. Y a ti, Jesús, te ofrezco todo el honor que tu Madre te dio con su residencia en las entrañas de su madre santa Ana.

7) Benignísimo Jesús, en honor y unión del mismo amor con que aceptaste y sopor-taste todas las cruces y miserias que tu Padre te presentó en tu nacimiento temporal, te ofrezco todas las penas y miserias de mi nacimiento y las que me reserve el resto de mi vida, las acepto y estimo por tu amor y te ruego que las recibas en homenaje de las tuyas.

8) Jesús mío, te consagro el estado de mi nacimiento y el de mi residencia en el seno materno, y te suplico que, por tu infinita misericordia, borres cuanto, en esas situaciones hubo de ingrato y ofensivo hacia ti, y suplas mis defectos dando a tu Padre y a ti mismo todo el honor que yo hubiera debido darte, si yo hubiera estado en condiciones de hacerlo, y que hagas que todo este estado rinda homenaje de gloria inmortal al estado divino de tu morada en el seno de tu Padre Eterno y en el de tu Santísima Madre, así como también al de tu nacimiento tanto eterno como temporal.

9) Salvador mío, estos son los deberes que hubiera yo debido darte, si hubiera sido capaz desde mi nacimiento, y aún desde mi concepción en el seno de mi madre, y que ahora pretendo cumplirte, aunque demasiado tarde e imperfectamente. Pero, lo que me consuela inmensamente, querido Jesús, es el saber que con tu nacimiento temporal supliste con creces mi incapacidad y mi deficiencia. Efectivamente, entonces le diste a tu Padre todos estos homenajes, al hacer santa y divinamente todos estos actos y ejercicios espirituales, en tu nombre y en el mío también, al adorar, al glorificar, al amar y al agradecer a tu Padre celestial por ti y por mí al mismo tiempo.

Entonces dedicaste y consagraste a su gloria todo tu ser y tu vida presente y futura junto con mi ser y con mi vida, y con el ser y la vida de todas las creaturas del

universo que han existido y existirán, que en realidad te pertenecen puesto que el Padre te ha entregado todo, según tus propias palabras: «Todo me lo ha entregado mi Padre»³¹⁹. Ofreciste también a tu Padre el estado santo y divino de tu permanencia en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen con amor indecible, en reparación de la ofensa que debía causarle por la presencia del pecado original, todo el tiempo de mi concepción, en el seno de mi madre. Y en el momento en que aceptaste y ofreciste a tu Padre todas las cruces y sufrimientos que la vida te reservaba, también le ofreciste todas las penas y aflicciones pasadas, presentes y futuras de todos tus miembros, pues es propio de la cabeza hacer lo que hace, en su propio nombre y en el de sus miembros, ya que ellos y ella no forman sino un mismo ser.

Así, mi divina Cabeza, tú hiciste un santísimo uso de mi ser y de mi vida entera, al cumplir por mí a tu Padre, en tu nacimiento temporal, todos los deberes y homenajes que me hubiera correspondido rendirle con motivo del mi nacimiento. Bendito seas por eso eternamente.

Con cuánto me uno a todo cuanto entonces hiciste por mí. En verdad yo lo ratifico y apruebo con toda mi voluntad y quisiera firmarlo con la última gota de mi sangre, haciendo extensiva esta solemne declaración a todo cuanto has hecho por mí en todos los demás estados y acciones de tu vida, con ánimo de suplir mis deficiencias para con la Divina Majestad en los mismos estados y actos parecidos de la mía.

A imitación tuya, pues, Jesús mío, y en honor y unión del mismo amor que te ha movido a hacerlo todo por ti y por todos tus hermanos, miembros e hijos, y por todas las creaturas, yo deseo, de hoy en adelante, en todos mis ejercicios y en todas mis acciones, darte todo el honor y toda la gloria posible, en mi nombre y en el de todos los cristianos, mis hermanos, y miembros, como yo, de la misma cabeza y del mismo cuerpo, como también, por todos los hombres y por todas las demás creaturas, indignas o incapaces de amarte, y como si me hubieran encargado de amarte y honrarte en su lugar.

3. Elevación a la Santísima, Virgen, con motivo de nuestro cumpleaños

«Madre de Jesús, te saludo y te venero en el instante de tu purísima Concepción, en tu residencia en el seno bendito de tu dichosa madre y en el momento de tu nacimiento a la vida sobre la tierra. En ti honro todas tus santas disposiciones, todo el amor, todas las adoraciones, alabanzas, ofrendas y bendiciones que en tal ocasión le diste a Dios. En honor y unión del amor, de la pureza y de la humildad

³¹⁹ Mt 11, 27.

con que adoraste, amaste y glorificaste a su divina Majestad y le ofreciste tu ser y tu vida, adoro, bendigo y amo a Dios junto contigo, con toda mi alma y con todas mis fuerzas y le consagro y sacrifico para siempre mi vida y mi ser con todas sus pertenencias y propiedades.

Así también, al reconocerte, Virgen Santísima, como Madre de Dios, y por tanto, como mi Dueña y mi Patrona, te consagro y te entrego todo mi ser y mi vida entera, y te suplico muy humildemente que ofrezcas a Dios, por mí, el amor, la gloria y los homenajes que le diste en tu nacimiento, en reparación de mis deficiencias, y que hagas que todos los estados, acciones y sufrimientos de mi vida rindan perenne homenaje a todos los estados, acciones y penas de la vida de tu Hijo y de la tuya.

4. Deberes para con los Ángeles y los Santos, con motivo de nuestro cumpleaños

Después de haber dado los homenajes indicados anteriormente a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, es preciso saludar y honrar:

- al Ángel de la guarda, que nos fue asignado por Dios en nuestro nacimiento,
- a los Ángeles guardianes de nuestros padres, de la casa, del lugar y de la diócesis a que pertenecemos,
- al coro de los Ángeles con que Dios tiene dispuesto asociarnos en el cielo,
- a los Santos del día, del lugar y del país de nuestro nacimiento, con el fin de agradecerles los beneficios que hemos recibido de ellos, para ofrecernos y consagrarnos a ellos con ánimo de honrarlos toda la vida, y para suplicarles que nos ofrezcan a Dios Nuestro Señor y dispongan de nosotros para su *glorificación*, que, en nombre nuestro, rindan todos los homenajes que hubiéramos debido tributarle en el momento de nuestro nacimiento a la vida, si hubiéramos estado en condiciones de hacerlo.

No debemos olvidar que el Ángel de la guarda, y nuestro patrón celestial³²⁰, son los llamados a interceder por nosotros ante Dios para obtenernos de su infinita bondad nueva gracia y nuevas fuerzas para comenzar una vida nueva toda ella en lo sucesivo dedicada a la *gloria* de Dios.

³²⁰ Se trata del santo que lleva el nombre de cada persona.

b. Para el aniversario del bautismo³²¹

Habiendo empezado por medio del Santo Bautismo a vivir de verdad, es decir, de la vida que tenemos en Jesucristo, y siendo este divino sacramento el origen de toda nuestra felicidad, de seguro que, de haber tenido entonces el uso de la razón, en el día de nuestro Bautismo, hubiéramos debido rendir a Dios homenajes muy especiales con este motivo. Más, puesto que entonces no estábamos en posibilidad de hacerlo, es justo tomar cada año algún momento, con motivo del aniversario de nuestro bautismo, por ejemplo, o en cualquier otro tiempo, si nos resulta más cómodo y oportuno, para ocuparnos de los ejercicios que a continuación vas a leer.

1. Jesucristo es autor e institutor del bautismo

1.1. Deberes con Jesús en ocasión del bautismo

Jesucristo Nuestro Señor es el autor e institutor del santo Sacramento del Bautismo y la fuente de gracias que este sacramento encierra, ya que nos lo adquirió y mereció por su encarnación, por su propio bautismo en el río Jordán, por su pasión y su muerte dolorosa, y nos lo otorgó, y aplicó sus maravillosos frutos de santidad, por su resurrección admirable, movido del más ardiente amor. Es, entonces, justo que le rindamos homenajes especiales con este motivo. Para esto, nada mejor que recitar de corazón la elevación siguiente:

1.2. Elevación a Jesús Nuestro Señor, con motivo del santo bautismo

«Jesús, te adoro como autor e institutor del santo sacramento del bautismo, cuyas gracias nos has alcanzado y merecido por tu encarnación, por tu bautismo en el Jordán y por tu pasión y muerte dolorosísima. Igualmente adoro el amor inmenso por el que nos has merecido y otorgado este insigne beneficio y los designios admirables sobre toda tu Iglesia y sobre mí, en particular, con motivo de la institución de este maravilloso sacramento.»

³²¹ Para san Juan Eudes es muy importante, más que la fecha de cumpleaños, el aniversario del Bautismo.

Te doy infinitas gracias por toda la gloria que de aquí sacaste para Ti, y por las innumerables gracias espirituales que, con este sacramento, comunicas a tu Iglesia y a mí, en particular, el más indigno de sus miembros.

Te ofrezco y atribuyo toda la gloria y los admirables efectos de santificación que por este medio has obrado en tu Iglesia y te pido perdón del poco uso que he hecho de las gracias del bautismo y por haber desdeñado y frustrado con mi ingratitud y con mis infidelidades en tu servicio su acción santificante y por haber llegado hasta el punto de aniquilarla en mi alma por mis pecados.

Me doy a ti, buen Jesús: renueva y resucita en mí esta gracia y realiza en mí, por tu gran misericordia, los designios que tuviste sobre mí, al instituir el santo bautismo.

Jesús, te adoro en el misterio de tu encarnación, de tu pasión y de tu muerte por los que nos mereces la gracia encerrada en este sacramento. Te adoro especialmente en el misterio de tu bautismo en el Río Jordán y en las disposiciones de tu alma santa al cumplir con este rito y en los designios que con ocasión del mismo tuviste acerca de mí.

¡Qué enorme diferencia, Señor, entre tu bautismo y el nuestro! En el tuyo, cargas con nuestros pecados para expiarlos y hacer penitencia por ellos ante tu Padre en el desierto y en la cruz, y en el nuestro, Tú nos descargas de toda culpa, lavando y borrando nuestras faltas con tu sangre preciosa. Seas por eso eternamente bendito, bondadosísimo Jesús. Me doy a ti; cumple, te lo pido, todos los designios que sobre mí tuviste en tu bautismo, es decir, despójame enteramente de todos mis pecados y báñame en tu preciosa Sangre, bautizándome con el bautismo del Espíritu Santo y del fuego con que tu bienaventurado Precursor nos aseguró bautizabas, esto es: consume todos mis pecados en el fuego de tu santo amor, con el poder soberano de tu Espíritu Divino.

2. El nacimiento eterno y temporal, la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesús, modelo de nuestro bautismo

2.1. Deberes con Nuestro Señor con motivo del bautismo

Todo lo que existe fuera de Dios, tiene su idea en él, su ejemplar y su prototipo; y así, nuestro bautismo tiene por prototipo y ejemplar en estos cuatro grandes misterios, a saber:

- el misterio del nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno del Eterno Padre;

- el de su nacimiento temporal en el seno de la Virgen;
- el de su muerte y sepultura;
- el de su Resurrección.

El misterio de su nacimiento eterno: como su Padre, en su generación eterna, le comunica su ser, su vida todas sus perfecciones divinas, motivo por el cual es Hijo de Dios y la imagen perfecta de su Padre, así por el santo Bautismo, él nos comunica el ser y la vida divina, que ha recibido de su Padre, imprimiendo en nosotros una imagen viva de sí mismo para hacernos hijos del mismo Padre cuyo Hijo predilecto es él en Persona.

El misterio de su nacimiento temporal: así como en el momento de su encarnación y de su nacimiento de la Virgen, unió nuestra naturaleza a la suya y él se unió a la nuestra, la llenó de sí mismo y se revistió de ella, del mismo modo en el santo sacramento del bautismo se unió a nosotros juntándonos consigo e incorporándonos a él; se formó y se encarnó, en cierta manera, en nosotros, revistiéndonos y llenándonos de Sí mismo, según las palabra del Apóstol: «*Todos ustedes los que están bautizados en Cristo, se han revestido de Jesucristo*»³²².

El misterio de su muerte y de su sepultura: San Pablo lo declara terminantemente: «*Todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, lo fuimos en su muerte... y hemos sido sepultados con Él por el bautismo en la muerte*»³²³. Palabras que en nada difieren de estas otras del mismo Apóstol en su carta a los Colosenses³²⁴: «*Están ustedes muertos y su vida está escondida en Dios junto con Cristo*». Esto quiere decir que por el bautismo ustedes han entrado en un estado que los obliga a estar muertos a ustedes mismos y al mundo, y a no vivir ya sino con Jesucristo, por una vida enteramente santa y divina, escondida, enterrada y como absorbida en Dios, tal cual es la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

El misterio de su Resurrección: como el Hijo de Dios, por su resurrección, penetró en una vida nueva íntegramente separada de la tierra y por entero celestial y espiritual, así el Apóstol, en el lugar citado, nos enseña que: «*Hemos sido sepultados junto con Cristo por el bautismo, a fin de que como Él resucitó después de su muerte para entrar en una nueva vida, también nosotros, después del bautismo caminemos*

³²² Gal 3,27.

³²³ Rom 6,3 y 4.

³²⁴ Col 3, 3.

por una vida totalmente nueva»: «Por el bautismo fuimos sepultados con Cristo en la muerte, de modo que, como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva»³²⁵.

2.2. Elevación a Jesús

Jesús Hijo de Dios e Hijo del hombre, te adoro en tu doble nacimiento eterno y temporal; te doy gracias infinitas por la gloria indecible que en ellos diste a tu Padre celestial. Adoro los pensamientos y designios que tuviste sobre mi persona en este doble misterio, puesto que desde entonces tuviste fijo en mí tu pensamiento y con amor infinito decidiste formar en mi alma un vivo retrato tuyo y una fiel imagen de tu nacimiento y de tu vida entera. Porque, así como tu Padre te comunica su vida divina e inmortal, al constituirte su Hijo y su imagen perfectísima, del mismo modo ideaste comunicarme tu vida santa y celestial por tu Bautismo y grabar en mi corazón una imagen perfecta y viviente de tu sagrada persona.

Haciendo de mí, por la gracia, lo que tú eres por naturaleza, un verdadero hijo de Dios, y otro Jesucristo por participación y similitud maravillosa. Dios mío, ¿cómo podré yo agradecerte semejante beneficio? ¡Ay de mí!, qué culpable soy por haber impedido tantas veces con mis pecados la realización de tus designios sobre mi persona. Perdón, ¡Salvador mío!, de todo corazón te lo imploro y me entrego a ti para que repares mis faltas y renueves en mí esta imagen tuya y la de tu nacimiento y de tu vida. Sepárame de mí mismo y de todo lo que de ti me aleje, para unirme e incorporarme a ti únicamente. Vacíame de mí mismo y de toda cosa, para que me colmes de ti mismo, estableciendo sobre todo mi ser tu imperio y dominio soberano.

Haz que yo sea de hoy en adelante una imagen perfecta de ti mismo, así como tú lo eres de tu Padre. Haz que yo participe de tu amor filial hacia él, ya que yo también soy hijo suyo; que yo viva de tu propia vida, es decir, de una vida santa y perfecta, verdaderamente digna de Dios, pues, eso es lo que yo he llegado a ser por participación inmerecida que tú en persona me otorgaste.

Y, finalmente, haz que, en tal forma esté yo revestido de ti mismo, de tus cualidades, virtudes y perfecciones y de tal manera transformado en ti que no vean ya sino a Jesús en mí, y que realmente no haya en mí sino tu vida, tu humildad, tu dulzura, tu

³²⁵ Rm 6,4.

caridad, tu amor, tu espíritu, y tus virtudes y cualidades restantes, puesto que quieres que yo sea tu «doble», o «alter-ego» en la tierra.

Jesús, te adoro en el misterio de tu muerte, de tu sepultura y de tu Resurrección y te doy gracias por la gloria que en dichos misterios diste a tu Padre y por los pensamientos y designios que en ellos tuviste sobre mí. Porque siempre has estado pensando en mí en todos los misterios e instantes de tu vida con miras a mi santificación personal.

El designio especial que acerca de mi persona concebiste en este triple misterio de tu muerte, sepultura y resurrección, por el santo bautismo, fue el de grabar en mí ser una imagen perfecta e imborrable de los mismos misterios, haciéndome morir a mí mismo y al mundo corrompido, ocultándome y sepultándome en ti y contigo en el seno de tu Padre y resucitándome y haciéndome revivir como tú de una vida nueva, celestial y divina.

Bendito seas mil veces por todas estas gracias, mi adorado Señor. Pero, ¡ay de mí!, que he destruido con mis pecados infinidad de veces estos planes maravillosos de amor y misericordia. Te pido humildemente perdón por ello y me doy enteramente a ti, adorable Jesús mío, como también al espíritu y poder del misterio de tu muerte, sepultura y Resurrección para que, una vez más, me hagas morir a todo lo creado, me ocultes dentro de ti mismo y me escondas en el seno de tu Padre en unión contigo y entierres mi espíritu en el tuyo, mi corazón dentro de tu Corazón, mi alma en la tuya y mi vida en tu vida. En una palabra, establece en mí la nueva vida en la que entraste por tu resurrección para que ya no viva yo sino en ti, por ti y sólo de ti».

3. Jesucristo nos bautiza por medio del ministro

3.1. Deberes que debemos cumplir a propósito de las ceremonias del Santo bautismo

Todos los santos Padres de la Iglesia nos enseñan que Nuestro Señor Jesucristo es quien personalmente nos confiere, por la virtud de su Espíritu, todos los sacramentos en la persona del sacerdote, que lo representa y que en su nombre y bajo su autoridad actúa oficialmente. Él es quien consagra en la Santa Misa, Él, quien nos absuelve en el tribunal de la Penitencia, y él también es el que nos bautiza, con

diversas ceremonias que preceden y siguen al Bautismo, ceremonias que Él ha inspirado a su Iglesia, llenas todas de misterioso significado y de maravilloso simbolismo. Estos son los homenajes que debemos darle con tal motivo:

3.2. Elevación a Jesús con motivo del Bautismo

«Amabilísimo Jesús mío, yo te adoro y te reconozco como autor, junto con tu sacerdote, de mi bautismo. Tú eres el autor del sacramento, si bien el instrumento de que te vales para conferirme su gracia es el sacerdote administrante. Señor, yo no te conocía entonces, yo no pensaba en ti, yo no te amaba ni, en esos momentos, hacía el menor caso del favor insigne que me otorgabas. Y con todo, no dejabas de amarme, recibíendome en el número de tus hijos y de tus miembros por medio del bautismo.

Salvador mío adorado, deseo recordar ahora ese tiempo y feliz momento en que tú me bautizaste para adorarte, bendecirte, amarte y glorificarte infinitas veces, suplicando a tu Eterno Padre, a tu Espíritu Santo, a tu sagrada Madre, a todos tus Ángeles y Santos y a todas tus creaturas que te bendigan, te amen y te den gracias por mí eternamente.

Jesús, te adoro como institutor e inspirador de todas las ceremonias y ritos que acompañan la administración solemne del santo bautismo. Adoro todos tus designios al instituir este santo Sacramento y me doy a ti para que en mí se cumplan a cabalidad, operando en mi ser tu gracia misericordiosa, todos los frutos maravillosos que en su institución te propusiste.

Bondadoso Jesús, ahuyenta de mi corazón el espíritu maligno, y cólmame de tu Espíritu Santo. Dame una fe viva y perfecta. Fortalece mis sentidos y facultades superiores con la virtud de tu santa cruz, contra toda tentación y peligro, consagrándolos a tu servicio.

Llena mis labios de tu sabiduría divina, esto es, de ti mismo, produciendo en mi ser una sed y un hambre devoradora de poseerte, ya que tú eres el único alimento espiritual que puede saciar mis ansias, que nada ni nadie fuera de ti puede llenar.

Consérvame en el regazo de tu Iglesia santa como en el seno de mi madre, pues fuera de ella no puede haber vida y salvación para mí, y hazme apreciar y amar todas sus prácticas y ceremonias, que tú mismo le inspiraste, y respetar y obedecer todas sus leyes y preceptos maternos, fiel interpretación de tu divino querer, y

seguir en todas sus máximas, sus normas y su espíritu, que son los mismos de tu adorable persona.

Buen Jesús, abre mis oídos a tu palabra como lo hiciste con los de aquel pobre sordomudo al contacto de tu sagrada saliva, y ciérralos enteramente a las voces engañosas del mundo y del demonio, y haz que donde quiera que yo vaya, me acompañe el grato aroma de los hijos de Dios. Úngeme con el óleo santo de tu gracia, y concédeme una firme e imperturbable paz contigo y con mis semejantes.

Revísteme la blanca túnica de tu inocencia y de pureza divina. Disipa las tinieblas de mi espíritu iluminando todo mi ser con tus luces celestiales y abrasándolo en el fuego de tu amor inefable para que yo mismo me transforme en antorcha viva y luciente que ilumine y encienda con la luz de tu conocimiento y con la llama de tu amor a todos aquellos que vivan en mi compañía.

Finalmente, te suplico que me concedas la gracia de que, así como por mi bautismo he sido motivo de regocijo para todos los habitantes del Cielo, para tu santísima Madre, para tu Espíritu Santo y para tu Eterno Padre, al verme, por la gracia del Sacramento liberado del yugo de Satanás para ser admitido en la sociedad divina de los Ángeles, y Santos y aún de las Tres Divinas Personas, por cuya razón repicaron las campanas de mi Iglesia después de la sagrada ceremonia, así también yo viva en lo sucesivo de manera que continúe siendo motivo de gozo y alegría para todos tus Ángeles y Santos, para tu Madre santísima, y para toda la beatísima Trinidad, y que ponga toda mi dicha en servirte y amarte con toda perfección».

4. Profesión solemne del cristiano en el Santo Bautismo

Ya hemos visto cuales son los votos y la profesión solemne y pública que todos los cristianos hacen con ocasión del Bautismo. Así, y para no repetir, me contentaré ahora con recordarte esas ideas poniéndolas en forma de Elevación que te servirá para renovar cada año, ojalá en el aniversario de tu bautismo, la profesión de fe que entonces a nombre tuyo hicieron tus padrinos ante Dios Nuestro Señor.

4.1. Elevación a Jesús para renovar las promesas del Bautismo

Jesús, Señor mío y Dios mío, te adoro como a mi Jefe y Cabeza, que en todo debo seguir e imitar, como lo prometí solemne y públicamente en el Bautismo, por labios

de mis padrinos, quienes ante la faz del cielo y de la tierra declararon que yo renunciaba irrevocablemente a Satanás, a sus obras y a sus atractivos, esto es, al mundo y al pecado, para unirme estrechamente a ti, mi Cabeza y mi Jefe, y para darme y consagrarme por entero a ti, con ánimo de permanecer así unido a ti por siempre jamás.

Estas son promesas de gran importancia y que me obligan como cristiano a una gran perfección y santidad, porque hacer profesión de vivir en ti y unido a ti como a mi propia Cabeza, es hacer profesión de no constituir sino un solo ser contigo, como los miembros y la cabeza de un mismo cuerpo no forman juntos sino un solo ser orgánico, es hacer profesión de no tener sino la misma vida contigo, el mismo espíritu, el mismo corazón, la misma alma, el mismo ideal y las mismas devociones y disposiciones. Es, por consiguiente, hacer profesión no sólo de pobreza, o de castidad, o de obediencia, sino de ti mismo, es decir, de tu vida, de tu espíritu, de tu humildad, de tu caridad, de tu pureza, de tu pobreza, de tu obediencia, y, en general, de todas tus virtudes.

En una palabra, es hacer la misma profesión que tú hiciste ante tu Padre desde el momento de tu Encarnación, y que con toda perfección cumpliste en toda tu vida, a saber: no hacer nunca la propia voluntad, sino poner toda la felicidad en el cumplimiento de la voluntad divina, en una perpetua sumisión a Dios, y a los hombres por amor de Dios, y en vivir en continuo estado de víctima inmolada a la gloria de Nuestro Señor.

Tal es el voto y tal la promesa que yo hice en mi Bautismo, Jesús mío. ¡Y qué santa y divina es esta profesión! Pero ¡qué distante de la perfección y santidad que ella me impone ha sido hasta hoy mi vida de cristiano! ¡Cuántas veces he quebrantado mis promesas bautismales! ¡Perdón, Dios mío, perdón! Divino Reparador mío, repara, te lo suplico, todas mis deficiencias y en satisfacción de ellas, ofrece a tu Padre todo el honor que le diste en tu vida con el perfecto cumplimiento de la profesión que le hiciste el día de tu Encarnación.

Jesús mío, en honor y unión del inmenso amor con que hiciste esta profesión, quiero hacer ahora personalmente lo que en mi bautismo hice por intermedio de mis padrinos, renovando yo mismo la Profesión que ellos en esa fecha hicieron en nombre mío. Así pues, en virtud del poder de tu Espíritu y de tu amor, yo renuncio para siempre a Satanás, al pecado, al mundo y a mí mismo.

Me entrego a ti, Jesús, para unirme estrechamente a ti, para permanecer unido a ti y para no formar contigo sino un mismo ser, con un mismo espíritu, con un mismo corazón y con una misma vida. Me entrego a ti para no hacer jamás mi voluntad

sino sólo la tuya. Me ofrezco, me consagro y me dedico por entero a ti como eterno servidor de tu adorable Persona y de todos los hombres por amor a ti. Una vez más me entrego a ti, y me consagro y me inmoló en calidad de hostia y de víctima sacrificándome enteramente a tu gloria como mejor te plazca.

Bondadosísimo Jesús, concédeme la gracia, te lo ruego por tu infinita misericordia, de cumplir a satisfacción esta solemne promesa. Pero será mejor que tú mismo la cumplas en mí y por mí, o más bien, por ti mismo y por tu propia satisfacción, y según toda la perfección que quieres, pues yo me ofrezco a ti para hacer y sufrir con este objeto todo cuanto sea de tu agrado».

5. Bautizados en el nombre de la Santísima Trinidad

5.1. Homenaje a las Tres Divinas Personas por este motivo

Nuestro Señor Jesucristo es quien nos ha bautizado, y lo ha hecho en nombre y por la virtud de la Trinidad Beatísima, ya que las tres Divinas Personas están presentes en nuestro Bautismo de una manera muy especial. Ahí está el Padre engendrando a su Hijo en nosotros y a nosotros en su Hijo, es decir, confiriendo un nuevo ser y una nueva vida a su Hijo en nosotros, y dándonos a nosotros un nuevo ser y una vida nueva en su Hijo.

Está también el Hijo, pues nace y comienza a vivir en nosotros, comunicándonos su divina filiación con la que nos hace hijos de Dios. Y está igualmente presente el Espíritu Santo, formando a Jesús, en el seno de nuestras almas así como lo formó en el de María Santísima.

Él Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se hacen presentes en nuestro Bautismo para desprendernos de todas las creaturas y consagrarnos a su servicio de una manera especialísima, imprimiendo en nosotros su divino carácter y su imagen adorable, y fijando en nosotros, que somos templo, tabernáculo y trono viviente de su amor, su morada de *gloria* y el reino de su vida.

De manera que, si nuestros pecados no lo impidieran, estas tres eternas y divinas Personas morarían siempre en nosotros en forma maravillosa e inefable, dándose, así, una *gloria* admirable, reinando y viviendo en nuestros corazones con una vida santísima y realmente divina. Y así es, como por el Bautismo llegamos a pertenecer por entero a Dios y a estar consagrados sólo a él, de tal manera que no podamos

ya dedicarnos a otra cosa que a su servicio y a su *gloria*. Con este objeto será bueno rendirle los debidos homenajes, por medio de la siguiente elevación:

5.2. Elevación a la Santísima Trinidad

«Trinidad santa y adorable, te adoro en tu divina esencia y en tus tres Personas eternas. Te adoro presente en mi Bautismo, y adoro también todos los designios que con tal motivo tuviste acerca de mi persona. Te pido perdón por los obstáculos que he puesto a su realización, y como reparación te ofrezco toda la vida, las acciones y los sufrimientos de Jesucristo y de su Madre Santísima. Me entrego a ti, Divina Trinidad, para la cabal realización de tus designios. Padre Eterno, Hijo Único de Dios, Espíritu Santo del Padre y del Hijo, vengan a mí, vengan a mi corazón y a mi alma para que me separen de cuanto exista fuera de ustedes. Vivan y reinen en mí. Aniquilen todo lo que en mi ser les desagrade y ofenda, y hagan que todo él se consagre por siempre a la pura y única gloria de ustedes».

6. Rosario de la Santísima Trinidad

Mientras celebras así el recuerdo del día de tu Bautismo en el nombre de la Santísima Trinidad, sería muy conveniente, para rendir un homenaje de especial significado a este excelso misterio, recitar el Rosario de la Santísima Trinidad que consta de tres decenas y tres granos al final de cada decena, en honor de las tres divinas Personas.

Para comenzar lo dirás tres veces:

«Ven, Santísima Trinidad»

para invocar y llamar a nuestra memoria, inteligencia y voluntad al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y para que te entregues a ellos, a fin de que destruyan en ti cuanto se opone a su *gloria*, y para que se *glorifiquen* a sí mismos dentro de ti, según su voluntad.

En cada grano pequeño se dirá:

«Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén».

Y, al decir esta oración, ofrece a las tres divinas Personas toda la *gloria* que desde toda la Eternidad ellas se han dado por sí mismas, y la que por toda la eternidad les será rendida en la tierra y en el cielo por todas las creaturas del universo, en satisfacción de las faltas que hemos cometido contra su *gloria* en toda nuestra vida.

En los granos mayores, correspondientes a los “Glorias” del Rosario, dirás con todo fervor y con las mismas intenciones:

«A ti alabanza, a ti gloria, a ti amor, Santísima Trinidad».

7. Conclusión del ejercicio del Bautismo

Para finalizar este ejercicio con ocasión del Santo Bautismo, es preciso dar gracias a Nuestro Señor por los beneficios que te ha hecho por medio de tan gran sacramento, pedirle perdón de las faltas que has cometido en él, ofrecerte a la Santísima Virgen, a tu Ángel Custodio, a los Ángeles testigos de tu Bautismo, al Santo que te ha honrado con su nombre y, en general, a todos los Ángeles y Santos del cielo, suplicándoles que te ofrezcan a Jesús, le den gracias por ti y le rindan en tu lugar los homenajes que tú hubieras debido darle en el día de tu Bautismo, si hubieras estado en condición de hacerlo, y que te alcancen de él la gracia de cumplir a cabalidad todos tus buenos deseos y santas resoluciones que te haya inspirado en este devoto ejercicio.

c. Para la Pascua del cristiano

Como la gravedad de la enfermedad, que suele preceder a la muerte, habrá de impedirnos casi de un todo el pensamiento de Dios para rendirle en momentos tan angustiosos los homenajes que le son debidos en tales circunstancias, es muy conveniente y oportuno, separar unos momentos o mejor unos días cada año³²⁶ para entregarnos al cumplimiento de estos ineludibles deberes y a la meditación siempre saludable de nuestros últimos momentos.

³²⁶ Es recomendable hacer este ejercicio durante el tiempo de Cuaresma.

Leemos en las obras de Santa Gertrudis, que a esta santa, cuando hizo una vez este ejercicio, Nuestro Señor le manifestó su satisfacción y le aseguró que lo tendría en cuenta como preparación para la hora de su muerte. Confiemos que su Infinita Bondad nos conceda gustoso el mismo favor, si imitamos a la venerable religiosa en esta práctica tan devota.

Con este fin, y para proceder con orden, será bueno escoger unos diez días para hacerla meditando ante Dios sobre otros temas de vital interés, con relación a nuestro paso a la eternidad, y la manera de morir cristiana y santamente. Este es el orden que debes seguir en esas meditaciones.

Día primero: Elevación a Jesús, sobre mi entrega a su santa voluntad

1.- «Jesús, dueño y Señor mío, me postro a tus pies, y te adoro como a mi soberano Juez al decretar contra mí la sentencia de muerte por medio de las severas palabras que, después del primer pecado, dirigiste a Adán, y en él a todos sus descendientes: «Polvo eres y al polvo volverás»³²⁷. En honor y en unión del inmenso amor y de la profundísima humildad con que a los pies de Pilatos escuchaste y recibiste de labios de este juez inicuo, la sentencia de muerte pronunciada contra ti por tu propio Padre, para rendir honor y homenaje a su divina Justicia, yo me someto de todo corazón a la sentencia de muerte que contra mí pronunciaste desde el principio del mundo, reconociendo que la he merecido, no sólo en razón del pecado original en que nací, sino también y, sobre todo, cuantas veces te he ofendido en el curso de toda mi vida por mis innumerables pecados personales».

2.- «Reconozco, Dios mío, aunque no yo no fuera culpable de ninguna falta, ni original, ni actual, que, en virtud del soberano dominio y del poder absoluto que tienes sobre mí, tú puedes santísimamente quitarme la vida, y aún aniquilarme y disponer de mi ser como te plazca. Y por tanto, en honor y en unión del amor incomparable y de la maravillosa sumisión con que la Santísima Virgen, tu Madre, que en ninguna forma tenía cuentas pendientes con tu Justicia, ni estaba obligada a morir, ya que no había incurrido en ningún pecado, ni original, ni actual, y sin embargo, aceptó gustosa la muerte en homenaje a tu divina soberanía, yo también acepto, desde ahora, mi muerte, movido por idénticos motivos, dando así, con esto, homenaje a tu

³²⁷ Gen. 3,28.

soberano dominio y abandonándome enteramente en tus manos para que dispongas de mí en el tiempo y en la eternidad, según tu beneplácito y para tu mayor gloria».

3.- *«Buen Jesús, eterno e inmortal, tú eres vida y fuente de toda vida, y, a pesar de todo, quieres morir, y morir en una cruz, y con la muerte más cruel e ignominiosa que podamos imaginar, para hacer homenaje a la justicia, a la soberanía y aún a la vida divina y eterna de tu Padre, y para darme testimonio de tu amor. Por consiguiente, Salvador mío, aun cuando yo no estuviera obligado a la muerte a causa de mis pecados, y aún más, si por un imposible en alguna forma yo no dependiera de tu dominio soberano, y aún más todavía, si tú no hubieras muerto por mí en particular, yo debería, no sólo aceptar la muerte sino que debería desear morir para honrar tu muerte santísima, que es tan digna de todo honor, que todos los seres vivos de la creación deberían espontáneamente someterse a la muerte, si no estuvieran sujetos a ella por fuerza, para rendir homenaje a su Creador.*

Pero, aunque tú no hubieras muerto, Dios mío, todos los seres vivos deberían sacrificarte gustosamente su vida y su ser, para honrar tu vida divina e inmortal, y tu eterno y supremo Ser, y para testimoniar con ese sacrificio que sólo tú eres digno de existir y de vivir, y que todos los demás seres no deben tener derecho a la vida sino que deben ser aniquilados en tu presencia como ante el sol, las estrellas del firmamento pierden todo su esplendor y toda su luz.

En homenaje, pues, a tu muerte adorable y a tu vida maravillosa, y en honor y unión del amor inmenso con que quisiste morir, no sólo para satisfacer la justicia de tu Padre y para honrar su soberano dominio sino también para sacrificar tu vida humana y temporal en homenaje y gloria de la vida divina y eterna que compartes con tu Padre y con tu Espíritu Santo, y para proclamar y dar testimonio con este sacrificio delante del cielo y de la tierra, que no hay otra vida fuera de ésta, digna de existir y que cualquier otra vida creada debe desaparecer y esfumarse a la vista y en presencia de esta vida suprema e increada.

En honor, digo, y en unión de este inmenso amor por el cual has querido morir así con intenciones tan nobles y divinas, y en honor y en unión, igualmente, del amor ardentísimo con que tu Madre y todos tus Santos, en particular, tus Mártires han aceptado gozosos la muerte con las mismas intenciones, es decir, para honrar tu santa muerte y tu vida divina, yo acepto y abrazo gustoso la muerte que quieras

mandarme, en el lugar y tiempo que juzgues mejor y de la manera que a bien tengas disponer.

De manera que, si ordenas que mi muerte sea dolorosa, o llena de vergüenza, o que yo en ese trance me vea solo y abandonado de toda ayuda humana, (con tal que no me falte la tuya), o que me vea privado del uso de mis sentidos y aún de mi razón, que se haga tu santa voluntad.

Quiero aceptar y abrazar todo esto en honor de tu muerte dolorosísima y llena de ignominias, en honor del asombroso abandono que padeciste en la cruz, aún de parte de tu Padre, en homenaje a la carencia del uso de tus sentidos en los comienzos de tu infancia y en honor de que te consideraron y te trataron como a un loco aún por tus propios conocidos al comienzo de tu predicación evangélica, lo mismo que por Herodes y su lujuriosa corte, en tu pasión.

En fin, mi querido Jesús, me pongo enteramente en tus manos y de un todo me abandono e inmolo de tal manera a tu divino querer, en este asunto como en todos los demás, que ya no quiero tener otro anhelo ni otro deseo que los que tú me inspires según tu beneplácito, y conforme a tus designios de sabiduría, bondad y omnipotencia inefables, pues siempre sabes, quieres y puedes elegir para mí lo que más me convenga y favorezca, en relación con tu gloria. Solamente te pido que, ya que tú moriste en amor, por amor y para el amor, a pesar de que yo sea indigno de morir por tu amor y para tu amor, al menos me concedas la gracia inefable de morir en tu amor.

4.- Yo te pido, Jesús mío, ya que has hecho todas tus acciones para ti y para todos los hombres, especialmente para tus hijos y amigos, también yo quiero que aceptes favorablemente mis deseos de hacer todos estos ejercicios para honrarte, no solamente por mí, sino también a nombre de todos mis semejantes, y muy particularmente de aquellas personas por quienes debo y quiero de modo muy especial interesarme ante tu Divina Majestad.

Madre de Jesús, ciertamente parece que tú no deberías haber muerto, puesto que eres la Madre del Eterno, del Inmortal, de Aquél que es la Vida por esencia. Sin embargo te sometiste gustosa a la muerte, para hacer así homenaje a la de tu Hijo. Y por esto, tu muerte es tan digna de respeto y de veneración, que todas las criaturas deberían espontáneamente someterse a la muerte para honrar con ella la muerte de quien es Madre de su Creador y su excelsa Señora y Reina poderosa.

Por esto, Virgen Santa, aunque yo no tuviera ninguna obligación de morir, quisiera, con todo, como en realidad lo hago, aceptar gustoso mi muerte, ofreciéndotela a ti, junto con la de todos mis semejantes, en homenaje a tu muerte santísima, y suplicándote humildemente, Madre de la vida, que unas nuestra muerte a la tuya, y que te dignes servirte de ella para honrar la de tu Hijo, y que nos alcances de él la gracia inapreciable de morir en su santo amor».

Día segundo: acción de gracias por todos los beneficios recibidos durante la vida

Después de haber aceptado la muerte con las disposiciones ya señaladas, lo primero que hemos de hacer para prepararnos a morir santamente, es dar gracias a Nuestro Señor por todos los beneficios que hemos recibido de su mano durante toda la vida, y es más que conveniente, emplear un día íntegro en el cumplimiento de dicha obligación, según el tenor de la siguiente meditación:

1.- *«Jesús, te contemplo y te adoro como principio y fuente de todo bien y de cuantas gracias, así temporales como eternas, han sido, son y serán dadas en el cielo y en la tierra a todas tus creaturas, y en especial a la más ingrata e indigna de todas ellas, que ahora reverente y humillado te expresa su gratitud más rendida.*

Buen Jesús, ¿quién podrá conocer jamás todos los beneficios que de ti he recibido? Ciertamente son innumerables, y yo soy, sin duda alguna, supremamente incapaz de manifestarte mi agradecimiento.

Señor, que todo cuanto hay, cuanto ha habido y cuanto habrá en mí, que todas las creaturas de la tierra y del cielo, que todos tus Ángeles y Santos, que tu Madre Santísima, que tu Padre con tu Espíritu Santo, que todas los poderes de tu divinidad y de humanidad y todas las gracias y misericordias que proceden, que, en suma, todo cuanto existe, repito, se dedique a alabarte eternamente, mejor dicho, que todo esto se transforme en himno perenne e inmortal de alabanzas a ti, por lo que eres para con tu Padre, para contigo mismo y para con tu Espíritu Santo, y por todas las gracias que has derramado sobre tu humanidad santa, sobre tu dichosa Madre, sobre tus Ángeles y Santos, y sobre todas tus creaturas en general, y especialmente por las que a mí me regalaste y las que tuviste la intención de concederme, si yo no hubiera frustrado tus designios con mis pecados y mi mala voluntad.

Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, Ángeles y Santos de Jesús, creaturas todas de Jesús, bendigan y agradezcan eternamente a Jesús por

mí. Divino Jesús, glorifícate tú mismo a nombre mío y tribútate cien veces más todas las acciones de gracias que a mí me corresponde darte por tus infinitos beneficios».

2.- «Buen Jesús, tú conoces todos los favores y gracias que yo he recibido de tu Santísima Madre, de tus Ángeles y Santos del cielo, y de innumerables personas que viven en el mundo. Te consta igualmente mi total incapacidad para demostrarles mi gratitud y reconocimiento. Por tanto, acudo a ti para suplicarte, muy humildemente, que suplas mi deficiencia y te encargues de dar a todas esas personas, tanto a las de la tierra como a las del cielo, el homenaje de mi más rendido agradecimiento por todos los beneficios que me han dispensado.

3.- «Madre de gracia, Madre de Dios, por tu intercesión he recibido todos estos beneficios del cielo. Que el cielo y la tierra te bendigan por esto, en mi lugar y en el de todos cuantos se han hecho acreedores a tus favores, y que ni siquiera se preocupan de manifestarte la menor muestra de gratitud».

Día tercero: Confesión de nuestros pecados y la satisfacción por nuestras culpas

Después de emplear un día completo en agradecer a Dios las gracias que nos ha concedido durante toda la vida, es justo destinar otro para pedirle perdón por nuestros pecados y para tratar de repararlos de la mejor manera posible. Con este objetivo, es bueno hacer para esa ocasión una buena confesión, si no extraordinaria, al menos acompañada de una contrición y humildad especiales, y de una preparación y esmero tan grande como si fuera la última de nuestra vida. Para esto puedes servirte de los actos de contrición y demás ejercicios ya indicados en este libro, cuando tratamos este tema. No estaría de más que en ese día destinaras un poco de tiempo para meditar en estas verdades ante Dios, en la forma siguiente:

1.- «Amabilísimo Jesús, me has creado para amarte y para servirte. Puesto que eres infinitamente digno de ser amado y servido, y puesto que tu servicio y amor son la razón de mi existencia, yo quisiera cumplir a perfección este deber ineludible de mi vida, y, sin embargo, tengo que reconocer, cubierto de confusión, que no he

hecho otra cosa que ofenderte de pensamiento, palabra y obra y con todos los órganos y sentidos de mi cuerpo, y con todas la facultades de mi alma, por el abuso de todas tus creaturas puestas a mi servicio, quebrantando todos tus mandatos y en todas las maneras imaginables. Dios mío, ¡cuántos pecados, cuántas ingratitudes, cuántas infidelidades. Adorado Salvador mío, arrojo todas mis culpas en la hoguera de tu amor y en el abismo insondable de tu misericordia!

¡Quién me diera el poder de convertirme totalmente en dolor, en contrición y en lágrimas de sangre para borrar y aborrecer las faltas que he cometido contra tu bondad infinita, digna de todo amor y alabanza, y a la que he ofendido con mil delitos!

Dios mío, ¿qué podré hacer para reparar tantas ofensas? Si con soportar todos los tormentos y todos los dolores del mundo lo pudiera lograr, ciertamente que gustoso los sufriría. Pero, aun cuando empleara todas mis fuerzas en castigarme, y aun cuando soportara todos los martirios habidos y por haber en este mundo, jamás podría por mí mismo reparar de manera digna la injuria y el ultraje horrendo que te he causado con la menor de mis faltas.

2.- *Pero, Jesús mío, yo te ofrezco la gloria, el amor, y el servicio que en vida dieron todos tus Santos con tu santísima Madre en pensamientos, palabras y acciones, y por el uso santo que hicieron en este mundo de sus sentidos corporales y de sus facultades superiores, y con las virtudes que practicaron, y los sufrimientos que soportaron en la tierra, como satisfacción por las faltas que yo he cometido desde el día en que nací hasta el día de hoy. Te ofrezco, igualmente, todo el honor que te han dado y que te darán siempre tus Ángeles, tu Espíritu Santo, tu Padre Eterno, y tú en persona, en reparación de las ofensas y ultrajes que contra ti he cometido en el curso de mi vida entera».*

3.- *«Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, Ángeles, Santos y Santas de Jesús, ofrezcan en mi nombre a mi Salvador todo el amor y la gloria que le han procurado, en satisfacción por la injuria que yo con mis culpas le he hecho sin cesar.*

4. - «¡Miserable de mí, pecador empedernido! Al ofender a Dios, he ofendido también a todos los seres. He ofendido al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a la Madre de Dios, a todos los Ángeles y a todos los Santos y, en general, a todas las creaturas, naturalmente interesadas en la honra o en la ofensa de su Creador. Y, ¿cómo hacer, Dios mío, para reparar tantas ofensas, para dar satisfacción a tantas personas y para pagar tantas deudas?... Ya sé lo que tengo que hacer: yo poseo un Jesús, que encierra un tesoro infinito de virtudes, de méritos y de buenas obras y que me ha sido dado para ser mi tesoro, mi virtud, mi santificación, mi redención y mi reparación. Lo ofreceré al Padre Eterno, al Espíritu Santo, a la Santísima Virgen, a todos los Ángeles y a todos los Santos en reparación de todas las faltas que he cometido contra ellos».

Padre Santo, Espíritu Divino, les ofrezco todo el honor y todo el amor que mi Jesús les dio en este mundo por sus pensamientos, palabras y acciones, y por el uso santísimo que hizo en vida de sus órganos y sentidos corporales y de las facultades de su alma, por todas las virtudes que practicó y por todos sus padecimientos, como satisfacción de todas las ofensas que yo he cometido en toda mi existencia contra tu Excelsa Majestad.

¡Virgen Santísima, Santos Ángeles, bienaventurados Santos y Santas!, les ofrezco mi tesoro y mi todo que es Jesús. Saquen de él, a quien aman, cuanto sea necesario para pagarle cuanto les debo por mis pecados y negligencias.

5.- «Jesús mío, dignísimo Redentor mío, expía tú mismo todas mis faltas, y suple, por tu gran misericordia, todas las faltas de mi vida contra tu Padre, contra tu Persona adorable, contra tu Espíritu Santo, contra tu sagrada Madre, contra tus Ángeles y Santos, y contra todas aquellas personas a quienes haya podido ofender. Me entrego a ti para hacer y sufrir lo que tú quieras con ese fin. Acepto desde ahora todas las penas corporales y espirituales que me sobrevengan en esta vida y en la otra, en satisfacción de mis pecados.

6.- «Virgen Santísima, teniendo yo tantas y tantas obligaciones de honrarte y servirte, no he hecho otra cosa que ofenderte y ultrajarte, al ofender a tu Hijo. Te pido perdón por eso, Madre misericordiosa, y en satisfacción te ofrezco todo el honor que en el cielo y en la tierra se te ha rendido en todo tiempo. Suplico a todos los

Ángeles y Santos, al Espíritu Santo, a tu Hijo y al Padre Eterno que suplan mis deficiencias y te den la gloria que me tocaba darte en toda mi vida».

Día cuarto: La sagrada comunión

La Sagrada Comunión es el medio más santo e indicado para dar a Dios todos nuestros homenajes y para prepararnos a una muerte santa. Procuremos destinar un día de los de este ejercicio, para disponernos a comulgar con una preparación y devoción extraordinaria, y con tal cuidado y esmero como si esta fuera la última Comunión de nuestra vida terrena. Para lograr este objetivo bastaría el ejercicio que anteriormente te indiqué para comulgar dignamente, si lo sigues con toda fidelidad. Por tal razón, no añadiré ahora mayor cosa y me limitaré a darte algunas instrucciones particulares respecto de tu última comunión.

Ofrécela a Nuestro Señor:

- en honor de cuanto él es en sí mismo y en relación contigo;
- en acción de gracias por todos los efectos de su amor al Padre y a todas las creaturas y, de manera especial, a ti;
- en satisfacción de todas las ofensas que le han causado todos los pecados del mundo, y en especial, los tuyos;
- por la realización plena de todos sus designios sobre todo el mundo y, sobre ti, en particular.

Entrégate, luego, al Eterno Padre, suplicándole que te una al amor inmenso con que recibió a su Hijo en su regazo y en su corazón paternal el día de su Ascensión.

Entrégate a Jesús y ruégale que te asocie al amor ardiente y a la humildad profundísima con la que instituyó el Sacramento del Altar, y con la cual, según opinión de algunos Santos Padres, comulgó en persona la víspera de su muerte.

Ofrécete a la Santísima Virgen, a san Juan Evangelista, a santa María Magdalena, a santa María Egipciaca, y a todos los demás santos y santas de la Iglesia, y pídeles que te hagan partícipes de su amor, humildad, pureza, fervor y santidad manifestada en su última comunión en este mundo.

Y después de haber comulgado y de haber dado gracias a Nuestro Señor como de costumbre, con extraordinario fervor adora todos los designios que ha tenido sobre ti desde toda la eternidad. Pídele perdón por los obstáculos que en toda tu vida has

puesto a los mismos. Suplícale de corazón que no permita que mueras sin que hayas realizado sus adorables planes de bondad y de misericordia. Entrégate en sus manos con el mayor deseo y con la más firme resolución de trabajar en lo sucesivo en el cumplimiento y en la consumación de su obra en ti, y en aniquilar cuanto podría oponerse a sus planes, a fin de poder decirle en el día final de tu existencia lo que Él dijo a su Padre en el último instante de la suya: «*He terminado la obra que me encomendaste*»³²⁸.

Día quinto: El sacramento de la Unción de los enfermos

Como ignoramos si estaremos en condiciones de pensar en Dios debidamente al recibir el santo Sacramento de la Unción de los enfermos, si se nos concede otorgarnos semejante favor, conviene que destines este día para dar a Nuestro Señor los homenajes a los que estaremos obligados por ese motivo, y para prepararnos de la manera siguiente a recibir dignamente este admirable Sacramento:

1.- «Buen Jesús, te adoro como autor e institutor del sacramento de la Unción de los enfermos, y como fuente de todas las gracias en él contenidas, que nos has adquirido y merecido al precio de tu sangre. Te reconozco todos los efectos de la gracia, que por este sacramento admirable has producido en las personas, y te bendigo, y mil veces, por toda la gloria que con su institución te has dado a ti mismo. Adoro todos los propósitos que te hiciste al instituir este Sacramento, y me doy a ti para facilitar su pleno cumplimiento, en cuanto conmigo se relaciona, y te ruego humildemente que me concedas la gracia de recibir la Santa Unción de los enfermos al fin de mi vida, o en caso de no poder recibirla, te dignes, por tu infinita misericordia, obrar en mí las mismas gracias que le son inherentes.

2.- «Jesús, te adoro en la unción santa que en los últimos días de tu vida te administró tu celestial seguidora, santa María Magdalena y, ya muerto, y antes de tu sepultura San Nicodemo y San José de Arimatea. Te ofrezco todas las sagradas unciones efectuadas en este último sacramento sobre los cuerpos de todos los cristianos del mundo y las que hasta la consumación de los siglos se hayan de realizar

³²⁸ Jn 17, 4.

sobre los mismos, en honor de esta divina unción que hicieron en tu cuerpo deificado.

3.- «Buen Jesús, te adoro en tu calidad de soberano Sacerdote, al que por derecho propio pertenece la administración de todos tus sacramentos. Me doy a ti como tal, suplicándote que vengas a mí para que tú mismo me prepares con las debidas disposiciones a la recepción del sacramento de la unción de los enfermos y para que me apliques personalmente todos los efectos saludables de gracia y santificación que encierran las ceremonias y ritos de tan maravilloso sacramento. Y con el fin de disponerme a recibir todas estas gracias, me postro a tus pies, Salvador mío, acusándome ante ti, y ante tus Ángeles y Santos, de todos los pecados de mi vida entera y pidiéndote muy humildemente perdón por ellos. Te ruego de todo corazón con tu santa Madre, con todos tus Ángeles y Santos que pidas a tu Eterno Padre, que, a su vez, me los perdone, y, en satisfacción de los mismos le ofrezcas todas tus obras y los sufrimientos de tu vida mortal.

Bondadoso Jesús, ven ahora, ven a mí, a mi corazón, ven a traer tu santa paz y a aniquilar en mí cuanto pueda turbar la tranquilidad y la calma de mi espíritu. Ven a purificarme con tu sangre preciosa, lavando en ella todas las impurezas de mis pecados; ven a darme la absolución, la indulgencia y la remisión plena y total de todos mis pecados.

Bondadosísimo Jesús, te ofrezco y entrego todos los sentidos, miembros y órganos de mi cuerpo, y todas las facultades de mi ser; úngelas, por favor, con el óleo santo que sin cesar brota de tu sagrado Corazón, es decir, con el óleo de tu gracia y de tu misericordia, y borra con esta celestial unción todos los malos efectos que en ellos ha dejado la culpa. Querido Jesús mío, te ofrezco el uso santo que tú, junto con tu Madre santísima, y todos tus santos, han hecho de los órganos y sentidos corporales, y de las facultades espirituales de tu ser, en satisfacción del mal empleo que yo he hecho de mis miembros, órganos, sentidos y facultades personales. Concédeme la gracia, te lo pido, de no valerme de ellos en adelante sino para tu mayor gloria.

En fin, amabilísimo Jesús, dame por favor tu santa bendición, ruega a tu Padre y a tu Espíritu Santo que, a su vez, me bendigan para que en virtud de esta bendición divina y omnipotente, se destruya todo cuanto en mi te disgusta y ofende, y me vea yo totalmente convertido en alabanza y bendición eterna a la Santísima Trinidad.

Día sexto: El testamento de Jesús y el nuestro en honor suyo

Durante este día nos dispondremos a hacer nuestro testamento, a imitación y honra del de Jesús, cuyo recuerdo debe ocuparnos en todo el día para considerarlo y adorarlo y disponernos de esta manera a ordenar las cláusulas del nuestro, conforme a su espíritu y con las mismas intenciones con que Jesús redactó el suyo.

Aquí propongo la manera como debes proceder en tema de tanta trascendencia:

«Jesús, te adoro en los últimos días de tu vida, y en todo lo que se relaciona con ellos, especialmente en las circunstancias que acompañaron la proclamación de tu testamento en el Cenáculo, en el Monte de los Olivos y en el madero de la Cruz. Adoro, bendigo y glorifico el amor infinito hacia tu Padre, la caridad ardentísima para con nosotros y las demás virtudes y disposiciones santas con que actuaste en esa ocasión.

En tu testamento hay cinco cláusulas muy importantes, a saber:

La primera, se refiere a tus enemigos. Qué maravilla, qué exceso de bondad, tu primera palabra y tu primera oración en la cruz es para tus enemigos y verdugos, al suplicar a tu Padre se digne perdonarlos, y precisamente, en los momentos en que ellos te crucificaban y te quitaban la vida con sevicia y crueldad inhumanas.

La segunda cláusula se relaciona con tu Padre, en cuyas manos entregaste tu espíritu con estas palabras: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu»³²⁹ y al decir esto, no sólo estás haciendo referencia a tu alma deificada sino que también lo aplicas a mí y a todos los que te pertenecen, todos presentes en ese momento en tu mente adorable, y a quienes considerabas más que nunca tuyos por la unión íntima que, en el misterio de la Redención, los unía contigo, en ese instante supremo. Y por esta razón, al decir: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu», hablabas por ti y por mí a la vez, encomendándole mi ser juntamente con el tuyo, y dirigiendo este ruego a tu Padre, que también es el mío, en tu nombre y en el mío para la hora en que yo deje mi cuerpo, y todo ello con el mismo amor con que orabas por ti mismo. Por esto, sin duda, al hablar a tu Padre, le dijiste: «Padre», y no, «Padre mío», para manifestarnos que, en tales circunstancias, no lo considerabas como tu Padre personal y exclusivo, sino como Padre común y universal de todos tus hermanos y miembros, y que le rogabas, no sólo en tu nombre sino, en general, por todos los

³²⁹ Lc 23, 46.

que te pertenecen, y lo hacías con un amor y una confianza filial tales, que obligan mi gratitud eterna hacia ti. Seas por ello eternamente amado y bendecido.

La tercera cláusula de tu testamento se refiere a tu santísima Madre, a la que le das lo que más quieres en el mundo, después de ella misma naturalmente, es decir, a tu discípulo predilecto, san Juan Evangelista, y, representados en él, a todos tus demás discípulos e hijos de todo el mundo, presentes y futuros, hasta el fin de los tiempos. Porque, en efecto, al decir estas palabras: «Mujer, he aquí a tu hijo»³³⁰, tú le regalabas no sólo a san Juan, sino también a todos los cristianos representados por él al pie de la Cruz, o sea, a todos tus hijos redimidos por tu sacrificio y que, por lo tanto, era lo más querido que tenías sobre la tierra.

Igualmente, al decirle a san Juan: «He ahí a tu madre»³³¹, le entregabas no sólo a él, sino también a todos nosotros, lo que de más precioso tenías en el mundo, es decir, a tu propia madre, y nos la dabas para que fuera madre nuestra, dejándonos, por tanto, tu título más estimable o sea, el de hijo de María. Y por tal motivo, al proclamar tal herencia la llamas: «Mujer», y no madre, para darnos a entender que renuncias en favor nuestro a tu título de hijo, y que, en adelante, la que, hasta entonces había sido tu madre, dejará por tu muerte por algún tiempo, de serlo respecto de tu adorable Persona, para ser madre nuestra ya hasta la eternidad.

De manera que, buen Jesús, por tu testamento me has regalado a tu madre queridísima, y a la vez, me la has entregado, no ya en calidad de siervo o de esclavo, sino de hijo. Por consiguiente, si ya no soy el servidor de María sino su hijo, María, más que mi señora y mi Reina soberana, ha de ser mi madre querida. Qué amor, qué bondad inefable, que todos los seres de la creación te bendigan y te adoren por tan grandes muestras de amor hacia mí, infeliz pecador.

La cuarta cláusula de tu testamento nos concierne de manera muy especial a nosotros, y participamos de tal manera de su significado, que parece que no la hubieras redactado sino a favor nuestro. En los días últimos de tu vida nos manifestaste con tus palabras un amor tan profundo como extraordinario. Efectivamente, nos aseguras que tu Padre nos ama tanto como a ti: «Los has amado a ellos como me has amado a mí»³³² y que tú nos amas como tu Padre te ama a ti: «Como mi Padre me

³³⁰ Jn 19, 26.

³³¹ Jn 19, 27.

³³² Jn 17, 23.

ha amado, así los he amado yo»³³³, recomendándonos, por lo tanto, que nos amemos como tú amas a tu Padre» y que nos amemos mutuamente los unos a los otros, así como tú nos amas: «Si guardan mis mandamientos permanecerán en mi amor, así como yo guardo los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» y «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros como yo los he amado»³³⁴.

Es también evidente que, al ver acercarse el final de tu vida mortal, con un afecto y un cuidado muy particular, quisiste confiarnos y recomendarnos a las personas más dignas y poderosas del cielo y de la tierra, precisamente a las que más amabas y por quienes eras correspondido en igual forma, esto es, a tu Padre celestial y a tu dignísima Madre, la Virgen María. Y así, ya a punto de marchar al suplicio de la cruz dijiste a tu Padre, en vísperas de morir: «Padre santo, conserva en tu nombre a los que me has dado... Yo no te lo pido sólo por éstos (por mis apóstoles), sino también por los que han de creer en mí, por medio de su palabra»³³⁵.

Y, ya en la cruz, en el trance final y decisivo de tu existencia, la entregaste al mismo Padre, junto con todos tus hijos y discípulos, al decirle: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu», y, minutos antes de expirar, ya nos habías confiado al cuidado maternal de tu santísima Madre al decirle: «Mujer, he ahí a tu hijo».

Además, en vísperas de tu muerte, en esa bellísima y solemne oración que dirigiste a tu Padre, le pediste para nosotros las gracias más extraordinarias que pudo idear tu amor infinito. Así, le dijiste con filial confianza: «Yo quiero, Padre mío, que los que me diste estén donde yo mismo esté»³³⁶, esto es, que tengan su morada y descanso conmigo eternamente en tu seno y en tu corazón paternal. Y añadiste: «Que el amor con que me amaste, Padre justo, esté con ellos»³³⁷, es decir: ámalos como me amas, ámalos con un amor inmenso, divino e infinito. Míralos con los mismos ojos con que a mí me miras, ámalos con el mismo corazón con que me amas a mí, trátalos en la misma forma en que me tratas a mí, y concédeles todo lo que a mí me concedes. Y todavía añades: «Padre santo, que sean un sólo ser como tú, Padre,

³³³ Jn 15, 9.

³³⁴ Jn 13, 34.

³³⁵ Jn 17, 11.20

³³⁶ Jn 17, 24.

³³⁷ Jn 17, 25.

en mí y yo en ti... que sean uno, así como tú, Padre mío, estás en mí y como yo estoy en ti. Que ellos se vean transformados en un solo ser»³³⁸.

No cabe, pues, la menor duda de que en la víspera y en el día de tu muerte nos diste cuanto tenías en mayor estima y afecto: nos diste a tu Eterno Padre para que fuera nuestro Padre, pidiéndole que nos amara lo mismo que a ti con amor paternal; nos diste, en calidad de madre, a tu propia Madre; nos diste tu santísimo Cuerpo en la Eucaristía y tu espíritu divino al expirar en la cruz; nos diste tu Sangre preciosa sin reservarte ni una sola gota; nos diste tu vida, tus méritos, tus sufrimientos, tu humanidad y tu divinidad, según tus propias palabras: «Yo doy mi vida por mis ovejas» y «la claridad que me diste, a ellas se las he dado»³³⁹. En suma, Señor, nos diste cuanto tenías sin reservarte nada en absoluto. Qué admirable es tu bondad para con nosotros al hacernos tanto bien, precisamente en la misma hora en que te hacíamos sufrir en forma tan cruel y despiadada con nuestras culpas y pecados. Ay, querido Jesús, ¿por qué te amamos tan poco y por qué pensamos en ti tan raras veces? ¿Será posible que un amor tan grande sea despreciado así por aquellos a quienes les das las más grades pruebas de tu divina caridad?

La quinta y última cláusula de tu testamento la diste a conocer en el Monte de los Olivos, cuando, en el momento de separarte de tus discípulos para subir al cielo, les diste tu santa bendición. Nosotros participamos también de tan insigne beneficio, pues al dar tu bendición a tus apóstoles y discípulos, nos la diste igualmente a todos y a cada uno de nosotros en particular, ya que en ese momento nos tenías tan presentes en tu corazón como lo estamos hoy en tu amor. Que el cielo y la tierra te bendigan y que todas las criaturas del universo se conviertan en un himno de bendiciones y alabanzas eternas a tu Infinita majestad. Estas son, bondadoso Jesús, las cinco cláusulas de tu Testamento, en cuyo honor quiero ahora redactar el mío, en la forma y en el tenor siguiente:

Día séptimo: Nuestro testamento a imitación del testamento de Jesús

1. *«Dulcísimo Jesús, en honor y unión del amor con el que derramaste tu Sangre, y al morir en la cruz, perdonaste a tus enemigos y verdugos, pidiendo para ellos perdón a tu Padre, quiero yo perdonar de todo corazón a cuantos, en cualquier forma,*

³³⁸ Jn 17, 21.

³³⁹ Jn 10, 15 y 17, 22.

hayan podido ofenderme y te ruego también que tú perdones a todos los que me han ofendido u ocasionado cualquier disgusto. Me ofrezco a ti para hacer y sufrir en favor de ellos cuanto te plazca y aún para morir y dar mi sangre por ellos si fuera necesario y si tú me lo exigieras. A mi vez, pido perdón, con toda la humildad posible, a todos los que he ofendido en toda mi vida y me entrego a ti para ofrecerles la satisfacción debida».

2. *«En honor y unión del amor inmenso, de la plena confianza y de las demás disposiciones santas con que entregaste y encomendaste tu alma y las de todos los tuyos en manos de tu Padre, me entrego y abandono, junto con todas las personas que yo debo cuidar o responder ante ti de modo especial , en las dulces manos y en el corazón amorosísimo de este Padre Divino, que es mi Dios, mi Creador y mi Padre amabilísimo, para que disponga de ellos según su beneplácito, abrigando no obstante la absoluta confianza, que en su infinita bondad, los alojará, buen Jesús, en su regazo paternal para que lo alaben eternamente contigo, según tu deseo: «Yo quiero, Padre, que los que me diste estén a mi lado en donde yo me encuentre»³⁴⁰.*

3. *«En honor y unión de la caridad indecible con que le entregaste todos tus amigos y todos tus hijos a tu Madre Santísima, yo también entrego y abandono en manos de esta Virgen querida a todos los que has querido confiar a mi cuidado, suplicándote, buen Jesús, que tú mismo se los entregues y los recomiendes a ella. Por mi parte también yo le pido con toda mi alma, por el infinito amor que le profesas y por el que Ella te tiene, y por el mismo amor con que tú le diste tus amigos y tus hijos, que de ahora en adelante, los mire como hijos de su corazón y que tenga a bien servirles de Madre.*

4. *«En honor y unión del amor omnipotente con que me encomendaste a tu Padre, el último día de tu vida, y con que le pediste para mí grandes beneficios y abundantes bendiciones, y con el que me diste todo lo que tenías en mayor consideración, demostrándome de palabra y obra tu amor y ordenándome amar a mi prójimo como*

³⁴⁰ Jn 17, 24.

tú mismo lo amas, en honor, repito, y en unión de este mismo amor, yo te encomiendo a todos los que tú sabes que debo recomendarte de manera especial, y te pido para ellos todo lo que tú pediste para mí a tu Padre en el último día de tu vida. Me entrego a ti totalmente y de todo corazón por toda la eternidad, me doy a ti para amarte como tú amas a tu Padre, y del mismo modo como él te corresponde. Me doy igualmente a ti para amar a mis semejantes como tú me has amado a mí mismo, dispuesto a dar mi sangre y mi vida por ellos, si tú me lo pidieras».

5. *«Jesús, Dios, bendición de todos, te adoro en el monte de los Olivos, en los últimos momentos de tu permanencia en la tierra, cuando te disponías a subir a los cielos. Te adoro en el instante supremo en que diste tu santa bendición a tu santísima Madre, a tus Apóstoles y a tus discípulos; adoro el amor infinito y las disposiciones de tu alma santa, que acompañaron tan emocionante escena, según la leemos en el Santo Evangelio³⁴¹.*

Buen Jesús, mírame postrado a tus pies, penetrado de la misma humildad y de las mismas santas disposiciones con las que tu Madre Santísima, tus Santos Apóstoles y discípulos, de rodillas ante ti, recibieron tu última bendición. Te suplico humildemente, por el amor que les tiene a ellos y por el que ellos te profesan, que me des ahora a mí, y a todos los que te he recomendado, tu santa bendición, a fin de que por su fuerza quede aniquilado y destruido totalmente en nosotros todo lo que te ofende, y nosotros mismos nos veamos convertidos en alabanza, amor y eterna bendición a tu adorable Majestad».

Día octavo: Nuestra despedida

Mira este día como último de tu existencia y trata de pasarlo con tal devoción y fervor, como si en realidad hubiera de ser el último para amar a Nuestro Señor en este mundo. Para esto dedícate a contemplar y a adorar a Cristo en el último día de su vida mortal y haz todas tus obras con las mismas disposiciones santas y divinas con que Él ejecutó las tuyas, uniéndote desde ahora a sus intenciones para el último día de tu vida y suplicando a Jesús que él mismo te asocie a ellas, y que las grabe e imprima en tu corazón para poder pertenecer al número de aquellos de quienes el Espíritu Santo dice en el libro del Apocalipsis: *«Dichosos los que mueren en el*

³⁴¹ Lc 24, 50.

*Señor»*³⁴². Lo mismo, guardadas las debidas proporciones, harás con la Virgen Santísima, contemplándola y honrándola en el día último de su vida, uniéndote a sus disposiciones, y consagrándole el último día de tu vida en honor del último de la suya. Para esto bien puedes valerte de las elevaciones a Jesús y a María, que te dejamos señaladas en las páginas precedentes.

Por otra parte, agrego que es muy conveniente que en este día, adores a Jesús y honres a su Santísima Madre en su agonía, y en el trance de su muerte, y ofréceles tu muerte y tu agonía con la súplica ferviente de que las unan a las tuyas, y, de ese modo, las bendigan y las santifiquen. También es bueno que adores el poder infinito del amor divino que hizo morir a Jesús y a María consumidos en las ardientes llamas de su caridad, pidiéndole que te haga morir también a ti en unión de ella, abrasado, en el mismo fuego de su sagrado amor. Honra en este día a todos los santos mártires y a todos los santos y santas en su agonía y en su muerte, ofreciéndoles las tuyas y rogándoles que las unan a las tuyas y te asocien a las santas disposiciones con que se prepararon a morir, y que te hagan partícipe del amor y de la *gloria* que dieron a Nuestro Señor el último día de su vida y con el último instante de su existencia.

De una manera muy particular ruega a san Juan Evangelista, a santa María Magdalena, al Buen Ladrón que murió con Jesús, y a los otros santos y santas que asistieron a la muerte de Nuestro Señor, que te acompañen también a ti en ese trance terrible y te ayuden a morir santamente. También es de desear que en este día procures leer la Pasión de Cristo, en el capítulo 17 del Evangelio de san Juan que encierra las últimas palabras y oraciones de Jesús, antes de marchar al suplicio de la cruz; y las oraciones de la Iglesia para los agonizantes, pues no sabes si en el día último de tu vida estarás en condiciones de prepararte en debida forma a una muerte santa y meritoria. Por lo anterior es bueno anticiparnos a esa fecha incierta, y leer la Pasión de Nuestro Señor y las oraciones ya señaladas, con toda la devoción con que deseas hacerlo en el trance de la muerte y con el fervor usado por toda la Iglesia en tan emotiva ceremonia.

Pero, sobre todo, al leer el capítulo 17 de San Juan, que contiene las últimas palabras y oraciones de Jesús, entrégate a él para pronunciar estas palabras y oraciones admirables en unión del amor y de las disposiciones e intenciones con que lo hizo el Hijo de Dios, rogándole imprima en tu corazón tales disposiciones en los

³⁴² Ap 14, 13.

últimos momentos de tu vida y que estas palabras produzcan entonces todo el fruto de santificación que en sí encierran.

Por último, póstrate a los pies de Jesús y de su Madre Santísima para pedirles que te den su santa bendición en el momento supremo de tu agonía, diciéndoles la siguiente oración:

«Jesús, Madre de Jesús, denme por favor la santa bendición para el último instante de mi vida, y hagan, por su infinita misericordia, que esos momentos supremos de mi existencia den un digno homenaje de adoración, a tu muerte santísima con el acto más puro de amor que jamás haya podido hacer mi corazón en tu honor».

Día noveno: El juicio particular que ha de seguir a nuestra muerte

Es una práctica muy recomendable, cuando se asiste a la muerte de algún cristiano, ponerse de rodillas en el instante preciso en que expira, para adorar la venida del Hijo de Dios que se hace presente con el fin de juzgarlo en su mismo cuerpo, en el que permanece hasta el momento en que, por dicho juicio, se le adjudique el lugar definitivo que le hade corresponder después de la muerte. Fácil sería probar la certeza de esta venida de Cristo Nuestro Señor para juzgarnos a la hora de nuestra muerte con no pocos textos de las Sagradas Escrituras que hablan de esto, pero no se trata ahora de sentar este dogma³⁴³. Ahora basta saber que si es bueno adorar al Hijo de Dios en el juicio que ejecuta sobre otras personas en la hora de su muerte, con mayor razón debemos adorarlo con ocasión del que ejercerá con nosotros en la hora suprema de nuestro fallecimiento, y, desde ahora, cumplir espontánea y gustosamente los deberes que entonces tendremos que hacer por obligación imperiosa. Empleemos este día en la forma siguiente:

1. *«Jesús, tú eres el Santo de los santos y la santidad personificada, infinitamente distante de todo pecado e imperfección. No obstante te contemplo en el Huerto de los Olivos, postrado ante tu Padre y con el rostro en la tierra, y al día siguiente en idéntica humildísima actitud a los pies de Pilatos, cuando tu Padre considerándote como a quien ha cargado con todos los pecados del mundo, para constituirse en fiador y rescate de la humanidad pecadora, se decide a ejercer su justicia sobre ti y, cargándote con el juicio de los pecadores, te condena a la muerte de cruz. Y tú aceptas este juicio con plena sumisión, con humildad indecible y con amor ardiente*

³⁴³ Cfr. Jn 14,3; Jn 5,22.

hacia tu Padre y hacia nosotros, pecadores miserables, causa de tu muerte. Jesús, te adoro y te glorifico en este juicio y en todas las santas disposiciones de humillación, contrición, sumisión y amor admirables con que lo soportaste».

2. *«En honor y unión de estas disposiciones, mírame aquí postrado a tus pies, Jesús, para reconocerte y adorarte como a mi Juez soberano. Gustoso me someto al poder que tienes de juzgarme, y me alegro de verte dotado de tan soberano poder sobre los hombres y sobre los ángeles de todo el universo. Bendigo mil veces a tu Padre porque te lo ha dado, y te declaro que, si por un imposible carecieras de tal poder y estuviera en mis manos dártelo, de mil amores me despojaría de él para concedértelo, y que si ya no estuviera yo sujeto a la potestad de juzgar, que te pertenece, de buen grado me sometería a ella, en homenaje a tu divina justicia y al juicio que soportaste de parte de tu Padre en tu santa pasión».*

3. *«Jesús, te adoro en tu venida a la hora de mi muerte y en el momento en que te acercarás a mí para juzgarme, y en todas las circunstancias que acompañarán dicho juicio. Hazme participar de la luz divina con que me darás a conocer mi vida entera para darte cuentas de mi conducta y del celo de tu justicia con que te vengarás de mis ofensas, para que desde este momento pueda yo conocer todas mis faltas y reparar mis pecados por una perfecta contrición y por un odio y aborrecimiento eficaz de los mismos».*

4. *«Dios mío, cuánto te he ofendido en pensamientos, palabras y obras durante mi vida entera. En verdad confieso, mis pecados innumerables, y me acuso de ellos ante ti, ante tu Santísima Madre, ante tus Ángeles y santos, y, si tal fuera tu voluntad, quisiera acusarme de ellos ante el mundo entero tal cual están a tu vista que penetra los misterios mismos del corazón. Si me fuera dado conocerme como tú me conoces, y como me veré y me conoceré a tu luz en el instante terrible de mi juicio particular... ¿Qué confusión y qué vergüenza tan espantosa no habré de sentir en tan horrendo trance? ¿Qué horror sentiré entonces por mis crímenes, y cuánto pesar y dolor no habré de experimentar en tan angustiosa situación? Ay de mí, infeliz, por haberte amado tan poco y, por haberte ofendido tanto... ¿Cómo me acusaré entonces a mí mismo? Estoy seguro de esto: yo seré mi propio juez, pues seré el primero*

en pronunciar mi propia condenación cuando me dé cuenta cabal de mi miseria e indignidad espiritual».

5. *«Pero, ¿será preciso esperar hasta ese momento tremendo? Desde ahora, Señor, me entrego al celo de tu divina justicia y al espíritu de odio y horror que te anima para con el pecado, y en honor de estos sentimientos de tu corazón, yo odio y detesto con toda mi alma todos mis pecados, renunciando a ellos por siempre y comprometiéndome a hacer penitencia de los mismos hasta el fin de mi vida y en la forma en que tú quieras.*

Postrado delante de ti, y aniquilándome hasta el colmo del abatimiento y de la abyección en que me ves, Dios Eterno, y que es lo que merezco por mis pecados e ingratitudes, declaro y proclamo delante del cielo y de la tierra, que yo, gusano miserable, átomo de polvo y peor que nada, que he ofendido de tantas maneras a una Majestad tan excelsa y tan grande, me considero totalmente incapaz de expiar el menor de mis crímenes, aun cuando soportara todos los suplicios y castigos de la tierra, del purgatorio y del mismo infierno, si tu misericordia infinita y la virtud omnipotente de tu Sangre preciosa no intervinieran en mi favor, porque todos estos tormentos y castigos son finitos y limitados mientras que el ultraje que te he hecho, Majestad infinita, es infinito y, por lo mismo, infinita ha de ser su expiación y su pena.

Por consiguiente, soberano Juez mío, una vez más, postrado a tus pies y desde el pavoroso abismo de mis pecados y miserias, yo te adoro, te bendigo y te amo con toda mi alma en la sentencia que pronunciarás sobre mí en la hora de mi muerte, y con todo el amor y sumisión posible me someto a tu fallo inapelable, diciéndote con el Profeta Real y con todo el afecto de mi corazón: «Señor, tú eres justo, tus mandamientos son rectos»³⁴⁴.

Acepto con gusto cuanto quieras ordenar sobre mí en el tiempo y en la eternidad, y me entrego tí, no sólo para sufrir todos los tormentos del Purgatorio, en homenaje a tu Divina Justicia sino cualquier otra pena que quieras imponerme, sin preocuparme de lo que pueda ocurrirme en esta vida o en la otra, siempre que la injuria y el ultraje que te he hecho con mis pecados queden totalmente reparados. Pero, Dios misericordioso, no permitas que yo llegue a ser del número de los que nunca podrán amarte. Pero, ¿quién soy yo, Señor, para que te dignes siquiera mirarme, y hacerme comparecer en tu presencia para juzgarme? Es cierto que soy infinitamente indigno

³⁴⁴ Sal 118 (117), 137.

de los efectos de tu misericordia. Pero, Salvador amantísimo, acuérdate, por favor, que quisiste ser juzgado en mi lugar y que eres digno sobremanera de que mis pecados sean perdonados, puesto que así se lo pediste a tu Padre. No entres, por tanto en juicio con éste miserable e indigno servidor tuyo. Más bien, ofrece por mí a tu Padre el juicio que soportaste por mis culpas, y ruégale que las perdone, no en atención a mi pobre persona, sino a los méritos infinitos de la tu persona adorabilísima.

Padre misericordioso, reconozco que he merecido todo el rigor de tus juicios y que soy indigno del más pequeño favor de parte tuya, y de que me perdones la más leve falta, pero te ofrezco el juicio terrible que soportó tu adorable Hijo por causa de mis pecados y te pido que los perdones, no ya a mí sino a él, que ha querido constituirse mi defensor desinteresado y fiador de mi causa, y que, como tal, te ha pedido y todavía te pide perdón por mí, y le concedas todas las gracias que necesito para tu servicio.

Por otra parte, Dios mío, todos los castigos de esta vida que pudieras emplear contra mí jamás lograrán satisfacerte debidamente por el menor de mis pecados, y ya que sólo tu Hijo es capaz de reparar en debida forma la ofensa que te he causado con ellos, me atrevo a ofrecértelo, pidiéndole a la vez a Él mismo, que se digne ofrecer conmigo a tu Majestad ofendida, todos los sufrimientos y todos los méritos de su vida y de su pasión santísima en expiación de todas mis culpas. Uno a este ofrecimiento los merecimientos y penas de tu creatura predilecta, la dignísima Madre de Jesús, junto con los méritos y sufrimientos de todos los Santos y Santas del cielo y de la tierra.

Madre de misericordia, Madre de Jesús, Ángeles, Santos y Santas de Jesús, ofrezcan por mí a Dios todos sus méritos y trabajos y toda la gloria que le han dado, en satisfacción por mis ofensas, y suplíquenle que no me trate según el rigor de su justicia sino conforme a su infinita bondad y misericordia para que con ustedes lo ame y lo bendiga por toda la eternidad».

Día décimo: Estado de la muerte

Habiendo querido Nuestro Señor Jesucristo pasar por todos los estados de la vida humana y mortal a fin de honrar en todos a su Eterno Padre y de bendecirlos y santificarlos por nosotros, debemos también nosotros desplegar un celo extraordinario para honrarlo a él en todos esos estados, y para dedicarle los nuestros del

pasado, del presente y del futuro, para honra y *gloria* de todas las etapas y circunstancias de su vida terrena. Según esto, después de haberlo adorado en el último instante de su vida, y de haberle consagrado el último momento de la nuestra, es natural que lo adoremos ya en su estado de muerte que se prolongó por tres días, dedicándole con este fin el estado de nuestra muerte, que ha de durar desde el momento en que ésta se produzca hasta el día de la resurrección general de la carne.

1. *«Jesús, tú eres la vida, la Vida eterna y la fuente de toda vida, y, no obstante, te contemplo reducido a las tinieblas y envuelto en las sombras de la muerte. Dices, por breve tiempo, adiós a tu amantísima Madre y a tus amados Apóstoles y discípulos, quienes, junto con todos tus amigos, se quedan solos sumidos en un mar de lágrimas y entregados al más cruel dolor que hay en este mundo, como es el de tu ausencia. Contemplo tu alma santísima separada de ese cuerpo deificado, al cual vivió unida estrechamente por espacio de tanto tiempo y ese cuerpo, más santo y sagrado que todos los cuerpos celestes, -quiero decir que todos los cielos y que el mismo cielo-, yacente en un sepulcro, rodeado de tierra y de polvo.*

Jesús mío, te adoro así, te alabo así y te glorifico así, sometido a la obscura abyección de una tumba fría y despiadada. Te ofrezco todo el honor que en esa situación te dieron tu Santísima Madre, santa María Magdalena, tus santos Apóstoles y Discípulos, todas las almas justas que liberaste del abismo, y la Iglesia Universal, junto con la gloria inmensa que te dio tu Padre y de la que ahora disfrutas en el cielo, a cambio de la humillación que entonces recibiste en la tierra. Te consagro el estado de muerte, al que me veré reducido algún día, en homenaje de tu cadáver sacrosanto y te ofrezco la separación inevitable de mis parientes y de mis amigos, a la que en ese momento tendré que someterme, en honor de la dolorosa despedida y ausencia obligada de tu dulce Madre y de tus queridos Apóstoles y discípulos.

Te ofrezco todo el dolor y las lágrimas de mis familiares y amigos en honor del luto y del llanto de tu afligida Madre y de tus Apóstoles en esos días de tristeza mortal. Te ofrezco la separación de mi alma y de mi cuerpo en honor de la separación de tu alma santa y de tu cuerpo sagrado. Te ofrezco todo el estado, sea cual fuera, en que yo he de quedar después de la muerte hasta el día de la resurrección en que de nuevo me junte con mi cuerpo, en homenaje al estado de tu alma mientras vivió separada de tu cuerpo. Te ofrezco la sepultura de mi cuerpo y cuanto entonces haya de ocurrir, en honor de la sepultura del tuyo, y en honor y unión del amor con que quisiste, buen Jesús, que tu cuerpo yaciera en la tierra y en el polvo, y con el que tantas veces me has dado ese mismo cuerpo en la sagrada Comunión, a mí, que no soy sino tierra y vil gusano.

Gustoso entrego mi cuerpo a la tierra, abandonándolo a los gusanos y consiento que sea reducido a polvo y a ceniza, pero con la condición, Salvador mío, de que todas las briznas de polvo en que mi carne y mis huesos han de convertirse, sean como otras tantas lenguas y voces que alaben y glorifiquen sin cesar el misterio adorable de tu sepultura, para que así pueda yo cantar con el Salmista: «Todos mis huesos proclamarán: Señor, ¿quién como Tú?»³⁴⁵.

2.-«Divino Jesús, aunque tu cuerpo y tu alma estén separados el uno de la otra, con todo, ambos permanecen unidos a tu divinidad y por tal razón son igualmente dignos de adoración y honores infinitos. Así, pues, yo adoro tu alma santísima en su descenso al abismo, en todo cuanto le sucedió en tal ocasión y en los efectos maravillosos que operó en las almas de los Santos Padres que en él estaban esperando tu santo advenimiento.

Adoro también este cuerpo en el sepulcro con todos sus miembros y órganos, pues nada hay en él que no sea infinitamente adorable. Yo los adoro, ojos santísimos del cuerpo de mi Salvador; los adoro, oídos sacratísimos de mi Dios, las adoro y alabo, benditísimas boca y lengua de aquél que es el Verbo y la Palabra eterna del Padre. Los adoro y bendigo, divinísimas manos y pies de mi Señor; te adoro y te amo, amabilísimo Corazón de Jesús.

Amado mío, ¿a qué estado te han reducido mis culpas? Esos ojos sagrados, que alegraban con su dulce mirar a cuantos te trataron, están ahora obscurecidos por las sombras de la muerte; esos santos oídos, siempre abiertos a los clamores y oraciones de los desgraciados, están cerrados y no pueden oír ya; esa boca divina que encerraba palabras de vida, ha quedado muda y sin palabras; esas manos benditas que ejecutaron tantos portentos y maravillas, están inmóviles e inactivas; esos pies celestiales, tantas veces fatigados por la salvación de las personas, no pueden ya moverse; y sobre todo, ese Corazón amantísimo de mi Jesús, el más digno y noble trono del amor de Dios, está sin vida ni movimiento. Mi querido Jesús, ¿quién te ha reducido a tal estado?... Mis pecados y tu amor. Pecado maldito y odioso, cómo te aborrezco... ¡Amor de mi Salvador, que yo te ame y te bendiga eternamente!»

³⁴⁵ Sal 34 (33), 10.

3. *«Buen Jesús, me abandono totalmente al poder de tu santo amor; te suplico que desde ahora me reduzcas a un estado de muerte que imite y honre el de tu adorable Persona. Acaba enteramente en mí, la vida pecadora del viejo Adán y hazme morir perfectamente al mundo, a mí mismo y a cuanto haya fuera de ti. Mortifica de tal suerte mis ojos, mis oídos, mi lengua, mis manos, mis pies, mi corazón y todas las facultades de mi cuerpo y de mi alma, que no pueda ya ni ver, ni oír, ni hablar, ni gustar, ni actuar, ni caminar, ni amar, ni pensar, ni querer, ni usar cualquier órgano de mi cuerpo o facultad de mi alma sin contar con tu querer y con la dirección y movimiento de tu Espíritu Divino».*

4. *«Amadísimo Jesús mío, me entrego a ti para realizar en mí las palabras de tu Apóstol: «Ustedes murieron y su vida está oculta con Cristo en Dios»³⁴⁶. Escóndeme y sepúltame del todo contigo en Dios; sepulta mi espíritu, mi corazón, mi voluntad, mi vida y mi ser en tu espíritu, en tu corazón, en tu voluntad, en tu vida y en tu ser, para que no tenga ya otros pensamientos, otros deseos y afectos, otros sentimientos y disposiciones que sean distintos, en lo más mínimo, de los de tu adorable Majestad. Y así como la tierra convierte y transforma en sí los cuerpos en ella sepultados, conviérteme y transfórmame enteramente en ti. Sepulta también mi orgullo en tu humildad, mi frialdad y tibieza en el fervor de tu amor divino, y todos mis vicios e imperfecciones en tus virtudes y perfecciones infinitas, para que, así como la tierra consume todas las impurezas del cuerpo enterrado en su seno, así todas las impurezas de mi alma se consuman y aniquilen en tu Divinidad».*

5. *«Madre de Jesús, te venero y te honro en el estado de tu muerte y sepultura, ofreciéndote todo el honor que en él te dieron todos los Ángeles y los santos Apóstoles. Te doy gracias por toda la gloria que, con el tuyo, le diste al estado de muerte y sepultura de tu Hijo, y, al ofrecerte también mi propia muerte y sepultura, te ruego encarecidamente que, por tus santas oraciones, me alcances, de la Divina Majestad, la gracia de que mi estado de muerte y sepultura rinda eterno homenaje de honor y de gloria al de tu Hijo adorado y al tuyo».*

³⁴⁶x

Día undécimo: Nuestra glorificación

Aunque muy indignos de ver el rostro de Dios y de ser admitidos a la dichosa compañía de los moradores del cielo, por haber merecido tantas veces el infierno a causa de nuestros pecados, sin embargo, no se puede negar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo junto con la Santísima Virgen y todos los Ángeles y Santos suspiran por vernos, cuanto antes, reunidos con ellos, abismados en los torrentes de las celestiales e inefables delicias del amor de Dios, que reina en el cielo en toda su plenitud. Y hemos de abrigar una confianza sin límites en la bondad divina, de que algún día esto ha de ser maravillosa realidad. Este debe de ser uno de nuestros mayores consuelos en la vida presente, y el día llegará en que por fin comencemos a *glorificar* y a amar a Dios con toda perfección. Con cuánto gozo debiéramos cantar con el Profeta Real: «*Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor*» y «*Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre*»³⁴⁷. Y en realidad, si celebramos la memoria del día de nuestro nacimiento a la vida de la gracia por el Santo Bautismo, con mayor razón tenemos que festejar el día y la fiesta de nuestra entrada al cielo y del nacimiento a la vida de la *gloria*.

Anticipemos, pues, esta fecha y desde ahora celebremos esta fiesta con los ejercicios siguientes:

1. *«Jesús, te adoro, te alabo y te glorifico infinitamente en el momento feliz de tu entrada en el cielo; te ofrezco toda la alegría que entonces experimentaste con toda la gloria, el amor y las alabanzas que con tal motivo recibiste de tu Padre, de tu Espíritu Santo, de tu Santísima Madre, de todos tus Ángeles y Santos. Honro también a tu dichosa Madre en el momento en que hizo su entrada al Paraíso, ofreciéndole toda la alegría que sintió ese día con la gloria y las alabanzas que le dieron tu Padre, tú mismo, tu Espíritu Santo, todos los Ángeles y los Santos del cielo. Les ofrezco a ambos, la entrada que, por tu gran misericordia, espero hacer en día no lejano en el Paraíso, en honor de la entrada triunfante y gloriosa que tú hicisteis el día de tu Ascensión a los cielos y tu dignísima Madre en el de su Asunción admirable al Paraíso. Así es, adorable Jesús, como yo deseo consagrar todo mi ser en el tiempo y en la eternidad, para honra y gloria del tuyo y del de tu excelsa Madre».*

³⁴⁷ Sal 121,1; Sal 83, 5.

2.- «Admirable y adorabilísima Trinidad, yo te adoro, te bendigo y te ensalzo infinitamente, por cuanto eres en tu esencia divina, en tus perfecciones infinitas, en tus Personas eternas y en todas las obras de misericordia y de justicia que has hecho y seguirás haciendo siempre conmigo y con todas tus creaturas en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Te ofrezco todas las adoraciones, las glorias, las alabanzas, las bendiciones y el amor que te han dado, te dan y te darán en el tiempo y en la eternidad. Dios mío, cuánto me alegro de estar tan lleno de grandeza, de maravilla, de gloria y de felicidad. Señor, esto me basta para ser feliz: renuncio a toda otra dicha, a toda otra gloria y a todo otro gozo en mi eternidad que no sea el gozo, la gloria y la dicha de verte a ti, a quien amo más que a mí mismo, lleno de gozo, de gloria y de majestad. Gloria y amor de mi corazón, que el cielo y la tierra canten sin cesar tu grandeza y tu amor. ¡Me entrego y me sacrifico totalmente a ti, para que sea abismado santamente y consumido por siempre jamás, en las purísimas llamas de tu divino amor!»

3. «Jesús, objeto único de todos mis amores, ¿qué alabanzas te daré por todo cuanto eres en ti mismo y por todos los efectos de bondad para conmigo y para con todas tus creaturas? Señor, que todas ellas, que todos tus Ángeles, que todos tus Santos, que tu Madre dignísima, y que todas las potencias y facultades de tu divinidad y humanidad se consagren a bendecirte y a amarte eternamente»

4. «Madre de mi Dios, Santos Ángeles, bienaventurados santos y santas, los saludo, los venero y les agradezco a todos en general, y a cada uno en particular, especialmente a aquellos con quienes estoy más obligado, y con aquellos con los cuales estaré de modo particular unido en la eterna bienaventuranza. En acción de gracias por los favores que he recibido de ustedes, y mucho más aún, por toda la gloria y por todos los servicios que le han prestado y le han rendido a mi Dios, les ofrezco a todos ustedes y a cada uno en particular, el amabilísimo Corazón de mi Jesús, fuente de toda felicidad, de toda gloria y de toda alabanza. Les entrego mi espíritu y mi corazón, únanlos, desde ahora, a sus espíritus y corazones, y asócieme a todo el amor y a todas las alabanzas que le darán sin cesar a Aquél que me ha creado, para alabarlo y amarlo eternamente con ustedes desde este momento y en espera del día en que dispondrá unirme perfectamente a ustedes, y colmar así mis ansias de amarlos y bendecirlos con todo el corazón».

5. «Dichoso el día en que pueda yo comenzar a amar a quien es infinitamente digno de todo amor, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Bendito mil veces, el día en que yo me inflame y abraze enteramente en las llamas ardientes de tu caridad divina. Jesús, dulce amor mío, cómo me consuela el pensamiento de amarte y bendecirte algún día por toda la eternidad. De verdad se derriten en lágrimas mis ojos y el corazón desfallece de felicidad con sólo pensar que habrá de llegar un día en que me he de ver convertido todo entero en una hoguera inmensa de alabanzas y de amor hacia ti. Pero, ¿cuándo será eso?... ¿Cuándo brillará ese día feliz, mil y mil veces deseado? ¿Cuánto tardará en llegar aún? «Ay de mí, desterrado en Masac»³⁴⁸. «¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?»³⁴⁹. «Como busca la sierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío»³⁵⁰.

«El ciervo sin tregua perseguido,
Fugitivo, sediento, fatigado,
Por la clara fuente no delira
Cual mi pobre corazón decepcionado
Por Ti, Señor, mi Dios, suspira.
Mi triste corazón desfallecido
Ansioso, atormentado y anhelante
Grita su pena, su dolor punzante:
Brillará, por fin, Jesús querido,
De ciegos luz, tu faz radiante.
¡Ay! cuándo brillará el día
De saciar en Ti mis ansias lacerantes
Al posar mi frente enardecida
¡En tu regazo y corazón amantes!»

(Traducción de Deportes.)

³⁴⁸ Sal 119, 5.

³⁴⁹ Sal 12, 1.

³⁵⁰ Sal 41, 2.

6. *«En espera de ese día, amadísimo Salvador mío, deseo que se hagan realidad en mi las palabras de tu Apóstol: «Nuestra ciudadanía está en los cielos»³⁵¹, y estas otras de tus divinos labios: «El Reino de Dios está en medio de ustedes»³⁵². Deseo, Señor, vivir en este mundo como si no perteneciera a él, viviendo por anticipado, de espíritu y de corazón, en el cielo. Deseo trabajar con todas mis fuerzas en establecer el reino de tu gloria y de tu amor en mi propio corazón. Pero, tú sabes, Señor, que por mí mismo no soy capaz de nada, y por lo tanto, me entrego enteramente a ti para que destruyas en mí cuanto se oponga a tan noble empresa, y para que tú mismo establezcas en mi cuerpo, en mi alma, en una palabra, en todo mi ser, el reino indestructible de tu santo amor!»*

Conclusión de los ejercicios anteriores

Al final de estos ejercicios, cuyo objeto es la preparación a la muerte, da gracias a Dios por los favores que te ha concedido, pidiéndole perdón de las faltas que en ellos hayas cometido, y suplícale que se digne subsanar tus imperfecciones y deficiencias y que cumpla en ti los efectos de estas palabras: *«Dichoso el siervo a quien su amo lo encuentre velando, al regresar a su casa; en verdad les aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes»³⁵³*. Ruégale que él mismo vele por ti y en ti, para que no seas sorprendido por el enemigo malo, y que te reserve estos ejercicios y esta preparación para la hora de tu muerte, para el día en que ella te haya de suceder, y que para entonces, sea él mismo, tu propia preparación inmediata y divinamente eficaz.

Guardadas las debidas proporciones, haz otro tanto respecto de la Santísima Virgen, de los Ángeles y de los Santos, en especial de los santos del día que tú Dios sabe habrás de morir.

³⁵¹ Flp 3, 20.

³⁵² Luc 17, 21.

³⁵³ Mt 24, 46-47.

Otros avisos y disposiciones para la Pascua del cristiano

Todavía me permitiré añadir otras advertencias y disposiciones cuyo uso podrá servirte muchísimo, cuando sientas que el fin de tu existencia está cerca. Lo primero que harás entonces, será realizar lo más que puedas actos de amor a Jesús, sin descuidar la práctica de la humildad, pues no hay medio más poderoso y suave a la vez, que este santo ejercicio para borrar rápidamente nuestros pecados, para avanzar en los caminos de la virtud y para agradar a Dios.

Si el temor de la muerte te preocupa, o si te molestan pensamientos de desconfianza por tus muchas culpas, vuelve a leer (o pide que te lean) lo que anteriormente hemos escrito acerca de la Confianza en Dios, en el Libro Segundo, capítulo segundo, sección segunda.

Si puedes resistir la lectura sin cansarte demasiado, haz que te lean de cuando en cuando los ejercicios precedentes sobre la preparación a la muerte, como también el Ejercicio de alabanza y glorificación a Jesús, que encontrarás en el Libro Tercero, capítulo segundo.

Hazte leer también algo de la «Vida de los Santos», del año cristiano o de otro libro similar; pero en particular: la Pasión de Cristo, en el capítulo 17 del Evangelio de San Juan, y las oraciones de los agonizantes, en la forma como lo indicamos en el séptimo día de los ejercicios sobre la muerte. Mantén con frecuencia un crucifijo en tus manos, para hacer de vez en cuando actos de amor a Dios, acompañados de besos respetuosos a la sagrada imagen del Señor Crucificado, como dijimos en los Actos de Amor a Jesús Crucificado, en el Libro Tercero, Capítulo segundo.

Que los sagrados nombres de Jesús y de María broten a menudo de tu corazón y de tus labios, y conserva un deseo siempre creciente de pronunciar, estos nombres santos con las intenciones señaladas. Eleva con frecuencia el corazón a Jesús, diciéndole, con el autor del Apocalipsis: «*Ven Señor Jesús, ven Señor Jesús*»³⁵⁴; o, con San Pedro: «*Te amo, Señor Jesús, te amo, te amo*»³⁵⁵; o bien, con el Buen Ladrón: «*Acuérdate de mí , Señor, cuando estés en tu reino*»³⁵⁶, y, al pronunciar

³⁵⁴ Ap 22, 20.

³⁵⁵ Jn 21, 15.

³⁵⁶ Lc 24, 42.

estas palabras, únete a la contrición y al amor con que ese santo Ladrón las pronunció, para escuchar de labios de Nuestro Señor la promesa inefable: «*En verdad te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso*»³⁵⁷.

También puedes dirigirte a Jesús con las palabras del pobre publicano del Evangelio: «*Dios, ten piedad de mí que soy un pobre pecador*»³⁵⁸; o bien, tomando las palabras de David arrepentido: «*Misericordia, Dios mío, por tu bondad*»³⁵⁹, o también: «*Sostenme con tu promesa y viviré, que no quede frustrada mi esperanza*»³⁶⁰; o aún estas otras del mismo salmista: «*A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado*»³⁶¹. Igualmente podrás tomar las palabras de San Francisco de Asís: «*Señor, saca mi alma de la cárcel de mi cuerpo, para que alabe tu santo nombre en unión de todos los justos que en el cielo me aguardan*».

Dirígete a María Santísima con la Iglesia Santa diciendo: “*María, Madre de gracia y de misericordia, en la hora de la muerte, ampáranos madre nuestra y recíbenos*”; «*Madre de Jesús, se la madre mía*»; «*Muestra que eres mi madre*», o mejor: «*Muestra que eres la madre de Jesús*», y destruye en mí, por tus méritos y oraciones, todo cuanto se oponga a la *gloria* de Jesús y dame la gracia de amarlo y *glorificarlo* con toda perfección.

Di, también, con San Esteban: «*Señor Jesús, recibe mi espíritu*»³⁶², y, al pronunciar estas palabras y todas las anteriores, únete siempre a la devoción, al amor y a las demás santas disposiciones que tuvieron los que las pronunciaron.

³⁵⁷ Lc 23, 43.

³⁵⁸ Lc 18, 23.

³⁵⁹ Sal 51, 1.

³⁶⁰ Sal 118, 116.

³⁶¹ Sal 30, 2.

³⁶² Hch 7, 58.

Con Jesús, durante su agonía del Huerto de los Olivos, di a la Divina Majestad: *«Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya»*³⁶³, y con Nuestro Señor moribundo sobre el madero de la cruz: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»*³⁶⁴.

También puedes servirte de las jaculatorias siguientes:

«Jesús, ama a tu Padre y a tu Espíritu Santo, en mi nombre.»

«Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, Ángeles y Santos de Jesús, amen a Jesús en mi lugar.»

«Quiero, Señor Jesús, que reines en mí.»

«Querido Jesús mío, se mi Jesús.»

«Mi Todo, se todo para mí en el pasado, en el presente y en el futuro»

«Uno solo es necesario, uno solo quiero, uno solo busco, uno solo amo».

«Una sola cosa me es indispensable: adiós todo lo demás; yo no quiero sino una sola cosa, y todo lo demás nada me importa; es a Jesús a quien quiero y a quien busco y a quien quiero solo amar con todo el afecto y con todo el ardor del cielo y de la tierra».

³⁶³ Lc 22, 42.

³⁶⁴ Lc 23, 43.

«Jesús, María, denme su santa bendición».

Procura, finalmente que tus últimas palabras sean:

«Jesús... María» ... o, bien: «Viva Jesús» ... o también: «Jesús, sé mi Jesús» ...

De manera que puedas tratar dulce y santamente con Nuestro Señor, por medio de estas pequeñas jaculatorias y palabras filiales. Pero, para que te conceda la gracia de poder ayudarte con ellas en el trance de tu agonía, acostúmbrate a decirlas con frecuencia, especialmente por la noche en tu lecho, empleando unas u otras, según lo que el Espíritu Santo y tu fervor te sugieran.

Sería bueno también que pidas a los que te rodeen y te asistan en caso de peligro, que te lean varias veces todo esto. Aún en el caso de que pierdas el conocimiento o paulatinamente el uso de los sentidos, que no dejen de hacerlo, pues seguramente Nuestro Señor, teniendo en cuenta tu intención y tu buen deseo, recibirá complacido como tuyo, el homenaje que por labios ajenos insistes en tributarle en el momento más solemne de tu vida.

Ruega igualmente a la Virgen Santísima, a tus Ángeles custodios y a tus Santos protectores que hagan todo esto en tu nombre, pero particularmente, pídele al mismo Jesús que se digne suplir tus deficiencias en el desempeño de tan santos deberes para con la Divinidad en esos instantes definitivos de tu existencia, con la seguridad absoluta de que, en su bondad inagotable te complacerá gustoso.

Y, tenlo bien en cuenta, pues esto es de importancia capital: Después de cumplir así todas tus obligaciones para con Dios, y de haber agotado todos tus medios de prepararte santamente para morir digna, cristiana y santamente, no te fíes, con todo, en tus disposiciones, y , confiado sólo en la infinita bondad de Dios, deja a su cuidado tu salvación, y suplícale que sea él siempre tu preparación, tu fortaleza, tu santificación y tu Todo, en tu paso definitivo a la eternidad. Y es, que, en definitiva, sólo a él le corresponde hacerlo así, pues él sólo es y será siempre el Todo en tu salvación: «Cristo lo es Todo en todas las cosas», según San Pablo, como te dije al principio de esta obra; que él sea, por lo tanto, tu gran Todo en el tiempo y en la eternidad.

«Jesús, se Todo, así en la tierra como en el cielo; se Todo en todos y en todas las cosas. Sé el todo de esta obrita, que, en cuanto de bueno tiene, enteramente te pertenece, y que sólo habla de ti y para ti, y que no tiene otro objetivo que el de formarte y hacerte vivir en los que la lean. Que en ella no vean sino a Jesús, que en

ella no busquen sino a Jesús, que en ella no encuentren sino a Jesús y que en ella no aprendan sino a amar y a glorificar a Jesús.

Sé Todo también para el que la ha compuesto y para quienes la han de leer, pues bien lo sabes, mi buen Jesús, que yo, ni en vida, ni en muerte, quiero tener otra intención y otro anhelo distinto que el de hacerte vivir y reinar en mí, en todos mis hermanos y en todas las creaturas del universo. Entonces, vive, Jesús, vive y reina en todos nosotros, porque, a diferencia de los miserables infelices que gritaban contra ti: «No queremos que éste reine sobre nosotros»³⁶⁵, nosotros gritamos con toda el alma y con todas las fuerzas a la faz del cielo y de la tierra: «Queremos, Señor Jesús, que reines sobre nosotros»... Reina, pues en nosotros; vive plena y absolutamente en nuestros corazones para que podamos algún día cantar eternamente: «Jesús es Todo en todos los seres»

Viva Jesús... Viva este gran Todo. ... Viva el Gran Jesús, que es el gran Todo universal... Viva Jesús... Viva Jesús... Viva Jesús y María.

VIVA JESÚS Y MARÍA

³⁶⁵ Lc 19, 14.

APÉNDICE

TOMADO DE "CATECISMO DE LA MISION"

CAPÍTULO 27

Lo que un cristiano debe hacer por la mañana

- P. *¿Cuál es el primer pensamiento de un cristiano en la mañana al despertar?*
R. Elevar su corazón a Dios para entregarse a él.
- P. *¿Cuál es la primera acción que debe hacer?*
R. La señal de la cruz así: + *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.*
- P. *¿Cuál es la primera palabra que debe pronunciar?*
R. El santo nombre de Jesús y de María tres veces de esta manera: Jesús María, Jesús María, Jesús María.
- P. *¿Y en seguida, qué hay que hacer?*
R. Entregar el corazón a Nuestro Señor y a su santa Madre de este modo: "Jesús, te entrego mi corazón para siempre. María, madre de Jesús, te doy mi corazón: por favor, entrégalo a tu Hijo".
- P. *¿Una vez levantados, que hay que hacer?*
R. Ponerse de rodillas para adorar a Dios, darle gracias, pedirle perdón, ofrecerse y entregarse a él junto con todo lo que se va a hacer en el día, y rogarle que nos dé la gracia de morir antes que ofenderlo. Luego, ofrecerse a la santa Virgen, al ángel de la guarda, y a todos los ángeles y santos en general.
- P. *Haz un acto de adoración.*
R. "Mi gran Jesús, te adoro con todo mi corazón, como a mi Dios, mi Creador y mi Salvador".
- P. *Haz un acto de agradecimiento.*
R. "Buen Jesús, con todo mi afecto te agradezco por todas las gracias que de ti he recibido en toda mi vida, y especialmente durante esta noche".
- P. *Haz un acto de contrición para pedir perdón.*

R. “Dios mío, de todo corazón te pido perdón por todos mis pecados. Por amor de ti los detesto y te manifiesto que quiero confesarlos y corregirme de ellos”.

P. *Haz un acto de oblación o de donación de ti mismo a Nuestro Señor.*

R. “Salvador mío, me doy enteramente a ti, lo mismo que todo lo que voy a hacer hoy. Haz, por favor, que prefiera morir a ofenderte mortalmente”

P. *Haz un acto de oblación a la santísima Virgen y a los santos.*

R. “María, Madre de Jesús, san José, ángel de mi guarda, ángeles, santos y santas todos de Jesús, me ofrezco a ustedes; ofrézcanme a mi Salvador y ruéguenle que prefiera morir hoy antes que ofenderlo mortalmente”.

P. *¿Y qué hay que hacer en seguida?*

R. Recitar el *Padrenuestro*, el *Avemaría* y el *Credo*.

P. *¿Al terminar las oraciones qué hay que hacer?*

R. Pedir al Señor y a su santa Madre su bendición, diciendo:

“Jesús, María, Madre de Jesús, denme, si es de su agrado, su santa bendición, *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén*”.

CAPÍTULO 28

Lo que un cristiano debe hacer a lo largo del día

- P. *¿Al comenzar el trabajo en la mañana que hay que hacer?*
R. Hay que hacer la señal de la cruz y ofrecerlo a Dios de este modo:
“Dios mío, te ofrezco el trabajo que voy a hacer por tu amor; dale, te lo ruego tu santa bendición”.
- P. *¿Si durante el día se sufre algún mal o alguna incomodidad que se hace?*
R. Hay que dirigirse a Nuestro Señor y decirle lo siguiente:
“Jesús mío, te ofrezco este mal, o esta incomodidad y lo sufro por tu amor en honra de los grandes sufrimientos que padeciste por mi amor”.
- P. *¿Cuándo se nos dice alguna injuria o maldición, o se nos hace algo que nos desagrada, hay que devolver injuria por injuria o mal por mal?*
R. Hay que evitarlo cuidadosamente pues así obran los hijos de Satán. Pero lo que los hijos de Dios deben hacer es devolver bien por mal, bendición por maldición.
- P. *¿Qué hacer entonces?*
R. Perdonar de inmediato y pedir al Señor que perdone diciendo:
“Dios mío, perdono por tu amor esta ofensa que he recibido y te suplico que la perdones, así como todas las que yo he cometido contra ti”.
- P. *¿Cuándo nos viene algún mal pensamiento durante el día, o alguna tentación u ocasión de ofender a Dios, qué se debe hacer?*
R. Rechazarlos de inmediato y elevar prontamente el corazón a Nuestro Señor y decirle: “Jesús, renuncio de todo corazón a este mal pensamiento. Ayúdame, te ruego, que no me abandones. Haz que muera antes que ofenderte ahora”.
- P. *Dame algún otro medio para rechazar los malos pensamientos.*
R. Otro medio es pronunciar oralmente o de corazón el santo Nombre de Jesús y de María y no dejar de pronunciarlo hasta que cese el mal pensamiento, de este modo:
“JESÚS, MARÍA; JESÚS, MARÍA; JESÚS, MARÍA.
- P. *¿Si por desgracia se cae durante el día en algún pecado que se debe hacer?*

R. No se le debe permitir que dure en el corazón sino inmediatamente borrarlo por un acto de contrición, por ejemplo así:
“Dios mío, te pido perdón de este pecado que aborrezco por tu amor. Que muera antes que volver a cometerlo en el futuro”.

P. *¿Antes de tomar los alimentos qué se debe hacer?*

R. Hay que elevar el corazón a Nuestro Señor, antes o después, o incluso durante la bendición, para ofrecerle el alimento, de esta forma:
“Jesús, te ofrezco este alimento en honor y unión de los alimentos que tú y tu santa Madre tomaron en la tierra. Que todos los bocados que coma y todas las gotas que beba sean otros tantos actos de alabanza a ti y a tu santa Madre”.

P. *¿Qué se debe hacer en cada hora del día?*

R. Elevar el corazón a Dios de una manera u otra mediante diversas aspiraciones.

P. *Dame algún ejemplo.*

R. “Jesús, me entrego por entero a ti”.

P. *Otra manera.*

R. “María, madre de Jesús, sea la reina y la madre de mi corazón”.

P. *Todavía otra manera.*

R. “Jesús, sé mi Jesús. María, sé para mí, María”.

CAPÍTULO 29

Lo que un cristiano debe hacer al llegar la noche

P. *¿Qué debe hacer un cristiano antes de ir a acostarse?*

R. Ponerse de rodillas y hacer cinco cosas.

P. *¿Cuál es la primera?*

R. Adorar a Nuestro Señor como se hace en la mañana.

P. *¿Y la segunda?*

R. Agradecerle las gracias que ha recibido de él durante toda la vida y especialmente durante el día presente.

P. *¿La tercera?*

R. Examinarse para reconocer las ofensas cometidas contra Dios durante el día, por pensamientos, palabras y acciones; en seguida pedirle perdón, haciendo un acto de contrición para no acostarse con un pecado mortal en el alma.

P. *¿Y cuál es la cuarta?*

R. Dirigirse una vez más a Nuestro Señor y a su Santa Madre para ofrecerle el reposo con las siguientes palabras:

“Jesús, te ofrezco el reposo que voy a tomar en honor del reposo que tú y tu santa Madre tomaron durante su vida en la tierra. Deseo que todas mis respiraciones y palpitaciones de mi corazón sean otros tantos actos de alabanza y de amor a ti”.

P. *¿Y la quinta?*

R. Ofrecerse y encomendarse al ángel de la guarda, a san José y a todos los ángeles y los santos, rogándoles que mientras estamos en reposo, ellos adoren, bendigan y amen a Nuestro Señor y a su santa Madre.

P. *¿Y qué hay que hacer enseguida?*

R. Recitar el *Padrenuestro*, el *Avemaría*, el *Credo*, el *Yo confieso*; y luego pedir la bendición a Jesús y a María.

P. *¿Una vez acostado que hay que hacer?*

R. Debemos recordar que moriremos, y pronto; y decir las últimas palabras que Nuestro Señor dijo en la cruz, y que deberemos decir en la hora de la muerte, con el deseo de decirlas con la misma devoción con la que desearíamos repetir las en esa hora.

P. *¿Cuáles son esas palabras?*

R. “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

P. *¿Cuáles son las últimas palabras que hay que decir antes de dormirse?*

R. Las mismas palabras que se dicen en la mañana al despertar:

“Jesús, te doy mi corazón para siempre.

“María, Madre de Jesús, te doy mi corazón. Entrégalo, te ruego, a tu Hijo.

“JESÚS, MARÍA; JESÚS, MARÍA; JESÚS, MARIA”.

- P. ¿Si despertamos durante la noche que hay que hacer?
- R. Hay que recordar que hay muchos santos religiosos y religiosas que velan y que pasan la noche en adoración y alabanza a Dios; y ofrecerle todas las alabanzas que le son dadas, tanto por esas almas, como por todos los ángeles y santos que lo *glorifican* perpetuamente en el cielo.